

MADRE CLARA

La alegría de una vida



*Pelayo
Sáinz Ripa*



Madre Clara Sánchez es un canto a la alegría en un mundo que tanto la anísia.

Viviendo la más franciscana sencillez se desprendió de sí misma para llenarse de Dios, donde encontró la verdadera felicidad.

Vio constantemente a Dios en su disfrute religioso de la naturaleza, en su encendida adoración eucarística y en el gozo de la comunicación con las personas a las que siempre miraba como a hijos de Dios.

Desde 1922 a 1973 alcanzó, en su humildad, una imponente altura espiritual con la que revitalizó el monasterio de Santa Clara de Soria y otros conventos afines.

PELAYO SÁINZ RIPA

MADRE CLARA SÁNCHEZ

LA ALEGRÍA DE UNA VIDA

SORIA, 1997

© Monasterio de Santa Clara de Soria

I.S.B.N.: 84-605-6592-0

D. Legal: SO-118/1997

Imprime: Grafical, S.L. - Soria



ÍNDICE

Presentación.....	9
I - Nacimiento e infancia.....	11
1.- Cameros y la llanura soriana.....	11
2.- Un padre bueno.....	15
3.- Madre enérgica y ordenada.....	17
4.- La escuela de las virtudes.....	18
5.- La leyenda de un viaje.....	20
6.- Otras reveladoras anécdotas.....	23
II - Adolescencia.....	27
1.- Cerner y cantar.....	27
2.- Preludios de una vocación.....	29
3.- El tío Melitón.....	31
4.- También las monjas necesitan saber.....	34
III - Vocación ardiente y contrariada.....	37
1.- El hechizo de San Francisco.....	37
2.- En la Escuela Normal.....	39
3.- Muerte del padre.....	41
4.- Nuevas dificultades.....	42
5.- Caminos abiertos.....	45
6.- Por fin el viaje.....	47
7.- El convento de Santo Domingo.....	48

IV - Me traje al sitio mejor.....	55
1.- Comunicar alegría.....	55
2.- Desconocida y sola.....	57
3.- El sitio mejor era mejorable.....	59
4.- Monja.....	61
5.- Novicia.....	64
6.- Juniorado.....	67
7.- Enfermera.....	69
V - Cuatro heridas abiertas.....	73
1.- Desposada para siempre.....	73
2.- Sacristana.....	75
3.- Tornera.....	77
4.- Fuiste el defensor.....	79
5.- La descubre la comunidad.....	81
6.- Orando por España.....	83
7.- Esperanzas que vienen de Roma.....	84
VI - Abadesa.....	87
1.- Contra las dificultades.....	87
2.- Elección.....	89
3.- Gobierno en el amor.....	92
4.- Hambre de pan.....	94
5.- Intuitiva y amplia.....	96
VII - Renovación del monasterio.....	99
1.- Los pobres trabajan.....	99
2.- Cultas y formadas.....	103
3.- Cincuenta piedrecillas.....	106
4.- Y los ladrillos.....	109
VIII - Sin propio.....	113
1.- Reglas primera y segunda.....	113
2.- Doce años de espera.....	115
3.- «Do reclinar la cabeza».....	117
4.- Semejaba el Cenáculo.....	120
5.- También ella es muy pobre.....	123

IX - La compañía del Señor	127
1.- Matices de la teología	127
2.- Visita permanente al Sagrario	129
3.- Once de Agosto de 1942	132
4.- Hay que confirmar el privilegio	135
5.- Colaborador entusiasta	138
X - La Inmaculada y Aránzazu	143
1.- La Inmaculada, Abadesa	143
2.- Elección	146
3.- La zagalilla	149
4.- La Virgen de Aránzazu y la Federación	150
5.- Unos viajes franciscanos	152
6.- La escritora	153
7.- La hermana agua	155
XI - Maestra de novicias	157
1.- Vuelve a esconderse	157
2.- Están a gusto	159
3.- Qué enseñar y cómo	162
4.- Dirección jovial y bondadosa	165
5.- Libretas y exámenes	168
XII - Se acerca el fin	173
1.- Vicaria y Economa	173
2.- Las dolencias acechan	175
3.- Purificación mística	178
4.- Densas tinieblas	180
5.- Despedidas familiares	182
XIII - La hermana muerte	187
1.- Requebros a la muerte	187
2.- «Cómo se viene la muerte»	190
3.- «Tan callando»	192
4.- Incorrupta	197

FISONOMÍA ESPIRITUAL.....	201
XIV - Soy la nada.....	203
1.- Anonadamiento.....	203
2.- «Polvillo y lodo».....	205
3.- «Que yo mengüe y todos crezcan».....	209
4.- Pastillas de «exinanivit».....	212
5.- Maestra de humildad.....	214
XV - Fuentes de su nada.....	219
1.- El bienaventurado Francisco.....	219
2.- «Dama pobreza se enjoya».....	221
3.- «En María cobijada».....	224
4.- «En hostia ser transformada».....	228
XVI - Con Dios y con los hombres.....	231
1.- Llama de oración.....	231
2.- «Con Cristo en la cruz clavada».....	235
3.- Venció su carácter.....	238
4.- Contemplativa y apóstol.....	240
5.- Se hizo obediente.....	247
XVII - Otros valores ascéticos y humanos.....	247
1.- Se anticipó al Concilio.....	247
2.- Te guardará la prudencia (Pr. 2,11).....	251
3.- Sentido del humor.....	253
4.- Su poesía.....	256
Conclusión.....	261
NOTA BIBLIOGRÁFICA.....	271
ÍNDICE TEMÁTICO.....	283

PRESENTACIÓN

La lectura atenta del libro que tienes en tus manos, ha supuesto para mí un conocimiento profundo de la mujer que más ha dado que hablar en el convento de Santo Domingo y en nuestra bella ciudad de Soria.

Concluidos ya los trabajos de la Causa de beatificación, sale hoy a la luz esta biografía que no dudo te servirá de guía y orientación. Para estas fechas han muerto el P. Juan Folguera, OFM, postulador de la Causa, y el vicepostulador, nuestro querido Don Carmelo Jiménez, compañero, asesor y formador espiritual de nuestra biografiada; él era el encargado de escribir este prólogo en el que me encuentro embarcada, porque soy en este momento sucesora de Madre Clara al frente de esta comunidad de hermanas clarisas de Soria y porque el autor me ha pedido que encabece el libro.

Don Carmelo se nos fue sin ver acabada esta biografía y sin tener oportunidad de escribir en ella. Colaboró activamente en los trabajos del Proceso con su responsabilidad de vicepostulador, convocando, coordinando, escribiendo cinco folletos explicativos y legando a la posteridad lo más grande que él tenía: el trato personal que por mucho tiempo había mantenido con la que fue abadesa del monasterio en aquellos años en que él comenzó a frecuentar esta casa por la entrada de su hermana Sor Margarita.

No he conocido a Madre Clara, pero puedo decir que su espíritu continúa vivo en las hermanas y en tantas personas cercanas al convento con las que ella tuvo relación. Y aquí Don Carmelo merece especial mención: «Para mí lo más consolador de mi vida sacerdotal ha sido escuchar de labios de Madre Clara que mis conferencias y enseñanzas era lo que más le había ayudado en su vida espiritual». Esto se lo oí decir a él muchas veces. La

quería entrañablemente y estaba seguro de su santidad. El mismo pidió a su compañero de estudios y amigo, Don Pelayo Sáinz Ripa, que escribiera la biografía de Madre Clara. Este asumió la empresa por su cariño hacia Don Carmelo y todo lo suyo y también por su experiencia en publicaciones parecidas.

Entre sus obras merecen mención: «San Jerónimo Hermosilla, misionero y mártir riojano». «Cartas y escritos de San Jerónimo Hermosilla», y con otros autores, «Santa María de Cuevas en el Camino de Santiago» y «Tres arzobispos vianeses».

Muy entendido en música, poesía y lector empedernido, nació en Viana (Navarra). Hizo sus estudios en el seminario de Logroño y la Universidad Pontificia de Comillas, donde se licenció en Teología.

Ha ejercido su ministerio sacerdotal en los pueblos sorianos de San Pedro Manrique, en Munilla (La Rioja). Es abad de la Catedral de Santo Domingo de la Calzada, donde fue párroco durante muchos años y actualmente ejerce ese ministerio pastoral en la parroquia de Santa Teresita del Niño Jesús de Logroño, de cuya titular es un antiguo y actual estudioso.

En su profundo conocimiento de Madre Clara y de las vicisitudes por las que ha pasado nuestro monasterio, Don Pelayo deja hablar a la biografiada y a los testigos del Proceso, fuente principal de su documentación, y con estilo elegante y cultivado va recorriendo la vida y santidad de este retoño del milenario árbol franciscano que se llamó y se llama Madre Clara Sánchez.

Doy gracias desde aquí a todos los que han hecho posibles los trabajos de esta Causa: al padre José Luis Cepero Ezquerro, escolapio, juez delegado y eficiente ejecutor de la misma, al anterior y actual postulador, al vicepostulador, al relator, a los obispos diocesanos que han intervenido, a las hermanas de nuestra comunidad que con tanto entusiasmo han trabajado y por último a Don Pelayo que ha puesto lo mejor de sí mismo para que viera la luz este libro.

Le pido a Madre Clara que no abandone a esta su comunidad que se esfuerza por mantener sus ideales de alabanza y perpetua adoración a Jesús Sacramentado en nombre de toda la humanidad y de pobreza franciscana vivida en fraternidad.

Sor Ignacia María Herrero

Abadesa de las Hermanas Pobres de Santa Clara de Soria.

I

NACIMIENTO E INFANCIA

1. Cameros y la llanura soriana

El 16 de febrero de 1902, recibió las aguas bautismales en Torre de Cameros (La Rioja) Juana de la Concepción Sánchez García, que había nacido en la misma villa camerana dos días antes, el 14 del mismo mes.¹ Fue un bautismo en el que Dios dejó correr a raudales los torrentes de su Espíritu, porque obtendría plenamente en la vida de Juana lo que el sacramento significa de muerte y sepultura del mal y alumbramiento y resurrección a unas costumbres santas. Los célebres cantares que en su fecunda vida describirán su espiritualidad podrían encabezar estas primeras líneas, que como las flechas del camino señalarán la dirección por donde andamos. Dirá ella:

«Dame amor, Jesús querido,
siempre al último lugar,
el mejor de los mejores
para poderte agradar».²

Y si el bautismo tiene como fin matar las raíces del mal, también es el cimiento de cuanto de bien quepa en los seguidores de Jesús:

«Tú eres mi piedra viva
Tú mi esperanza,
sobre Ti edificando,
seré yo santa».³

El ímpetu vigoroso de la vida de quien luego se llamará Sor Clara, tendrá como norte el ideal de esas dos coplas suyas: ser santa, y serlo, sirviendo a Jesús desde el más anónimo lugar.



Vista panorámica de Torre de Cameros

Ocurrió el nacimiento en el domicilio de sus padres Leopoldo y Agustina; su padre era maestro nacional de primera enseñanza; ejerció la profesión en Torre de Cameros durante tres años, desde el 1901 al 1904. En esta villa se aumentó la familia con dos hijas: Juana de la Concepción en 1902 y Concesa en 1904. Sor Clara dirá a su hermano Emilio, «que la llamaron Juana por el beato Juan Bautista de la Concepción y por la beata Juana de Valois, que el día 14 se celebran».⁴

Torre es un municipio hoy prácticamente despoblado al que se llega por un paisaje agreste y pintoresco entre asperezas desforestadas y verdes robleales, hayedos, chaparros, estepas y matojos. El caserío, bien soleado desde oriente, se va empinando hasta una cumbre de mil metros de altura donde descuella la enorme mole renacentista de la iglesia parroquial de San Martín con su sólida torre cuadrada y rematada en un cono piramidal.

Pertenece ahora al partido judicial de Logroño del que dista 42 kilómetros. Siempre fue y es de la diócesis de Calahorra y la Calzada-Logroño. A principios de siglo contaba con 60 casas y 211 habitantes que vivían principalmente de la ganadería, especialmente del ganado lanar que trashumaba a Extremadura. La mayor parte de la superficie municipal era improductiva, el resto se ocupaba por prados, buenas hectáreas de terreno forestal y algún



Estado actual de la escuela que, de 1901 a 1904, regentó D. Leopoldo Sánchez. Dejó de ser escuela en 1909. La puerta inferior da entrada a la vivienda de los maestros.



Antiguo hórreo de Torre, lugar más probable de la vivienda de los maestros del primer decenio del siglo, donde nacería Sor Clara. Las habitaciones rodeaban prácticamente la escuela.

pequeño huerto. Como el terreno, la mayoría de los pobladores eran de escasos recursos y vida austera, sufridores del frío y la ventisca, pero acostumbrados a la solidaridad que nace de los apuros comunes. El diccionario de Mazdoz de 1851 lo describe como pueblo «de buena ventilación y clima, aunque frío, saludable, no padeciéndose por lo común otras enfermedades que algunas pulmonías». Dato médico al que los serios redactores del diccionario no le atribuyen ningún sentido del humor.

Además de la importante iglesia parroquial, donde fue bautizada Juana y que entonces lucía un espléndido retablo clasicista de sobria dignidad, ha presumido la villa de otro edificio religioso: la ermita de Ntra. Sra. del Buen Suceso a las afueras del pueblo. Ambas construcciones están hoy en un estado más que ruinoso.

Como en otros lugares cameranos, en Torre era la escuela la institución local mimada y privilegiada. En los primeros años de este siglo, era aún de patronato municipal y se había fundado en 1795, con un capital de 13.000 reales provenientes de los fondos parroquiales y 81 fanegas de trigo del Arca de Misericordia reducidas a dinero. La villa aportaba 200 reales anuales y 40 cargas de leña para la estufa. Los vecinos pudientes y con hijos en edad escolar entregaban otros 600 reales anuales. Con los intereses del capital y el resto de los otros emolumentos se había estipulado como subvención del maestro una renta de 2.200 reales al año, es decir 550 pesetas. La parroquia entregaba además algunos fondos para el papel, la tinta y los escasos libros que se utilizaban y que pasaban de unos a otros alumnos. El largo siglo de buen funcionamiento del patronato y de la institución educativa avalaban el prestigio de la fundación y estimulaban el interés de los maestros jóvenes en regentar la escuela.

Pero en los años de Don Leopoldo los alumnos eran cuarenta y nueve y recibían las clases en precarias condiciones. Era excesivo este número de matriculados para un espacio que sólo admitía un tercio de los mismos. En contra de éstos y de su preceptor jugaban la oscuridad del local iluminado únicamente por dos estrechas ventanas, sin soñar siquiera entonces en la luz eléctrica, y la mala ventilación de la pieza por estar adosada a los pies del templo parroquial. Añádanse los fuertes calores del verano y principalmente el riguroso frío del invierno, porque el recinto escolar era un saloncito levantado al costado del pórtico de la iglesia con dos metros de altura entre su pavimento y el techo. Tanto la puerta utilizada para airear la planta, como el mal protegido tejado aumentaban la crudeza del duro clima serrano.

En 1906 pidió ayuda el patronato a los hijos del pueblo establecidos en varias ciudades españolas y que por la prosperidad de sus negocios podían ofrecer a Torre un nuevo edificio escolar. Cuatro torreños generosos gestionaron y pagaron la nueva construcción para escuela y domicilio del maestro que se terminó e inauguró el 4 de septiembre de 1909. Los cuatro donantes legaron al vecindario unos servicios de enseñanza, todavía admirables, y a nosotros nos dejaron sin conocer con certeza cual sería la casa en que vivieron Don Leopoldo y Doña Agustina en la que nacieron Juana y Concesa.

El cariño de los torreños al maestro bueno que fue Don Leopoldo tendría mil manifestaciones de afecto, como en ellos era habitual con los que preparaban el futuro de sus hijos.

2. Un padre bueno

Leopoldo Sánchez Escalada había nacido en Serón, provincia de Soria, en 1871. Era hijo de Abel Sánchez, natural de Soria y Antonia Escalada, natural de Cihuela. A los veinticinco años tenía el título de Maestro Nacional de Primera Enseñanza, expedido en Madrid el 23 de diciembre de 1897. Llevaba ya cinco años casado, porque había contraído matrimonio el 10 de mayo de 1892, a los veintiún años, con Agustina García Sanz, que entonces tenía diecinueve. La ceremonia se celebró en la parroquia de la novia, Sisamón. Eran los padres de Agustina, José García e Isidora Sanz, ambos de Sisamón.

Don Leopoldo trabajó en las escuelas de Nograles (Soria), dos años; Torre de Cameros, tres años; Rollamienta (Soria), dos años; Torreblanca (Castellón), medio año; Tajahuerce (Soria), un mes; Rebollar (Soria), quince años. Tanto en Torre de Cameros, como en su última y larga estancia en Rebollar, compaginó la docencia con la secretaría del ayuntamiento en donde resolvía los asuntos antes de acudir a la escuela. «Hombre bueno y piadoso» según los datos con que nos lo describen.

«La figura de su padre es descrita como un gran hombre y patriota. [...] Su padre no salía de su habitación por la mañana hasta que no rezaba sus oraciones a todos los santos de su devoción, y hacía un acto de contrición que nunca reveló, tanto que a veces su esposa le decía: Leopoldo, pero cuándo sales, que te esperan en el Ayuntamiento, este hombre nunca sale de su cuarto, a lo que contestaba él con gracia: ¡qué será de este hogar el día que yo no rece!».⁵

Y ahora no hablarán los testigos. Se nos describirá sin quererlo él mismo como un padre cargado de ternura a su mujer y a sus hijos, lleno de cortesía y cariño a sus familiares, con su profundo sentido cristiano y hasta con dotes de buen narrador.

«Rebollar y noviembre 12 de 1913

Queridísimo hijo José: ¡Gloria a Dios y a la Virgen del Pilar! Por fin hijo mío tenemos el inmenso placer de comunicarte que en la madrugada de este día, a las 4, ha dado a luz la mamá, después de un parto bastante penoso, un hermoso y robusto niño, siguiendo madre e hijo sin novedad.

Cumplióse la profecía de nuestra nunca olvidada Carmen; y aunque nuestros deseos de tener otra Carmencita han fracasado, démosle gracias por haber salido bien la mamá de tan penoso trance, y que nos conserve a todos la dicha de ver a tu hermanito ocupando el destino... que el Señor le tiene destinado.

Como ha coincidido con tan fausto acontecimiento tu tío Simeón de Serón que vino ayer, seguramente será el bautizo esta tarde. No sabemos qué nombre ponerle, pero seguramente será uno de los del día: Martín Josafat y además Pascual; no te puedo designar cuál en definitiva, pero a mí me parece el mejor el subrayado, porque ese Santo fue de la estirpe de David y uno de los que por su excesiva piedad, se atrajo las bendiciones del cielo.

Ya te diremos otros detalles, acerca del nombre y estado de mamá y el niño.

Estamos muy bien atendidos por la oportunidad de la abuela y de todos. Si tardamos en escribirte no tengas pena, será señal de que estamos bien.

Ofrece en nuestro nombre, tu nuevo hermanito a tu tío Rogelio y familia; a Don Pedro y familia y a tus patrones; y a todos haces presentes nuestros recuerdos.

Recibimos tu última carta y periódicos, que como todo nos ha causado gran alegría y dejado sumamente satisfechos. Sigue así, hijo mío. Esperamos pronto tu nueva carta y fotografía.

Sin otra cosa recibe mil besos y abrazos de tus hermanos y de la abuela y en especial de estos tus padres.

Leopoldo y Agustina

Recuerdos de tu tío Simeón. Haz enseguida una visita en nuestro nombre a la Virgen del Pilar, dándole infinitas gracias, por el inmenso beneficio que acaba de dispensarnos.

Adiós, hijo mío».⁶

Habrá que recordar esta carta-fotografía del padre, cuando nos adentremos en las virtudes de la hija.

Había cursado los estudios de magisterio en la Normal de Maestros de Soria y en los años de su enseñanza recib o «votos de gracias» y distinc on laudatoria por las Juntas Provinciales de Instrucción Pública de Logroño y Soria en 1904 y 1911 respectivamente, además de otros veintiún votos de gracias de la Inspección de Soria en diversos años.

3. Una madre enérgica y ordenada

Su madre, Doña Agustina, venía de las tierras aragonesas de Sisamón y se le notaba en el carácter. Sincera, directa, enérgica y trabajadora, piadosa y atenta a la educación de los hijos, a ella le tocaba corregir y reprender, a veces con viveza, mientras el marido se dejaba querer en su bondadosa dulzura.

Una de las devociones de Doña Agustina que es preciso recordar, es la de San Pascual Bail n. Era un santo como de casa, nacido en Torrehermosa, a escasos kilómetros de Sisamón, donde Aragón confina con el oriente soriano de Medinaceli. Al llegar su fiesta se añadía al rosario de cada día, con toda la familia reunida, la novena a San Pascual en la que se intercalaba entre los padrenuestros esta popular invocación:

«Pascual  qu  haces?
Señor, contemplo.
Bendito y alabado sea
el Santísimo Sacramento».⁷

A San Pascual, su paisano, le había ofrecido su madre a la niña durante la gestación de Juana. Las líneas con que Dios va marcando el arranque de una vida son imperceptibles en un principio, pero se notan con nitidez desde la cumbre de los últimos años. Porque este Pascual, hijo de San Francisco, santamente loco por la Eucaristía, influirá ostensiblemente en la vocación franciscana y en el decidido fervor eucarístico de Sor Clara.

Doña Agustina compartía con su marido aquello tan secular de que «cuentas claras, amigos viejos» y para conservar y acrecentar la paz de la familia administraban conjunta y severamente las 550 pesetas del sueldo de Torre y la retribución parecida que percibir an en Rebollar.

Y nadie podrá decir que no eran previsores. Dejaron Torre en el verano de 1904, para pasar con sus hermanos unos días en Ser n y el 28 de agosto, fiesta de San Agustín y cumpleaños de Agustina, firmaron con sus hermanos

una «declaración de cuenta y resumen» de los bienes patrimoniales que en el momento tenían, provenientes de la dote matrimonial, donaciones, herencia y bienes adquiridos que ascendían a 6.837 ptas. Es un documento privado, pero solemne, y a la muerte repentina del padre en 1922, esta declaración serviría de base testamentaria para la viuda y su numerosa familia.

La atmósfera espiritual de la casa queda descrita por su hermana del alma, Concesa, con la que pasaría Juana su infancia y juventud.

«Mis padres eran muy cristianos. Rezábamos el rosario en familia todas las noches. Cada noche un hijo. Juanita lo rezaba pasándose».⁸

Y la misma Juana describe el clima religioso de su casa en unas sentidas meditaciones sobre los misterios del rosario que dedica a su madre anciana, recordándole lo que de ella aprendió y ambientando el paso del rosario y la contemplación evangélica, con escenas familiares en las que se ve reflejada la personalidad de sus familiares.

«Recuerdo muy bien, un jueves santo, comiendo todos en la casita del rincón... cómo papá con su medallón de gala que no se quitaba en todo el día, nos hablaba de la Pasión del Señor. Y nos decía que a él lo que más le impresionaba era la coronación de espinas, y cuando los verdugos le arrancaron los vestidos. ¡Cómo iba describiendo él su cabeza divina tan sensible, agujereada con todas aquellas espinas tan tremendas, aquella serenidad y majestad del Señor... cómo me impresionaban a mí aquellas explicaciones de papá!».⁹

4. La escuela de las virtudes

Nos referimos no a la escuela pública, regentada por Don Leopoldo, sino al hogar familiar de los esposos Sánchez García. De este matrimonio nacieron siete hijos:

Antonia en 1893, en Serón.

José en 1897, en Serón.

JUANA DE LA CONCEPCION, en Torre de Cameros, 1902.

Concesa en 1904, en Torre de Cameros.

María del Carmen en 1911, en Rebollar.

Josafat Pascual en 1913, en Rebollar.

Claudio Emilio en 1916, en Rebollar.



Capilla del baptisterio de Torre de Cameros.



Pila bautismal de Torre de Cameros.

Sobrevivieron a Juana, Antonia, Concesa y Emilio, y los dos últimos ilustraron con impagables datos la infancia de su hermana.

Según sus testimonios, la primera escuela de formación moral, religiosa, cultural y humana era para estos hijos la familia, dentro de un clima de trabajo, alegrías comunicadas y sufrimientos compartidos. La mirada de la fe hacia lo grande y lo pequeño y la omnipresencia de Dios en cada caso y acontecimiento fue aprendida ya para siempre por Juana en su primer despertar infantil.

Su situación de tercera entre los siete hermanos le multiplicó la oportunidad de formación de su personalidad. Los estudios de Magisterio de sus dos primeros hermanos en los correspondientes centros docentes estimulaban su afán de lecturas, conocimientos y cultura. Al mismo tiempo ella quedaba como la mayor de los restantes hermanos, debiendo asumir los trabajos de ayuda a las faenas familiares, como mano derecha de su madre en los quehaceres de la casa.

El unir tan admirablemente el trabajo y la piedad, la austeridad con el orden, el servicio a los demás con su permanente afán de formación propia, aquí lo aprendió desde su niñez. Dicen que tenía especial habilidad para los afanes domésticos: limpiaba la casa, sobre todo lo más inaccesible y blanqueaba las paredes, cernía la harina para el pan, lo amasaba, se empleaba a fondo en las matanzas.

Hay deliciosas e ingenuas descripciones de su hermana Concesa, dos años menor que ella, que nos hablan de su infantil organización laboral: «lo

tenían todo muy relimpio». Concesa le daba a las ollas y Juanita fregaba porque era mayor y lo hacía mejor. Fregaba en un balde y aclaraba en otro, porque no había grifo. Luego desciende al cuidado de la pequeña ganadería doméstica, imprescindible entonces en las zonas rurales.

«Nos mandaba mi madre a las dos a limpiar. Me decía: yo haré lo de las cabras, tú lo de las gallinas, yo lloraba y decía: no, yo no limpio lo de las gallinas. No llores maja, mira bonita, me decía siempre: yo limpiaré lo de las gallinas, tú limpias lo de las cabras y cambiábamos así. Era Juanita muy tranquila. Te consolaba. A mí me picó una víbora a los 6 años; venía Juanita a mi cama: bonita ¿te duele? Me consolaba mucho»¹⁰

No es sólo la ayuda material a sus padres lo que le facilita y exige su colocación entre los hermanos, sino su decisivo influjo en la educación de estos, como vamos viendo. El ejemplo más claro es el de sus hermanos menores, Pascual y Emilio, once y catorce años menores que ella. Al primero le prepara con calor para la primera comunión siendo ella ya muy mocita y dejará caer en él con mucho tino semillas de vocación que luego darán fruto:

«Mira Pascualito ¿no te gustaría ser sacerdote? Celebrañas la Santa Misa y luego nos dañas la comunión».¹¹

La cosa no quedaba en estas directas invitaciones. Para que se lograra el empeño le compuso una oración en la que suplicaba la gracia de ser llamado.

De su hermano Emilio fue madrina de bautismo y se tomó muy en serio su madrinazgo, no sólo en los primeros pasos del hermanito, sino en toda la variada vida del que sería universitario, abogado, casado y siempre entusiasmado admirador de su hermana clarisa. En ella encontró siempre a la discreta consejera para cualquier duda y a la infatigable impulsora de su actividad espiritual.

5. La leyenda de un viaje

A primeros de agosto de 1904 le llega a Don Leopoldo el destino a Rollamienta, cerca de Rebollar. El viaje cuenta con todos los incidentes de los traslados de principios de siglo, como alguna famosa secuencia de película del oeste. Pasado el tiempo, con la reiterada narración de los padres y la imaginación de los hijos, se convierte en uno de los episodios familiarmente épicos. Las comunicaciones de la sierra se mantenían en los usos

del siglo XIX, con sus variados caminos de herradura, sus carros de posta y el valijero que traía la correspondencia desde Torrecilla de Cameros, cabeza del partido, los miércoles y domingos.

El viaje fue en carro. Los dos hijos mayores, Antonia, de once años y José, de siete, habían quedado con los familiares de Serón. El carro, repleto de los enseres de los señores maestros y de la dulce carga de las niñas, Juanita de dos años y medio, y Concesa de pocos meses, tiene que acometer el temible puerto de Piqueras. Menos mal que es verano y el camino está franco por la Venta de Muro y el puertecillo de La Rasa. Allí entrarían en el Camino Real o Cañada Real y por Prado Admuel, Venta Quemada y Alto de Sancho Leza alcanzarían la cumbre de Piqueras.

Aunque es más probable un segundo itinerario que, dejando el Camero Viejo se adentraría en el Camero Nuevo. Descenderían de Torre al empalme de Nieva de Cameros y allí enlazarían con el carro de posta que hacía el servicio de Logroño a Soria, serpeando río arriba la cuenca del Iregua, prácticamente por la actual carretera. La distancia entre las dos capitales se cubría en tres jornadas de cuarenta kilómetros escasos al día; la primera de Logroño a la Venta del Hambre en el empalme de Nieva; la segunda, hasta la Venta de Venancio en la Ermita de la Virgen de la Luz; la tercera hasta Soria. Es más verosímil este segundo itinerario porque la Venta Quemada del Camero Viejo estaba cerrada hacía unos decenios. En estos carros de caballos cabían cómodamente los muebles y enseres de una familia de la época.

En ambas rutas hubieron de empinarse hasta los 1710 metros de Piqueras. Ya en el descenso están en su tierra soriana, que aquí bordea la Sierra de Cebollera con inmensas laderas desnudas y majestuosas perspectivas. Terminando el descenso y en llanura abierta pasan Almarza y tomando el camino de la derecha están en Rebollar y Rollamienta.

Allí permanecería la familia poco más de año y medio con los ojos puestos en Rebollar, a donde llegarían el 14 de febrero de 1907, precisamente el día en que Juanita cumplía sus cinco años. Antes había pasado don Leopoldo unos meses, probablemente sin la familia, en las escuelas de Torreblanca (Castellón) y Tajahuerce (Soria).

Son quince los años de Juana en Rebollar, decisivos para su personalidad y santidad. Rebollar, es una pequeña villa soriana, 19 km. al noroeste de Soria y que en 1900 contaba con 392 habitantes. Tenía dos edificios religiosos, la iglesia parroquial de San Andrés, hoy en buen estado y una ermita de la Soledad, ahora completamente en ruinas. Siempre ha pertenecido al obis-



Primeras casas de Rebollar.

pado de Osma. La escuela mixta y única estaba retribuida con 500 pesetas de sueldo anual, de las que 133 pesetas correspondían a las retribuciones y casa del maestro. Los vecinos vivían del campo, cereales y huertos, y la ganadería. El carácter sencillo, austero y laborioso de Juana se encontró en su salsa entre los aplicados y austeros amigos de Rebollar, o estos potenciaron estas cualidades en la recién llegada. Tan a gusto vivió en Rebollar que ella siempre lo considerará su pueblo. Sus afanosos labradores y su cielo abierto dejarán en Juana un sello imborrable, que se traslucían siempre en su aprovechamiento de cada minuto y en su franca y sincera actitud ante cualquiera. La casa, la escuela, la plaza y sobre todo la iglesia ocupaban sus horas y sus pensamientos. Ningún dato queda de la fecha de la primera comunión, que entonces era una fiesta puramente religiosa y familiar, sin ninguna ostentación social. Sí hablan sus hermanos, y quienes convivieron a su lado en la infancia, de su mucha devoción a Jesús Sacramentado, de sus visitas al Santísimo, de su incipiente pasión eucarística y de su participación diaria en la misa. Cuentan que iba a misa con su madre todos los días.

Y ningún testigo olvida la anécdota de las misas de Don Jaime. Don Jaime era el párroco; lo fue durante muchos años en Rebollar y cultivó una amistad respetuosa y cordial con la familia de los «señores maestros». Se llamaba Jaime San Román. Más tarde emparentaron, porque poco antes de entrar Juana en las clarisas, su hermana mayor, Antonia, contrae matrimonio

con un San Román que era viudo y hermano del párroco. La boda fue en Rebollar y Antonia fue enseguida de maestra a Pozalmuro donde el marido se dedicó a la agricultura.

Pues bien, la anécdota por todos recordada es la petición a su madre, que ésta debía trasladar a Don Jaime:

«Mamá diga a Don Jaime que al elevar la Sagrada Hostia antes de la comunión, la levante mucho y la tenga un poquito elevada para poder comulgar espiritualmente».¹²

Y es que entonces la comunión diaria no se conocía en las parroquias ni en algunos conventos, a pesar de las recomendaciones de San Pío X en 1905, que aún andaban por los documentos pontificios sin bajar al pueblo. La niña quería, al menos, hacer una comunión espiritual, devoción entonces muy en alza que abría el camino a la comunión sacramental. ¿Quién nos diría que estos anhelos infantiles desembocarán en una santa pasión por la reserva eucarística solemnemente venerada?

También es de esta época otra infantil ocurrencia que nadie omite. La llevaba a misa su hermano José y la niña había estrenado unas botitas blancas. Con sus cinco años más, José le decía: «mira, Juana, tienes que estar muy quieta en la iglesia, porque dice el Catón, que las niñas *devotas* parecen ángeles». Juanita, que no alcanzaba las diferencias léxicas de nuestra rica lengua, preguntó a su instructor: «¿las niñas de botas blancas?». Anécdota muy repetida por Sor Clara en el convento, como prueba de la vanidad que le atacaba ya desde pequeña. Para contrarrestar esta supuesta vanidad ella seguía asegurando que su familia vivía pobremente y que por las fiestas les hacían vestidos baratos a las dos pequeñas y que salía muchas veces con su hermana a recoger gamones y otras hierbas del campo para los cerdos que criaban en su casa.

6. Otras reveladoras anécdotas

Tuvo una seria enfermedad al final de su niñez, y hasta Soria se fue su hermano José a buscar un médico. El doctor que después de otras negativas acompañó a José a Rebollar se llamaba Don Mariano Javierre. Se acercó a la cama y le preguntó:

«¿Cómo te llamas? Juana de la Concepción para servir a Dios y a Vd. Muy bien, pues si quieres servir a Dios y a mí, tendrás que hacer todo lo que yo te diga».¹³

Su obediencia fue completa y casi heroica. Sometida a uno de los frecuentes martirios de la medicina antigua, la aplicación de botones de fuego, ni un día se oyeron las quejas de la niña. Animado por este comportamiento, todavía recién curada, su buen hermano José le predicaba que en adelante debía ser aún mejor, porque si Dios le había curado era para que su hermana le diera mucha gloria.

En otra ocasión le dio por gritar como prueba del buen humor con que recibía una serie de ventosas, que según su testimonio no le hacían daño. «Pero si me ponen fuego, decía ella, ¿no voy a gritar?».

También aprendió sus ingenuas picardías. Su madre le mandaba todos los días al gallinero a buscar un huevo para hacer la bola del cocido, con la cansina recomendación del exquisito cuidado con que había de bajarlo del alto para no romperlo. Ante la pesadez del consejo, pretendió ella probar la resistencia del huevo, apretó con las dos manos y se puso perdida. Y además de la fragilidad del huevo, aprendió a limpiarse rápidamente y a buscar escondidas una vieja bolsa donde meter las cáscaras, a ocultar entre unas vigas el cuerpo del delito, a coger del nidal otro huevo con que presentarse a su madre y a trasladarlo ahora y siempre con el cuidado que le exigían.

El párroco Don Jaime enseñó a conciencia a su pequeña grey de primeras comuniones un cómodo método de confesarse. El les preguntaría y los niños y niñas deberían responder si habían hecho aquello o no. Pero a Juanita le tocó con otro sacerdote que vino de fuera. Ella disparó su comienzo: «Padre mío espiritual, hace tanto tiempo que no me confesé y cumplí la penitencia». La niña espera la pregunta y la pregunta no llegaba. Tras las dudas y apuros se confesó sonrojada como pudo. Nunca le volvería a ocurrir. Se adquirió un librito de exámenes de conciencia y acudió ya siempre con aplomo al confesionario, lamentando sólo el rigor con que se le prohibía la mayor frecuencia del sacramento del perdón.

Ella quería confesar sus pecadillos. La tenían convencida, y acaso tenían razón, de que era respondona y de carácter fuerte. De ello dará cuenta el siguiente episodio: recibieron en Rebollar la visita de la abuela Isidora que venía de sus tierras aragonesas para pasar unos días. La presentación que de la niña hizo su madre fue más o menos: «a ésta le gusta que la llamen Juanita, pero tendríamos que llamarla Juanaza, porque tiene un genio que se parece a la Vicentona». A la niña le caló hondo el comentario y se esmeró tanto en la obediencia, aumentó tanto la condescendencia y hasta la humildad, y dulcificó tanto el supuesto mal genio, que la abuela al despedirse no tuvo más que



Juana a los diez años.

alabanzas para esta nieta, valorando su comportamiento muy por encima del de los demás hermanos. La veremos ya adulta con el mismo fuerte carácter e igual práctica de la dulzura por su constante vencimiento.

Cuando de mayor repetía la anécdota, Sor Clara concluía con la reflexión de que este comportamiento infantil le había parecido una voz del cielo y que le invitaba a pensar que «por qué no le vamos a dar a Dios el mismo esfuerzo que hemos puesto para la abuela».¹⁴

Tenemos una preciosa carta de Juana desde Almazán, a los ocho años, repleta de infantil sensatez. Y de Almazán se guardaron otros recuerdos. La habían llevado allí para quedarse algún tiempo con una tía. Entre las amiguitas que le buscaron había una que pasaba una enfermedad y Juanita la visitaba cada tarde. Pero un día oyó decir al hermano de la enferma con cierto hastío: «ya está ahí ésa». Y comenzó a desplegar sus buenas maneras que luego tan bien desarrollaría. Cuando su tía la mandaba a

la consabida visita, pasaba un rato breve con su amiguita y el resto lo dedicaba a jugar y a dar vueltas por el pueblo para que nada notase su tía del rechazo de la otra casa.

Otros disgustos recibió en Almazán de sus ocasionales compañeras de catequesis parroquial. Como ella no quería hablar y dar la guerra de otros en la iglesia, se enfadaban con la forastera. ¿Pero quién es ésta? ¿qué se habrá creído! Ella contaba siempre con gusto estas infantiles y a veces crueles humillaciones.

Almazán 20 de febrero de 1910
 Queridos papas y ermanos
 Recibimos sus cartas y nos gustaron
 mucho. tambien nos gustaron mucho
 los chocolates y lo dulces, nosotros
 estamos bien grazias adios, supongo
 que por alli abra mucha nieve. por aci
 ace mucho frios ademas esta la tosferina
 y el trancazo a mi no me a pillado nada
 de eso pues tengo ganas de ir a berlos,
 por el carnabal el domingo salieron
 chicos bestidos de payasos, jitanos
 i cojos. por el martes, osos señori-
 tas payasos, y jitanos, pues ya se
 termino el carnabal el miercoles
 de zenica, fui a misa a tomar la
 zenica den recuerdos a los becinos,
 al sernor cura y a su ermanas y
 ustez reciba un abrazo

de esta su ija que le quiere de todo
 corazón,
 Juana Sanchez
 ¿cuántas tabas tiene
 la concesa? si tiene muchas, que
 las guarde

Carta de Juana a sus ocho años. Si no domina la ortografía, apunta cualidades de narradora.

La transparente sencillez de la carta a sus padres a sus ocho años recién cumplidos retrata y resume su primera infancia feliz, divertida y piadosa. Lleva la fecha del 20 de febrero de 1910 y dice:

«Almazán 20 de febrero de 1910

Queridos papas y ermanos

Recibimos sus cartas y nos gustaron mucho. tambien nos gustaron mucho los chocolates y lo dulces. nosotros estamos bien grazias adios, supongo que por alli abra mucha nieve. por aci ace mucho frios ademas esta la tosferina y el trancazo a mi no me a pillado nada de eso pues tengo ganas de ir a berlos. por el carnabal el domingo salieron chicos bestidos de payasos, jitanos i cojos. por el martes, osos señori-
 tas payasos, y jitanos, pues ya se termino el carnabal el miercoles de zenica, fui a Misa a tomar la zenica den recuerdos a los becinos, al sernor cura y a su ermanas y ustez reciba un abrazo de esta su ija que le quiere de todo corazón,

Juana Sanchez

¿cuántas tabas tiene la concesa? si tiene muchas, que las guarde».¹⁵

II

ADOLESCENCIA

1. Cerner y cantar

Con los años creció en Juana el tesón por el trabajo, la búsqueda de instantes de oración y el conocimiento de la lengua castellana con su sentido rítmico y musical. De ahí surgió su afición a los que serían sus famosos cantares. Su hermanita Concesa con la que reparte los trabajos domésticos de una casa rural, lo cuenta popularmente y todo junto en una sola frase: «mientras cernía, sacaba cantares».

Si los cantares retrataron siempre su interior, aquí revelan ya su profundo sentido religioso. Porque los versos eran nada menos que a la Pasión del Señor y con alguna música conocida o adaptada por su padre, servían para el coro de niñas en la procesión o en el Viacrucis de la Iglesia. Concesa guardaba a mano un papel y un lapicero y mientras Juana se afanaba con la harina, ella transcribía. Y a los 87 años recordaba el comienzo de las coplas:

«Con sentimiento y amor
de esta mujer dolorida
voy a cantar tu Pasión
dulce Jesús de mi vida».¹

Más tarde, con mayor dominio de la versificación, y sobre todo de sí misma, cantará así el Misterio de la Cruz:

«Morir por ti, Jesús mío,
en mi cruz de cada día
¿Puede haber gracia mayor?
¿Habría mayor alegría?».²

Este será el camino espiritual de Juana.

Las salidas a los trabajos del campo eran de mayor provecho y más duro esfuerzo. Habían aprendido de muy niñas a lavar cosas menudas en el río Razón, pero en su adolescencia hacían allí toda la colada, a veces sin la dirección de la madre. La recogida de plantas y hierbas había pasado de ser un juego infantil, que llevaba algo fresco a los animales domésticos, a componer una parte sustancial de su alimentación. Continuaban con sus cerdos, gallinas y conejos a los que se vería obligada a volver como experta la abadesa de Santa Clara de Soria en los años de escasez de la postguerra.

Las flores primaverales y veraniegas no sólo llegarían al campo sino a la vez a los altares de la Parroquia de San Andrés. Con estas flores silvestres o de algún huerto y las que aprendió a fabricar de tela o de papel, siempre estuvo la Iglesia adornada con sencillez. En años de mayor candidez había invitado a sus amigas a traer flores a los santos con esta ingenua propuesta: «Vamos a traerles flores y también nos las pondrán a nosotras si llegamos a ser santas».

La gran suerte de las aldeas es que viven en el campo y el campo vive en ellas. En estos campos de su pueblo aprendió Juana el camino del vencimiento propio y el ejercicio de la mortificación. Recogía cabecitas de manzanilla para saborear su amargo gusto. Y eran cinco las florecillas amarillas que se llevaba a la boca para recordar las cinco llagas del Señor. Con su hermana Concesa era más compasiva y le daba sólo dos, pero no las toleraba. «¿Es que a ti no te amargan? Mira, maja, esta penitencia agrada mucho al Señor». Alguien recordará lo de las florecillas: «En alabanza de Jesucristo y del pobre-cillo Francisco. Amén». Otra mortificación de Juana en las pardas llanuras de Rebollar fue la de los guijarros en los zapatos. Se sabe que la practicaba con frecuencia y hasta se atrevía a recomendarla, como obra de apostolado, a sus amigas. Un día le protestaron. Salían a recorrer todas las casas del pueblo pidiendo para la cera del Monumento de Jueves Santo. Recordando los sufrimientos del Señor que se meditaban esos días, les sugirió añadir a la demanda por el Monumento el sacrificio de las piedrecitas en el calzado. La respuesta fue contundente: «¿Te parece poco sacrificio darnos semejante caminata que aún nos hablas de cantitos en los zapatos?» Más tarde llegó a conocer los cilicios, que usaba naturalmente a escondidas, pero se enteraron, como cuenta detalladamente Concesa:

«Se puso una vecina mala y llamó a mi madre. Señora maestra, corra, corra, que la tía Catalina se ha puesto muy mala. Y mi madre le dijo: Síéntala ahí en el poyo y ahora voy a por una almohada de las



Casa de la familia en Rebollar. En primer término, su hermano Emilio.

niñas, y entonces al coger la almohada vio los cilicios llenos de pinchitos, unas cosas retorcidas con todo pinchos, y se los pondría en los brazos, yo dormía con ella y no los veía, porque me mandaba a mí la primera, y yo no la veía».³

2. Preludios de una vocación

Su adolescencia despunta con unos decididos síntomas de vocación. Su alejamiento del mundo, en la escasa proporción de «mundo» que puede verse entonces en Rebollar, va siendo cada día una opción más clara en ella y mejor conocida por los demás. «No fue nunca con chicos», «desaparecía de las fiestas», dicen los testigos. Sospechan que pedía al sacristán la llave de la iglesia y en ella se estaba. Recordando esta búsqueda de Dios con el que hablar a solas, su hermana Concesa atestigua que: «Juana nació con el don de la vocación». Y Emilio confesará: «Qué segura estaba mi hermana Juanita de su vocación». Y la misma adolescente, Juanita, dice:

«Me enteré de que había monjas encerradas, sin salir del convento, que sin cesar alaban a Dios y me dije: Yo seré como ésas».⁴

Y la Madre Margarita Jiménez sucesivamente discípula suya, hermana, amiga y su abadesa en el momento de la muerte de Sor Clara dice:

«Sobre su vocación sé que fue una llamada excepcional del Señor desde muy jovencita. Yo la considero como una gracia mística, porque sin haber conocido ella las monjas contemplativas sintió una atracción interior hacia una consagración a Dios en una vida de soledad, de silencio y oración. Esto me lo dijo ella: sin conocer ni haber visto nada sintió esa llamada y esa necesidad de entregarse al Señor, intuyendo ese carisma de vida contemplativa, en retiro absoluto».⁵

Esta omnipresente invitación del Señor, marcaba todos los caminos de sus años adolescentes. Su diversión preferida era coger flores del campo para la Virgen con amigas como Flora y olvidarse de los bailes y de los chicos que estaban de más. Y hablar de la Virgen y de las pequeñas cosas del día.

La sed de adoración silenciosa a Jesús Sacramentado y de ofrecerle su compañía, que tan determinante será en su vida adulta, eran ya manifiestas en su adolescencia. Cuántos secretos de horas calladas de oración guarda el sagrario de la pequeña iglesia de Rebollar antes que las custodias de Santo Domingo de Soria.

Dirá Concesa:

«Muchos días de fiesta, a escondidas de mi madre, cogía la aceiterilla de aceite y se la llevaba al Santísimo y se estaba en la Iglesia lo que podía».⁶

Pero no se volvió una chica huidiza y escondida. Mantuvo una adolescencia alegre y sincera, abierta y servicial. Con las otras muchachas alegraba las calles del pueblo, poniendo su voz y su entusiasmo en los cánticos tradicionales que mantenían las costumbres del lugar. Por ejemplo. Cada año pasaban las chicas por las puertas de las casas en demanda de alguna perrilla para una merienda en vísperas de la Cuaresma. Y para donde podía escucharles un mozo casadero componía muchas coplas, de las que sólo se recuerda ésta:

«Este soltero merece
como así es nuestro deseo,
salud y prosperidad
y una novia como un cielo».⁷

Aunque siempre fuera menuda, la recaudación se duplicaba.

De emocionante califican a la petición de cera para el Monumento en la inmejorable compañía de un Santo Cristo, alumbrado por dos velas encendidas. Debía ser limitado el número de peticionarias y su madre prefería dar



Iglesia de Rebollar a la que desde sus casa dirigía Juana la oración.

este gusto a su hija menor. Pero un año Concesa andaba algo enferma y «qué de cánticos se sacó Juana para la cera del Jueves Santo», y cuánto aumentarían los versos la colecta, que la cosa acabó en disgusto. La madre de una de las chicas quiso premiarles y les compró a cada una un delantal con los dineros sobrantes. Juana consideró aquello casi un robo, o por mejor decir una apropiación indebida, y se apenó y lloró. Doña Agustina lo notó e indagó la causa del malestar, y sólo pacificó a su hija cuando le dijo que ya daría ella a la Iglesia dos pesetas. El delantal había costado 1,50 pesetas.

3. El tío Melitón

Comenzó ya en estos años su «apostolado de la oración» con penitencias y plegarias ofrecidas por personas conocidas. No sabemos nombres de otros, pero sí de alguien que vivía solo, era pobre y se lo estaban comiendo los plazos de las deudas. A las hermanas Sánchez les dolía su vida, su abandono religioso, su pobreza y sus costumbres huidizas. Y rezaban por él. Juana hacía mil sacrificios por su conversión y oraba poniendo su futuro en manos de Dios.

El tío Melitón debía mucho al pósito municipal. No sabemos el funcionamiento del pósito de Rebollar en estos años; parece que había dejado de ser un depósito de granos que se prestaban en la siembra a los labradores necesitados para que lo devolvieran al recoger las cosechas. Funcionaba como una organización que adelantaba incluso dinero con los mismos fines y medios.

En su mala fortuna Melitón pedía y no podía devolver y le dijeron que aquello se había terminado para él. Al verse en la ruina total sin medios para sembrar sus pegujales, y sin piensos para sus cuatro ovejas, se dejó engañar por un malvado plan, eficaz en apariencia. Una noche se armó de valor y fuego, e incendió el archivo de la secretaría que se guardaba en la casa de los maestros. Con el archivo arderían los recibos de sus deudas. Aquella noche se oyó gritar a la maestra:

«Leopoldo, ¡levántate, que nos quieren quemar la casa! ¿Quién va a quemar la casa si no hemos hecho mal a nadie?».⁸

Ardió solamente la puerta del archivo. Las sospechas fueron a parar a Melitón que fue arrestado y encerrado en el calabozo del municipio. Dicen que era bueno, era pobre, estaba amargado. Desde este día Juana acrecentó sus penitencias por Melitón y le dedicó muchas horas de oración. Confió su preocupación al párroco Don Jaime, que más tarde escribiría a Sor Clara que Melitón había muerto ejemplarmente. Un día Concesa, que con su marido Casiano vivía en Logroño en los años de la guerra civil, recibe una carta de Soria que su hermana comienza con alegría:

«Mira, te escribo para darte una buena noticia. He recibido carta del sacerdote y me dice que el tío Melitón ha muerto santa y cristianamente. Ah, dice, así que mi trabajo ha conseguido fruto».⁹

El trabajo que produjo tal fruto era entre otros éste: salir sola al balcón en las noches serenas y fijar su mirada en el ábside de la iglesia, queriendo penetrar sus muros hasta el sagrario. El templo no está a más de cuarenta metros de distancia y la proximidad enfervorizaba la contemplación eucarística de Juana. ¿Cuánto duraba la adoración de la muchacha? No lo sabemos. Al salir al balcón mandaba a Concesa que se acostase primero y ésta se dormía.

Entre tantas buenas maneras se echaría de menos, si faltase, el amor a los pobres. Pero ¿había pobres en Rebollar? ¿Y a quién se tenía por pobre a primeros de siglo? Las respuestas no corresponderían a las de hoy. En todo



*Sagrario de la Parroquia de
Rebollar.*

caso había, y más que ahora, hambrientos y muertos de miseria que deambulaban de pueblo en pueblo, y se dejaban caer en grupos en las fiestas de cada aldea, patronales o no, cuyo calendario tenían bien aprendido, porque en esos días los pucheros olían a campana gorda y su olfato y el recuerdo de años pasados les llevaba a las puertas generosas.

En la casa de los señores maestros se tenía buen corazón y se invitaba a la mesa a unos cuantos pordioseros. No consta si comían solos o en la mesa familiar. Al primero que llegaba a pedir, Doña Agustina que andaba con sus ollas, le señalaba la hora de la comida extendiendo su invitación a otros amigos del pobre que él mismo podía escoger. La casa resplandecía de limpieza y de cal. Días antes y con la natural alegría de la espera de la fiesta, las dos hermanas blanqueaban todo lo más visible del hogar entre risas y cánticos, fregaban después las escaleras, daban un saludable repaso a la cocina y dejaban las espeteras como recién salidas de la ebanistería. Dicen de Juana sus hermanos, que todo le parecía poco para estos singulares invitados, que les acompañaba hasta el último momento, que les repartía su postre preferido y que lamentaba su despedida porque ya no podía servirles.

Se sabía en casa de los Sánchez de dos familias de Rebollar que pasaban apuros. Juana les llevaba discretamente alguna ayuda de parte de sus padres. Y reiteran los hermanos que todo se le hacía poco para estos indigentes.

4. También las monjas necesitan saber

Siempre pensó en ser monja. Iba llegando la hora de las decisiones. Su padre hablaba un día con los hermanos mayores después de la comida sobre qué carrera querían ellos estudiar y la mocita Juana no perdía palabra mientras a un metro secaba los cubiertos. Ella tenía ya la respuesta: «como me llame mi papá le digo que yo monja». Ese día no la llamó, pero al poco tiempo su padre decidía por ella, sin preguntarle, que debía estudiar como sus hermanos mayores. Se lo comunicó a Juana, que no se calló. Le vino a decir a su padre con cariño y respeto que no gastasen dinero en darle una carrera, porque estaba resuelta a consagrarse a Dios en un convento de clausura. El padre se mostró decidido pero flexible: por ahora a estudiar, no se sabe lo que puede pasar. Y luego ya veremos. A las monjas nunca les sobran los estudios.

Eran los días en que preparaba a su hermano Pascual, once años menor que ella, para la primera Comunión. Podemos suponer que Juana rondaría los diecisiete, porque ya se había implantado la primera comunión hacia los siete o antes por las disposiciones de San Pío X. La preparación incluía la siembra de vocación sacerdotal para el comulgante y algún comentario sobre sus dificultades para entrar ella en el convento. Naturalmente el niño se solidarizaba con la hermana:

«¡Por qué no querrán que seas monja! Si tú lo quieres, también lo quiero yo».¹⁰

La tensión entre el padre y la hija estaba incubando alguna escena, que llegó, según nos dice un encantador relato de una niña de 87 años, su hermana Concesa:

«Un día le dijo mi padre: mira, hija mía, la cogió de la mano, se la llevó mi padre a la escuela y le dijo: mira, te voy a matricular para el ingreso, porque así ya me tienes que decir, por qué no quieres estudiar. Si no quieres decírmelo aquí, vamos a la escuela. La cogió de la mano y la llevó a la escuela. Y yo fui detrás porque creí que le iba a



Juana a sus veinte años.

pegar, sí lloraba ella, yo también lloraba. Fui detrás despacito y mi padre se ve que al volverse me vio. Cerró la puerta, echó la llave. Dijo: mira, aquí ante el crucifijo -el maestro tenía un dosel y el crucifijo con unas cortinas moradas- me tienes que decir, hija mía, la verdad de por qué no quieres estudiar. Así con cariño, con mucho cariño, le dijo: mira, papá, yo la oía perfectamente, yo no quiero estudiar, yo no quiero estudiar, yo quiero ser monja.

Mi papá le contestó: Tú estudiarás y después, eso es vocación de Dios, que es muy sagrada, hay que mirar lo que se hace. Si Dios te ha dado esa vocación hay que seguirla de verdad, si no ya veremos, pero lo primero tienes que estudiar porque también las monjas necesitan saber mucho. Y así se quedó todo. Se matriculó, empezó a estudiar y le vino muy bien».¹¹



San Francisco. Talla de Victorio Macho. Monasterio de Santa Clara. Soria.

III

VOCACION ARDIENTE Y CONTRARIADA

1. El hechizo de San Francisco

Su respeto y obediencia al padre le cerraban cualquier camino que no fuera el de los estudios. Había que continuar la tradición del padre y los hermanos en la Escuela Normal de Maestros de Soria y allí se matriculó en septiembre de 1920. Tenía dieciocho años. Según su hermano Emilio, su padre no consentía desaprovechar las cualidades de su hija para los libros:

«Inteligencia clara y profunda, intuición penetrante, memoria feliz, fuerza de voluntad y gran capacidad y amor al trabajo».¹

El año anterior a su ingreso en la Normal se entregó intensamente en el pueblo a un acontecimiento familiar. Fue el casamiento de su hermana Antonia, única boda de la casa que Juana no vivió desde la clausura. Cosió, bordó y preparó el ajuar de Antonia, nueve años mayor que ella, colaboró en lo que pudo en el sencillo banquete y hasta escribió una carta desde Rebollar a la escuela que su hermana regentaba, llena de consejos e inmejorables deseos. La recién casada se estableció en Pozalmuro (Soria) donde el marido se dedicaba a la agricultura. Dijimos ya que el esposo era Luis San Román, hermano de nuestro conocido párroco de Rebollar, Don Jaime, con lo que las familias, además de sinceramente amigas, quedaron emparentadas.

Juana buscó hospedaje en Soria en la calle Teatro, número 9, en casa de alguna antigua amistad de sus padres, una buena señora que vivía sola. Y de muchacha de pueblo tuvo que pasar a señorita de ciudad. No se integró demasiado en las seguramente modestas diversiones de la pequeña capital de principios de siglo. Su hermana Concesa la visitaba algún domingo. Llegaba

con su comida y se empeñaba en salir con Juana a la calle de El Collado, el paseo más elegante y frecuentado, para divertirse admirando socarronamente a las señoritas que lucían sombreros de plumas y otras modas estrambóticas de la época. Pero Juana temía, o decía temer, que alguna podría ser una profesora o una amiga de ellas y no quería disgustos en las clases del lunes. Eligió por eso unos recorridos menos mundanizados, acabando la tarde en la ermita de la Soledad del parque de la Dehesa. Y allí rezaban el rosario.

Su vida religiosa ampliaba horizontes. Ahora podía frecuentar la iglesia de los padres Franciscanos, que desde el mes de abril de aquel año difundían en las buenas gentes de la ciudad el espíritu evangélico y el carisma del Pobre de Asís. Después de su exclaustración en el siglo XIX habían vuelto a Soria en 1920 al celebrar el séptimo centenario de la fundación de la Tercera Orden. Desde sus primeras visitas Juana se sintió fascinada por el espíritu franciscano; la pobreza, la sencillez, la poesía y el candor de los santos de Asís, Francisco y Clara, hechizaron a Juana. ¿No era esto lo que ella buscaba? Eran almas gemelas. ¡Por qué no las habría conocido antes! Pero aún le quedaba mucha vida.

El atajo más corto de su itinerario interior era la relación con los terciarios franciscanos. En ese mismo año de 1920 se celebraban en Soria las Bodas de Plata de la restauración de la Hermandad de Terciarios. Los actos conmemorativos del aniversario concentraban periódicamente en la iglesia conventual de Santo Domingo a buen número de simpatizantes. Muchas alumnas de la Escuela de Magisterio embellecían de juventud las reuniones. Juana se sintió llamada a vincular su vida con el espíritu seráfico y dio su nombre a la Tercera Orden.

Al acabar su primer curso de magisterio, el 19 de junio de 1921, entró como terciaria en ceremonia de iniciación y toma de hábito con imposición de cordón y escapulario, como nos dice el Padre Ciriaco. El rito de ingreso, franciscano y soriano, se celebró en la ermita de San Saturio, patrono de la ciudad. La atracción del convento de Santa Clara era cada día más vehemente. Con tal fogosidad confesó su vocación desde la primera prolongada visita, que las monjas comentaban que les parecía puro espíritu que pretendiese ya atravesar las rejas del locutorio y meterse por ellas al convento.

Resolvió internamente y sin agobios una piadosa dificultad, originada en su formación cristiana y familiar. En su casa se vivía con entusiasmo el cariño a la Virgen del Carmen. Le apenaba no ser carmelita; pero pensó y decidió que siendo clarisa había de mantener su amor a la Virgen y si ingresaba en el Carmen no amaría tanto a San Francisco.

2. En la Escuela Normal

En un centro de estudios hay compañeros con su talante alegre y juvenil y profesores blandos y duros, con sus asignaturas, clases y notas. Juana no se encontraba en el festivo bullicio de la muchachada estudiantil. Había una mezcla poco frecuente en su relación con las alumnas; era retraída y a la vez complaciente, callada, pero atenta a los gustos de las otras.

En la Normal de Soria Juana se mostró más hermética con las amigas y compañeras de estudios que lo que cabía esperar de su carácter, contrariada como estaba en su impetuosa vocación. Se venció como siempre, y con sus condiscípulas fue dulce y servicial, como se encargaría de demostrar el constante cariño, lleno de minuciosos detalles, con que Juana las recordaba y la veneración que ellas conservaron a su amiga clarisa. Dicen que vestía tan modestamente que un buenhumorado profesor aprovechó el estreno del traje llamativo de una alumna para embromar a Juana y su habitual sencillez de atuendos:

«¿Qué le parece a la señorita Juana Sánchez, el traje de la señorita Bescansa? Ella se levantó y con todos los registros de su gran simpatía contestó: Pues me parece muy bien, muy bien. El curso aplaudió y el profesor concluyó: pues si a la señorita Sánchez le parece muy bien, no tenemos nada que decir».²

Una condiscípula suya y compañera de pupitre, Manolita García Torrás, la retrata con esta instantánea:

«Juana Sánchez se llamaba aquella muchachita que fue condiscípula mía cuando cursábamos la carrera de Magisterio y compartíamos las horas de clase en la misma mesa. Al terminar el segundo curso nos dejó para ingresar en las clarisas de Soria. El Señor la tenía destinada para fines más altos. La recuerdo perfectamente. Era sencilla, callada, bondadosa, con gran espíritu de servicio, dispuesta siempre a darte su ayuda cuando se la pedías.

Pero entre todo este cortejo de virtudes, yo resaltaría su mucha humildad, es lo que más recuerdo, la llevaba tan dentro de ella que hasta se dejaba traslucir en su rostro».³

De su expediente académico tenemos estos datos. Superó con éxito las pruebas de ingreso en la Normal en septiembre de 1920 y allí cursó con brillantez los dos primeros cursos de Magisterio como demuestran las tablas de calificaciones que presentamos. En el curso 1920-1921 estudió estas ocho asignaturas y obtuvo los siguientes resultados en los exámenes:

«Teoría y práctica de la lectura	sobresaliente
Música	notable
Dibujo	aprobado
Religión e Historia Sagrada	sobresaliente
Costura	sobresaliente
Aritmética y geometría	aprobado
Historia de la Edad Antigua	sobresaliente
Geografía	sobresaliente

Curso 1921-1922

Gramática (2º curso)	sobresaliente
Religión y Moral	sobresaliente
Dibujo	aprobado
Pedagogía	sobresaliente
Caligrafía	sobresaliente
Aritmética y Geometría	aprobado
Música	sobresaliente
Labores	sobresaliente
Geografía	notable». ⁴

Si su irrefrenable vocación contemplativa no le hubiera cercenado sus estudios académicos y su posible paso a la universidad, le habrían recomendado a Juana las carreras de letras antes que las de ciencias. Es la primera conclusión que se desprende de sus notas. «Sobresale», usando el mismo término de la calificación, en gramática, historia en sus distintas ramas, pedagogía y asignaturas religiosas.

Y habría que subrayar con trazos bien destacados las calificaciones máximas en la Teoría y Práctica de la lectura y en la Gramática Española. De la experiencia pedagógica de su padre en la casa y escuela de Rebollar y de estos cursos en la Normal de Soria procede su alta corrección literaria en las redacciones de sus cartas, meditaciones, escritos espirituales y aún alguna pequeña incursión en historia cercana. Y ambos magisterios de su pueblo y de Soria, afinaron su buen oído poético para su fácil y suelta versificación.

¿Qué contratiempo le frustró el primer año el sobresaliente en música a ella tan buena cantora y tan experta en música religiosa desde niña? La comparación de las dos tablas de notas acusa una mejora en el curso segundo. Curso en el que se encrespan sus problemas vocacionales y muere inesperadamente su padre. La superación al año anterior en el resultado académico revela su creciente integración en los estudios y su facilidad para el aprendizaje.

Pero a ella le quitaba el sentido su vocación. Y no le complacían las buenas notas, ni el aprecio y alabanzas de los profesores, ni la alegría lícita que podía darle el mundo. Porque el mundo la aplastaba y decía que «le faltaba hasta la respiración».

3. Muerte del padre

Llegaba a su mitad el segundo curso y en los primeros días de febrero de 1922 Juana decidió probar fortuna ante su hermano mayor, escribiéndole para que obtuviera del padre el permiso de ingreso en el convento de Santo Domingo de Soria. José ejercía como maestro en Galicia, era a la sazón soltero y preparaba ya su matrimonio con Consuelo para el mes de julio. Por sugerencia de su hermana o por iniciativa propia, porque prefirió pasar su responsabilidad a la del padre, José decidió remitir a su padre la misma carta de Juana. Las líneas clave del escrito que sonaban a ultimatum eran éstas:

«No puedo estudiar más que este curso; mi vocación es de monja y tengo que responder a este llamamiento del Señor».⁵

Al recorrer la carta el camino de vuelta de Galicia a Soria, nadie pensó que el efecto fuera tan fulminante. Don Leopoldo recibió la carta y el disgusto, luego se fue a la escuela y allí le dio la embolia de la que murió. Era el 24 de febrero de 1922.

Ella contaría después, según Sor Angela Carro:

«En ese momento que esto tan trágico ocurría, ella estaba sin saber tal acontecimiento, sintiendo unas satisfacciones íntimas grandísimas y se lo comunicó a sus amigas: no sé qué me pasa hoy ¡qué alegría siento! Cuando supo el caso ¡qué dolor! Su padre no pudo hablar y debió sufrir tanto al morir que empapó las sábanas como si acabase de salir del río».⁶

La tremenda noticia llegó enseguida a Juana y se volvió de Soria a Rebollar para llorar y encomendar a su padre y acompañar a su madre y hermanos. En medio de la tristeza contenida de las sufridas familias rurales, entre las frases de consuelo y ánimo, era inevitable el omnipresente problema de la vocación. Y por la noche, antes del luto general por el maestro tan inesperadamente arrebatado y del acompañamiento a una familia de tanto

arraigo en el pueblo, decía Doña Agustina a su hija delante del cuerpo presente de su marido:

«Mira, Juanita, nuestra situación. Tú tienes que ser ahora el sostén de tus hermanos y de esta casa. Antonia está casada y José preparando la boda. Ella, con gran dolor al ver a su madre y responsable de su vocación, contestaba: Madre, Dios proveerá. ¡Qué noche! decía ella, ¡qué luchas!».⁷

Concluidas las exequias, Juanita consoló unos días a su madre en el pueblo antes de volver a los libros de Soria. No esperaba le resultasen tan cuesta arriba la atención en las clases, el estudio privado y la amistad compartida. Dos sentimientos nuevos y contradictorios la absorbían: el todavía angustioso recuerdo del padre y el súbito desbloqueo del camino vocacional.

Como en todas las familias, también en la suya existía el respetado pariente a quien todos piden consejo. Aquí era su tío Rogelio. A su tío Rogelio se le encendió en la cabeza un resplandor de lucidez y de repente vio clara la solución del caso. Terminado el entierro, formó una especie de consejo de familia con los de casa y otros parientes más representativos y llamando a Juana le preguntó:

«¿Continúas con el deseo de ser monja? Y ella contestó afirmativamente. Sin más añadió él que no podían violentarla más, que debían acceder a sus deseos. Todos asintieron y se pensó que en cuanto pudiese, llevase a efecto sus aspiraciones».⁸

Se cuidan mucho los testigos de dejar bien patente que en su padre no había oposición cerrada al ingreso en clausura de su hija. Pedía sólo un prudente aplazamiento hasta que Juana terminara los estudios. Muerto el padre, lo sensato ahora era terminar al menos el segundo curso de magisterio y a ello iba a entregar arduamente los cuatro meses que faltaban hasta el verano. Las notas de fin de curso atestiguan esta entrega.

4. Nuevas dificultades

Abiertas a su vocación todas las puertas familiares, surgirían enseguida nuevos obstáculos. El primero la dote. Al perder los ingresos del padre se hundió la economía de la casa. La pensión de la viuda del maestro apenas

cubría las necesidades esenciales. ¿Cómo asignarle a Juana el patrimonio que la dote exigía?

Ningún testigo recuerda aquel dinero de la «declaración de cuenta y resumen» que el matrimonio Sánchez-García reconocía en 1904 durante su estancia en Torre de Cameros, y que ascendía en ese año a 6.837 ptas. Pero no estaría disponible, o porque en casi veinte años se había consumido buena parte, o porque había que conservar lo que restara para acertar en su reparto entre los numerosos herederos forzosos o como prudente reserva para cuantos quedaban en casa con la mísera pensión. Pero todos los informantes atestiguan la imposibilidad familiar de dotar a la aspirante a monja.

Tampoco en el convento podían recibirla sin dote, según las prescripciones canónicas del momento. Ni veían las Madres el modo de adquirirla por otros cauces. Con lo que de nuevo la clausura continuaba clausurada y bien cerrada para ella. ¿Cuándo se rompería de una vez para ella la insufrible demora?

Este nuevo atasco en su camino avivará en su conciencia religiosa el propósito, conseguido al fin en su mandato de abadesa, de cortar para siempre la exigencia de dinero para la entrada de cualquier postulante. Además de su amor a la extrema pobreza que fue el motivo principal de la supresión, como veremos después. En el año 1956 escribía Sor Clara a la abadesa de las clarisas de Cintruénigo, invitándola a seguir esta vía de pobreza total:

«El poder decir ahora esto a cuantas jóvenes, ricas o pobres, solicitan ingresar en nuestra Orden, es un consuelo tan grande... como nos era grande la pesadilla cuando profesábamos la Regla segunda el tener que hacer esta pregunta: ¿Tiene Vd. dinero?».⁹

Treinta y cuatro años hacía que había sufrido Juana esta perturbadora pesadilla, antes de verse obligada a imponérsela por ley a otras postulantes.

La historia vocacional de Juana se encontró con una imprevista sucesión de serios estorbos, lo mismo que la de tantas otras jóvenes aspirantes. Pero su empuje decisivo y arrollador recuerda el que pocos decenios antes había mostrado Teresa de Lisieux, empeñada en romper los muros y saltar las barreras que le cierran el claustro. Su hermano sacerdote Pascual compararía a Juana con la carmelita francesa. En la conquista de su vocación de clausura tuvieron la misma santa impaciencia. Contra las leyes de la edad canónica Teresa y frente a las trabas familiares o económicas Juana. La misma indomable decisión.

En abril de 1922 Juana volvió a Rebollar para las vacaciones de Semana Santa. Los días 10, 11 y 12, lunes, martes y miércoles de la Semana Mayor, instaló en su casa el taller de flores artificiales para el Monumento. Concesa



Cristo de Rebollar al que Juana encomendó ardientemente su vocación el 13 de abril de 1922.

forraba con papel verde unos alambres que servirían de tallos. Juana rizaba los pétalos con más cariño y destreza que nunca. El papel elástico, la tela, el algodón, las tijeras y un bote de goma, sabiamente utilizados, hacían el milagro. La fría y rojiza planicie de Rebollar seguía, como siempre, perezosa para despertar las otras flores, las de verdad.

Por eso se multiplicaban las horas en el taller que ornamentaría la iglesia, trabajando al final los adornos del Santo Cristo, que éste sí que era de casa. Llevaban unas sábanas de los armarios de Doña Agustina, y unos almohadones del mismo origen y las flores de idéntico lugar. Extendían las sábanas en el suelo, colocaban en el extremo superior de las sábanas el almohadón y sobre el almohadón hacían descansar piadosamente la cabecera del crucifijo. El Cristo yacía delante del Monumento en una expresión sentidamente piadosa, más popular que litúrgica.

Y aquí fue. En la noche de Jueves Santo, 13 de abril de 1922, la viuda Agustina García hacía la vela con su hija ante el Monumento del Señor Sacramentado con algunas personas del lugar. Al avanzar la noche se iban despidiendo otras y otros adoradores y quedaron solas madre e hija con el Señor. Dejemos ahora la voz del recuerdo a Sor Clara, conservada con fidelidad por su hermana Sor Angela Carro:

«De pronto se le cruzó a la señora Agustina una preocupación sobre su casa e inmediatamente fue a dar una vuelta dejando a Juanita en la iglesia. Era la hora de la gracia especial. Va Juanita y viéndose sola en el templo silencioso y en la penumbra, se abraza al crucifijo y llenos de llanto sus ojos le dice al Señor: Pronto al convento o al cielo; ya no puedo más».¹⁰

No era una exigencia al Señor, ni menos una imposición. Ni una queja descompuesta. Es la súplica, llena de confianza, al que puede y esperamos que por fin quiera. Para descubrir el cariño encerrado en las palabras de Juana hay que volver arriba y releer lo del «crucifijo abrazado» y «los ojos llenos de llanto». Juana se ahogaba en lágrimas y en amor tan encendido como humilde.

5. Caminos abiertos

La conmovida oración del Jueves Santo tuvo respuesta de quien Juana no podía sospechar: Doña Gregoria Artachu, reconocida bienhechora del Monasterio. Este fue el camino humano. Los caminos divinos son desconocidos, pero se dan estas coincidencias, al menos según la narración de Sor Angela Carro. La abadesa de Santa Clara de Soria, Madre Gregoria Purroy, afectada por la vehemencia de la vocación de Juana, buscaba sin olvido cauces a sus deseos. En ese mismo Jueves Santo prolongó hasta muy tarde su adoración al Monumento de la Iglesia de Santo Domingo. Al irse a descansar, el sueño le resultaba incómodo y casi imposible ante el problema de la aspirante.

En la duermevela recordó a su Goita Artachu, que en su entusiasmo por la casa le había prometido legar algo a su muerte para ayuda de las vocaciones. ¿Cabría la generosidad añadida de adelantar su ofrecimiento? Esa fue la idea recurrente de la carta que esa misma noche escribió a su amiga. Otras muchas líneas de la comunicación describían las innumerables cualidades de la futura novicia. En una de las primeras visitas de Juana al convento tras las vacaciones le emocionó la alegría con que la recibían en el locutorio. La dote estaba preparada y se podía fijar fecha para el ingreso. Determinaron no demorarlo más del verano, una vez concluidos los exámenes.

A finales de junio encontró el pueblo brillante de sol y vistoso de flores que se dejaban coger para adorno y ofrenda del Señor. Al llevarlas a los altares se ofrecía con ellas y como ellas. Sería el último año. Dominaba la casa una

tristeza serena por la muerte del padre, que en el fondo de Juana compartía lugar con el gozo espiritual de su entrada segura en el claustro. Sus notas de segundo curso de magisterio habían aliviado un poco el corazón de la madre.

Las mujeres de la casa se emplearon en julio en la preparación del ajuar, que había de estar ultimado antes de la Virgen de Agosto. Esa era la fecha solemne del ingreso, la solemnidad de la Asunción, que iba a caer en martes y que celebra el misterio que preside el retablo mayor de Santo Domingo y que cada día iba a contemplar en su vida.

A su madre se le arrancaba el corazón al desprenderse de aquel tesoro de hija. Pero recordó que hacía veinte años, ya en el embarazo, la había ofrecido a su paisano San Pascual y supo ahora que las monjas de Soria y San Pascual eran de la misma Orden Franciscana. «La llama San Pascual», decía conformándose. A la perspicacia de Juana no se le escondía el drama de su madre ante este segundo hueco en la casa en menos de seis meses. Y le confesó:

«Mamá, si quieres esperamos algo más. Y contestó la madre: Hija, tú no conoces a tu madre; he dado palabra de que irás el día 15 de agosto y la cumpliré».¹¹

Del flanco menos esperado vendría el último ataque en esta guerra particular por su vocación. Su concuñado, Don Jaime, el párroco, tenía un amigo y compañero, clérigo prestigioso, que para el cura de Rebollar, cuando aconsejaba, prácticamente ordenaba. Y el respetado cura denunciaba la relajación y falta de caridad en el convento soriano. Por el mejor futuro de Juana, su párroco le suplicaba el aplazamiento del ingreso. Después se vería más claro. Hasta planeaban una visita al obispo que presidiría las fiestas de un pueblo cercano.

Su larga resistencia iba creando en Juana un carácter menos impresionante y su sólido sentido común le había hecho ya comprender para siempre «que era malo consultar a muchos» y perjudicial el perderse en consejos. Ella ya tenía los suficientes. Porque preguntaba:

«¿Y si el señor obispo dice que no? Si yo quiero corresponder a las gracias de Dios, ¿quién me lo puede impedir?».¹²

Y nadie lo impidió. Las supuestas faltas de caridad y relajación del monasterio no pasaban de suposiciones.

6. Por fin el viaje

Caída la tarde del 14 de agosto de 1922 y amortiguado su calor Juana sacó a sus dos hermanos menores a respirar el fresco del campo como todos los días. El cielo diáfano y tranquilo era el de siempre, pero el paseo no era el de siempre, era el último. Pascualito tenía ocho años y Emilio cinco. Emilio recordó toda su vida esa tarde como la primera noticia consciente de su hermana. Por el camino que viene de Rollamienta a su casa de Rebollar, se despedía de los paisajes infantiles, diciendo a voces como en un salmo o en un himno litúrgico que dejaba aflorar su vena poética y su franciscano deleite en la naturaleza: «Adiós montes, adiós valles, adiós queridos caminos de Rebollar». Después, ya en la plaza y antes de encontrarse en casa con su madre, pidió a sus hermanitos: «mañana, cuando me vaya, no lloréis». ¹³

No lloraron en la despedida de Rebollar cuando arrancó el autobús, porque, según Emilio, todos la acompañaron a Soria. Pero ella sí sollozó con las amigas y amigos del pueblo y tantos íntimos que la despidieron con los ojos humedecidos en la plaza desolada. No lloró Pascual. Le había asegurado a Juanita: «Yo no lloraré». Y mantuvo su promesa como un hombre. Pero esta firmeza de sus ocho años, le traicionó en el último instante dejándole la cara pálida, pálida... pero sin lágrimas.

Del viaje se quedaron recuerdos imborrables. No sabemos quién, acaso el mismo Pascual para que fuera distraído, cuidó y llevó el cordero. El cordero era un regalo del entristecido y agradecido Don Jaime para la primera cena conventual, que comieron las monjas contra toda costumbre por gratitud y educación. Por las flores de los altares y sus santos desvelos por su iglesia, Don Jaime no podía menos de tener este detalle.

Los autobuses populares producen con frecuencia repentinos sainetes, en sucesos pintorescos, propicios a la broma y a la chanza. Así el patetismo de este último viaje de Juana se deshizo en buen humor ante el mareo persistente de la que parecía más agasajada. Un viajero locuaz comentaba el negro porvenir de la joven, ahora que la moza habría de frecuentar más las carreteras. Y su tío -tampoco nos dice Emilio si el conocido tío Rogelio- respondió con decidida contundencia.

«No le ocurrirá más. Porque va al convento y de clausura. Así que no tendrá que hacer más viajes». ¹⁴

El viajero de los comentarios quedó convencido y un poco burlado. Juana, nada más pasar la puerta reglar, respiró.

7. El convento de Santo Domingo

Se impone una breve reseña histórica que nos explique cómo el antiguo convento de Santo Domingo se convirtió en el monasterio de Santa Clara. O dicho de otra forma, de dónde venían las clarisas y cómo se instalaron donde están.

La presencia de las Hermanas Pobres de Santa Clara en Soria consta desde 1286. Cuando en 1253 muere la fundadora en el convento de San Damián de Asís, la «plantita» de Francisco ha extendido sus raíces por todo el mundo cristiano y ha arraigado en veinte conventos del territorio que hoy es España. A finales del siglo XIII las fundaciones franciscanas femeninas españolas llegan a cuarenta y seis, entre ellas las de Soria y Almazán.

Con mayor celeridad aún se implantó en nuestra península la rama masculina después de la presencia del mismo San Francisco, que quiso visitar el sepulcro del Apóstol Santiago. El establecimiento de los padres franciscanos en Soria precedió y ayudó al de las «Claras». Como dice el padre Ciriaco Rupérez refiriéndose a Castilla y a Soria «esta expansión parece consecuencia de la identificación espiritual entre Francisco, romero de Compostela, y la tierra y el alma de Castilla, que el poeta ha expresado con estos versos:

Pasando por las Castillas,
bendijo la tierra llana;
por desnuda y por austera
la tomó por franciscana.
La tomó por franciscana,
al ver la tierra de erial
pobre como sus conventos,
parda como su sayal».

(Marqués de Lozoya)¹⁵

El concejo soriano acogió a las clarisas con veneración y los reyes las llenaron de concesiones y privilegios. El archivo del monasterio cuenta con 2.020 documentos entre los siglos XIII y XIX sobre los que descuellan las concesiones de Sancho IV, Fernando IV, Alfonso XI, Pedro I, Enrique II, Juan I, Enrique III, Juan II, Enrique IV, los Reyes Católicos y los Felipes, II, III, IV y V. Los privilegios otorgados y otras donaciones convierten al convento en propietario de numerosos bienes en toda la provincia, que la comunidad puede retener económicamente, porque profesa la segunda Regla de Urbano IV con pobreza mitigada de la que más adelante haremos relación.

En el siglo XVI reforman y amplían el antiguo convento y levantan un templo de grandes proporciones dedicado a Santa Clara, presidido por un magnífico retablo renacentista, que hoy se admira en la cabecera de la nave derecha de la concatedral de San Pedro y es la mejor pieza de la imaginería religiosa soriana. Fue ésta una época de esplendor en el convento, con el brillo también humano de los apellidos de buena parte de las vocaciones que pertenecían a la Casa Troncal de los Doce Linajes. Los vecinos de Soria conocen bien a este cuerpo nobiliario de Caballeros, que se crea en el siglo XIV por doce grupos de familias: los linajes de Santa Cruz, San Lorenzo, Calatañazor, Chancilleres de la Primera Casa, Morales Blancos, Salvadores Blancos, Barnuevo, Vela, Chancilleres de la Segunda Casa, San Esteban, Morales Negros y Salvadores Negros. Estas familias consideraban un honor el tener una hija en Santa Clara y en ocasiones entraban a éste y otros conventos niñas de diez a dieciséis años.

En el siglo XVIII se produce un descenso de vocaciones y de vitalidad conventual. En un documentado trabajo sobre el convento de Santa Clara de Soria, María Raquel García Arancón nos ofrece esta síntesis histórica:

«Simplificando los resultados de este estudio, puede esbozarse el perfil tipo de clarisa en dos épocas bien definidas: la de mayor dinamismo de la comunidad, que corresponde a los siglos XVI y XVII, y la que podríamos llamar de cierto declive, atendiendo al número de monjas, su procedencia social y esperanza de vida, los siglos XVIII y primer cuarto del XIX».

La clarisa tipo de los siglos XVI y XVII tiene un nombre sencillo, María, Catalina, Ana o Francisca y procede de una familia hidalga de Soria integrada en la corporación de los Doce Linajes. Una de cada dos monjas en el siglo XVI y una de cada seis en el XVII tiene una hermana en el convento. Han tomado el hábito entre los 15 y 16 años en el siglo XVI y entre los 10 y 16 en el XVII, y pueden esperar vivir hasta los 67 años. Durante el medio siglo que al menos va a estar en la clausura, si posee dotes de gobierno tiene posibilidades de ser discreta, vicaría y finalmente, en torno a los 59 años, abadesa.

«En el siglo XVIII y XIX la clarisa tiene un nombre compuesto, Antonia Manuela o Josefa Antonia, o un nombre sencillo propio de este siglo, como Marta, Justa, Ramona o Tomasa. Su apellido no pertenece a la vieja nobleza soriana y ha nacido en Soria o en alguna región limítrofe. Entra en el convento entre los 10 y 14 años y por término medio va a vivir hasta los 60. La comunidad se ha reducido y en consecuencia

tiene mayores posibilidades de ser discreta que en el siglo anterior, pero no necesariamente llegará a ser abadesa. En el primer cuarto del siglo XIX la clarisa entra con más de 20 años y es muy probable que llegue a ser discreta, pero muy raro que sea abadesa».¹⁶

El año 1834 las autoridades militares ocuparon el convento con motivo de la primera guerra carlista. Con un apremio de cuarenta y ocho horas las hermanas recogieron lo más indispensable de sus documentos y muebles y se refugiaron en una casa del Marqués de Alcántara de la calle Caballeros. Del convento de Santa Clara, convertido en cuartel, salieron quince religiosas que esperaron en vano durante tres años la devolución de su inmueble. También les incautaron sus bienes que nunca volvieron.

Se trasladaron a los tres años de la calle de Caballeros al Palacio de los Ríos, donde residían las madres concepcionistas, también de la familia franciscana. Este convento de la Plaza de San Clemente tenía acceso interior a la iglesia del santo que le da su nombre y allí convivieron ambas comunidades hasta la desaparición por fallecimiento de las concepcionistas. También en las clarisas se cebaron las bajas, porque en los dieciséis años de estancia en San Clemente murieron siete de las quince que habían llegado. Y no se daban nuevas profesiones porque el gobierno liberal de 1834 había decretado la supresión de los noviciados en los conventos y la comunidad soriana sólo había admitido como «educandas» a tres jóvenes.

Estaba próximo el sexto centenario de la muerte de la fundadora y Santa Clara iba a bendecir a sus hijas con un nuevo y definitivo alojamiento. Los dos últimos centenarios de la Santa de Asís han sido históricos para las clarisas de Soria. En 1853 se instalaron en Santo Domingo y en 1953 profesaron la Primera Regla. El obispo diocesano, fray Vicente Horcos San Martín, se apiadó de la incomodidad de las monjas, de sus penosas condiciones sanitarias y de sus muertes en el Palacio de Los Ríos, y el año 1853 les concedió pasar al deshabitado convento de dominicos, anexo al templo de Santo Tomás.

Sólo ocho supervivientes hicieron el histórico y breve traslado de San Clemente a Santo Domingo, acompañadas en la subida de la cuesta por el abad de la colegiata y por el vicario del monasterio. Estos mismos, que actuaban en nombre del obispo, las dejaron canónicamente instaladas en la nueva clausura papal.

El convento de Santo Domingo albergaba a la comunidad de padres dominicos desde la segunda mitad del siglo XVI. Al no poder edificar su iglesia propia por apuros económicos, venían usando como templo conventual el de la casi aneja parroquia de Santo Tomás. Pocos años más tarde se



Iglesia y convento de Santo Domingo.

encargarían los frailes dominicos de esta iglesia parroquial, que el pueblo comenzó a llamar de Santo Domingo, olvidando el nombre de Santo Tomé. No es de este lugar la descripción del templo ni el entusiasmado elogio de su insuperable y monumental fachada románica.

Los dominicos y su convento corrieron en Soria la suerte de las franciscanas de Santa Clara. Ellos tuvieron que marcharse y el cenobio fue ocupado por la fuerza militar que lo convirtió en cuartel. La Iglesia recibió el cuidado de la feligresía y de un fraile exclaustro que regía desde fuera la parroquia. El convento, que ya fue terminado entre penurias económicas y con endeble materiales, sufrió tal deterioro que las ocho monjas quedaron desoladas. Cuando llegaron las hermanas después de casi veinte años de la exclaustro no tenían celdas, carecían de otros servicios imprescindibles, los tejados eran una criba de goteras y en los claustros desenladrillados debían ir saltando de tabla en tabla con grave peligro de caídas fatales. Los fieles cercanos se conmovieron ante el coraje de las monjas y contribuyeron con sus limosnas al mantenimiento de una comunidad despojada de todo lo suyo. Ni la muerte perdonó al heroico y atribulado grupo de clarisas, y el cólera morbo de 1855 se llevó en nueve días cuatro religiosas, la mitad de la comunidad.

El Marqués de Vilueña adelantó veinticinco mil reales para una elemental restauración. Poco después, en 1857, el prelado fray Vicente Horcos,

conmovido de nuevo ante el calvario de las monjas, mandó reparar tejados, enladrillar los claustros y construir las celdas; pero aún faltaban al convento la cocina, el refectorio, el noviciado y otras necesarias dependencias. Los doce mil reales entregados por el obispo no habían alcanzado a más.

No acababan ahí las tribulaciones del decidido grupo de clarisas. El gobierno les apremió con órdenes durísimas y oficios hirientes a que abrieran en Santo Domingo un colegio de enseñanza. Y en contra de su historia y de su vocación contemplativa y en clausura dieron clases gratuitas a las niñas de las calles cercanas.

La comunidad alcanzaba en 1881 el número de doce religiosas y se adaptaba mejor a su casa siempre vieja, pero cada día más cuidada y limpia. En ese año trasladaron los restos mortales de las clarisas enterradas en los cementerios de los conventos anteriores. Fue el reencuentro con su historia secular en la ciudad del alto Duero, con una solemne y popular ceremonia presidida por el Cabildo Colegial y con la presencia de todo el clero, autoridades y vecinos. Cumplían así los propósitos de las monjas de siglos pasados que, como las de entonces, entraron en el convento para nunca salir, ni en la vida ni en la muerte.

Las doce claustrales que daban tierra a los huesos de sus antepasadas ofrecen el porcentaje medio de las monjas que viven en la clausura en los últimos decenios del siglo pasado. En los primeros veinte años del siglo actual se eleva la media a dieciocho y dieciocho son las que en 1922 reciben a la que vendrá a ser la reformadora del cenobio.

Las hijas de Santa Clara sólo ocuparon hasta 1894 el edificio conventual y la capilla del Rosario de la iglesia. El resto del templo continuó como parroquia hasta que en este año se rehicieron las demarcaciones parroquiales de la ciudad y quedó suprimida la de Santo Tomé, pasando sus libros sacramentales y otros documentos a la iglesia de El Salvador. Desde ese año, y ya han corrido más de cien, toda la iglesia es templo conventual de las Hermanas Pobres.

Hay otros sucesos de principios de este siglo que merecen un rápido recuerdo. En 1906 se acordó por fin el gobierno de Madrid de las maltratadas clarisas y envió una subvención que sirvió al menos para adecentar el convento con cielos rasos en los claustros, en las celdas del noviciado y en otras dependencias.

El 1912 fue un año de fiesta y de evocaciones que hizo respirar a las hermanas el aire puro del agradecimiento. El Cabildo Colegial colaboró con

entusiasmo en la celebración del séptimo centenario de la fundación de la Orden y el pueblo demostró su sincera gratitud a las vecinas de la institución más secular de la ciudad. Las visitas más asiduas a Soria en ese mismo año de los franciscanos, exclaustrados hacía tres cuartos de siglo, multiplicaron la alegría del centenario y señalaron el comienzo de una constante siembra y lluvia espiritual que los padres dejarían caer en el monasterio de Santa Clara.

En 1917 llegó por fin la esperada restauración del templo, bajo la dirección del arquitecto Teodoro Ramírez y con el mecenazgo del Vizconde de Eza. Además de la esmerada reparación de la fachada, se derribó el coro alto que avanzaba desde la puerta hasta el segundo grupo de columnas y obstaculizaba seriamente la contemplación de las naves y del rosetón que se abre en la pared oeste.

Con algunos elementos del coro demolido se construyó para las hermanas otro nuevo, también alto, en el lado derecho del crucero renacentista.

A este coro, a este templo, a este monasterio entraba el 15 de agosto de 1922 la que sería la refundadora del convento a mediados de siglo.



IV

ME TRAJO AL SITIO MEJOR

1. Comunicar alegría

Se cerró el viejo portón de la clausura y Juana respiró. No había pisado nunca aquellos claustros, ni la escalera, ni los dormitorios, ni la huerta, pero se encontró desde su entrada como en su casa y su franca cordialidad aumentó la siempre íntima alegría monacal. El mundo la ahogaba y solamente aquí estaba el remedio de su axfisia. No le importó el deslustrado aspecto del convento, afeado entonces por deterioros materiales y desperfectos de siglos. Parecían dominar ciertos rincones la incuria y el abandono, cuando lo que reinaba era la extrema pobreza que aplazaba su arreglo para tiempos mejores. Sus visitas a muchas de las casas de Rebollar le habían familiarizado con estos descuidos estéticos.

Cenaron el cordero del regalo, primera y última cena de tan desacostumbrado manjar conventual. Las sorpresas se sucedieron en el último recreo del día. Seguía cargada de un gozo irrepresable al que daba suelta del modo más sencillo y natural: cogía del brazo animadamente a las monjas, cosa nada corriente en aquellos años, y con ellas paseaba contagiándoles su dicha desbordada con la sencillez, espontaneidad y libertad franciscanas que parecía traer ya aprendidas.

El programa de vida que las Constituciones le asignaba desde aquel 15 de agosto de 1922 era el que ahora nos permitimos explicar globalmente para los no iniciados en las costumbres y terminología conventual:

- 1º Seis meses de postulante
- Lo cumplió del 15-8-1922 al 18-2-1923

- 2° Un año de noviciado
Hizo el noviciado del 18-2-1923 al 24-2-1924
- 3° Tres años de juniorado
Desde los votos simples el 24-2-1924 hasta los votos solemnes el 24-2-1927.
- 4° Profesión solemne
Desde el 24-2-1927 hasta su muerte el 22-1-1973.

Dicen las citadas Constituciones en sus artículos 27 y 39, que:

«Antes de ser admitidas al noviciado hagan el postulante durante seis meses enteros usando vestido modesto y distinto del de las novicias. Las postulantes serán entregadas al cuidado especial de la maestra de novicias, quien les enseñará sumariamente las obligaciones de la vida religiosa y les propondrá lo duro y áspero que conduce a Dios y que es necesario que observen con firmeza».¹

Juana meditó estos y otros artículos que habrían de ser su manual de vida, y se alegró de que hablasen descarnadamente de dureza y aspereza en el camino que emprendía. Lo venía meditando hacía años y sabía que la aspereza se acercaría alguna vez hasta la agonía, pero que había que sufrir la agonía y recobrar por ella una inigualable dicha posterior. La maestra de novicias que conocería pronto lo bien que Juana se expresaba con la pluma, le encomendaba mantener la correspondencia con algunas aspirantes y Juana les soltaba estas «delicadezas»:

«Ingresar en el convento es morir al mundo, y para morir hay que agonizar; son verdaderas agonías las que se pasan; pero las alegrías que después se reciben, dejan muy pequeños los sufrimientos pasados».²

Como siempre, habla una experta. A las tremendas contrariedades del ingreso con tan serias desazones y lágrimas, añadía por su cuenta ahora un constante vencimiento de su voluntad en lo que pudiera ser manifestación de sus cualidades o expresión de su yo. A sus veinte años, con la formación recibida de su padre y sus cursos de magisterio era una mujer culta, preparada y entonces sobresaliente. Pero tan de verdad se entregó a la sumisión, a la humildad y al anonadamiento, que pasó por persona de escasos valores y muy a propósito para las tareas simples y los trabajos humildes que nadie quiere.

Su tesón por esta modestia y ocultamiento nunca estuvo reñido con su alegría comunicativa y su gozo de vivir.

Rescatando recuerdos de estos años y ocupaciones a que se entregó, no se debe olvidar su esforzado trabajo en la huerta. No había traído del mundo una salud muy completa y los primeros meses del claustro tampoco le probaron bien. Se le infectaron las rodillas y diversas partes del cuerpo se le llenaban de granos. Y ahí estaba el remedio para la purificación de la sangre: la azada y la huerta. Y hubo tres agraciados por la dedicación de la titánica cavadora: la huerta, su salud y su humildad.

Su siempre desbordante gratitud al Señor describió su asombro por haber entrado y perseverado en este convento con estas terminantes palabras:

«Gloria a Dios que me creó,
que me creó para amar.
Gloria a Dios que por amor,
me trajo al sitio mejor.
Por amor, por amor, por amor».³

La triple repetición del último verso, no es un facilón recurso literario, sino una meditada síntesis de los tres regalos que quiere agradecer y que al rezar esta oración resume devotamente en su plegaria: el don de la vida, la entrega de su corazón que puede amar y la gracia del convento en el que más y mejor se cumplirá su oficio de amar al « Omnipotente, altísimo, bondadoso Señor, y a las criaturas todas que loan al Señor». En la mente de Juana ahora, y Sor Clara después, se unen las tres secuencias en una lógica progresión: la vida y el amor; y para la conquista de la vida y el servicio del amor, el convento que aquí se destaca.

Es costumbre del monasterio sacar la cena al aire libre de la huerta el día 15 de agosto para distinguir tan querida solemnidad; en esa cena Sor Clara comentaba todos los años el aniversario de su entrada y los recuerdos de entonces con la humilde gratitud de haber servido un año más al Señor.

2. Desconocida y sola

Concluido el natural y efusivo protagonismo de los primeros días se situó en su lugar preferido: el último. Había venido por Dios y para Dios y eso es lo que importaba. Cuanto más se dejara ver, más se alejaría de su ideal. Y se ocultó tanto que nadie descubrió sus cualidades y su sencillez pasó por infantilismo, su modestia por apocamiento y sus conocimientos académicos como estorbo para los trabajos manuales o domésticos.

Le tocó en sus principios como maestra un alma bondadosa y franciscana, que no acertó a comprender a Juana. Una segunda madre maestra, más perspicaz que la anterior, tampoco se enteraba de cómo y quién era esta novicia. La nota de infantilismo pasó de boca en boca en el Consejo de la casa. No se veía más. Como confesor extraordinario de la comunidad y persona influyente en el convento estaba el Padre Julio Eguíluz, Guardián de los Padres Franciscanos de Soria. Para el P. Guardián no pasaba Juana de una voluntariosa aldeana.

Con el trato y el tiempo fue calando la madre maestra en el deslumbrante interior de esta novicia y comunicó al Padre Eguíluz que Juanita no era lo que él se figuraba. Transcurrido ya casi un año, cuando Juana había tomado el hábito y el nombre de Clara, su maestra sugirió a la novicia que consultara con el Padre Julio alguno de los asuntos que con ella comentaba. Le mandó que grabara en su memoria una serie de cuestiones para la entrevista y que expusiera con franqueza sus puntos de vista. El Padre se entusiasmó con la visión de la futura monja, se admiró de su profundidad y su prudencia y llamó a la Madre maestra para decirle: « tiene la comunidad un verdadero tesoro». El tesoro encontrado por la ahora madre maestra y luego abadesa, Gregoria Purroy, había compensado tanto los sinsabores de sus años directivos en el convento, que los daba por bien empleados por este fundamental hallazgo.

El tesoro siguió meses y años aumentando sus quilates dentro de la tierra, en la humildad y desconocimiento. Su más constante ejercicio era el vencimiento de su yo. Antes de venir al convento soñaba alguna vez que allí pintaría casullas, dedicaría sus manos y su aguja a la blanca labor de los amitos y purificadores y bordaría piadosamente los encajes de los corporales que recogerían cada mañana al Cuerpo del Señor. Sueños. El convento estaba surtido de esas prendas litúrgicas y la pobreza de la comunidad no daba para abastecer iglesias necesitadas.

En el noviciado había una vieja máquina de coser y una novicia de ágiles manos y pies para sacarle partido. Pero con los años la máquina perdió la fuerza para impulsar hacia afuera la tela cosida e ir trayendo la que debía recibir las puntadas. La novicia Clara suplió la pieza que faltaba. Y día tras día, en los largos meses de su postulanteo y noviciado, Sor Clara se dedicó a esta imprescindible labor: tirar de la tela enfrente de la máquina para que fueran útiles las manos y pies de su compañera y exquisita cosedora.

No lo pretende Clara evidentemente y nadie se percata; pero comienza a brillar su virtud preferida de la humildad, que se conquista por la humilla-

ción. Cuando más tarde daba consejos a las postulantes y novicias, pasaría a las palabras las experiencias que tan ocultamente ha cultivado en su vida. En las «Cartas a Conchita», que ya presentaremos más adelante en el capítulo X, describe certeramente los males de la adoración del yo y sus remedios. La soberbia y la vanidad nos imponen

«desde el principio el amor a nuestro propio juicio, a nuestro capricho, a nuestra comodidad, a nuestra locura vana, buscando siempre por naturaleza ser atendidos, distinguidos, ser «como Dios», pero por vías muy torcidas. En nuestra Orden Seráfica poseemos un arma muy poderosa, cuyo asestado golpe contra este enemigo es mortal en el acto, aunque brote después. Es lo que con tanto éxito manejaron nuestros seráficos Padres: la sincera y humilde sencillez».⁴

Le aterraba desde su ingreso en el convento otro espantoso vicio, más temible cuanto parece menos dañino, pero capaz de neutralizar todo progreso en el amor auténtico: la rutina. Le declaró la guerra más mortífera años y años hasta que la mató. Nada de hacer porque hay que hacerlo, ni de alimentarse de aficioncillas naturales. Hay que pensar Quién manda en esta casa, Quién es el jefe que nos eligió, y hay que recordar siempre si nos eligió para esposas descuidadas y rutinarias:

«Porque la rutina nace del descuido en el ejercicio de la fe y es la hermana querida del amor propio, que siempre va de su mano, facilitando y completando sus mañas de viejo astuto».⁵

3. El sitio mejor era mejorable

Le dejaremos a ella la palabra. A sus cuarenta y cuatro años de convento, de los que diecisiete gobernó la comunidad como abadesa, Sor Clara escribió una breve memoria del Monasterio que ella tituló «*La divina Providencia por el Monasterio de Santa Clara de Soria*». Mucho le costó a su eficaz colaborador durante varios decenios, el sacerdote Don Carmelo Jiménez Gonzalo, arrancar de la modestia de Sor Clara esos impagables diez folios de historia reciente de la casa. En riquísima síntesis pasan por las páginas de Sor Clara las ilusiones y los apuros del convento, las estrecheces y los profundos cambios con que la Divina Providencia, siempre la Providencia, ha enaltecido a esta Comunidad. Dice ella en 1966:

«El año 1922, ingresó en el convento una joven aldeana, en cuyo corazón quiso el Señor poner ardiente deseo de vivir en toda su plenitud el ideal franciscano eucarístico.

¡Qué feliz en el convento! Pero qué desilusión la de esta postulante al enterarse de que la Regla tan perfectamente observada por la comunidad y que se leía en el refectorio, no era la primera escrita por Santa Clara de Asís, sino la segunda aprobada por el Papa Urbano IV, en la que no aparecía la pobreza en común y en cambio permitía a los monasterios tener posesiones. Nos cuenta, que al pasear un día en el recreo con su madre maestra y preguntarle sobre esta Regla aprendió su significado con toda claridad. ¿Qué hacer? Le preguntó al Señor y encontró la solución: disimular, observar bien la Regla que había encontrado y pedir constantemente al cielo con absoluta confianza llegase la Comunidad a profesar la Primera Regla. Silencio y manos a la obra.

Llegó después de tres años otra postulante, culta, sencilla, de corazón grande como encendido, a quien, ocurrieron las mismas impresiones. Se las comunicaron ambas y la misma resolución.

Trataban de asimilar el espíritu de sus santos Fundadores, de ponerlo en práctica en sus casos como el disimulo les permitía, orar, hacer penitencia y esperar en el Señor. Apoyadas por el consejo del R.P. Julio Egúíluz, entonces Guardián del Convento de PP. Franciscanos de Soria y Confesor Extraordinario de la Comunidad, se fomentaba con el mayor entusiasmo este ideal, y el Señor ponía el incremento.

Otra impresión fuerte de la postulante aldeana fue la cortina negra de la reja del coro que impedía la vista del Sagrario [...] ¡qué tristeza! y al observar en el curso ordinario de la comunidad a Jesús Sacramentado solo en la iglesia, solo, sin un alma en el coro fuera de las horas del rezo y de la misa, esto le causaba una pena muy honda y un ansia muy grande de hacerle compañía, pero no se le permitía hacer sino muy raras visitas. ¿Qué hacer? Orar, contar alguna vez sus ensueños y esperar».⁶

Ya se entiende que la aldeana de 1922 es la misma Sor Clara y que la postulante culta y sencilla que viene tres años más tarde es Sor Angela Carro, su «otro yo» y el brazo derecho de todas sus obras, que vivió con ella cuarenta y siete años en el monasterio y la conocía antes de entrar en la vida religiosa. Ahora solo pueden esperar. Esperar porque todo vendrá. Pero después de muchos años, de inacabables oraciones y de intentos tan valerosos como prudentes, viviendo estos anhelos y contratiempos como desde otra dimensión, la definitiva:

«Vivir el tiempo, Dios mío,
con sabor de eternidad,
qué incendio de amor la vida
y qué inundación de paz.
Vivir el tiempo, Dios mío,
con sabor de eternidad».⁷

4. Monja

Quizá no adivine el lector que monja, lo que quería ser Juanita, significa solitaria, persona que busca la soledad. Perdonen que demos la etimología que es tan clara como desconocida. Viene del griego «monakos» y esta voz, del vocablo también griego «monos», uno, solo, de ahí solitario. Históricamente la palabra monje o monja ha designado al que se aísla del mundo para llenar de Dios su soledad. Y éste era el ideal de Juana, monja, o sea, mujer que abandona el ruido de las cosas para dialogar en el silencio con Dios.

Y hablando de palabras; en la vida de Juana habremos de reparar en una muy franciscana: desposorio. Francisco se desposa con la dama pobreza. Juana también. Su desposorio se amplía y extiende al anonadamiento, a la soledad y desde luego al Señor Jesús «nuestro adorado dueño». Las realidades más queridas, las más arduosamente buscadas o como fin que era Dios o como medios en el caso de la pobreza, la soledad o el anonadamiento eran para ella tan deseados como el mejor esposo y por eso tenía con ellas sus «desposorios». Desposada con la soledad, amó y aprovechó esta soledad que perseguía, y la cultivó como clima necesario para vivir su retiro interior.

Desde el primer día del convento y desde su arranque del noviciado se recreó en la soledad interior; su mundo imaginativo y afectivo fue vaciado con diario tesón de recuerdos y aficiones para que cupiera mayor cantidad de Dios y tuvo a la soledad por esposo; pero esposo auxiliar que la custodie celosa e íntegramente para el primer Esposo, Jesucristo. En el mismo Señor veía Sor Clara el modelo de Esposo de la Santa Soledad, porque fue su fiel asistente en su larga vida oculta, y su más fiel compañera actual en el Sagra-rio. Jesús también se desposó con la soledad.

Nunca conoceremos cuánto crece hacia dentro el mundo interno de quien corta amarras con las criaturas para hacerle hueco a Dios. Sor Clara, ya de abadesa, recomendaba a las aspirantes lo que seguramente era su experien-

cia: una fiesta religiosa vivida en la intimidad personal, para celebrar la unión perpetua con la fecunda soledad.

«Después de comulgar, invitemos a todo el cielo. ¿Padrinos? San Juan Bautista y Santa María Magdalena, que tanto amaron la soledad. De honor, nuestros seráficos Padres y presidirán Jesús y María, quienes con el apóstol San Pedro bendecirán nuestra unión.

FORMULA: Yo, pecadora miserable, anhelando ser fiel a mi Señor Jesucristo y a mi Madre del cielo, María Inmaculada, deseo desposarme en lazo indisoluble y perpetuo con la santa y más rigurosa soledad para que por mi más íntima unión con ella, aislada para siempre de las criaturas y de mí misma, sea fiel a Jesús y a María hasta mi último aliento, quedando oculta para siempre, a trueque de que Jesús y María sean más honrados y glorificados y les ame más que nadie mi pobre y pequeño corazón».⁸

Para que Dios suene dentro hay que vivir este desposorio con la «soledad sonora» y la fórmula anterior de Sor Clara es una de tantas estratagemas en la inacabable guerra contra la disipación que se le ocurre a quien ambiciona una consistente presencia de Dios. Celina o Sor Genoveva, la hermana de Santa Teresita, decía que Teresa no había pasado ni tres minutos de su vida sin un profundo recuerdo de Dios. De la monja Sor Clara nos dirán que vivía endiosada, que la meditación de los misterios del rosario le ayudaba a *«mantener la presencia advertida de Dios»*.

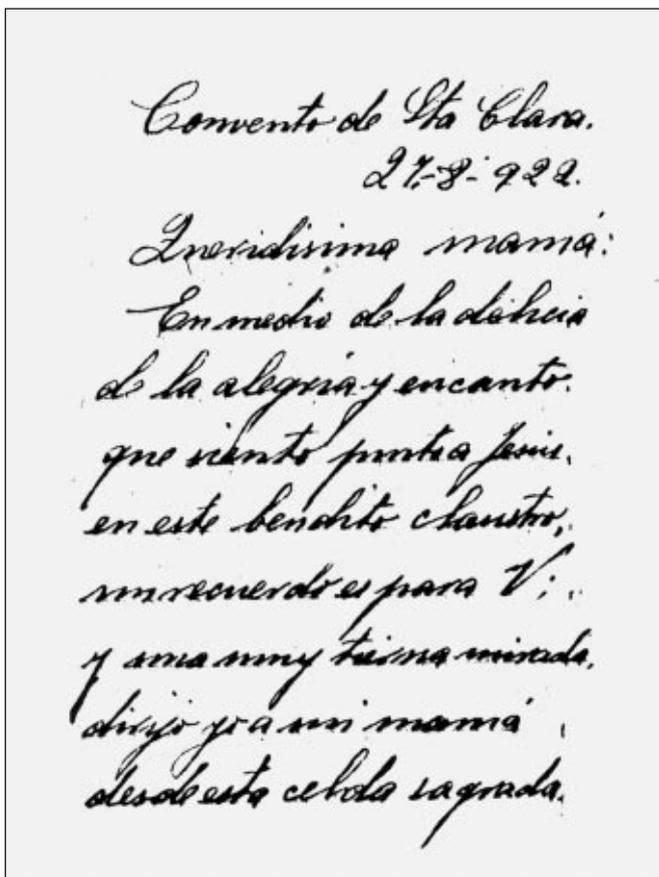
«La veías por los pasillos en alta contemplación, siempre rezando. De su vida lo que más me impresionó, verla siempre en oración y en todos los actos de su vida».⁹

Esta imponente altura espiritual de sus años maduros se sostiene humanamente en los cimientos de su iniciación religiosa en el noviciado; ha venido a ser monja: dedicada en soledad o solamente a Dios. Y movilizará todos sus pertrechos para dar la derrota a la disipación. Cuando lleve a unas cuartillas sus reflexiones sobre los misterios del Rosario, escribirá hablando del primero de los gozosos:

«Orando María en el retiro de su soledad, el ángel le anuncia el mensaje divino: Oh soledad querida, encantadora, qué grande te considero... Ama la soledad. Esposa de Cristo que no conserva su retiro interior, resultado seguro, esposa infiel. Esposa de Cristo que con su Esposo divino vive en soledad, esposa fiel, venero de virtudes, jardín de delicias del mismo Dios, nube de bendiciones para la humanidad. Alma mía ¿a qué te decides?».¹⁰



En su entrada en el convento.



Fragmento de la primera carta desde el convento a su madre.

5. Novicia

Las monjas de clausura están al día de las necesidades públicas que han de encomendar y conocen en 1923 la guerra española de Africa y sus desastres y llegan a su locutorio los nuevos rumbos políticos del Directorio Militar de Don Miguel Primo de Rivera. Es el año en que la aspirante a profesora solemne se entrega intensamente a su noviciado.

Con la monótona igualdad de la prosa de archivo, el «Libro de Vesticiones de Santo Hábito» del Archivo del Monasterio de Santa Clara de Soria, nos dice:

«El día dieciocho de febrero del año mil novecientos veintitrés, vistió el hábito para coro Juana de la Concepción Sánchez García, con el nombre de Sor Clara de la Concepción».¹¹

Siguen los datos de nacimiento, filiación e ingreso en el Monasterio, que suprimimos. Firman: Sor Asunción Chivite, abadesa; Sor Gregoria Purroy, ex-abadesa; Sor Purificación Arboniés, ex-abadesa y Sor Clara de la Concepción. No firma, ni debe firmar el presidente religioso de la ceremonia, pero a él le corresponde la anécdota más sabrosa. El Padre que en nombre del obispado tramitó las diligencias de rigor sobre su conocimiento y libertad para entrar en el noviciado, preguntó a Clara qué religioso elegía para la celebración. Espontánea y libremente contestó ella que prefería a su confesor ordinario. Y en aquellos años la decisión se achacó a falta de desprendimiento. Por fin y con dificultades el Padre Guardián de los franciscanos, Julio Eguíluz, pudo aceptar el encargo.

El frío documento nos demuestra que ya ha pasado Clara sus seis meses de postulante, que la toma de hábito le ha introducido al noviciado «por lo menos durante un año íntegro y continuo», que ha sido aprobada por las monjas de votos solemnes y que ha sido notificada al obispado su admisión a este período de prueba.

El horario que presidía y gobernaba a la comunidad y que expresaba la voluntad de Dios para la casa era el siguiente:

6,00	levantarse
6,30	maitines, laudes, y prima
8	misa, oración y tercia
9,15	desayuno y tiempo libre
10	trabajo
11,30	sexta
12	comida
1	descanso y nona
3	recreo
4	trabajo y tiempo libre
6	oración
7	corona seráfica y vísperas
8	cena
8,30	completas y silencio mayor.

Si en este enrevesado horario, nada difícil para una comunidad que por observarlo cada día se lo sabe de memoria, separamos la meditación de la mañana y la oración mental de la tarde y le añadimos algunos momentos de reflexión personal en diversas preces comunitarias, nos resultan dos horas largas de íntima y privada conversación con Dios. Y casi tres horas de oración litúrgica o comunitaria, si sumamos las horas menores y Misa a los Maitines

y Laudes, Vísperas, Corona Seráfica y otros ejercicios piadosos de menor duración. Como en los ratos de labor en el obrador, una religiosa lee cada jornada la vida del Santo del día con sus meditaciones, se puede asegurar que las clarisas alcanzan un cupo de oración cercano a las siete horas por día. Y «ése es su principal trabajo», dirá enérgicamente Sor Clara en sus consejos de abadesa y es lo que aprende ahora con apasionada dedicación.

El horario de las novicias se altera exclusivamente en las horas que dedican las profesas al trabajo manual. Son los espacios más útiles y valiosos para su formación general y su preparación específica en el conocimiento del espíritu franciscano y de los usos y necesidades de la casa. Las dos horas largas de cada mañana y otras tantas de la tarde nunca alcanzarán el programa previsto de información sobre la Regla y Constituciones, acercamiento a la vida de los Padres Francisco y Clara, manera de rezar con provecho el Oficio Divino, ejercicio frecuente de las pruebas soportables de humildad y abnegación de la propia voluntad y otros muchos ideales que recogen sabiamente las Constituciones. En éstas estaba Sor Clara en 1923, y durante cincuenta años hasta su muerte en 1973, seguía obedeciendo sin tregua esa llamada de Dios en idéntica dirección interior y en el mismo lugar externo.

Se siente cautiva Sor Clara de la Palabra de Dios, más que de ninguna otra materia de sus estudios de noviciado. Le importa acercarse a los escritos «donde el Padre del cielo sale amorosamente al encuentro de sus hijos para dialogar con ellos» como dirá bellamente el Concilio Vaticano II. Pero faltan cuarenta años para que se apruebe ese texto conciliar y para que el Concilio aspire en la práctica a que cada fiel tenga una Biblia en la mano y las palabras divinas en el corazón. Por entonces la Biblia era para algunos un libro casi prohibido y para todos desusado. A lo sumo se llegaba al manejo de comentarios bíblicos buenos o malos, con mayor abundancia de los segundos.

Pero Sor Clara se adelantó a sus tiempos, pidió el entonces necesario permiso de su confesor, y con tanto disfrute saboreó los libros sagrados que se decidió a escribir por estos años unos preciosos y personales comentarios. Su afán de modestia nos jugó una mala partida, porque más tarde los rompió.

Al año y una semana de un noviciado sumamente estrujado en su provecho, constando a las claras de su piadosa y libre voluntad y sabiendo rezar como monja de coro el Oficio Divino, previos los ejercicios espirituales de



Grupo del noviciado.

ocho días, según viene a decir el espíritu del artículo 85 de las Constituciones, fue admitida a la profesión. El documento de la profesión de votos simples, también llamados temporales al ser por tres años, según el *Libro de Profesiones* del archivo del Monasterio de Santa Clara de Soria dice:

«El día veinticuatro de febrero del año mil novecientos veinticuatro, hizo la profesión de votos simples, como religiosa de coro en este Monasterio de Santa Clara, Sor CLARA SANCHEZ GARCIA, de 22 años, hija legítima de Don Leopoldo Sánchez Escalada y Doña Agustina García Sanz. (Firman Sor Asunción Chivite, abadesa; Sor Gregoria Purroy, discreta; Sor Purificación Arboníes, discreta; Sor Clara Sánchez García)».¹²

6. Juniorado

Tiene ahora por delante tres años para «aprender con mayor perfección y cumplir con más fidelidad las enseñanzas del noviciado», según le recordará la maestra de novicias con el artículo 99 de las Constituciones en la mano.

Juana sigue embebeciéndose de la Palabra de Dios, dejándose seducir por unos mensajes tan cercanos que el Señor nos dirige siempre que abrimos

sus libros santos. De esta práctica y en estos días nace su famosa costumbre de los cuadernitos redactados o copiados.

Empezó a convertir los amplios bolsillos del hábito monacal en depósitos de minúsculos cuadernos, que se iban poblando de sentencias de santos, consejos de pláticas, sabrosas verdades de la Biblia, trozos de Salmos que recogía para sostén de su espíritu durante la jornada y que luego compartía con sus hermanas de noviciado o juniorado.

Porque ya por ahora hubo de comenzar su tarea formativa con otras jovencitas. La abadesa y la maestra de novicias le confiaron la atención de hermanas más jóvenes, conscientes de que su prudencia y sensatez no serían de menor nivel que el de las formadoras de oficio, y su juventud acertaba muchas distancias con las demás jóvenes. Le asignaron determinados espacios de tiempo para que las ayudara, formara y aconsejara espiritualmente. Pero sin nombramiento, sin cargo ni brillo, sin lucimiento alguno, en el anonimato del que ella disfrutaba. Esta humilde semilla que ella sembró produjo el evangélico ciento por uno en la futura cosecha de la comunidad.

Las más beneficiadas de esta cercana dirección fueron las postulantes, Angela Carro y Luisa Monge, que entraron en octubre de 1925. Al permanecer con las novicias la ya juniora Sor Clara, pudo expansionarse ante ellas contándoles las maravillas de la vida religiosa y encantarlas con la humilde grandeza del carisma de los santos de Asís. La enseñanza era sencilla y evangélica, franciscana en suma. La madre maestra recomendaba en privado a las postulantes que copiaran los ejemplos de Sor Clara y a ésta le preguntaba cómo habían ido las cosas en el lavadero, por ejemplo, o en la huerta, o en el estudio. ¿Cómo ha estado esta mañana con Dios, Sor Clara? Ella manifestaba a las presentes la ocupación habitual de su mente en aquellas horas con la humildad de quien sentía no llegar a más. Como ve el lector, sabor genuino a florecillas.

Y más florecillas. Tenía ella buen oído y el convento un piano destartado. Se empeñó en enseñar a las postulantes el solfeo para un mejor acceso al canto gregoriano. Pero la música había de tener siempre una más alta rentabilidad, siempre espiritual. Y proponía con gracia Sor Clara que una ofreciera su canto por la conversión de los pecadores y otra atacase las notas con las intenciones que el Señor tenía cuando anduvo por la tierra y la tercera entonase la escala uniéndose a los martirios de los santos. Y esto no es literatura del redactor, sino que lo encuentra en los folios originales. En alabanza de Jesucristo y del Pobrecillo de Asís. Amén.

7. Enfermera

En este espíritu de Asís, sus primeras Navidades de monja profesa, todavía de votos simples, engendraron alegrías, canciones y poesías en la destreza versificadora de Sor Clara y ella comprometió a sus compañeras jóvenes en la declamación y entonación de los villancicos. Hasta preparó un franciscano divertimento poético para varios personajes, reservándose ella los papeles más humildes, y dicen que alguna vez humillantes. Esta alegría navideña de 1925 se enturbió con la muerte repentina del padre de una de las dos postulantes. Clara, que había pasado por idéntico trance, fue en el claustro la auténtica madre de la huérfana con un consuelo cercano y sincero.

Esta misma postulante, Luisa Monge, en las vísperas de su toma de hábito en marzo de 1926 fue la primera atrapada por una gripe maligna, que enseguida postró en cama a la comunidad casi en pleno. Sólo tres se libraron: Sor Clara, Sor Josefa Rey y la otra postulante, Angela Carro. Sor Clara dejó ver por vez primera en el monasterio sus dotes de organización y de ama de casa, su empuje y su sacrificio. No eran tiempos de antibióticos o de otra farmacopea más eficaz. El remedio estaba en las mantas, botellas de agua caliente que hicieran sudar a las enfermas y en proporcionar un sorbo de alimento en los caldos que les ofrecían cada dos horas a la mayor temperatura. Apenas llegaban. Eran tres enfermeras para quince encamadas. Corrían de celda en celda para cumplir los plazos de los caldos o para el recambio de sábanas después de una copiosa sudada.

Había que contar también con el inacabable lavado a mano de la ropa de cama y de enfermas, la atención a la cocina, el acompañamiento a los médicos en sus visitas o a los confesores que vinieron para las más graves. No se rezaba el Oficio Divino y se suspendieron para la casa y para los fieles los cultos íntegros de la Semana Santa de 1926.

Sor Clara sacaba algunos minutos a la huerta a la postulante Angela, para tomar raciones de aire puro que alargaran su salud y extraía de sus bolsillos uno de sus cuadernos para dar de comer a su espíritu con algunas sentencias oportunas que mantuvieran la recta intención y el clima de plegaria.

Ya casi vencida la epidemia, sucedió lo inesperado. Murió el 18 de junio de 1926 la madre vicaria, Purificación Arboniés, a los 48 años y 25 de profesión religiosa. Una hermana lega se ofreció como víctima por las monjas enfermas. Ella también estaba atacada. Era fuerte y era decidida y generosa. Su entrega a las sufrientes no fue sólo ante Dios; sentada en una silla, con una espesa manta como abrigo, pasaba las noches en el claustro de arriba para

acudir a las llamadas de las más apuradas y obligar al descanso a las enfermeras que tan seriamente debían bregar desde el amanecer. Esta santa y victimada mujer murió el 21 de julio del mismo año y se llamaba Inés Zubía. Tenía cincuenta y tres años y treintaiuno de profesión religiosa.

En este mes de julio las celdas se habían casi desocupado y las monjas volvían algo inseguras a sus oficios. Recobrándose de sus décimas y del dolor de la última muerte, celebraron la fiesta de Santiago el 25 de julio con la toma de hábito de la postulante Angela. Para Sor Clara fue un día de gloria, después de los diez meses y medio de accidentado postulantado de su joven amiga. El sugestivo candor de una aspirante que llamó al torno ese mismo 25 de julio desbordó la alegría de la fiesta. Se llamaba Herminia y venía para siempre. Sor Clara la acogió como un regalo directo de Dios, porque casi por capricho había pedido al Señor durante meses que trajera al convento una joven con el nombre de Herminia. Herminia sería después Sor Felisa y Sor Felisa oyó mil veces a su hermana la confidencia de lo que estamos contando.

Esta Sor Felisa García Lasheras, recordaba así este inolvidable día de Santiago:

«Madre Angela vestía de blanco y el vestido llevaba cola y para que yo llevara la cola del vestido, madre maestra y Sor Clara pensaron vestirme también de blanco. A los cinco minutos que estaba vestida vino la madre abadesa y dijo que no le parecía bien que me hubieran vestido de blanco. Y dijo Sor Clara, pues vamos a desnudarla. No le cuesta ¿verdad? Contesté que no. Y me dijo con mucho cariño: Mire, pues así se mata el amor propio. Y me dijo: ¿sabe lo que es el amor propio? Le contesté: No, no sé lo que es el amor propio; ella se rió y me dijo, pues no se preocupe, ya lo aprenderá, ya».¹³

Dos meses después el románico campanil de Santo Domingoregonaba tristemente la muerte. La postulante huérfana de padre y que fue la primera atacada por el proceso gripal, no salía de su crítica gravedad. Fue la tercera y última muerte de la casa en la epidemia. Luisa Monge falleció el 28 de septiembre del mismo año. En el lecho de muerte hizo profesión solemne «in articulo mortis» en manos de la abadesa. Aunque los insuperables ángeles del tímpano central de la fachada del templo, llamaran a la difunta a cantar en el cielo «sin cesar día y noche: Santo, Santo, Santo» y las monjas hubieran meditado en esta felicidad más horas que los ocho siglos del famoso pórtico, la desolación de estas terceras exequias aumentó sin medida el estremecimiento de las supervivientes.

Por la historia y comentarios sabían de estas despedidas. Setenta años hacía del cólera morbo que se llevó en nueve días a cuatro religiosas, la mitad de la casa.

Los siete meses de enfermería de Luisa habían sido duros y algunos días agónicos. Se fue con fama merecida de santidad. Después de haberla servido y tratado generosamente y sin tregua, Sor Clara se permitió esta pregunta con aire de confianza y despedida:

«¿Qué piensa de mi, Luisa?» Y Luisa respondió: «Que has de llevar una cruz muy grande y muy sola».¹⁴

En su inalterable paz, Sor Clara aseguraba esperar esa cruz; pero que en tiempos y tiempos no le había llegado. El presagio se cumplió en 1939 y en los años siguientes como más adelante se dirá.

Al salir del noviciado y durante gran parte de su juniorado le asediaron pruebas interiores: sequedad, tristezas, hastío en la oración, repugnancias en otros ejercicios piadosos y litúrgicos, frialdad y toda la cohorte de elementos contraespirituales que cortan las alas para el bien. La amargura de aquella soledad se convirtió en la más alta pedagogía divina para la lealtad de Sor Clara. Aprendió a desasirse de lo que no es Dios aunque parezca que de El viene, como alguna consolacioncilla que puede encontrarse al estar a su lado. Comprendió que a Dios hay que servirle siempre, hasta sin gusto, por convicción y por voluntad.

Amó en fin la desolación. Aunque parecían dormidas su fe y su esperanza, ella las cultivaba con persistente sencillez. A la modorra espiritual que la tentaba, respondía con energía y constancia y agradecía sin cansancio en estos años la *humildad* que le enseñaba esta silenciosa y sabia pedagogía de la aparente ausencia de Dios.

Más adelante sufrirá de tarde en tarde y sobre todo al final de sus años estas desoladas situaciones. Pero antes de los treinta ya dejó aprobada esta signatura para el resto de su vida.

Con todo, nunca apareció incómoda o desadaptada en la comunidad. Nunca vieron la luz las sordas sombras internas. Sólo a Sor Angela, por humildad y consuelo, le abrió alguna vez su agitado corazón. Mantuvo la paz, las buenas maneras y hasta el humor. Además de otras breves piezas recreativas, compuso en esta temporada un sainete franciscano-navideño para estas fiestas de 1927. Sainete que no acertamos a señalar entre los otros suyos, por su manía de dejar sin fecha todas estas composiciones. ¿Serían de 1927 estas

simpáticas coplas a la pobreza, más que franciscana -de Belén- donde pone al día el «mobiliario» del portal?:

«La Virgen lava pañales
y los tiende en el romero,
porque no tiene en su casa
un sencillo tendedero.
Duerme el Niño en unas pajas
y San José en un rincón
y la Virgen duerme en tablas
porque no tiene colchón».¹⁵

V

CUATRO HERIDAS ABIERTAS

1. Desposada para siempre

«Juro guardar por toda mi vida la Regla de las pobres clarisas, viviendo en obediencia, sin propio, en castidad y perpetua y perfecta clausura, con todo lo cual quedo crucificada con mis cuatro heridas abiertas y en mi corazón herida de amor».¹

Son cuatro heridas que el amor produce y el Padre del cielo bendice. Cuatro llagas de mujer enamorada. Profesó solemnemente con votos perpetuos el 24 de febrero de 1927. La aridez interior de su juniorado y sus permanentes victorias sobre la aparente esterilidad de su oración le proporcionaron la humilde experiencia de que podía fiarse de Dios para prestarle su juramento de perpetuo servicio.

Habían precedido los ocho días de ejercicios espirituales y la renuncia oficial de sus bienes habidos o por haber, según el artículo 106 de las Constituciones, firmada el 7 de febrero de 1927 en presencia del padre guardián, Julio Eguíluz.

Podemos adivinar los sentimientos que bullían estos días en el corazón y en la oración de Sor Clara por un escrito suyo de ocho folios que ella titula «Preparación a la Profesión Solemne de Sor María Angela» y que a ésta dedicó cuando profesaba tres años después. Ella misma nos retrata las impresiones del día más ensoñado de su juventud en las reflexiones que ofrece a su hermana. El texto comenta paso a paso la ceremonia litúrgica. Aquí sólo podemos deleitarnos con los momentos clave, lamentando suprimir algunos enardecidos comentarios de Sor Clara. Para mayor orden y claridad me permito distribuir el texto en cinco instantes que describen los símbolos más elocuentes de la ceremonia y subrayar las palabras esenciales:

1 - «No es una ceremonia teatral [...] la Iglesia quiere que se haga por ministros dignamente ordenados, y se hace en medio del pueblo, de modo que todos sean testigos del juramento al Señor, y todos serán acusadores si soy infiel. Es un desposorio, si no indisoluble por sacramento, sí por juramento [...] De rodillas en el coro, vienen a mi encuentro los Ministros del Señor [...] se acercan a la reja y el celebrante en nombre del mismo Jesucristo me preguntará: Hermana caísimas ¿qué pides? ¡Oh, que dignación! Mi Rey, mi Señor, me dirige el dulce nombre de hermana y en la palabra ¿qué pides?, me manifiesta que por el amor que me profesa, está dispuesto a darme todo [...] ¿Quieres, hermana caísimas, perseverar en la santa profesión de tu vocación y consagrarte solemnemente a Dios? Sí, Padre [...] ¡Oh, cómo debo postrarme hasta más abajo que el polvo [...] y permanecer siempre postrada, humillada a los pies de todos, gracia que debo pedir muy de veras para mí.

2 - Radiante mi corazón de luz y amor cuyo símbolo es la vela encendida, o sea penetrada de la bondad, misericordia y predilección que Dios usa conmigo [...] y rebosando confianza de esposa, elevaré hacia El mi súplica cantando «Ampárame, Señor, según tu palabra y viviré y no me avergonzaré de mi esperanza».

3 - Hecho el silencio profundo en el Cielo y en la Tierra, no sonarán sino los golpes de martillo que con los clavos de mis votos van a fijarme a la cruz. Jesús se sienta para escucharme, la Trinidad posa su atención sobre mí [...] y llega el momento más solemne de mi vida y solemnemente juro guardar por toda ella la Regla de las Pobres Clarisas, viviendo en obediencia, sin propio, en castidad y en perpetua y perfecta clausura con todo lo cual quedo crucificada, con mis cuatro heridas abiertas y en mi corazón herida de amor [...]

4 - Mi divino Esposo me entrega el anillo, signo de desposorio, que la madre abadesa coloca en mi dedo, mientras el sacerdote me recomienda la obligación de fidelidad en que incurro. ¡Fidelidad! Sí, Dios mío, fidelidad, no pides otra cosa a tu pequeña esposa, tú pones todo lo demás, inspiraciones, toques al corazón, deseos [...]

5 - Y recibiré la corona de espinas, joya muy significativa que me entrega mi Esposo [...] y coronada debo estar siempre con el recuerdo de la Pasión de mi Señor, con pensamientos bajos sobre mí, con todo género de humillaciones».²

El lector ha podido contagiarse de la emoción de Sor Clara en algunos de sus párrafos. Bien hará con todo en repasar el escrito para detectar en él las líneas maestras de la espiritualidad de sus años jóvenes. Es un texto meditado y solemne que condensa el sentir y pensar de su autora, en el que cabe señalar:

- la fidelidad al Señor, la confianza en su «amparo» y por tanto la alegría en su servicio
- la humildad de la «pobre clarisa», humildad siempre buscada por ella, cada día suplicada y practicada en la humillación.
- encendido amor a Cristo, principalmente al Jesús crucificado y coronado de espinas.

En las dos primeras actitudes de fidelidad y humildad, su crecimiento espiritual será formidable y más señalado aún en la humildad y humillación. La fidelidad, la confianza y la alegría son virtudes cada día más apreciadas en la espiritualidad más reciente. La humildad, y menos la humillación nunca tuvieron ni tienen demasiados adictos en las gentes del mundo y tampoco excesivos en quienes optan por una vida marcadamente religiosa; pero según todos los verdaderamente santos, canonizados o no, descansa en la humildad la única manera de serlo.

La devoción tan marcada y en este escrito casi exclusiva al Jesús doliente, coronado o crucificado, puede causar extrañeza a algunos fieles de hoy. Podríamos sugerir que Sor Clara atravesaba ahora una etapa «crucifixionista», muy extendida en aquellos años, con un férvido amor a la Pasión del Salvador y un acentuado interés por la espiritualidad casi excluyente de la cruz. Era una contemplación dolorida del Redentor que duró hasta mediados del siglo XX y cuya corriente había inundado caudalosamente la Iglesia de los siglos barrocos. Nuestra monja era hija de su época y no le vamos a exigir lo que cuarenta años después subrayarán los teólogos sobre la Resurrección de Cristo y su esencial significado en la vida cristiana, redescubriendo lo que enseña el Nuevo Testamento y la primitiva tradición patristica. Estas posiciones de la teología y espiritualidad posteriores, captadas con apertura por Sor Clara, lograrán enseguida que en su amor a Jesús se vayan compensando afortunadamente los diversos aspectos del misterio cristiano. Su indecible pasión por la Palabra de Dios le ayudó mucho en este descubrimiento más completo del Señor, que mucho le confortó.

2. Sacristana

Una profesa solemne desempeña normalmente alguno de los oficios de la comunidad. Su primer cargo fue de sacristana, pero sacristana ayudante o segunda sacristana. Su primordial empeño en esta ocupación era el dar gusto

a la sacristana primera. Bien conocía ella desde niña los misterios de la masa de harina y pronto aprendió a pasarla por la planchas o moldes casi rusientes de donde salían los panales de las hostias sagradas. Sacó brillo a las patenas, planchó con piedad los amitos o purificadores y derrochó unción en los almidonados de los corporales en los que reposaría el Cuerpo de Cristo. Muchas noches alargaba la tarea a las horas de sueño con tal de que el trabajo encomendado estuviera a punto cada mañana.

Tres años duró su servicio a la sacristía, desde el capítulo del 30 de enero de 1929 en que se le encargó este deber, hasta el capítulo del 17 de febrero de 1932, cuando pasó a tornera. En el trienio que arranca de 1929 fue también refitolera o encargada del comedor conventual. Su prudencia en la sacristía o en la organización del comedor comenzaron a cautivar a las hermanas. Valga un ejemplo. Cualquiera religiosa dedicada a los objetos sagrados siente una explicable devoción en colocar en el copón las hostias en que se hará presente la carne del Señor. Y era más explicable este empeño durante los años en que ninguna mano sin el sacramento del orden podía tocar la Forma consagrada. ¿Se trataba de una mínima compensación de su imposible vocación sacerdotal?

Podemos ver idéntico sentimiento, pocos decenios antes, en Teresa de Lisieux, que en sus primeros años de carmelita y sustituyendo a la sacristana en una gripe general en que murieron cuatro carmelitas, dice en sus manuscritos autobiográficos, folio 79 del primer cuaderno:

«Me sentía muy dichosa de tocar los vasos sagrados, de preparar los corporales destinados a recibir a Jesús. Me daba cuenta de que tenía que ser muy fervorosa, y recordaba con frecuencia estas palabras dirigidas a un santo diácono: Sé santo, tú que tocas los vasos del Señor».³

Y esta confesión de la misma Teresa once días antes de su muerte, mirando a un cáliz que le enseñaban.

«Cuando era sacristana, gustaba de reflejarme así en los cálices. Pensaba que luego la Sangre de Jesús reposaría allí donde mi rostro se había reproducido y que purificaría mi alma».⁴

Pues confesaba años más tarde Sor Clara a su confidente Angela, sus deseos y esperanzas de colocar ella algún día las hostias en el copón y de preparar el cáliz para la Eucaristía. La primera sacristana se encargó en exclusiva de este servicio y ni una vez le suplicó Clara le prestara este devoto favor. Y sufrió. Y no se quejó.

3. Tornera

En el cargo de tornera pasó nueve años, desde el 1932 hasta 1941, y es el oficio más largamente desempeñado por ella después de los diecisiete años de abadesa y catorce de maestra de novicias.

Parece a primera vista la ocupación de tornera una tarea de segunda clase, pero las Constituciones reclaman para su ocupante una muy elevada puntuación. Ha de ser una hermana grave, que estime el buen nombre del monasterio, que entregue o manifieste lo que desde fuera llegue al torno directamente a la abadesa y ésta lo pasará a la interesada, que procure se oiga el silencio alrededor del torno y que su piedad y prudencia contribuyan a la edificación de los seglares.

Después de su experiencia, Sor Clara describe a la tornera ideal en los consejos que da a una antigua novicia, tornera en su convento de Villarreal. Le escribe el 10 de mayo de 1961:

«En el torno, muy amable, pero con no muchas palabras y siempre de edificación. No sepa hablar más que espiritualmente, ni buscar nada más que el deber cumplido. La oración y el sacrificio consiguen más que la palabra».⁵

El torno será como un puente o una puerta o un canal. Puente de encuentro entre el mar agitado del mundo y el remanso monacal. O puerta en la que se cierra el bullicio secular ante la paz silenciosa del claustro. O canal en que pueden converger en un primer contacto los diferentes modos de búsqueda de Dios, desde la contemplación o desde la acción. Buen programa para nueve años de la vida de Sor Clara. Sabía la abadesa y conocía la comunidad qué manos cuidarían esta «oficina», según la curiosa nomenclatura de estas casas.

Cuando el 8 de diciembre de 1945 la abadesa Clara y su Comunidad elijan y nombren «Abadesa Perpetua a la Inmaculada Concepción» como más tarde contaremos, recitan un largo texto de consagración de cada oficio a la nueva Abadesa Perpetua, en una oración elaborada por Sor Clara, y que dedica al torno esta inspirada y condensada lindeza:

«Haz que en esta oficina haya siempre ángeles que guarden a las religiosas de todo peligro en su roce con el mundo; que todo cuanto aquí se hable sea celestial y se reciba todo lo necesario para la buena marcha de la Comunidad».⁶

No será inútil recordar para la más cabal inteligencia de la última frase, que 1945 es uno de los años del hambre nacional y enseguida europea. Y para la observancia del ideal anterior en el que describe a la tornera como la responsable de «que todo cuanto aquí se hable sea celestial», Sor Clara madrugaba por encima de la comunidad porque, según ella, debía aumentar sus espacios de oración y contemplación para prepararse bien cada mañana a sostener la presencia de Dios en un lugar propicio al contagio de otras aspiraciones.

En su oficio estaba el llevar los recados o los encargos a la abadesa. Dicen que subía y bajaba o que atravesaba los claustros con paso sosegado, prudente y comedida, con hábito inmutable de persona recogida. La comunidad crecía en los nueve años de su servicio al torno. Faltaban celdas y hubo de dormir en el mismo aposento que otra hermana, que era la segunda tornera; compartieron, pues, habitación las dos torneras. La caridad de la primera tornera le acostumbró a desnudarse muchas noches en el claustro aunque fuera en el invierno soriano y a entrar de puntillas en la celda para no despertar a la hermana que ya descansaba.

Sabiamente ordenan las constituciones (art. 436) que las torneras nunca estén ociosas, sino que se ocupen en trabajos útiles, compatibles con su oficio. En el capítulo de febrero de 1932 Sor Clara fue nombrada a la vez tornera y ropera para la ropa que trajeran de fuera a coser o rizar. A las torneras de los años treinta en las clarisas de Soria, no les alcanzó el peligro del prohibido ocio, por dedicarse al rizado de ornamentos. Pocos y pocas conocen hoy la engorrosa complicación de estos rizados de las amplísimas albas barrocas, cuya anchura se normalizaba con la suma de pliegues siempre almidonados, conseguidos pacientemente con una gran aguja de hacer punto. En esta paciente labor empleó muchas horas. Pero si la segunda tornera le pedía un favor, dejaba la tarea sin mostrar desagrado por el trabajo interrumpido y el tiempo que había que sobreañadir para reanudarlo.

Como esta labor era encargo de distintas sacristías de la ciudad y de la diócesis y uno de los medios de subsistencia de aquellos años, debían terminar el compromiso en el plazo acordado. Cuenta Sor Angela que a veces acababan el inacabable rizado de estas vestes litúrgicas bien avanzada la noche y «dormían en el suelo con una manta».

Para ella carecía de importancia. Era algo natural que le ocurría a cualquier empleada o jornalero del mundo. ¿Por qué aquí no?

4. Fuiste el defensor

En 1931 Sor Clara desbordó el marco de su torno y sus rizados y se lanzó a una actividad más extendida al convento entero. Fue con motivo de la II República. Con los decenios que han pasado se contempla el devenir histórico con mayor equilibrio. Pero aquella situación fue un drama dentro del convento.

Pocos metros más abajo del monasterio había enseñado Antonio Machado, hechizado para siempre por Soria y por todo lo soriano. Probablemente aquí y cerca de su Leonor vivió sus años más cercanos a una fe explícita en Dios, años en los que cantaba:

«Anoche cuando dormía,
soñé, ibendita ilusión!
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón».

Y este otro palmario testimonio mucho más explícito con Leonor y perfumado por el incienso de la iglesia de las clarisas:

«En Santo Domingo
la misa mayor.
Aunque me decían
hereje y masón,
rezando contigo
¡cuánta devoción!».

Pues Don Antonio, ahora desde otros campos, pero siempre y en todo poeta, saludaba a la nueva situación política con este poético alborozo:

«Con las primeras hojas de los chopos y las últimas flores de los almendros, la primavera traía nuestra República de la mano. La naturaleza y la historia parecen fundirse en una clara leyenda anticipada o en un romance infantil».⁷

Pero a los veinte días la masa anhelante de reformas que nunca llegaban, se le iba de las manos al gobierno provisional y en diez trágicas jornadas antes del 12 de mayo habían sido incendiados total o parcialmente cerca de un centenar de conventos y edificios eclesiásticos, con la salvedad de que ningún religioso había sufrido daños. El entusiasmo de las clarisas de Soria por el nuevo sistema político distaba mucho del de su vecino poeta. Los casi 3.000 conventos y más de 700 monasterios de la España de entonces temblaron. Las monjas sorianas también, aunque este primer atropello incendiario no había afectado a las provincias del norte que lo sufrirían en 1936.



*Imagen de San Miguel, tan invocado
por Sor Clara.*

El sobresalto asustó a las religiosas, pero la alarma de sus familiares superó como es lógico a la de la comunidad y querían trasladarla íntegramente a lugar más seguro.

Sor Clara, que tenía veintinueve años recién cumplidos, demostró su sencillez franciscana, su candorosa y simpática fe en la protección de los santos y su poder de transmisión de estas consoladoras virtudes a toda la casa. Vale la pena captar bien el estilo de Clara en este episodio, porque se darán en su vida otros sucesos de la misma nítida sencillez, que es ingenuidad según «los sabios» o santidad a lo fray León de las Florecillas. Pues buscó harina y una gran cazuela para calentarla, eligió sus mejores estampas o las pidió a las monjas, con las efigies de los seráficos

Padres Francisco y Clara y de Sor Celina, clarisa muerta en Francia en olor de santidad, y engrudó bien las estampas en las puertas del monasterio.

En la puerta reglar colgó un cuadro de San Miguel Arcángel con su espada vencedora del mal. Y defendió también la torre con este mismo gran protector de toda su vida, San Miguel; pero aquí colocó una célebre imagencita de bulto que captará nuestra simpatía en otros sucesos de esta santa historia, y dejó a San Miguel en la buena compañía del patrono de Soria, San Saturio, y de la venerada Virgen del Mirón. Y todos los días del miedo, Sor Clara con las demás jóvenes más ágiles para su ascensión al campanario rezaban allí el rosario a María y se encomendaban a San Miguel y San Saturio. Su descripción es ésta:

«Considerábamos esta torrecita como Fuerte de la Capital desde donde las monjas la defendían día y noche con cañonazos de Rosarios y Salmos en cruz en todas direcciones, mientras había una permanente ante el Sagrario. La circunstancia nos dio por entonces la adoración que veníamos deseando».⁸

Y añadía con humor:

«Nada pasará, porque con las barbas que tiene San Saturio, cuya ermita guarda un extremo de la ciudad y la Virgen del Mirón en el lado opuesto, no entrará nadie en Soria».⁹

Como la profecía se cumplió, Sor Clara agradecía a los santos su protección siempre que se recordaban estos famosos días, y la cantaba en sus coplas para las veladas caseras, acordándose de San Miguel y San Saturio y de su alta protección en 1931. Recordemos una de San Miguel:

«Tú desde la torre
siempre vencedor,
de nuestro convento
fuiste el defensor».¹⁰

5. La descubre la comunidad

Su delicado servicio a la casa en los años de tornera y su sensata piedad cada día más valorada, inclinaron a buena parte de las religiosas a presentarla para abadesa en la elección que debía hacerse en 1938. Madre Gregoria Purroy completaba ya su segundo trienio de abadesa y para reelegirla era preciso anticipar una postulación. Sor Clara sólo alcanzaba los treinta y seis años y la edad exigida para el primer cargo de la casa era de cuarenta, por lo que también necesitaba postulación. Para los profanos en estos términos del Derecho Canónico y porque esta palabra nos saldrá al encuentro en circunstancias posteriores, diremos que la postulación es una súplica que las electoras dirigen a la autoridad competente para que admita a la elección a una persona que tiene algún impedimento legal para ser presentada o elegida y que estas electoras consideran más apta que las restantes.

A Sor Clara hubieron de pedirle su opinión y su permiso. Ya conocían para entonces las esperanzas de la hermana tornera de conseguir para el monasterio la gracia de la Exposición perpetua del Santísimo Sacramento y de la profesión de la suma pobreza de la Primera Regla de Santa Clara. Y este fue el primer escenario solemne en que hubo de defender pública y sentidamente ambas aspiraciones. El Padre Provincial de los Franciscanos, Julio Eguíluz, que debía preparar la elección y aplaudía los deseos de Sor Clara, le comunicó abiertamente que era el momento de hablar sin reservas a la casa, si se sentía con valor de exponer el futuro que soñaba para la comunidad.

Sor Clara defendió con mesura y firmeza sus ideales. Las religiosas aprobaban sus palabras, admiraban su entusiasmo y aceptaban su persona. Pero temían que el convento no estaba preparado para tanto. ¿Cómo sostener los gastos que la Exposición perpetua proporcionaría en aquella economía de los años de guerra? ¿Y qué suerte esperaba al monasterio despojado de sus escasos bienes al pasar a la Primera Regla?

Sor Clara dio un paso más: sólo por Jesús Sacramentado vencería la repugnancia que tenía a cargo superior alguno. Lo proponía mansamente y sin imposiciones, dirigiéndose a la libertad de las electoras y aspiraba sobre todo a la paz, ahuyentando cualquier división. La propuesta quedó para una mejor coyuntura, con la categórica aseveración del Provincial de que Dios quería la Exposición y por tanto se conseguiría. En privado recomendaba el Padre Julio que, midiendo los tiempos, trabajaran primero por la Exposición y más tarde por la suma pobreza. Nuestra tornera sufrió por el rechazo y el retraso y en sus expansiones declaraba casi entre lágrimas que no había llegado el momento, porque ella no sabía merecer esta gracia de Dios.

La paz de la casa aconsejó e impuso silencio sobre estas fallidas propuestas. Pero no hubo silencio para los críticos, unos pocos sacerdotes y religiosos, que se empeñaron en llamar a la tornera visionaria. Abundaron las humillaciones. Los anhelos de renovación eran «visiones» de monjas que no pisaban esta tierra, comandadas por la menos realista de todas. Hasta el turno que ella regentaba llegaron las mofas directas:

«Sor Clara ¿qué revelaciones tiene sobre mí? Yo no tengo revelación alguna».¹¹

Respondía con humildad, se mordía la lengua, apretaba con enorme presión el dedo pulgar contra el índice y con mansa paciencia dejaba sin palabras a los mordaces.

Abriendo caminos a esta adoración eucarística solemne y perpetua, el citado Provincial de Cantabria había señalado a cada comunidad de la Provincia Franciscana una jornada mensual de Exposición, sólo durante el día. Al convento de Soria le correspondió los días diecisiete de cada mes. Otro Padre de la Orden les había recomendado que organizaran su adoración al Santísimo en su reserva del Sagrario en turnos de vela, que abarcasen a ser posible casi todas las horas del día. Y las más entusiastas extendieron esta adoración a horas de la noche, siempre con el conocimiento y permiso de la abadesa. Esta siembra en un campo abonado produciría años mas tarde el ciento por uno del Evangelio.

6. Orando por España

El verano de 1936 trajo a las monjas otra preocupante alarma. Las autoridades militares gestionaban por los cauces oficiales la ocupación del convento, o como cuartel de soldados y combatientes movilizados o como hospital de sangre para los heridos en campaña. La comunidad se vería obligada a buscar otro acomodo, supuestas las apreturas de la casa de entonces. ¿Y dónde? ¿Qué futuro les esperaba después de su amarga historia de traslados hasta ocupar Santo Domingo?

Intervinieron dos inmejorables valedores, el Padre Luis Basabe y Don Santiago Gómez Santa Cruz, Abad de la Colegiata de San Pedro y de mercedísimo prestigio en la vida soriana. El P. Basabe y Don Santiago convencieron a los responsables de que el convento de clarisas valdría mucho más para almacén de intendencia militar, lo que no exigiría la salida de las religiosas. Y con ello a las monjas les sobrevino la carga de un inesperado trabajo y los lejanos soldados adquirieron unas gratuitas servidoras. Porque Sor Clara, joven entonces, y el grupo de las restantes jóvenes, seleccionaban las ropas que les traían desde los pueblos movilizados por los bandos de sus alcaldes y las ofrecidas por los comercios de la ciudad, y las devolvían clasificadas a las camionetas que partían para los frentes.

Además de la indumentaria conservaban y cuidaban los víveres que les entregaban en custodia, separaban unos alimentos de otros y los empaquetaban para su envío. Ellas también pasaban necesidad y algunos días mayor que la de los soldados. Ni de una lata de sardinas privaron a la tropa, como es natural. Es más, dieron de su pobreza. Tenía la casa unos colchones para la enfermería. Los deshicieron, los lavaron, apalearon la lana, los recompusieron y los mandaron al hospital de los heridos.

La paz de la España que se desangraba en los frentes y la reconciliación de los dos bandos que seguían matándose era una obsesión de las buenas clarisas. Y en las manos del Señor Sacramentado dejaban esta negra inquietud de cada día. Ella y el grupo de jóvenes se levantaban por las noches para orar en la Iglesia y en turnos de vela hablaban con el Señor de la pacificación y la concordia, barridas con pólvora del suelo nacional. La guerra fue para ellas un aldabazo más a la exigencia de adoración eucarística.

En estos años acrecieron sus ansias y sueños de Exposición perpetua al verse impotentes ante la espantosa tragedia nacional. Se le oyó muchas veces soñar en alto cuando decía:

«¿Por qué no llegar a hacer en cada pueblo un conventito de doce monjas, a las que los vecinos ayudasen en su manutención y ellas tener adoración permanente?». ¹²

7. Esperanzas que vienen de Roma

Las «Constituciones Generales de las Monjas de la Orden de Santa Clara», aprobadas por la Santa Sede el 12 de marzo de 1930, daban alas a la porción de mayor empuje del convento soriano. Aunque para los proyectos en que este grupo soñaba, las Constituciones sólo aportaban recomendaciones y nunca obligaciones, no dejaban de ser un poderoso indicador del camino. Las normas aprobadas en Roma y repartidas a todas las casas del mundo, se ofrecían a prueba para siete años; pero fue tan fecunda la observancia conventual de este ordenamiento que recibió a su tiempo la aprobación definitiva hasta las reformas conciliares del Vaticano II.

Las Constituciones de 1930 en su número 158 emplazan a las clarisas en la jerga piadosa de la época a que:

«Nada les sea tan grato como visitar a su Divino Esposo, ya en común todas juntas a las horas señaladas, ya en privado lo más frecuentemente que les permita la obediencia, permanecer ante El adorando devotamente en santidad y justicia y fomentar con todas sus fuerzas en el propio Monasterio su adoración pública perpetua, o al menos diurna, guardando las prescripciones del derecho». ¹³

Prescripciones del derecho, según la última cláusula, en las que se estrellaría como en una muralla el buen espíritu de nuestras monjas. Además el citado número de las Constituciones es del todo elástico en la interpretación de la adoración perpetua, porque deja su recomendación en que fomenten «al menos la diurna».

Ocurrirá lo mismo con el número 149, que da sus bendiciones a los anhelos reformistas de este pujante sector de la comunidad.

«Donde hubiera caído en desuso la antigua costumbre de rezar en coro a media noche maitines y laudes, se encomienda encarecidamente a la abadesa y a las monjas que con santo celo se esfuercen por restablecerla». ¹⁴

Tampoco sube el tono de la obligatoriedad en el número 142 sobre la descalcez, con la que aspiraban a acercarse a la Regla Primera de suma pobreza.

«Se recomienda en gran manera el uso de sandalias al estilo de los Frailes Menores».¹⁵

Juntando y valorando en los números anteriores, las «prescripciones del derecho», la «encomienda encarecida» y «la recomendación en gran manera» del lenguaje piadoso jurídico de la época, obtenemos la clara conclusión de que con esos vehículos canónicos, no se podía caminar muy lejos. Pero la dirección estaba marcada y las aspiraciones que de Roma venían, coincidían con las ansias del grupo joven del convento.

Sor Clara saltó de alegría por las nuevas Constituciones. Pero no hizo campaña para conquistar a la Comunidad. Nunca le gustó vencer, sino convencer. Sor Clara calló. La abadesa y su Consejo convocaron un capítulo de votaciones. Y Sor Clara rompió su silencio, recomendando la bola negra en la votación sobre el horario nocturno de maitines, sobre la descalcez y también sobre la adoración perpetua, porque no se debía dividir la comunidad. Las Madres que dirigían el convento cargadas de méritos y buena voluntad no estaban por sus años para estos trotes. La bola negra, que era la respuesta negativa, no echaba cerrojos a las aspiraciones y reformas. Dejaba las puertas entreabiertas en el ánimo de todas hasta que el viento poderoso del Espíritu las abriera de par en par con su soplo de gracia en la siguiente etapa abacial.

La futura abadesa compensó con su creciente oración privada este revés al proyecto de reformas de la plegaria común. Cada día se centraba más en sus ideales contemplativos. Ella misma se fabricaba discretamente un entorno de recogimiento y diálogo con el Señor. No se alcanzó el rezo nocturno de maitines, pero Clara frecuentaba insistentemente el coro. Allí oraba más y recomponía su presencia de Dios. Y cada día añadía algún momento más a su contemplación. Hubo meses que probó dormir cada semana cinco minutos menos. Acortaba el sueño y prolongaba su adoración. Y se mortificaba porque la salud le respondía.

Lo que no nos aclara Sor Angela, de quien procede el testimonio anterior, hasta cuando duró esta supresión de minutos de descanso. Suponemos con ella y con los lectores, que algún día puso fin a esos recortes, porque le restaban años para haberse quedado sin sueño alguno.

VI

ABADESA

1. Contra las dificultades

El año 1941 era año electoral en las Hermanas Pobres de Santa Clara de Soria. Año electoral porque acababa el tercer trienio de Sor Gregoria Purroy y el obispo no admitía postulación para un nuevo trienio, si no se daban causas graves que para él no existían. Año electoral sin carteles de candidatos, ni discursos a las votantes, ni programas de gobierno futuro. El aparato de la campaña se sustituía por la constante oración privada y preces públicas, establecidas durante quince días en las Constituciones para «impetrar las divinas luces», y un retiro espiritual en la vigilia de los comicios.

Como en todo grupo humano, también en las elecciones canónicas abunda el diálogo privado entre los electores, diálogo que va perfilando estados de opinión, principalmente cuando la designación presenta complejidad. Las opciones de 1941 eran dos: elegir una de las monjas mayores, a las que todo el convento veneraba o fijarse en Sor Clara, buscada y aplaudida por la gente joven. Las primeras hubieran conservado la sosegada paz de la casa y el clima secular de una venerable clausura. Sor Clara y sus fieles renovarían con empuje el monasterio. Pero ¿a qué precio? ¿Se aceptaría la adoración perpetua y la antigua y olvidada pobreza de la Santa de Asís? La candidatura joven arrastraba una añadida dificultad: la futura abadesa no alcanzaba la edad canónica de los cuarenta y también necesitaba la repetidamente negada intervención episcopal.

Con intensa viveza y como entusiasmada protagonista de lo ocurrido hacía medio siglo, Sor Angela Carro, en la lucidez de sus ochenta y siete años,

decía en el Proceso Ordinario Diocesano en declaración tomada en cinta magnetofónica:

«Llegaba la elección y el Señor obispo nos tenía prohibida la postulación. Empezamos a orar, orar, orar. Otra hermana me decía ¿Qué te inspira a ti Dios, Sor Angela? Le dije: No me inspira nada. ¿Y a ti? Tampoco, me contestó. Orar, orar, orar. Hasta que un día en Sexta, después de la Misa, me vino este pensamiento. Está dando el P. Apráiz los ejercicios a los jóvenes de los Padres Franciscanos. El sabrá seguramente qué es eso que ha dicho el señor obispo de que sólo en caso grave se puede postular. ¿Cuál es el caso grave? Pensé que debía consultar yo a ese Padre. Estábamos acostumbradas a no dar ningún desaire a las Madres. Yo pensaba: si le digo a la Madre que quiero llamar a ese Padre que no ha venido para nosotras, no sé si le va a gustar, y no queríamos darle disgusto. Le dije a Sor Clara: voy a escribir unas letras al P. Apráiz y le digo que venga por aquí, que nos explique el caso grave. Sor Clara sabía muchas cosas interiores mías que yo le consultaba y al decirle mi decisión empezó a decir: Esta mujer, lo que nos va a hacer ¡Dios mío! Esta mujer nos lo va a revolver todo. Le dije: si la Madre me dice que no, es que Dios no quiere, y si la Madre me pasa la carta es que Dios quiere. En fin, Sor Clara, casi llorando me lo permitió».¹

El Padre Cástor Apráiz tocó la campanilla del locutorio el 7 de marzo, fiesta entonces de Santo Tomás de Aquino, fuente del saber y del discernimiento cristiano. La fortuita coincidencia se reveló para Sor Angela como signo esperanzador. Ella fue derechamente a lo suyo: ¿cuál era el caso grave para que a Sor Clara le dispensen los meses que le faltan? El franciscano prefirió no interpretar las actitudes canónicas del obispo ni entrar en valoraciones de sus dotes de gobierno. Su respuesta fue por otro camino y aseguró rotundamente que Sor Clara era la designada por Dios, por no hallarse otra de talante joven que pudiera asumir esta carga. Y confirmó su parecer con el del Padre Luis Basabe, guardián en otro tiempo de los franciscanos de Soria y del Padre Julio Eguíluz, buenos conocedores de la comunidad de Santo Domingo.

Sor Angela atornilló si el caso grave estaba en que Sor Clara era la mejor candidata y era insignificante el tiempo que le faltaba, y escuchó lo que quería y esperaba; suplicó si podía comunicar esta conversación a las electoras y se le dijo que sí. Para mayor tranquilidad insistió en si era prudente citar el nombre del Padre Apráiz. La respuesta fue afirmativa y Sor Angela se marchó hecha unas pascuas, dando gracias a la sabiduría de Santo Tomás. El plan estaba diseñado: con el acta de la elección, que esperaban convincente, presentarían al obispo la postulación de dispensa de edad.

Había terminado una batalla, pero les esperaban otras dos. No era digno orillar a las madres mayores. Sor Angela, siempre inmejorable persona y ahora «compromisaria» de la candidatura joven nunca dio un disgusto a superiora alguna. Tenía que aclarar lo que planeaban. Pidió parecer a un franciscano y sólo parecer, porque ella se echaría encima la delicada entrevista con la superiora. Cuando conversó con la abadesa, ya le habían pisado la noticia. La Madre, que en secreto tenía su propia candidata, se desprendió franciscanamente de sus proyectos y aceptó a Sor Clara y aseguró que la quería mucho y que era buenísima «pero que enseguida nos pondrá el Santísimo y aunque es pequeña lo conseguiremos». Sor Clara era bajita. El miedo a la Exposición no venía de su menor devoción a la Eucaristía, sino del pánico ante la ahogada economía de la casa que con los gastos de la adoración moriría estrangulada. La posible resistencia de las monjas mayores a la opción renovadora, si existió, se había desvanecido con esta entrevista.

¿La tercera dificultad? Ésta: el obispo, Don Tomás Gutiérrez, se ofreció inesperadamente a presidir las votaciones.

2. Elección

El 9 de junio de 1941 con la solemnidad de la presencia y presidencia episcopal dio comienzo el capítulo de elecciones. Muchas vocales sentían la incomodidad de aquella no ansiada compañía, conscientes de sus inflexibles negativas a estas dispensas del Derecho. Sor Angela confiaba en Dios y hasta en los hombres. El obispo había cumplido su canónica obligación de recibir a cada una de las votantes que «deben ser oídas en secreto» antes de la elección. Sor Angela no desperdició los minutos:

«Padre, nos llega la elección y la hermana que pensamos no tiene aún la edad. Me preguntó: ¿qué edad tiene? Le dije: le faltan unos meses para los cuarenta años... Añadió el señor obispo: la prudencia que va a tener dentro de unos meses la tendrá ya, así que adelante. ¡Bendito sea Dios!, ya estaba solucionado el caso. ¿Pero tendremos votos, me preguntó, pues se necesitan las dos terceras partes? Creo que sí, le dije. Vamos a la elección a ver lo que pasa, me dijo. Efectivamente salió todo a la primera».²

El Capítulo dispuso resueltamente las dudas del obispo y confirmó las impresiones de Sor Angela. Según el Libro de Decretos y Patentes del Con-

vento de Santa Clara de Soria, comenzado en 1741, folio 128, los votos de Sor Clara fueron quince, de veintiuna votantes. Para la interpretación episcopal de tan sobrada mayoría aún sobró un voto.

Merece clarificación el precioso y antiquísimo nombre de discretas ¿Quiénes son las discretas? Las que ayudan a la abadesa en el gobierno del monasterio. Son cuatro y constituyen con la abadesa un pequeño consejo de dirección, llamado discretorio. Deben tener treinta y cinco o más años y votos solemnes, a la vez que reconocida prudencia y amor al bien de la comunidad. La primera de las discretas se llamará madre vicaria y suplirá a la abadesa cuando se precise.

El capítulo había concluido con increíble rapidez y el obispo se alegró de clausurar con tal brevedad los cinco escrutinios, el de abadesa y los de cada una de las discretas, sin las cansinas musiquillas de nombres que se reiteran en las votaciones insuficientes. Se recogieron las papeletas de los votos emitidos en secreto y se quemaron. El obispo felicitó a las elegidas, bendijo a la Comunidad y abandonó el convento con la alegría de la paz que revelaban los comicios.

El 30 de julio ejecutaba Don Tomás en el Burgo de Osma un rescripto de la Sagrada Congregación de Religiosos, que confirmaba la elección canónica, sin que obstasen los ocho meses que faltaban a la designada para completar la edad requerida.

El escrito episcopal llegó al monasterio el 2 de agosto. Como el calendario y el convento celebraban entonces la gran fiesta de la Seráfica Madre Santa Clara el 12 de agosto, decidió el discretorio que la toma de posesión se aplazara a la víspera de tan glorioso día. Estas fechas de espera, con la comunidad un tanto acéfala, o bicéfala si se quiere, nos ofrecen una revelación de la firmeza de sus decisiones dentro de su casi exagerada humildad. El escrito episcopal señalaba que empezara su oficio el 2 de agosto. Ella no lo tomó como mandato y se avino al acuerdo del discretorio. Pero la abadesa cesante actuaba como si lo fuera, y de buena fe prestaba algún objeto o daba algún regalo sin permiso de Sor Clara. Y ésta decidió no retrasar su entrada en el cargo para cortar las posibles inobservancias porque «dar algo sin permiso es una falta y la nueva superiora sería la responsable si no lo prohíbe».

Terminadas las fiestas del 12 y 15 de agosto, con el aroma de Asís la primera y el recuerdo estimulante del cielo la segunda, el ritmo del convento se transformó sensiblemente. En la cena ya clásica del 15 de agosto al fresco

de la huerta, Sor Clara recordó que esa noche se cumplían los diecinueve años de su entrada en la casa con mil dificultades y un cordero en las manos. La charla se animó con las variadísimas preguntas sobre las ocupaciones de los días inmediatos. Las hábiles para trabajos materiales señalaban y seleccionaban las tareas urgentes, inaplazables algunas. La comunidad necesitaba algún ingreso para emprender sus ideales y las viejas paredes de la casa, sus techos y escaleras, suplicaban a voces limpieza o al menos blancura. Se atacó en los dos frentes.

Para el aumento de los insuficientes ingresos Sor Clara confiaba en la Providencia y en el esfuerzo de la casa. El grupo más preparado para las tareas de finura y pulcritud era el de las jóvenes y en particular el de las novicias. Acababan de entrar algunas con iniciales experiencias de bordado a máquina y con el meticuloso trabajo de la casa alcanzaron en pocos meses notable perfección. Otras venían con el bagaje de algunas clases de pintura. La tarea estaba fijada: confeccionar banderines y banderas de Acción Católica y otros distintivos y estandartes para asociaciones piadosas.

El voluntarioso arrojó de los comienzos del taller, que las más tímidas calificaban de atrevimiento y casi de temeridad, multiplicó los apuros de estas últimas. Sor Clara nunca se apuraba. «¿No estamos en buenas manos? Confiemos en la Providencia». Vendieron la primera bandera de Acción Católica al sacerdote Don Miguel Abad, que les pagó en dinero y en calurosa propaganda. El taller fue reconocido y aplaudido.

En el reparto de las labores a Sor Clara le tocó el equilibrismo y la acrobacia. Y también a Sor Angela y otras de sus años. No tenían escaleras ni dinero para comprarlas. Colocaban en el suelo cuatro mesas, sobre éstas otras dos, y encima de las dos, la más elevada. En esta última, Sor Clara con la brocha y el «Angel de mi Guarda, dulce compañía». Eran más las hermanas blanqueadoras, pero dicen que ella elegía los rincones más peligrosos. Como una experta. Lo aprendió de su madre en Rebollar. Lo enseñó a su hermana en casa de los padres. En la época de tornera y con Sor Angela adecentó las paredes más oscurecidas. Ahora generalizaban la blancura.

¡Qué lástima de brocha!, había dicho Sor Angela al entrar al convento. Y al terminar el noviciado pidió permiso para blanquear, porque el albañil les cobraba quinientas pesetas que no tenían. Buscó alguna otra hermana de ayudante y acabó formando equipo con Sor Clara. Un día, esta abadesa, muerta de sueño porque trasnochaban por el blanqueo, se quedó dormida con la brocha en la mano contando lo que pensaba decirle al obispo en

su visita del día siguiente. Los sorianos mejoraron su opinión sobre la casa. Es un convento semiderruido, decían en los años veinte, y en los cuarenta: es viejo, pero limpiísimo.

3. Gobierno en el amor

La nueva abadesa hizo suya la sabia norma de la Regla de Santa Clara en 1253, perfumada por el aroma de los siglos. En el capítulo IV dice:

«Y la elegida considere la carga que sobre sí ha tomado, y a quién ha de dar cuenta de la grey que se le ha encomendado. Esfuércese en presidir a las demás antes con las virtudes y buenas costumbres que con el oficio, a fin de que las hermanas, movidas por su ejemplo, le obedezcan más por amor que por temor. No tenga amistades particulares, no sea que amando más a unas que a otras escandalice a todas. Consuele a las afligidas y sea el último refugio de las atribuladas [...] Guarde en todo la vida común y sobre todo en la iglesia, dormitorio, refectorio, enfermería y vestido».³

Por su temperamento natural, por su recia renuncia a la propia voluntad y por su innato servicio a las monjas, tuvo como ideal este principio en los diecisiete años de su oficio abacial y lo sobrepasó pródigamente. Parece como si la Santa de Asís al redactar la Regla hubiera pensado, además de en sí misma, en la abadesa Clara, que lo sería en Soria siete siglos más tarde, para en ella encontrar el patrón de las abadesas buenas.

Hay una coincidencia sin fisuras entre todos los que la trataron en que era madre antes que abadesa. El Padre Ciriaco Rupérez, confesor por muchos años de la comunidad y buen conocedor de la madre y de la casa certifica: «Se preocupó más de ser madre que de ser superiora».⁴

Según la Santa Regla se hizo obedecer por el amor. Siempre fue el amor el motor de su gobierno. Ella era como una transparencia del amor que Dios nos tiene y que pasando por el corazón de Sor Clara terminaba -el amor de Dios- en cada hermana. Recalco a cada hermana. Porque era tan desprendido de afectos humanos su cariño, que todas se sentían amadas como únicas. Lo mismo, con las debidas salvedades, que podemos sentirnos ante Dios amados por El como únicos, conscientes de que como únicos quiere a los demás. El día de su muerte, del corazón de todas las hermanas brotaba la misma confesión: «¡cuánto me quería a mí Madre Clara!», porque cada una se consideraba como la más amada por ella.



Patio del convento.

Había, como no podía ser menos, una predilección o al menos unas atenciones particulares: las enfermas, las que sufrían algún problema familiar, las menos maduras psicológicamente y menos preparadas para la austeridad. Si de algún defecto se puede acusar a Sor Clara es del exceso de alguna de sus virtudes. Cuidó, animó, sufrió, consoló, aguantó a las hermanas según los casos. La vieron a menudo con botellas de agua caliente en las manos camino de las celdas de algunas postulantes para aliviarles el frío de las noches sorianas. En confianza y con cariño le reñían: «Pero Madre ¿es qué quieres criar a las monjas como pollitos?». Ella se reía humildemente al verse sorprendida, aceptaba y se abstenía unos días del transporte de botellas. Después y con mayor sigilo volvía a las andadas.

Las dieciséis profesas que viven hoy en el convento, habiendo entrado en los años de su cargo abacial, nunca olvidan el calor maternal de su primer abrazo tan necesario en aquel momento. Sirva el siguiente testimonio de Sor María Margarita:

«Tengo un recuerdo especial de ella el día de mi entrada en el convento. Era madre abadesa y al abrazarme me dijo: Hija mía; de tal forma me sentí arropada por su amor y ternura que han pasado ya cuarenta años y todavía recuerdo aquel hija mía tan acogedor, que

suavizó mi gran dolor al despedirme de mis padres y hermano. A través de toda mi vida yo personalmente me he sentido querida por ella con locura. Esto mismo lo he oído decir a muchas hermanas».⁵

Su amor, por ser el de Dios, debía extenderse a todo el monasterio y traspasar sus muros. No sufría las diferencias en la casa. Mil veces las vio en las costumbres secularmente establecidas en ésta y en las restantes comunidades de clausura, como era la desigualdad en el vestido y otros usos entre las hermanas de coro y las hermanas legas. Las profesas de coro vestían velo negro y la costumbre y hasta las Constituciones cubrían la cabeza de las legas con el velo blanco. Las hermanas legas eran por lo general buenas mujeres de menor cultura, que no rezaban el oficio divino en latín y levantaban los trabajos duros de la casa y la huerta.

A Sor Clara le irritaba esa diferencia de clases y se empeñó en erradicarla. Pidió permisos especiales adelantándose a las normas unificadoras del Concilio Vaticano II que tratan de abolir estos restos de costumbres medievales. Decía: ¿Por qué esta clasista desigualdad de tocas y esta diversidad de tareas si todas somos hijas del mismo Padre? En otro frente, entregó muchas horas de vida a la enseñanza de estas santas mujeres y a su elevación a una digna cultura general y a la práctica de la lectura del latín para participar en la liturgia. Y fue con ellas una de tantas en el cuidado de las vacas, las gallinas o las coles. Y en muchos casos la primera.

4. Hambre de pan

Los primeros años de la década de los cuarenta han pasado a la memoria de los españoles y a las historias impresas como «los años del hambre». La guerra civil que lo sacrificó todo a las necesidades del enfrentamiento bélico, esquilmó la economía nacional. Para colmo, se empalmó con la nuestra la segunda guerra mundial que desde 1939 ensangrentó y arruinó a muchas naciones de oriente y occidente. Los alimentos se repartían aquí con cuentagotas por las cartillas de racionamiento, de triste recuerdo.

El amor de Sor Clara a su comunidad movilizaba su ingenio natural para buscar y encontrar soluciones, simples a veces, ocurrentes otras. Después de su elección había que esperar unos meses la dispensa de edad que vendría de Roma. Ella continuaba de tornera y encomendó a la portera que conservara todo el pan, blando o duro, que trajeran de la ciudad. En las horas

de espera en el torno cortaba rebanadas para sopas, las secaba al sol y las guardaba en pequeñas y limpias talegas para ofrecer un «extraordinario» a las hermanas el día de la posesión.

Se celebró en agosto la austera fiesta y persistió la escasez. La cantidad de alimentos y el aliño en la comida era para las monjas la pura sobriedad. El peligro más serio estaba en las jóvenes, entonces un grupo numeroso por la eclosión vocacional de la postguerra. Y Sor Clara las alimentaba ingeniosamente dándoles pan mojado con vino, que no llegaba a «sopa borracha» porque el azúcar y la canela eran un lujo lejanísimo. Sólo trozos de pan empapados en vino. Estaba persuadida, y lo decía, de que aquella untada daba gran fortaleza. Fuerza que había que conservar o conseguir para emprender los ideales de trabajo manual, adoración perpetua o liturgia nocturna.

La mala racha le convenció de que habría que acabar pidiendo limosna. Pero un bienhechor del antiguo discretorio le auguró sombríamente: «se le cerrarán todas las puertas». El presagio del agorero aumentó el dolor de su impotencia para alimentar a la comunidad. Y puso en movimiento su sencilla fe franciscana de las Florecillas, o del Evangelio que traslada montañas. Las puertas del cielo nunca se cerraban, aunque estuvieran atrancadas todas las de la tierra.

Ahora no empleó la aguja en los saquitos para guardar el pan duro; se hizo unas alforjillas para el pan que viniera. «Vamos a pedir limosna, decía, esto es muy propio de nuestra Orden». Colocaba unas alforjillas al hombro de cada novicia o postulante y visitaba las hornacinas de la iglesia o peregrinaban por el claustro deteniéndose ante los cuadros de los santos. Y ante estas imágenes, con la fe insondable y contagiosa que ella tenía y transmitía, decía y hacía decir: «San Fulano, Ave María Purísima, una limosnita por amor de Dios para estas pobrecitas que necesitan pan, o alubias o garbanzos o patatas».

Certifico que nada hay de invención del redactor en esta página tan cercana a las de Fray León, Fray Francisco, Fray Gil o Fray Maseo, ovejuelas de Dios. Y más aún. Si el suceso anterior es un resumen de lo que cuenta el testimonio procesal de Sor Angela que vio desde fuera a las novicias de las alforjas, disfrutemos ahora del de una de las protagonistas del momento, Sor María Margarita:

«En el convento se llegó a pasar hambre, había necesidad extrema hasta de pan. Ella sufría mucho y pedía al Señor comida para las hermanas y sobre todo le preocupaban las más jóvenes, porque temía que perdieran la salud. Yo la he visto pedir a Dios. Nos llevaba a las

novicias con ella al coro a pedirle a Jesús Sacramentado en voz alta, garbanzos, lentejas, pan, aceite y nos decía: «repetid fuerte: Señor, danos lentejas, etc... y decía, más fuerte, con toda el alma, pedidlo con fe». Y desde luego las cosas que pedíamos iban viniendo al torno de la manera más sorprendente. Venía una persona y decía: he pensado que os vendrían bien estas legumbres: Dios había movido su corazón para traerlas».⁶

No es un despropósito concluir con el célebre estribillo de los escritos sobre meser Francisco y sus hermanos: en alabanza de Jesucristo. Amén.

A las participantes en estas fervientes letanías, la fe contagiosa de Sor Clara en la Providencia les modificó su relación con Dios, porque la veían orar y orar sin cesar. Primero ponía las cosas en manos de Dios; adivinaban y envidiaban su contacto fuerte y directo con el Señor. Luego empezaba a actuar con los medios que estaban a su alcance. Las que rezaron y elevaron cada vez más la voz en el coro, se convencieron de que hay que esperarlo todo de Dios, porque lo experimentaron en ella y en su fe magnífica y sencilla.

Para el convento y para tantos ciudadanos fueron los años de la austeridad y del torrezno. La hermana cocinera dejaba en el refectorio un pozalillo de patatas cocidas sin pelar para que se las llevasen discretamente en la mano las que se vieran insuficientemente alimentadas por el menú normal. El torrezno navideño se convirtió en un lujo de fiesta. Y entre las preces a los santos nunca faltaba la del torreznillo que siempre llegó. El reconocimiento de la comunidad por el apetecido obsequio en los tiempos difíciles, ha perpetuado hasta hoy su disfrute en la pascua navideña que ningún año olvida el humilde torrezno.

5. Intuitiva y amplia

Su demostrado empeño por la comida material no tuvo parangón con su diligencia por el alimento del espíritu. Aquella preocupación terminó con el fin de la penuria; ésta le acompañó siempre. Confiaba a Dios sus humildes aspiraciones de parecerse al Buen Pastor que conoce a sus ovejas y se deja conocer por ellas, que las lleva a las aguas tranquilas y prepara ante ellas la mesa, para seguir los símiles bíblicos.

Conoció a todas y las conoció intuitivamente más que por un esfuerzo reflexivo. Por la paz que demostraba y la confianza que trasmitía, muchas

hermanas se explayaban con ella en asuntos de dirección espiritual, le contaban sus problemas personales e íntimos y desahogaban en ella sus preocupaciones familiares. ¡Cuánta lágrima ha secado esta mujer y qué fortaleza y alegría ha repartido! La consideraban un pozo sin fondo, seguras de que nada saldría de su boca. «Sencilla como la paloma, prudente como la serpiente», esta virtud de la prudencia en el oír, dialogar y callar fue una de las que más incondicionales le conquistó y de los más sólidos apoyos de su gobierno.

Guardaba como un confesor las confidencias y secretos que le descubrían. Es más, nunca se le oyó un comentario de lo que ella sabía por intuición y por el natural conocimiento de los otros que proporcionan a las personas observadoras los años de convivencia en una casa de clausura. Sólo en momentos en que era imprescindible su opinión en una deliberación de consejo de gobierno, daba su parecer con tres o cuatro frases suficientes, como pinceladas rápidas, con la mayor delicadeza y con la misma sinceridad y clarividencia.

No pensaban sus hermanas que las conocía tan hondamente. Un día le pidieron con los mejores propósitos ascéticos, que describiera en un folio los defectos de las suplicantes y que diera estos juicios escritos sin paños calientes y hasta donde quisiera profundizar. Y dicen que retrató como en una nítida fotografía el interior de estas hermanas y que acertó plenamente. Por su sabia convivencia con la comunidad y por su intuición privilegiada era capaz de describir a todas y de retratar a cada una. Consciente de lo que se podía esperar de cada persona, dicen que nunca reñía, y que aguardaba el momento adecuado para una advertencia o una censura. Y aderezaba su corrección con tanta azúcar que siempre prevalecía el cariño por la hermana sobre el orden quebrantado o los derechos de la autoridad. Pero con tal dulce aderezo era exigente.

Amante del espíritu de la ley y enemiga de legalismos, conjugaba este sabio y tantas veces destrozado equilibrio entre el ordenancismo de la letra de la ley y el rico meollo de su espíritu. Lo enseñaba en teoría y en la práctica. Vaya primero el ejemplo práctico: las monjas acudían en aquellos años al locutorio siempre acompañadas, hasta en las visitas de padres y familiares. Así eran las normas. Pero Sor Clara las observaba y al mismo tiempo respetaba la intimidad de las personas con una lúcida visión de que aquella legislación tan restrictiva tenía que cambiar. Le decía a la de la visita: «Han venido a verte, baja al locutorio que enseguida voy». Transcurrido un tiempo prudencial llegaba ella como si algún imprevisto le hubiera entretenido. Podíamos llenar

unas páginas de evocaciones sencillas y diarias de esta libertad de espíritu, cargadas de fragancia franciscana y multiplicadas como las flores en primavera; pero es más sensato imponerse el respeto ante protagonistas que aún viven, o si murieron, está muy vivo su recuerdo.

Terminamos con un texto suyo que demuestra su rechazo teórico a la pequeña ley cuando su observancia va en contra de otros valores más estimables. En los últimos meses de 1951 redactó en sus cuadernos unos escritos, que llamó meditaciones, en los que trataba de fijar en pocas líneas el fruto de la Palabra de Dios y de su oración. Son treinta y siete reflexiones y la del 23 de noviembre de 1951 dice:

«El que ama a Jesucristo y todo lo hace por amor goza de libertad para escoger. El que no vincula su perfección principalmente a las prácticas materiales, no las busca por sí mismas y cuando las circunstancias le impiden observarlas, no se turba por eso, porque no estaba ligado a ellas. Y si ve a su hermano en una necesidad, no duda en ayudarlo, omitiendo tal o cual observancia con tal que no obligue bajo pena de pecado. Los que de él dijeren lo que los fariseos de Jesucristo: Este hombre no es de Dios, porque no guarda el sábado, mostrarían un espíritu farisaico que no debe preocuparnos. De lo dicho debemos concluir que jamás hemos de constituirnos en jueces de la regularidad de nuestros hermanos».⁷

He fechado dos veces este texto, porque su apertura es admirablemente previsoramente en medio de las estrecheces legalistas del año 51, a mucha distancia, más psicológica que temporal, del viento renovador del Concilio Vaticano II.

VII

RENOVACION DEL MONASTERIO

1. Los pobres trabajan

La comunidad que la eligió como abadesa sabía cuánto le quemaba el fuego de la adoración perpetua y de la profesión de la suma pobreza. Era el fin a obtener; primero estaban los medios. Se puso a trabajar y movilizó a todas para el trabajo. Hablan los documentos de trabajo «renditivo», es decir rentable. Las clarisas de Soria y de tantas clausuras de nuestra geografía y de fuera, trabajaban -y mucho- en labores de casa, en tareas normales, en ocupaciones artísticas o artesanales en las que se emplean horas sin cuento. No cobraban el precio de su arte ni de su tiempo. El producto de sus manos se destinaba a regalos para los bienhechores y fines semejantes, sin descubrir el valor comercial de sus tareas. Su taller se llenaba de bastidores en que bordaban primores para los ornamentos litúrgicos; pero la recompensa era tan pobre como las sacristías que guardarían las casullas y ternos restaurados. Otras labores suyas eran las de pintura, punto de máquina, alfombras de nudo tejido en telar de artesanía, planchado y rizado. Nunca estuvieron mano sobre mano, pero no habían organizado un trabajo productivo que les diera para vivir. Para cuando Pío XII y más tarde el Concilio Vaticano II señalaron este camino a las claustrales, la superiora soriana tenía implicada a toda la comunidad en cuanto ésta pudiera acometer, que no era mucho por la dura competencia que sufriría lo artesanal ante la industria mecanizada.

Lo que desde el principio se razonó maravillosamente fue el fin, el motivo y el ambiente del esfuerzo manual con la mejor lógica evangélica y el más realista sentido social. *«Los pobres viven de su trabajo, si nosotras somos pobres, tenemos que trabajar».*¹

En la mente lúcida de la abadesa y de su discretorio las ideas estaban muy claras: Vivían la pobreza individual con su voto personal de renuncia a los bienes. Pero si aspiran a la pobreza comunitaria, es decir a que la comunidad renuncie a cuanto posee, tendrán que vivir del trabajo como la gente humilde y no de las rentas como algunas de las gentes medias a las que no pertenecen. Aclaremos más adelante estas propuestas. Pero es urgente afirmar ahora, que desde el principio tomaron el meditado acuerdo de aumentar su ayuda a los otros pobres, los de fuera, a los que entregarían siempre el cinco por ciento de cualquier ingreso. La superiora mantuvo el estado de alerta ante el bello propósito y antes de servirse del dinero de las ventas, separaba fielmente aquella cantidad y decía:

«Hay que darlo antes, no sea que después tengamos necesidad y nos veamos tentadas a utilizar ese dinero que ya no es nuestro»²

Todavía hoy está en pie la práctica de Sor Clara y se respeta lo que a los pobres pertenece.

Sin llegar a desastre ni descalabro, el trabajo del principio, ni rociado de oraciones, fue una bendición. La comunidad no preparada para estas tareas y poco experta en las necesidades del mercado, vivió de sobresalto en sobresalto. Los apuros comenzaron con las vacas y venta de leche. No se sabe quién les aconsejaría comenzar con ganado mayor. Una noche de susto de 1947 avisaron Sor Clara y Sor Angela a Don Angel Vallejo, veterinario de la ciudad, porque una vaca se les moría. Montaron guardia los tres cerca del establo y hablaron de todo, pero principalmente de Dios. Don Angel vio que pasaban dificultades y que estaban obsesionadas por la insuficiente alimentación de las monjas. Don Angel les ayudó a renovar la cabaña con ganado traído de Asturias, que resolvió de momento el problema. De las vacas pasaron a los cerdos, terminando con animales más manejables y limpios, las gallinas. Porque pusieron un gallinero y enseguida se extendió por España la peste aviar.

Cuando Don Angel vacunaba a las aves le acompañaban la superiora y dos hermanas. Primero rezaban el rosario y luego las inyectaban. El pinchazo correspondía al veterinario y la que sostenía el animal era normalmente la abadesa. Los comienzos de la industria avícola, que fue la más prometedora entre las actividades ganaderas, impulsaban la oración y el espíritu coplero de Sor Clara que decía:

«Danos glorioso San Salvador
cuarenta gallinitas y un cantador,
con el buche llenito y el ponedor».³

La súplica en verso no era sólo de Sor Clara. Era de toda la comunidad y con música. Vivían las estrecheces con alegría y durante el recreo se juntaban en un gallinerito sin gallinas y cantaban la copla a una estampa de San Salvador que alguien había pegado a la puerta.

Sobrepasaron con mucho las cuarenta y llegaron a mil. Pero no se veían los ingresos, aunque se multiplicaban los desvelos. La franca descripción de Sor Angela despierta al menos la sonrisa:

«Primero pusimos vacas, pero como el establo no estaba en condiciones se nos hinchaban, se timpanizaban y tenían que venir los veterinarios. Pusimos cerdos y gallinas que se picaban. Los pollitos que nos regalaban se morían de frío».⁴

Con el máximo respeto a Sor Angela y al libro de Job, se podía concluir con el famoso estribillo del libro bíblico: «Sólo yo pude escapar para contarlo».

A Sor María Isabel, la cocinera, que ayudaba a la vigilancia de las gallinas para que no se mataran a picotazos, le costaba cambiarse tantas veces los hábitos, unos para la cocina y otros para el gallinero. Sor Clara le improvisó este piadoso pareado que podía rezar en el momento:

«Cada vez que me desnudo y me visto, me desnudo de mí misma y me revisto de Cristo»⁵

La última ocupación, la de la repostería, ha sido un acierto desde el principio hasta hoy, y en la ciudad y a muchos kilómetros de ella se reconoce la maestría del convento para toda clase de pastas, pasteles, hojaldres y confituras. Sor Clara animó esta tarea con ímpetu constante y desde los lugares más imprevisibles; cuando había que transportar cajas de pastas o de botellas, ella se ponía como una más en la fila -hasta de mayor- y entonaba canciones o improvisaba una bien intencionada cuchufleta.

Se fijó un día en una hermana agobiada por estos y otros trabajos. Y el remedio de Sor Clara fue esta ocurrencia:

«Nati, Nati, no te apures
que trabajas para el cielo;
con el jornal que te espera,
cualquiera te tiene duelo».⁶

Con lo que entre bromas, sin herir nunca ni enojar a nadie, daba una lección de fe y alta espiritualidad levantando los ánimos con sus chanzas.



Monjas en el obrador.

Su ejemplo de laboriosidad no acabó nunca. En sus ratos libres escribió y cuánto! o hizo punto en su celda o ganchillo en el locutorio durante las visitas de confianza. En los primeros tiempos de la repostería llevaba a su celda u otros lugares de trabajo las cajas de envoltorios de magdalenas y los devolvía al obrador sueltos y preparados para recibir la pasta. Se dedicaron algún tiempo a la confección de prendas de punto y Sor Clara planchaba de noche los jerseys que no habían recibido este acabado, para cumplir con el comercio que los retiraría a la mañana.

La Comunidad adquirió hábitos de obrero para el trabajo fuerte y docilidad de hijas con obediencia filial a la madre. Cuando por fin vio lograda la organización metódica del trabajo y el equilibrio de la Comunidad en el benedictino «ora et labora», ella era una pura acción de gracias a Dios. Pero nunca olvidó el sustrato franciscano de minoridad. Decía con firmeza:

«Nosotras a trabajar todo lo posible y a pedir a Dios y confiar en El; pero si en alguna ocasión tenemos necesidad, no tengáis vergüenza de pedir limosna. Hay que ser humildes y tenemos que ser como los pobres más pobres». ⁷

2. Cultas y formadas

Soñaba para su comunidad con el milagro de la transfiguración. Sabía que el proceso de transformación sería lento, pero que por sus pasos llegaría. Los pasos podían ser, elevar la cultura, dignificar la persona, perfeccionar la cortesía, profundizar en el pozo no pequeño de sus conocimientos religiosos. La fundamentación era siempre la misma: cada una cultivará su persona en la medida en que se crea hija de Dios y quiera respetar y cuidar esta dignidad como recibida de tal Padre y será siempre respetuosa y cortés con cuantos tienen la misma condición y dignidad. En las reuniones de los Capítulos demuestra incansablemente esta preocupación. Así proponía el 15 de julio de 1956.

«Todos los días será primero un punto de catecismo, moral o algo instructivo de religión y luego un puntito de ortografía o urbanidad, higiene, alguna nota de cálculo, en fin, un poco de esas cosas de la escuela que son tan provechosas. En todo es muy bueno el ejercicio y también en la inteligencia, porque facilita su desarrollo, y ayuda a formarse en un clima más sereno y digno para un juicio más sano y discreto, que ayuda a la paz y a la unión con Dios; como que es Dios y no la imaginación quien debe gobernar la persona; y en una inteligencia laboriosa, si va unida al corazón humilde, tiene su morada el Espíritu Santo».⁸

Las Constituciones Generales insisten reiteradamente en la enseñanza de las materias religiosas, englobándolas en el título general de «doctrina cristiana» según la terminología entonces al uso. Pero la superiora soriana sueña con una comunidad instruida también en las ciencias de la tierra y amante de los valores humanos. La propuesta de «ortografía, urbanidad, higiene, cálculo y otras cosas de escuela» revelan a la maestra que pudo haber sido de no interrumpir sus estudios y a la hija del que vivió y murió en la profesión. Capacitación para esta docencia la tenía y siempre la ejerció en clases generales o en enseñanza particular a alguna hermana más necesitada. Hasta su muerte vivió la entrega sin medida de su tiempo en las lecciones: enseñaba solfeo a sus setenta años, explicaba catecismo a sus novicias, comentaba lecturas religiosas o profanas y acababan cantando alguna de sus coplas. Acogió sin queja alguna el sacrificio de unas conferencias a las cuatro y media de la tarde cuando ya necesitaba aumento de reposo la muy gastada maestra de novicias.

Los colaboradores de dentro o fuera que buscó para el intento, accedieron con la generosidad que ella sabía despertar o merecer. Ciertas hermanas



Componentes de la rondalla.

se ocupaban de otras de inferior preparación o se atrevían a la difícil enseñanza del arte, en pintura, bordado, música y otros parecidos empeños. Pero la música merece un párrafo destacado.

La dignificación del canto religioso era el sueño dorado de las aspiraciones litúrgicas de la comunidad. Un día se les ofreció Don Demetrio Gómez Aguilar para las clases de música gregoriana, música polifónica y emisión de voz. Don Demetrio, sacerdote, músico y terciario franciscano les oía la monodía gregoriana y aquel canto no le elevaba el espíritu. Se decidió a intervenir y por muchos años fue el mentor musical de la casa en ensayos y enseñanzas teóricas y prácticas. Tuvo un inmejorable continuador de su docencia en Don Adalberto Martínez Solaesa, de profunda formación musical.⁹ La lección de gregoriano, impartida desde la casa por una hermana, era diaria. A veces se refuerzan las instrucciones musicales, como el 30 de septiembre de 1956 en que da un aviso la abadesa de que habrá ensayos los domingos que nos sea posible, diez minutos antes de comer. Y advierte:

«Pero con tal de que los ensayos no sean como hasta el presente, fuente de disculpas y faltas de caridad. Cada una recibamos con humildad las advertencias de la Vicaria de Coro y a poner empeño por amor de Dios».¹⁰

Podemos ver en el texto, por eso lo transcribo, la seriedad y claridad de las correcciones de esta abadesa constantemente amable. Igual energía se manifiesta en otros escritos de advertencias. ¿Qué había pasado? Probablemente poco. Los ensayos de música, principalmente si las cantoras vienen de un largo silencio en un internado, producen con frecuencia una contagiosa y poco remediable hilaridad que desahoga la tensión acumulada. Y las monjas jóvenes soltarían la risotada.

Estas jóvenes llenaron la casa de alegría, de cánticos y de guitarras. Por primera vez escucharon algunos los nombres de traste y cejilla y supieron cuánta música cabía en medio de seis cuerdas. Y se les vio transportar sobre sus hábitos pardos las coloristas fundas a cuadros que contenían sus instrumentos. Y lo mismo ocurrió con las bandurrias, laúdes y otros utensilios de cuerda y percusión. Se dedicó un aula a los ensayos y a la custodia de estos elementos del sonido y abundaron las coplas de Sor Clara que espiritualizaban el santo jolgorio:

- | | |
|--|---|
| 1. «La rondalla del convento
con el más sentido amor,
su canto de acción de gracias
le dedica hoy al Señor. | 3. Qué envidia tengo a los cirios
que arden siempre en el altar.
En llama de amor divino
me quisiera transformar. |
| 2. Tesoro de inmensa dicha,
los muros de mi convento,
donde cantan sus amores,
las monjas que viven dentro | 4. Con la gotita del agua
que en el cáliz se perdió
yo también quedé perdida
al hacer mi profesión». ¹¹ |

Incondicional fue siempre en todas las enseñanzas teológicas la colaboración de Don Carmelo Jiménez Gonzalo, canónigo doctoral de San Pedro de Soria y terciario franciscano.¹² Comenzó su magisterio explicando el salterio latino y lo intensificó cuando ya podían saborear la riqueza de un texto traducido a su lengua. Dio lecciones de Dogma católico o Historia de la Iglesia o de Liturgia. Sus cursos más o menos sistemáticos han tocado las materias más esenciales.

A su interés por la enseñanza bíblica hay que ponerle la nota de sobresaliente. Ella misma escribía comentarios al Evangelio con la mirada puesta en las jóvenes para animarlas a degustar la Palabra de Dios. Muy al principio copiaba a mano textos evangélicos en papeles pequeños y los iba juntando en cuadernitos que entregaba a otras monjas para que los pudieran llevar fácilmente en el bolsillo y meditar en cualquier circunstancia. No circulaban por la casa ediciones del Evangelio, ni menos de los Hechos o Cartas de San Pablo

y nada del Antiguo Testamento. Ella sí. Es un misterio quién le adquirió una Biblia completa que leyó, meditó, amó y utilizó con tino en sus exhortaciones. No es que tuviera un gran amor a esta Palabra, es que vivía de ella. Citaba la Escritura por activa y por pasiva, y en los momentos culminantes le venía a la mente la cita bíblica oportuna. De ello da fe toda la comunidad.

Su fervor bíblico y el apostolado de su lectura podría compendiarse en este pensamiento: si hay que amar al libro y se le ama leyéndolo, hay que demostrar pasión por la lectura del más eminente de los libros. Frase suya es:

«Todos los libros son hermosos, pero la Biblia es la fuente de todos».¹³

Cuando en la casa vio abundantes Biblias y se fijó en las monjas con el Libro Santo en las manos, no sabía de qué modo dar gracias al Señor. Al entrar ella al monasterio no era normal en los seglares ni en las monjas la lectura y estudio de la Biblia, ni acaso del Nuevo Testamento. Se leía y no mucho el Evangelio, reduciéndolo a veces a los que correspondían a domingos y festivos. En los años cuarenta éstas y otras religiosas nunca vieron de cerca una Biblia completa. Para algunos era lectura semiprohibida desde las controversias de Lutero.

3. Cincuenta piedrecillas

En la mente renovadora de esta abadesa estaba claro que la primera transformación descansaba en la calidad y hasta en la cantidad de las personas. Primero que fueran buenas y valiosas, y si lo eran ¿por qué no extender esa bondad y valía a más participantes? Su constante campaña vocacional produjo frutos que todavía persisten. Usó todos los métodos y puso en marcha su inventiva de súplica y de fe. No nos sorprenderá a estas alturas que un cierto día, su asombrosa confianza en el Altísimo, colocara cincuenta piedrecillas al lado del Sagrario para pedir al Señor Sacramentado que las convierta en monjas, porque cincuenta son las que necesitamos. Ella soñaba una comunidad de cincuenta clarisas y el «que es capaz de sacar de las piedras hijos de Abrahán» (Mt. 3,9) bendijo la graciosa ocurrencia y la honda confianza de Sor Clara y le hizo vivir en el convento con cincuenta y siete religiosas.

Su ardor vocacional no conoció fronteras ni en el cielo ni en la tierra. En una carta sin fecha a Sor María Yolanda, de Molina de Aragón, le recuerda a su particular protector de la lucha contra el mal:

«Aquí seguimos como siempre alegres y cantarinas y hacemos todos los días la procesión con San Miguel, pidiéndole vocaciones. A ver cuándo viene una parejita de Molina».¹⁴

Además de movilizar a San Miguel y a Sor María Yolanda pide vocaciones a su paisana y amiga de infancia Ascensión Tello, que al quedarse sola vive en Alcalá de Henares en una residencia de ancianos. En sus cartas le anima siempre a santificarse aguantando las manías de las personas caprichosas y prestando atenciones a los más deteriorados. Y cuando la buena mujer pasa unas fiestas de agosto en Rebollar, le escribe al pueblo el 17 de agosto de 1961 y entre otras cosas le pide:

«Saludos cariñosos para todos y que se hagan muy santos, y a ver cuántas monjitas van a venir conmigo de mi pueblo ¿no se anima ninguna?».¹⁵

No perdía ocasión. ¿A quién se le ocurre pedir ayuda vocacional a una interna de la tercera edad? A nadie. Pero sí a Sor Clara en su pueblo, porque sus más apetecidas vocaciones eran las de las áreas rurales, que por su origen conocía y a las que valoraba por sus austeras virtudes. «De estas aldeanitas me gustaría que estuviera lleno el convento», decía muchas veces. Y no es que despreciase a cuantas llamaban a la puerta con estudios y carreras, consciente siempre y agradecida a Dios de lo que aportaban a la comunidad con su preparación. Cuando llegaba una ansiada vocación, contagiaba su gozo a la recién venida y pregonaba su alegría en casa y fuera. En otra carta, también sin fecha, le habla a Sor María Yolanda de una nueva cosecha de vocaciones, una novicia de Castil de Lences, dos de Olite y otra de Medina del Campo. No hay siembra que no sea fecunda.

Fray Juan Elícegui Salsamendi, hermano portero y ecónomo de los franciscanos de Soria en los años de tornera de Sor Clara, conocía sus virtudes y la sabiduría de sus consejos a través de la madera del torno, porque la reforma de la iglesia de los padres al final de la guerra les obligaba a celebrar el culto en Santo Domingo. El buen hermano ha conservado el recuerdo de la tornera y las cartas de la abadesa. Dice él que en el año 1937 eran dieciocho las hermanas y a los diez años le escribe la Madre desde Soria:

«Ya somos treinta y conmigo treinta y una. Tenemos muchas aspirantes, pero con muchas dificultades. Dios sobre todo».¹⁶

Y aunque no corresponde a este capítulo, no es posible silenciar el testimonio del buen hermano Juan con su deseo fulminante de canonización más merecida que casi todas las demás. Venía una vez al año desde el Santua-

rio de Aránzazu para recibir de ella aliento espiritual y es tan portentosa su admiración que dice en el Proceso Diocesano:

«Hablo con ella, me acuerdo mucho de ella, la venero, tengo un concepto de ella de que era una mujer santa; junto a San Francisco y Santa Clara la pongo a ella la tercera».¹⁷

Su última colaboración en la revista «Clausura Franciscana» -hay muchas páginas tuyas desde el 1956 al 1959- tiene fecha de octubre de 1963 y es un elaborado compendio de los «medios eficaces para conseguir vocaciones». En esas fechas ha comenzado el declive vocacional en nuestra sociedad, y ella señala cuatro medios para recuperar las vocaciones. El primero es la súplica según lo del Evangelio «rogad al Señor de la mies», en oración humilde, acompañada de sacrificio y llena de caridad. Éste de la oración es un largo y hermoso texto, repleto de citas evangélicas, impresionantes por su oportunidad y por su contundencia.

El segundo medio:

«Que por sí mismo atrae más vocaciones es la Exposición de Jesús Sacramentado y su Adoración perpetua. Podrían hablar las comunidades donde se ha implantado la Exposición, tan encarecidamente recomendada en nuestras Constituciones. En Soria, donde hace veintidós años, alentadas por nuestro M.R.P. Asistente, nuestro propulsor providencial, implantamos la Exposición, han ingresado y perseverado treinta religiosas. En Durango, Bidaurreta, Tolosa, Alfaro, han aumentado considerablemente. En Ciudadela (Menorca) que en el año 1953 implantaron la Exposición de Jesús Sacramentado con el número de nueve, de tal modo se nutrió la Comunidad, que han podido fundar en Portugal donde ya cuentan con cuarenta aproximadamente; han venido en refuerzo del convento de Salt, en Cataluña, doce, y tratan de establecer un aspirantado esperanzador».¹⁸

La tercera medida, también para su puesta en práctica dentro del monasterio, será la dignificación del culto, el esmero en el rezo y el primor en el canto, junto al atractivo testimonio de una comunidad unida, alegre, atenta y acogedora.

Por fin el cuarto instrumento sería la propaganda de estampas, libros y fotografías y otros impresos que se puedan enviar, por ejemplo, a las parroquias cuando mandan los paquetes de formas, con el ruego a los sacerdotes de que pongan en buenas manos esos escritos y se interesen en la dirección espiritual o en el confesonario por las posibles vocaciones.



Novicia y postulante el día de su toma de hábito.

Quien conozca la pujanza de la comunidad actual de las clarisas de Soria y de otros conventos del ámbito de su influencia habrá comprobado la fecundidad de esta siembra incesante de Sor Clara. Las monjas de Soria confiesan sin ambages que el empuje de la comunidad de hoy es aún una creación de su refundadora Sor Clara. Más lejos, a miles de kilómetros, un grupo de monjas transportadas de la alta meseta soriana a las féculas tierras africanas de Zimbabwe, uno de los países llamados de misión, es un testimonio insuperable y conmovedor de estos frutos maduros que cultivó en Soria la abadesa de los años centrales de este siglo.

4. Y los ladrillos

Por su carácter contemplativo y escondido y por su amor a la pobreza y sencillez se le reconoció mejor mano para formar personas que para levantar obras. Las personas y comunidad absorbían su dedicación que era menos fervorosa si se trataba de ladrillos. Con todo tuvo necesidad de ocuparse, preocuparse y aún disgustarse con las inevitables construcciones que hubo de emprender.

Primero levantaron las naves o plantas ganaderas para los animales de los sucesivos trabajos que iban implantando. Como la afición y los conoci-

mientos de las hermanas en estas industrias no eran nada sobresalientes y el dinero de los años cuarenta o no existía o estaba bajo tierra, las construcciones fueron normalmente tan pobres como las monjas. Cumplieron su cometido escasamente para aquel momento, porque a las clarisas les trajeron más trabajo que ingresos y al final fueron destinadas a la piqueta, para emplear su suelo en otros usos. Sor Clara, con su humildad y buen humor, repetía ante cualquiera su gratitud a Dios por la desaparición de cuanto ella había edificado en terrenos de la huerta «que era pobre y feo».

Mejor empleados estuvieron los difíciles dineros en la reparación de los tejados. Como en todo edificio amplio, antiguo y descuidado, las cubiertas de la Iglesia y de las distintas alas del monasterio, necesitaban con urgencia un serio repaso y en porciones concretas una reparación total. En estas restauraciones del noble edificio se trabajó con mayor solidez y Sor Clara no podría embromarlas con un juicio tan negativo como a los ensayos de baratas vaquerías, leñeras y gallineros que el tiempo se llevó.

Una ilusión constante de su mandato, encomendada a las plegarias de la comunidad además de a las suyas, era la de conseguir el aislamiento del monasterio y de su huerta para refuerzo de la vida contemplativa. El crecimiento de la ciudad y sus nuevos edificios constreñían el espacio del convento y hacían peligrar el libre desarrollo de las actividades de la comunidad y la intimidad de los recreos y trabajos al aire libre. Y de nuevo hemos de historiar el habitual procedimiento de fe ingenua, profunda como para «mover montañas» y de confirmados resultados para ella:

«Echaba desde las ventanas medallas de María, de San Miguel a los terrenos que deseaba adquirir, orando a la vez para que algún día fueran nuestros. Escribía a los dueños para rogarles que nos los cediesen o vendiesen. Tenía verdadero empeño y poco a poco se han ido consiguiendo, algunos durante su vida y otros después de su muerte».¹⁹

La desazón y la amargura le vinieron juntas y para mucho tiempo en la construcción del pabellón para el nuevo noviciado, con capacidad para cuarenta y cinco novicias. Los conventos de clarisas de la Provincia Franciscana de Cantabria, que intentaban una experiencia de intercambios y ayudas, crearon en 1954 lo que más tarde llegaría a ser la Federación de Nuestra Señora de Aránzazu y Sor Clara fue elegida segunda Consejera Federal. Su extendido prestigio impulsó a la Provincia franciscana a señalar el convento de Soria como uno de los dos noviciados de la Federación. Y aquí de los apuros de

esta abadesa. Maduraron en casa el proyecto, lo consultaron con personas más entendidas y se decidieron por un edificio de nueva planta, adosado al convento antiguo y edificado en terrenos de la huerta con tres alturas. Y en ellas, las celdas, el oratorio, la sala de conferencias, el cuarto de labor y otras dependencias.

¿Cómo pagar a los técnicos y constructores? Un gran amigo de la casa y reconocido bienhechor entregó la entonces notable cantidad de cien mil pesetas y materiales y hierro para la obra. Aumentó después el lote de hierro para que el herrero y el contratista aprovecharan el material sobrante en otras obras suyas y rebajasen sus facturas a las monjas. Pero este generoso donante pagaba solamente una planta. ¿Y las otras dos? Puesto que era necesario construirlas, Sor Clara confió en la Providencia y en la promesa de un conocido de la Comunidad que empeñó su fácil y en principio convincente palabra de entregar las doscientas mil pesetas que las clarisas precisaban. Pero nunca llegaron estos últimos dineros y Sor Clara y Sor Angela y el discretorio entero se cansaron de esperar.

La libertad de espíritu y la ausencia de complejos para pedir limosna como la pide un pobre, le lanzó a una insistente campaña de cartas a conocidos y desconocidos, principalmente en Navidad, cuyo texto o contexto venía a decir: ¡Estamos entrampadas; una ayuda! De no menor arrojo y valentía es este otro modo de tender la mano. Ella y Sor Angela abrían al azar la lista de teléfonos, buscaban un nombre a la ventura y la casualidad les indicaba al que debía ser llamado. «Este es, Señor, el señalado para que le pidamos». Encomendaban a Dios la gestión y muchos de los llamados fueron de los escogidos para la colaboración porque la Providencia movió no pocos corazones. Pero los costos se disparaban como siempre. Como oro en paño guardaban en el banco doscientas mil pesetas, producto de las dotes con que entraban las postulantes y de cuyos réditos malcomían. Pretendieron taponar con ellas el hueco de las que olvidaba el señor del compromiso. Pero el obispo no dio su permiso. ¿Cómo abonar su sueldo a los obreros? Pidieron al banco un crédito de doscientas mil y la franqueza deliciosa de Sor Angela asegura con asombro que por este préstamo debían pagar ellas el diez por ciento, mientras los cupones de los mismos dineros en la otra cantidad de títulos o valores nominales, intocables para el obispo, producía sólo un cuatro por ciento.

Solamente la fe salvó a la abadesa del desconcierto, turbación y de las dudas inquietantes que le acosaban. «Estoy echando a perder la comunidad», decía a sus hermanos y conocidos, desconcertados por la intranquilidad de la

ordinariamente tan sosegada. La solución a estas preocupaciones que perduraban mucho tiempo después de concluir el edificio la dio resueltamente Sor Angela:

«Sólo se quedó completamente tranquila cuando yo saí abadesa, hicimos un nuevo discretorio y sacamos esas doscientas mil pesetas sin permiso del obispo, pagamos al Banco, nos quedamos absolutamente sin nada y entonces gozó porque ya no teníamos absolutamente nada. Entonces Sor Clara era feliz.

El señor obispo Don Saturnino Rubio Montiel revisaba mucho las cuentas del año que mandamos al Obispado siempre. Vino a la Visita canónica y dijo: Ya he visto que han sacado del banco todo, que no tienen nada, pero como veo que Dios les ayuda pues me parece muy bien. Así que nosotras encantadas».²⁰

Corresponde a Sor Clara la construcción del noviciado. Después de su mandato y sobre el solar de un ala del antiguo convento se ha levantado otro pabellón de cuatro alturas con hermosa terraza de 35 x 10 metros que son las medidas de cada una de las plantas. Estas y otras mejoras que no nos corresponde describir en esta biografía han contando con la ayuda eficaz del obispado y de múltiples limosnas de amantes de la casa. La reforma parcial del presbiterio y retablo mayor del templo de Santo Domingo, ejecutada con gran gusto y respeto, tendrá su reseña en otros capítulos. Lo mismo que el coro de las monjas para el que encontraron la solución ideal que acerque a la comunidad al misterio litúrgico y a la celebración eucarística a la vez que al pueblo fiel, guardando y respetando la clausura monacal.

VIII

SIN PROPIO

1. Reglas Primera y Segunda

En el alborozo de su entrada en el convento hubo algo que le enfrió en su entusiasmo: la Regla que observaban no era la de la suma pobreza de Santa Clara de Asís, bendecida por Inocencio IV, sino la llamada Segunda Regla o de pobreza mitigada, sancionada por Urbano IV. El «Señor papa Inocencio», como dice bellamente Santa Clara, aprobó «la forma de vida de las Hermanas Pobres» el 9 de agosto de 1253, dos días antes de la muerte de la Santa. Para esta fecha se habían propagado maravillosamente las Hermanas Pobres y ya en España tenían veinte conventos.

La alta jerarquía siempre tuvo reparos para la pobreza total, personal y comunitaria, de los incontables seguidores del «pequeñuelo» Francisco y de su «pequeña planta» Clara. Cuando la casa de la Iglesia rebosaba de la evangélica fragancia de la fundadora de Asís, el papa Gregorio IX le ofreció alguna dispensa y mitigación del voto de pobreza y la santa del conventito de San Damián le respondió con dulzura y firmeza: «Santo Padre, nunca pediré que me dispensen de la imitación de Cristo».

A nadie sorprenderá que en este ambiente y muerta Clara, a los diez años de la instauración de la Primera Regla se aprobara la segunda por el Papa Urbano IV el 18 de octubre de 1263. También en esta Regla, la novicia que profese sus votos ante la abadesa, prometerá vivir en obediencia, sin propio, en castidad y en clausura. Pero la diferencia está en que la segunda Regla impone la pobreza a cada persona y deja libre a la comunidad o al convento y en la Primera la renuncia a los bienes obliga también a la casa según esta expresa voluntad de Clara de Asís:

«Y así como yo, junto con mis hermanas fui siempre solícita de guardar la santa pobreza que prometimos al Señor y al bienaventurado Francisco, del mismo modo las abadesas que me sucedieren en el oficio y todas las hermanas estén obligadas a guardarla inviolablemente hasta el fin, esto es, a no recibir ni tener posesión o propiedad, ni por sí ni por interpuesta persona, ni tampoco cosa alguna que razonablemente pueda decirse propiedad, sino aquel tanto de terreno que sea necesario para honestidad y aislamiento y ese terreno no se cultive sino como huerto para las hermanas del monasterio».¹

La pobreza total era para nuestra Sor Clara uno de los fundamentos o bases de su renovación del monasterio junto a la Exposición y el trabajo. Era el triple cimiento que sostendría las bases del futuro edificio: *orar y trabajar en pobreza total*. O dicho de otra manera con palabras cercanas a las suyas: nuestra «profesión» es la oración y cuanto más cerca del Señor, mejor. Para esa plegaria próxima al Señor en Exposición, hoy no tenemos medios económicos; habrá que trabajar. Trabajo igualmente necesario para seguir viviendo y ejercitar nuestra profesión de orantes. Porque hemos de buscar nuestro sustento como los pobres que nada tienen sino sus manos. Y dispensen los lectores las vueltas y revueltas a las mismas ideas. Queremos dejar patente que éste era el *proyecto global* de Sor Clara.

Sor María Jesús Yagüe, que ha convivido muchos años con Sor Clara, nos ayuda en la explicación destacando estas tres claves del plan de su abadesa, aunque ella señale al mismo tiempo algunos adornos que embellezcan las paredes maestras del edificio:

«Madre Clara lo renovó con el paso a la Primera Regla, la Exposición del Sanfísimo, los Maitines a medianoche, la unificación del velo de las hermanas legas y de coro, antes las hermanas legas llevaban velo blanco que luego suprimió el Concilio, ella lo hizo para que no hubiera diferencias. Madre Clara organizó el trabajo en el monasterio, le costó muchas preocupaciones y desvelos, pero lo consiguió».²

Para cada una de estas innovaciones habían precedido innumerables diálogos en los capítulos conventuales y en los recreos, a fin de que todas decidieran lo que a todas concernía, y con pleno conocimiento de cuanto se discutía, votaron secretamente los artículos más renovadores de las recientes Constituciones. Las votantes eran 24 incluidas las de velo blanco y la votación secreta ofreció el siguiente resultado:

- Rezo de Maitines y Laudes a medianoche: 20 votos blancos favorables y 4 negros o negativos.

- Exclusión del calzado y uso de sandalias, 22 votos blancos y dos negros.
- Adoración perpetua diurna y también nocturna a Jesús Sacramentado en Exposición Mayor: 20 votos blancos y 4 negros.³

El acta se mandó al obispado el 21 de junio de 1942, que enseguida concedió el permiso dentro de los límites en que podía otorgarlo.

2. Doce años de espera

Con la visión retrospectiva de hoy y los frutos de la paciente siembra de Sor Clara, nos cuesta ahora ver lo arriesgado y duro del empeño de entonces. Sor Clara puso en marcha todos los medios, escritos u orales, de oración o de convicción, serios o cómicos, en la casa y fuera. Conocía bien los privilegios y posesiones que los reyes y nobles ofrecieron a las clarisas de Soria. Había comentado en los capítulos del convento que por esos privilegios las monjas de la Segunda Regla fueron por muchos años dueñas de cuantiosos bienes, siendo raro el pueblo de la provincia de Soria donde no figurara alguna finca de su propiedad, lo mismo que en la capital.

El discurso seguía. En las desamortizaciones del siglo pasado llegó el total despojo y hoy tienen solamente unos títulos en el Banco, producto de las dotes, a los que la inercia secular y el temor del futuro las tienen amarradas. Hay que tirar ese lastre y vivir de la Providencia y del trabajo. Siempre respetuosa con sus antecesoras valoraba sus esfuerzos y renunciaba para poder conservar mil pesetas de réditos mensuales con que seguir viviendo. Esta era la verdad desnuda.

Ni las hermanas mayores de la Comunidad, ni los superiores franciscanos, ni los obispos de entonces, estaban preparados para este cambio. Ella lo veía claro y lo fue inculcando en el ánimo de las jóvenes, con un silencio heroico cuando estaba en juego el prestigio de quienes no se preocupaban de este cambio de vida.

Como preparación al centenario de la muerte de Santa Clara que se celebraría en 1953, la abadesa de Soria se lanza a escribir una carta a todos los conventos de clarisas de España invitando a todas las comunidades a implantar la Exposición perpetua y pública del Santísimo; pero dedica la mayor parte de su carta a suplicar el paso a la Primera Regla como la más alta forma

de honrar a Santa Clara en su séptimo centenario. Con su humilde naturalidad y con la fuerza de su convencimiento asegura:

«La posesión de rentas y dotes es lo que precisamente en estos tiempos de penuria obstaculiza el desenvolvimiento espiritual y material de nuestros conventos, pues dada la dificultad de la generalidad de las vocaciones para ingresar con dote, almas excelentes, jóvenes de admirable espíritu, se deciden por otras Ordenes o Instituciones en las que no se les exige para su ingreso tal monetaria condición. Viendo que estas dotes, convertidas en Títulos o valores nominales no rinden en efectivo sino una ínfima cantidad muy insuficiente a nuestras necesidades».⁴

La acogida no fue de momento muy calurosa, pero las comunidades de Villarreal (Castellón) y Ciudadela (Menorca) aceptaron sin demora la invitación.

En casa aprovechaba Sor Clara sus esperados sainetes navideños para que la indigencia de los transeúntes de Belén abriera de par en par todas las puertas del convento, haciéndolo un refugio de la «dama pobreza». En 1942 se habían editado las Constituciones Generales que defendían, no imponían, los ideales de la Exposición permanente y el paso a la Primera Regla. La joven abadesa compró en secreto ejemplares suficientes, los colocó en el cofre más digno de la casa y sorprendió a la Comunidad entregando a cada hermana unas Constituciones, como postre imprevisto de la comida del día de Reyes de 1943, permitiéndose estos versos en tono jocoso y casero:

«Soy el rey Melchor que os traigo
las santas Constituciones;
vuestro precioso tesoro,
abrid vuestros corazones».⁵

Y después de éste y otros octosílabos, cambia de metro y sigue:

«Angeles Santos de Heliodoro,
arreadles buen palo
a los que intentan robarnos el tesoro.
Gloriosísimo Arcángel San Miguel
dales buen garrotazo tú también.
Que triunfen la Custodia y la Pobreza
en todos los conventos y naciones,
en todos los rincones de la tierra».⁶

Un poco de lejos viene este Heliodoro, que demuestra la cultura bíblica de Sor Clara y que para ella sería un personaje familiar. El ángel de Heliodoro

es el que en el Libro 2º de los Macabeos 3,7-40 impide al político griego arrebatar los tesoros del templo de Jerusalén, derribándolo violentamente al suelo. Inmediatamente aparecen otros dos ángeles que lo muelen a palos. Estas familiares anécdotas, intrascendentes por otra parte, nos ayudan a dibujar mejor la personalidad de Sor Clara, que es lo que debemos conseguir en esta biografía.

Doce años empleó en este inacabable empeño de hacerse pobre y Dios le ofreció al fin esta bienaventuranza. Durante doce años contempló e invitó a contemplar a Jesús que nace pobre, vive sin nada como los pájaros y muere dejando en testamento a su Madre, lo único que puede dejar, y pobre sigue en tantos sagrarios olvidados. ¡Cuántas pláticas de los capítulos semanales invitaban a esta meditación y despojo! Y continuaban sus pláticas que resumimos, agrandando los pozos del alma para que en ella entrara más cantidad de Dios. Porque el fin a obtener era la pobreza interior, el desapego de las criaturas y de nosotros mismos, el vaciamiento de todo lo que sobra para acoger lo único necesario. Quién está atado a unas pobres posesiones o a unos menguados valores bancarios acaso impide el vuelo de su alma, sedienta del Dios mismo y que con Dios quiere saciarse en la vida contemplativa.

3. «Do reclinar la cabeza»

El 6 de marzo de 1953 escribe a Roma Sor Clara pidiendo al Santo Padre Pío XII el paso a la primera Regla, la redactada por la Seráfica Madre Clara de Asís y aprobada por Inocencio IV «con el privilegio de absoluta pobreza», sin rentas ni dotes. La humilde súplica, de inigualable concisión y precisión, iba blindada por otros convincentes razonamientos: la recomendación que este mismo papa Pío XII hacía de la pobreza total en su «Constitución Sponsa Christi» y el acta de la votación secreta que el 4 de enero del mismo año había efectuado la comunidad soriana con el resultado de treinta y dos votantes a favor de la suma pobreza y un solo voto de abstención.

Solamente en la prevención con que desde Roma miraban esta pobreza radical y comunitaria, se entiende que esta renuncia de un convento a cualquier posesión sea estimada como un «privilegio» de los seguidores más decididos del que «no tenía donde reclinar la cabeza». Las Hermanas Pobres que servían al Señor y a la Iglesia en el conventillo de San Damián de Asís, quedaron perplejas cuando obtuvieron del papa, vicario de Cristo, el «privilegio»

de imitar a Cristo pobre. Perplejas, no porque les permitieran imitar la pobreza de Cristo que es lo que pedían, sino porque a eso lo llamaran privilegio. Desechaban toda posesión firme, fincas, dotes, rentas. Querían vivir de su trabajo y de las limosnas si fuere menester. Pero esta desnudez económica era un «privilegio» para quienes adoraban al Cristo desnudo de la cruz.

Hay una carta posterior de Sor Clara en la que a una abadesa que no acaba de decidirse por las perplejidades de su comunidad, le explica los valores espirituales y las ventajas prácticas de la Regla Primera de Santa Clara.

«La Regla de nuestra Madre Santa Clara, la Primera, la escrita por ella misma nos facilita completamente el cumplimiento del ideal franciscano. La pobreza seráfica es, según el santo Evangelio: Vende cuanto tienes, dalo a los pobres y sígueme. El poder decir esto ahora a cuantas jóvenes, ricas o pobres, solicitan ingresar en nuestra Orden es un consuelo tan grande, como era grande la pesadilla cuando profesábamos la Regla Segunda el tener que hacer esta pregunta. ¿Tiene Vd. dinero? Nos parecía no poder practicar el Santo Evangelio en el ideal más sentido por nuestros Seráficos fundadores. Y cuando había que negar el ingreso a jóvenes tan buenas por falta de dinero para la dote, era un dolor tan grande... Bendito sea Dios que ya nos ha concedido gracia por tantos años suspirada, ¡la de imitar a nuestros Padres!».⁷

El cercano monasterio de Medinaceli siempre tuvo múltiples contactos con el de Soria. Al constituirse en 1955 la Federación de Clarisas de Cantabria, Sor Clara fue elegida consejera y coordinadora de cinco comunidades, entre ellas la del querido convento de Medinaceli. Conocían ya la experiencia de Soria y comprobaban el creciente entusiasmo de su consejera federal. Es elocuente la votación sobre el paso a la pobreza total del monasterio de Santa Isabel de Medinaceli el 25 de noviembre de 1955. El resultado fue de unánime aceptación.

En Medinaceli, en Soria y en cualquier otro convento donde la acogieran como en familia declamaba sus coplas en los años de lucha por el privilegio de pobreza. Cómo pueden llamarlo privilegio, pensaría Sor Clara, y hablo de pensamientos, porque su obediencia jerárquica le impedía expresarlos en voz alta, si el que nada tuvo porque nada quiso, es El.

Y en su deliciosa costumbre de enseñar con coplas, cantaba y decía:

«Tienen las aves su nido	Con qué acento lo dijiste
las zorras sus madrigueras	con qué energía me enseñas
más tú no tienes, Jesús,	si he de vivir a tu lado,
do reclinar la cabeza.	cuál ha de ser mi pobreza». ⁸



Celda de Sor Clara

Y cuando cada Navidad recordaba la desangelada penuria del pesebre de Belén a Sor Clara se le encendía la llama poética y creadora:

«Bienvenida la pobreza,
porque ella es en Navidad,
tan linda y encantadora
como rosa en el rosal.

La pobreza ofrece a Dios
su morada deliciosa,
y al encontrarla tan pura
El la toma por Esposa».⁹

La estrofa siguiente en hexasílabos parece tener su origen en los años del hambre entre 1940 y 1943, pero fue muy utilizada por la nueva abadesa y sus escritos la reproducen como colofón de las coplas citadas y de otras que les siguen y omitimos.

«Viva la pobreza
viva la escasez,
viva el pobrecito
Niño de Belén»¹⁰

Algunas contadas contestaciones a su carta a todos los monasterios de España en 1952, denotaban escasa sintonía con las propuestas de suma pobreza o al menos una incorrecta interpretación. Sor Clara en la réplica expresaba una gratitud salida del alma porque le habían atendido e intentaba hacerse entender. Ella sólo proponía imitar al pobrísimo Jesús y conseguir que las posesiones o propiedades de las hijas de Santa Clara sean siempre «el no poseer nada como propio debajo del cielo» y proveer a nuestras verdaderas necesidades con nuestro trabajo. Hasta aquí Sor Clara se aferraba a las Constituciones vigentes en todos los conventos, citando sobre todo el número 317. Y aquí entraban las propuestas prácticas llenas de realismo de una mujer con los pies en la tierra. Eran cuatro:

- Empleo de los haberes actuales en la implantación de medios de trabajo manual que rinda lo necesario para vivir según nuestros ideales.
- Ayuda de unos conventos a otros bien planeada, ejercida mensualmente y con mayor generosidad hacia las comunidades más necesitadas.

- Búsqueda de vocaciones entre personas aptas para estas tareas.
- Colaboración entre nuestros monasterios con intercambio ocasional de personas que facilitarían las enseñanzas de estas actividades y hasta el progreso espiritual.¹¹

¿No merece este esfuerzo la Primera Regla que nos acerca a la primera Bienaventuranza?

4. Semejaba el Cenáculo

El séptimo centenario de la muerte de Santa Clara trajo a sus monjas de Soria la mejor lotería desde su traslado a este monasterio. La lotería franciscana solo repartía riquezas espirituales como, por fin, el paso a la Primera Regla. Habían preparado el centenario con minuciosidad y gran sentido práctico. Además de la tradicional novena de primeros de agosto, celebraron otra novena de meses, es decir, un día al mes durante nueve meses, dedicado al culto solemne y popular a Santa Clara en la Iglesia de Santo Domingo, que mantuviera ardiendo el fuego del cariño ante la fecha centenaria o lo encendiera donde estaba apagado.

La familia franciscana de la ciudad del alto Duero se congregaba todos los días doce de cada mes, a partir de noviembre hasta julio, para maravillarse y alegrarse de la hermosura espiritual de Santa Clara y pasar en lo posible de la admiración a la imitación. Los beneficiados y canónigos de la Ilustre Colegial de San Pedro espigaron para sus sermones las virtudes más cercanas al pueblo que les oía, entre los incontables ejemplos de la asceta de Asís.

Ante esta intendencia espiritual Santa Clara de Asís dedicó su centenario a bendecir a sus monjas de Soria y particularmente a su homónima Clara Sánchez. Hay tiempo de sembrar y tiempo de recoger, que dice el Eclesiastés. Y éste fue un año de cosecha. El 23 de mayo de 1953, víspera de Pentecostés, terminaban las monjas los ejercicios espirituales, dirigidos por el Padre Cástor Apráiz. Y llegó el gran regalo por sorpresa. Sor Clara se acercaba a la comunidad más deprisa que nunca con el documento en la mano. Estaba transportada y en su cara brillaba una alegría celestial. La Santa Sede, a través del obispo diocesano, otorgaba a la comunidad de clarisas de Soria «el privilegio de la altísima pobreza».

Las que tantos años habían soñado con este momento pensaron que no podían esperar un día más. Sus ánimos caldeados por los ejercicios espirituales, la solemnidad de Pentecostés que invadía a la Iglesia con su Espíritu y hasta la coincidencia litúrgica con la fiesta de María Auxiliadora invitaban a la comunidad a dar el paso al día siguiente sin más espera.

Y permítame el lector. Si he elevado el tono en el párrafo anterior es para que desdiga menos del entusiasmo de la crónica de Sor Clara, que alcanza en este relato la mayor entonación de ninguna de sus descripciones. Aunque como mujer de alto sentido común sabe casar el rocío del cielo con la abundancia de la tierra.

«Presidiendo la ceremonia el Rvdo. P. Cástor Apráiz, delegado del señor obispo y presidiendo en el coro la imagen de la Inmaculada Concepción, Abadesa de la Comunidad, cada religiosa pronunció sus votos, prometiendo «guardar la Regla de las Hermanas Pobres de Santa Clara confirmada por el señor Papa Inocencio». El acto fue solemnísimo, con asistencia de la Comunidad en pleno de los PP. Franciscanos, y el Convento semejaba al Cenáculo, lleno del Espíritu Santo. Salmos, himnos y cánticos resonaban por todo, ebrias las religiosas de alegría. Y no faltaron ni en los Hermanos Franciscanos el regalo de las monjas, ni en la mesa de las monjas el plato de conejo y el arroz con leche. Eran las bodas de la Providencia Divina con la Comunidad y la Providencia divina nunca falla.

Y qué de bendiciones desde estas Bodas tan felices. Aparte las espirituales, a los pocos días se nos facilitaron dos mil kilos de garbanzos, buenísimos y blandos. Es graciosa la frase de una hermana hablando con la madre: Aquí ha pasado como suele ocurrir a los recién casados, que en su viaje de la luna de miel les han ido procurando acopios para su sorpresa a la vuelta y se encuentran la casa llena. Ya duraron aquellos garbanzos y se conservaron hasta el final como el primer día. Y se multiplicaban las existencias y siguen llegando cada día».¹²

Ya lo dijimos, tiempo de recoger. Pero el ardor descriptivo de Sor Clara le hace olvidar bellísimos detalles de este 24 de mayo de 1953. Preside la ceremonia la que es Abadesa perpetua de la Comunidad desde 1945, Santa María, Madre de Dios, y ante la Abadesa del cielo hace sus votos en primer lugar y de rodillas la abadesa de la tierra, que luego se sienta y recibe de cada una de las profesas de la comunidad los votos de castidad, pobreza, obediencia y clausura en la Primera Regla de Santa Clara.

El Padre Asistente de la Federación de Cantabria, presidente de la ceremonia de profesión, regaló a cada religiosa una estampa dedicada como recuerdo del acto transcendental, con este sencillo texto:

AÑO CENTENARIO, Pentecostés de 1953, memorable por el paso a la Primera Regla en la Comunidad de Santa Clara de Soria. No la olvide por su significación, Hermana. Fr. Cástor Apráiz (Rubricado).

He dicho profesas, pero hay documentos y crónicas de la época que las llaman *neoprofesas*, porque la suya ha sido una *nueva profesión*, es decir, comienzan a ser monjas de otra manera o son otras monjas. Ya sabe el lector lo que esto quiere decir porque va explicado al principio de este capítulo.

La abadesa había creado durante largos años la conciencia necesaria. Por si fuera poco, y como es normal en estos cambios graves de dirección, previno de las serias consecuencias de la inminente profesión. Convocó a capítulo a las monjas para reiterarles que lo que decidían era vivir sin rentas, sin dinero de dotes, sin nada, recalcando la pobreza con que se mantenían en 1953 y dejando todo su porvenir en manos de la Providencia. Su discurso, más que un esclarecimiento de la situación jurídica y práctica en que entraban, fue una proclamación de confianza en Dios y de su fe profunda en el que cuida de los lirios y de los pajarillos.

Para las religiosas posteriores la pobreza de aquellos años ha pasado a las «leyendas» del monasterio, entendiéndolas como leyendas por el valor sentimental de su evocación y no por su falta de realidad. El obispo Don Tomás Gutiérrez visitó el convento cuando iniciaban sin medios los intentos de la Adoración permanente y pobreza absoluta y se alarmó de la desnudez de la cocina y la desolación de la despensa. Como iba a lo que iba, se permitió examinar sin demasiado descaro ambas dependencias y comprobó que solamente había un puchero de leche para la cena de aquella noche y unas guijas en un cajón. Pero ¿qué van a comer ustedes? dijo. La contestación se perdió en sus vuelos por los altos caminos de la Providencia.

Sor Clara, que pisa este mundo, sabe descender de esas providenciales alturas y ocuparse de cualquier asunto, aunque parezca lejano a su convento. Escribe a su paisana Ascensión Tello unas líneas repletas de la alegría del Centenario, del paso a la Primera Regla y otras mejoras, y recuerda a su Rebollar, que no ha visto desde hace treintaún años, pero que le preocupa porque se ha quedado sin sacerdote y que ya escribirá al señor obispo por si puede remediarlo.

5. También ella es muy pobre

La pobreza que en Sor Clara marcaba un ideal de perfección para la comunidad, era antes una realidad en su vida. Predicaba con el ejemplo y vivió siempre como auténtica Hermana Pobre. Quería que el convento fuese pobre, que los muebles y utensilios, las ropas y la decoración de la casa estuvieran a tono con quienes viven por voto la pobreza. Un elemento rico en el ajuar doméstico hubiera sido para esta abadesa un tiro en un concierto.

Pero ella nada tenía propio, usaba sólo lo indispensable y esto indispensable estaba siempre a disposición de los demás, sin apropiarse de nada y en todo instante desprendida. Con todo, según las paradojas del evangelio, era la mujer más alegre porque todo el mundo le pertenecía. En Dios lo poseía todo, y en su franciscano y poético espíritu disfrutaba de lleno del hermano sol, de las hermanas agua, tierra, luna, estrellas o de cualquier criatura del Señor.

De nada carecía porque la que rebosaba de Dios, nunca necesitó almacenar basura, remedando el lenguaje de San Pablo. El anhelo más vivo y permanente de la abadesa soriana consistía en abandonar su vida en las manos de Dios para que en ella estableciese el Señor su Reino, pero el Reino del Cristo humilde, del Cristo paciente, del Cristo pobre. De esta suerte viviría su desposorio con la Dama Pobreza, como su Padre Francisco, «que se enamoró de ella porque estaba viuda de su primer marido desde hacía mil cien años», en sentencia inolvidable de Dante Alighieri.

Demostremos tal belleza interior con pruebas visibles.

El pobre aprovecha lo que le dan. En una de sus últimas navidades, la de 1970, felicita las fiestas a unos queridos bienhechores, la familia Marqués Echevarría, y les agradece como ella sabe el paquete que han enviado con un jersey verde oscuro «que me parece que se lo he visto puesto a usted, por lo que me da más cariño».

El pobre no se avergüenza de pedir limosna. Si Sor Clara ha reiterado esta sentencia con insistencia, la ha practicado con frecuencia mayor. Ha colocado, como decíamos, unas alforjas en los hombros de las novicias para pedir limosna a los santos; pero la humildad que exige el tender la mano a otras personas la ha ejercitado en primer término ella en los terribles años de la postguerra. Por carta, por teléfono, a particulares o a instituciones. A Conchita Echevarría, de Oñate, le suplica un reloj de pared para el noviciado o le ruega le indique a quién le sobra. De la misma manera, un piano. «Si no, lo pediremos a las listas del Mensajero del Corazón de Jesús».¹³



Sor Clara escribiendo a máquina y Sor Ángela al teléfono.

El pobre nunca termina de agradecer lo que le dan. Sor Dolores Casanova es una Hija de la Caridad que cuidó a los enfermos en el Hospital de Soria y luego se trasladó a Barcelona a un centro sanitario de mayor volumen. En Soria conoció, visitó e intimó con Sor Clara y mantuvieron muchos años una correspondencia de buenas amigas. Un año antes de su muerte Sor Clara recibió un paquete de envases de aspirinas con remite de Sor Casanova. La amiga de Soria se dio prisa en agradecer el envío. Poco más tarde, en agosto de 1972, tras un edificante comentario sobre sus mutuas cruces, le dice que su entorno es un cielo, aunque camina por los setenta cumplidos en febrero «y sostenida por las cafiaspirinas de Sor Dolores».

La última carta de esta particular correspondencia y a la vez la última de las fechadas por Sor Clara es para Sor Dolores y está firmada en Soria el 22 de enero de 1973, el mismo día de su muerte. Como presagio de su despedida le desea una eternidad feliz, disfrutando el premio de sus buenas obras, como la del «paquetón de aspirinas» que le alivian en sus ataques reumáticos. Y como se ha caído rodando por todo un tramo de escalera y se ha roto dos costillas que ya se van arreglando, sólo puede devolverle «cafiaspirinas espirituales». Se las envió desde el cielo sin terminar las de Barcelona.¹⁴

El pobre echa de menos algo que necesita. Un día se levantó de noche y aún medio dormida comenzó a revolver toda la celda buscando sus medias. La celda era pequeña y el sueño grande. ¿Y qué me pongo yo para maitines? Si no aparecen pronto no llegaré puntual. ¿Pero dónde estarán? Y las medias no estaban porque no tenían que estar, como comprendía riéndose al espabilarse. Acababan de obtener la aprobación de la descalcez.

La descalcez les llegó mucho antes que el paso a la Primera Regla. Con un permiso por un año del obispo diocesano, que él mismo renovaba cada doce meses, comenzaron esta práctica siguiendo la recomendación de las Constituciones que aquí se conocieron en 1942. Aquellos comienzos fueron pródigos en peripecias y en situaciones divertidas. De alpargatas viejas consiguieron pacientemente hacerse sandalias. La estameña gris del hábito se transformó en un aceptable marrón franciscano con un eficaz teñido casero. La concesión de la descalcez coincidió con el permiso para el rezo coral a media noche, también otorgado por el obispo y también por sugerencia de las Constituciones.

El 16 de julio de 1942 y en honor de la Virgen del Carmen cantaron por primera vez los Maitines a media noche con una curiosa comunidad multicolor, de hábitos marrones ya teñidos y ropajes grises por los que aún no había pasado el tinte. Para el día de Santiago las estameñas y sandalias se habían uniformado y los Maitines les supieron a gloria a la una de la mañana, doce solares.

El pobre estira sus recursos hasta lo inverosímil. Siendo maestra de novicias llamó a una de las más jóvenes y con mucho misterio le comunicó que le quería enseñar un tesoro. Se deshizo el misterio cuando abrieron la puerta de una celda de temperatura mas adecuada, en la que Sor Clara guardaba unas judías verdes regaladas, que se estaban perdiendo. Le pidió que les diera vuelta todos los días, encargo que cumplió la novicia, acompañada, eso sí, por la voluntariosa madre maestra. Para la joven estaban todas pasadas y era mejor tirarlas; pero escuchaba a su maestra: «En estas casas tenemos poca verdura, por eso para nosotras son un tesoro».

El pobre es normalmente desprendido de lo poco que tiene y sabe compartir con otro igual. Sor Clara lo dejaba todo. Los tratados de espiritualidad, los libros de rezos, los pequeños devocionarios y otros objetos con que una monja hace su vida y de los que es difícil prescindir sin un alma pobre y generosa. En su caso estaban disponibles para la primer suplicante. Su celda era muy pobre, con una breve mesa que servía de escritorio para sus cartas y las notas de sus pláticas y una lucecita débil para la noche.

La cama era muy humilde, unas mantas dobladas sobre tablas eran el lecho en el que descansaba y otras mantas de pesada fibra abrigaban su cuerpo.

Entre su cama y la pared había colocado una cruz de madera que hoy se contempla con veneración. Es de tamaño un poco superior a su estatura y el palo transversal está toscamente clavado, sin empotrar, en el eje vertical. Extendía esta cruz en el suelo y sobre ella dormía en los días de su particular penitencia, no sabemos cuántos ni cuáles, seguramente apoyando la cabeza en el palo horizontal.

Su ropa era tan limpia como visitada por la aguja, remendada por ella o cosida por otra, a la que suplicaba esta merced si no tenía tiempo.

La pobreza más clara y ejemplar de la abadesa y maestra de novicias era la del alma. La humildad, el anonadamiento, la convicción de que ella era la última, el desprendimiento hasta del último átomo de amor propio, el vaciamiento y despojo de sí misma como expondremos al describir su fisonomía espiritual. Con este vacío interior pudo llenarse de Dios y sentirse la más acaudalada, porque la enriquecían las más amables y generosas manos. Ella cantaba su alegría con esta sencillez:

«Cuidas del pajarillo
cual dulce Padre
nidos le das y vistes
de hermoso traje.

El sustento le ofreces
día tras día,
y él bendice tu mano
con alegría.

Señor, si así proteges
al pajarillo,
¿qué temo siendo prenda
de tu cariño?».¹⁵

IX

LA COMPAÑIA DEL SEÑOR

1. Matices de la teología

La Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II fue promulgada en 1963. Más de veinte años antes sucedieron los hechos que vamos a narrar. Y tres decenios después de la celebrada reforma conciliar y pasado más de medio siglo de los combativos esfuerzos de Sor Clara por la Exposición, la teología eucarística orienta los focos de su luz a zonas entonces en penumbra. No vamos a pedir a la joven abadesa que además de ser santa y emprendedora, resulte a la vez, previsora sagaz de la teología que vendrá, al igual que fue una anticipada de las decisiones conciliares en materias de la reforma monacal.

Este Concilio puso su énfasis en la transcendencia de la celebración de la Mesa del Señor, como «fuente y cumbre» de la vida litúrgica y aún de toda la vida cristiana. Durante siglos y para muchos, la Exposición del Sacramento revestía en la práctica más grandeza y solemnidad que la Misa. El Vaticano II que lógicamente no podía abarcar todas las materias, dejó escasamente atendida la de la adoración eucarística, tan querida de Sor Clara. La adoración eucarística fuera de la Misa se resintió y pasó a un segundo plano ante la teología descubierta y la vivencia renovada de los valores del banquete sacrificial. Con todo, tres meses antes de la clausura conciliar, Pablo VI dedicó el 3 de septiembre de 1965 la Encíclica «*Mysterium Fidei*» a recordar la presencia real de Cristo en la Eucaristía y el culto debido al sacramento, incluso fuera de la Misa. Dos años más tarde la Congregación de Ritos promulgaba la Instrucción «*Eucharisticum Mysterium*», uno de los documentos más completos sobre el culto a la Eucaristía, cuyos puntos principales fueron re-

cogidos en 1973 en el «Ritual de la Sagrada Comunión y del Culto a la Eucaristía fuera de la Misa». Estos documentos del Magisterio postconciliar suplieron el olvido del Concilio y devolvieron la importancia litúrgica y pastoral a la Exposición del Santísimo como puede comprobarse en la tercera parte de la citada Instrucción y en el Capítulo tercero del referido Ritual. De estos documentos se deduce también que la Exposición debe ser purificada de algunas implicaciones seculares menos aptas hoy. Las expondremos con brevedad.

Pablo VI extiende la «presencia real» de Cristo a la asamblea reunida, al ministro, a la Palabra y al Pan y Vino, señalando que esta última presencia no es más real que la otras. Pero afirma que «es real por antonomasia, por ser presencia sustancial, la forma más eminente y sublime de presencia» del Resucitado en su Iglesia.

A la reciente abadesa nadie le había descubierto la grandeza del Misterio Pascual. La literatura devota en uso hablaba desde hacía cien años del Prisionero del Sagrario y de otras fórmulas hoy olvidadas. Ella fue perseverante lectora del piadoso obispo de Málaga y Palencia, Don Manuel González, santamente preocupado por la soledad de los sagrarios y fundador de «Las Marías de los Sagrarios abandonados». La abadesa soriana demostró en esa línea un inusitado empeño por la Exposición, poniendo en ella la inagotable tenacidad de una noble «aldeana».

Hoy se dice con razón que no se atribuya más importancia a la presencia y adoración de las especies que al sacrificio y banquete pascual. Pero oigamos la opinión de la renovadora abadesa que se dirige a sus novicias:

«No olvide que la Misa es sustancialmente el mismo sacrificio de la Cruz, con todo su valor infinito. Tenga en cuenta sus finalidades de adoración, acción de gracias, expiación y súplica. Su vida religiosa tiene estas cuatro finalidades, que debe cada novicia actualizar unida a la Santa Misa en unión sincera y perenne».¹

En su opinión nada supera en la Eucaristía a la Santa Misa. Pero para su alma eucarística, la media hora contada de la Misa mañanera puede ampliarse a las muchas horas voluntarias de la Exposición. En esta Exposición no se contenta con adorar la presencia estática de Cristo en el pan y en el vino, sino que contempla su presencia dinámica, por la que actúa, se ofrece y se entrega en esta prolongación del banquete y celebración. Ella se ofrece y se entrega también, como el Señor, en la adoración lo mismo que en la celebración. Y esta es su enseñanza para la casa: las horas de la adoración deben conducir a la autoentrega de la contemplativa, porque ese es el ejemplo que tiene delante.

Hoy se asegura que en la adoración no se practique un culto individualista del «yo con mi Dios». Sor Clara y sus monjas implican la vida entera del convento, que será orante como comunidad, abren sus puertas a la ciudad que podrá unirse a su contemplación y todos orarán para que los hombres se acerquen más a Dios como amigo y salvador.

Ahora se va reconociendo la transcendencia de estos espacios -a veces olvidados- de adoración en silencio para preparar y fomentar una celebración de la Mesa del Señor que sea provechosa. Y para degustar después la riqueza de la Palabra, de la plegaria eucarística y de la comunión, que difícilmente pueden saborearse en el corto tiempo de la celebración. Si la celebración debe orientar la adoración, ésta puede apoyar la plenitud de la celebración.

Los grandes expertos en teología y liturgia de la Misa, como Jungmann, sostienen que el Sanctus de la Eucaristía marca el camino de adoración y acción de gracias de toda plegaria eucarística. Y el triple Santo, Santo, Santo, del Apocalipsis 4,8 y de Isaías 6,3 señalan los rieles de la oración central de la Misa. Vía que alarga en el tiempo la adoración perpetua buscada por Sor Clara y practicada ya más de cincuenta años por su comunidad.

2. Visita permanente al Sagrario

La devoción a la Eucaristía le venía a Sor Clara de sus genes maternos. Y ya se nos entiende. Su madre se consideraba paisana y casi lo era de San Pascual Bailón, el santo del Sacramento del Altar, que debía el célebre apellido, a su padre Martín Bailón, y que en su simplicidad quizás bailara a solas en el claustro ante una imagen de la Virgen, pero sí que pasó muchas noches en apasionada adoración al amigo sacramentado. La tradicional veneración al santo de la región había reverdecido en los años del nacimiento de Juana, porque sólo un quinquenio antes, en 1897, había sido declarado Patrono Universal de las Asambleas y otras obras eucarísticas. Su madre consagró en Torre de Cameros a la niña antes de su nacimiento al querido San Pascual y su madre le enseñó a rezar en el rosario casero aquello tan familiar de:

«Pascual ¿qué haces?
Señor, contemplo.
Bendito y alabado sea
el Santísimo Sacramento».²

Quién puede conocer la profundidad y firmeza de estas marcas que como en la cera se van trazando en el alma infantil. A la niña Juana era fácil encontrarla en Rebollar cuando faltaba de casa, porque su refugio era la iglesia. Y hasta en el mismo hogar sabía buscarse una ventana para seguir el diálogo con el amigo del sagrario.

A la alegría radiante de su entrada en el convento le cayó una sombra con el velo que no dejaba ver el Sacramento y la comprobación de que el Señor quedaba en completa soledad fuera de los horarios del oficio. Pero había que esperar, orar y crear ambiente entre las que sentían los mismos ideales. Más tarde comenzó a ver alguna luz, como dice ella misma:

«Un día del año 1936 en el coro, comprendió la monja aldeana que el Señor quería una cosa: Exposición permanente en esta iglesia, y si pudiera ser, si hubiera amor, en todas partes, y que se lo dijese al P. Julio. El Padre estaba entre los rojos y no permitiéndosele esta comunicación dejaba a Jesús el caso».³

Desde 1936, y en superiorato anterior al suyo, ella difundió en toda ocasión el ideal de la adoración perpetua, como queda patente por esta jota y estribillo de una Navidad:

«Viva nuestro padre abad y nuestra Madre Gregoria porque han sabido obsequiar tan bien al Rey de la Gloria	A la jota jota todos cantemos que al Niño en la Custodia pronto veremos». ⁴
---	---

La solución fue aquí menos trabajosa y más rápida que la del paso a la Primera Regla, aunque vino por pasos. Desde su elección como abadesa el 9 de junio de 1941, la campaña en favor de la adoración fue más abierta dentro del respeto a las que no veían claro el futuro. Y en noviembre de 1941, después de los ejercicios que les dirigió el Padre Cástor Apráiz, gran propulsor de la Adoración Eucarística, se estableció la vela perpetua con una religiosa orante en turnos de día y también de noche. Adoraban solamente ante el sagrario con la puerta cerrada o en reservado.

No fue la superiora la que impuso esta práctica de oración, ni siquiera el discretorio de la Comunidad. Hubo Capítulo extraordinario, con su diálogo abierto, su votación secreta y holgada mayoría. Para esta presencia constante ante el Sagrario no precisaban licencia jurídica alguna; sólo dependía de su cariño, de su esfuerzo y de sus horas de sueño que entregaban gustosas a la contemplación. Con esta decisión ya tenían la vela perpetua. Era un primer tramo recorrido.

Los rumores volanderos sobre las Constituciones que entonces se discutían y redactaban en Roma, trajeron a estas monjas la mejor noticia del año 1942. Se multiplicó su contento al ver confirmada la novedad sobre la adoración en el número 158 que dice:

«Nada les sea tan grato como... fomentar con todas sus fuerzas en el propio monasterio la adoración pública perpetua o al menos diurna, guardando las prescripciones del derecho».⁵

Al mismo tiempo que la alegría, a la comunidad le invadió la prisa. Había que almacenar cera o aceite, adornar el expositor, renovar las cortinas, tramitar los permisos, suplicar donativos con que afrontar los gastos. Para algunas hermanas el problema de la adoración era sólo económico. Si los ingresos mensuales del convento eran de mil pesetas para gastos generales ¿de dónde se podría detraer una partida para cera, aceite y alumbrado eléctrico? Hoy nos cuesta creerlo; pero en 1941, estas eran dificultades reales y no exageraciones o miedos infundados. Al inaugurar la Exposición, sólo contaban con doscientas pesetas, primer donativo de una señora que pedía oraciones a las monjas en sus horas de vela.

El 17 de mayo de 1942, de nuevo en la fiesta de San Pascual, recibieron en el torno el obsequio de doce lámparas de cristal para el aceite del alumbrado. La cera en esos años era un artículo prácticamente inalcanzable por la lenta recuperación de esta industria después de la guerra civil. La hermana cocinera, Sor María Pilar Vargas, que debe figurar en esta historia por ingeniosa y entusiasta de la adoración, se inventó una manera de acumular aceite que alumbrara al Señor. Era experta en sazonar guisos y conocía bien las costumbres austeras de la comunidad en esos años. Con esta premisa la buena cocinera ahorraba unos gramos de aceite en la comida y otros en la cena, economizando a la semana cerca de dos kilos. Sor Pilar confió su secreto a Madre Clara, segura de que las monjas no se habían enterado y contenta de enseñarle las dos pequeñas tinajas que escondía, rebosantes de aceite.

Hubo nuevo Capítulo de la comunidad el 21 de junio de 1942 y en votación secreta tomaron el acuerdo de suplicar al obispo diocesano Don Tomás Gutiérrez la adoración perpetua. Pero la minuciosa y sofocante legislación litúrgica, poco comprensible para la mente actual, no podía permitir el alumbrado de aceite para la Exposición. Como nadie esperaba esta salida habían anunciado a toda la ciudad, porque para todos era un regalo esta presencia solemne del Señor, que la Adoración perpetua se inauguraría el 11 de agosto, víspera de Santa Clara. Pero el escrito que salió del obispado para

Soria el 3 de agosto invocaba la legislación general para decir: no se puede alumbrar con aceite, sólo con velas de cera que han de ser cuatro y seis eléctricas. Esto como mínimo.

3. Once de agosto de 1942

La madre llegó al recreo con el papel en la mano y la desolación en el alma. Las monjas le infundieron ánimos y confianza. Le devolvían sus consejos de siempre: «Dios proveerá, nuestro auxilio es el nombre del Señor». En medio de la contrariedad se afianzaba una decisión unánime: «No es posible abandonar la exposición del día 11. La cera vendrá por arrobos». Tomaron un acuerdo, Sor Clara lo encomendó ante el sagrario y se acercó a la portería para ponerlo en marcha. El acuerdo era acudir al pueblo soriano pidiendo limosna de cera. La demandadera Pilar García Lasheras, prometió no volver a casa sin ella. No había pasado una hora y ya estaba de vuelta Pilar con lo prometido, dos buenas tortas de cera de abejas que le regaló Doña María Hinojar de Morales.

Por suerte eran miembros de la comunidad las hermanas Cacho que entendían de cera, porque habían tenido cerería en su casa. Mezclaron la cera pura con desperdicios de las velas usadas, prepararon unas trenzas de algodón para mechas y con unos vasos para derramar la cera líquida perfeccionaron pacientemente su obra. Después aumentó la cera que ofrendaban y mejoró el oficio de las artesanas de la cerería. Más tarde las fábricas normalizaron la venta del producto.

Se lloró por una víctima o se ensalzó a Dios por su heroísmo. La hermana cocinera Pilar Vargas, diligente ahorradora del aceite, cayó enferma el 4 de agosto. Comenzaba la novena de Santa Clara y confesó a una hermana que no vería la exposición. El diagnóstico era tifus, pero leve. No vio la exposición. El tifus se cortó y se reprodujo y el 5 de septiembre moría de una complicación hemorrágica. Madre Clara, tan habituada a recibir confidencias, escuchó emocionada a la gran Sor Pilar que declaraba en su muerte que se había ofrecido víctima de la exposición permanente. Tenía treinta y tres años.

De lejos venía un pequeño grupo del clero sin que faltase algún franciscano, opuesto a la exposición propugnada por Sor Clara. Ella lo

sabía y lo sufría desde sus años de tornera. Ella misma se desahogaba con el estribillo que repetía solamente en confianza: «Al que se oponga a lo del Santísimo que se lo lleve Dios al otro lado del Moncayo». Lo que se cumplió con algún trasladado a Zaragoza. Pero ahora se confirmaban en su oposición. Las paupérrimas velas se apagaban y se incumplía con ello la liturgia. Otras quejas venían del pueblo y de sus miedos. Las monjas no estaban como hoy en su oración a la vista del público y alguien podía pensar que no se atendía cada minuto el Sacramento. No faltaba quien temía una profanación al estar entonces tan a mano la custodia en un expositor más bajo que el actual.

El 11 de agosto de 1942 fue al fin una gran fiesta. Una fiesta que dura hasta hoy. Desde el 11 de agosto de 1942 hasta el presente, la comunidad de clarisas, los fieles sorianos, y muchos visitantes de la ciudad que conocen y estiman este solemne culto a la Eucaristía, se acercan a la iglesia de Santo Domingo para gustar cordialmente del diálogo con Cristo el Señor en la compañía y adoración del Señor Sacramentado. También muchos turistas que buscan la maravilla de la portada románica, al penetrar al interior renuevan su espíritu en la presencia tan señalada del Resucitado.

Estaban convocados a la inauguración los fieles de Soria y en especial la comunidad de franciscanos, los sacerdotes y asociaciones eucarísticas. Presidió con gran solemnidad el M.I. Señor Abad de la Colegiata de Soria, Don Santiago Gómez Santa Cruz. Desde entonces hasta hoy, ya más de medio siglo eucarístico, las religiosas velan de dos en dos en turnos de treinta minutos durante el día y turnos de una hora por la noche. A los fieles se les ve continuamente a esta parte de la reja en número variado pero constante, en horarios de mañana y tarde. Y ellos mantienen el gasto del alumbrado, más luminoso hoy y menos axfisiante jurídicamente que cincuenta años atrás. La generosidad de estos fieles supera con mucho lo necesario. De noche la iglesia está cerrada.

Para cantar su gratitud a Dios, porque su ideal de «eucaristizar la ciudad» ha conquistado muchos corazones de sus paisanos, a Sor Clara le brotan un día estos versos tan candorosos como sinceros al «alma de Soria».

«Tú eres la vida del alma eres el alma de Soria. Este suelo castellano cifra en Ti su honor y gloria.	Canta el caudaloso Duero gloria al Hijo de María, viva Cristo anonadado, que aquí reina noche y día». ⁶
--	---



Retablo mayor de Santo Domingo.

4. Hay que confirmar el privilegio

Tras el entusiasmo inaugural del 11 de agosto de 1942 y el fervor de los primeros meses de exposición, no estaba todo conseguido. La concesión era sólo experimental para un año y procedía del obispado. Querían obtenerla de Roma y a perpetuidad. Eran conscientes de que la curia romana no daría permiso sin contrapartidas; tendría que estar asegurada la compañía constante día y noche de personas que adoren al Señor Sacramentado sin permitirse ni la ausencia más corta. Mayor cuidado aún se exigiría en la elección de un trono digno y seguro para la guarda física del Sacramento contra las profanaciones de quienes pudieran irrumpir en el templo con malas intenciones.

El permiso episcopal se renovaba fácilmente cada año. El obispado de Osma compartía el entusiasmo de tantos sorianos por los frutos espirituales que la experiencia rendía. Más irreductibles se mostraban los de El Burgo para pedir la gracia a Roma. Sor Clara tuvo conciliadoras y persuasivas conversaciones con D. Tomás Gutiérrez, el obispo, y con su capellán que siempre salían vencidos y convencidos por el humilde entusiasmo de la abadesa. Y aquí cuenta la historia conventual, contemplada por unas y escuchada por otras, una de las más pintorescas anécdotas de la sencillez de esta santa mujer.

Recordemos a su famoso San Miguel, el pequeño San Miguel de bulto, de unos cuarenta centímetros de altura, que defendió la torre como contaba Sor Clara en los duros años treinta. Es una imagen de estilo indefinido, que como todo San Miguel que se precie, blande espada en su diestra y sostiene en la otra mano la rodela defensiva. Pues Sor Clara antes de la entrevista llevaba al santo arcángel cerrado en un arcón, y colocaba su espada enfrente del interlocutor, que nada veía ni sabía del celestial combatiente. Pero ella se sentía defendida y dialogaba con mayor soltura y hasta con ardor bélico, en la más admirable caridad pues nunca se le ocurrió identificar a su visitante con el dragón pisoteado por el ángel.

Esta divertida anécdota de una mujer sencilla y santa se repetía con frecuencia en el mismo locutorio para este proyecto de la exposición o para otros negocios de hierros y cemento o en diversos asuntos de otra catadura. Son florecillas que hace rebrotar en nuestro siglo un alma enamorada de los santos de Asís.

Pero el complaciente obispo Don Tomás fue trasladado a la sede de Cádiz y las clarisas reforzaron su intendencia espiritual para que el futuro obispo bendijera del mismo modo sus ideales. No pudieron ser mejor atendidas estas preces y el nuevo prelado, Don Saturnino Rubio Montiel, al poco

tiempo de su toma de posesión, visitó la comunidad y consultó en un primer sondeo general sobre la exposición permanente. Luego aceptó la invitación de las monjas, o más probablemente y como gesto de confianza se invitó él mismo a desayunar en el comedor de la comunidad, hecho nada frecuente entonces en los obispos diocesanos que podían dispensarse de la clausura.

Sor Clara vio el cielo abierto y el campo libre. Se concedió el honor de servir ella el desayuno a tal señor. Y en mitad del desayuno, ante el obispo y sus acompañantes y en presencia de la comunidad que no esperaba la escena, se puso de rodillas con su delantal blanco y sus manguitos y con la misma humildad que firmeza expuso:

«Señor obispo, en este solemne momento y como regalo de su visita le pido en nombre de toda la comunidad la gracia de la Exposición permanente».⁷

El obispo puso en juego su natural bondad y su prudencia, hizo ver el futuro en el que pueden venir otras menos dispuestas al sacrificio de la exposición, les avisó del posible quebranto de la salud por tal esfuerzo y se extendió en otras normales objeciones. La comunidad respondía como una sola mujer que las futuras monjas apreciarían como nosotras esta gracia y no tendrían menos ganas de dar gloria al Señor. Porque es Dios el que se encargará de traer esas almas. Ante el coro unánime el obispo calló, levantó la sesión, quedó un momento pensativo y dijo que bien, pero que tenía que oír a todas una por una. El resultado de esta exploración le dejó conmovido por la unidad de la casa; solo cuatro o cinco, que también aceptaban el conjunto del proyecto, manifestaban algún miedo por los gastos.

Días más tarde vino Don Saturnino, el obispo, con las preces que él mismo dirigió a Pío XII y llamando a Sor Clara bromeó:

«Para que vea Vd. que envío de veras la petición léala y firmela con buena letra, que es para el Papa».⁸

Con Sor Clara firmaron todas las religiosas de la comunidad. La concesión vino por fin como privilegio otorgado por la Sagrada Congregación de Religiosos el 14 de diciembre de 1948 para cinco años, como era entonces práctica común, renovándose cada quinquenio sin otras diligencias especiales ni aportación de nuevas pruebas.

El fuego eucarístico de Sor Clara aspiraba a incendiar otros campos de fuera del convento. Tenía que abrasar o al menos calentar a los fieles de la

ciudad. «Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba» proclamaba en su cabecera el primero de los folletos de divulgación que la abadesa difundió entre sus paisanos. El escrito señala claramente dos objetivos: aumentar el número creciente cada día de adoradores seculares y suplicar una limosna a cuantos puedan contribuir al alumbrado constante. El procedimiento de colaboración era sencillo y muy de la época: el donante depositaba en un cepillo su limosna y escribía su nombre en unas notas de la cancela de la iglesia, para que las monjas las recogiesen y lo encomendasen en sus velas continuas.

De similar contenido era la tarjeta invitación al segundo aniversario de la exposición permanente que se iba a celebrar el 11 de agosto de 1944 y que venía a encomendar que no se apague el fuego por la costumbre que enfría y vulgariza lo más sublime.

Ella continúa en cualquier escenario su campaña en favor de la adoración permanente. Con pocos meses de abadesa le piden en 1942 una conferencia, como aportación al diálogo sobre las nuevas Constituciones cuya llegada es inminente. La reunión es en Aránzazu y ella con naturalidad y sin complejos habla de la pobreza absoluta que se profesa en la Primera Regla y del Santísimo expuesto, porque como decía San Francisco, «El Amor no es amado».

«Nada de tener ya tan escondido al Señor, como si nos hiciese estorbo en la casa o como si para todos hubiere tiempo, menos para El. Yo les animo a que implanten donde no la tengan la Exposición perpetua, al menos diurna».⁹

Tan «quemada» estaba por este ideal que cuando se desahoga con una monja de confianza a la que pide guarde en privado la carta, le escribe un tajante y convincente sermón, según ella el último:

«Porque ya cada día se hace menos caso de las aldeanas y a mí, claro, me es imposible tener ciencia para citas y cosas que el modernismo exige. Solamente sé que Nuestro Padre San Francisco lloraba y gritaba, el Amor no es amado, el Amor no es amado».¹⁰

La siembra de Sor Clara fue como la del Salmo, «el que sembraba con lágrimas cosecha entre cantares» (Sal.125,6) y pudo agradecer a Dios que el Amor era más amado. Muchos monasterios adoptaron la exposición que recomienda el número 158 de las Constituciones.

5. Colaborador entusiasta

En la crónica eucarística que nos resta por narrar se hace ineludible el homenaje póstumo a Don Carmelo Jiménez Gonzalo, que dedicó más amor y tiempo que a su casa a la adaptación del culto al Santísimo Sacramento en el templo conventual de Santo Domingo. Son unas líneas que él hubiera borrado y rechazado, pero que es preciso dedicarle en servicio a la verdad.

Si la protagonista siguió siendo Madre Clara y su comunidad, Don Carmelo fue en ocasiones impulsor, en otros momentos orientador y siempre colaborador indispensable para las gestiones extraconventuales. Sin su cálida y ferviente ayuda, los resultados estéticos y litúrgicos hubieran sido menos acertados. Su formación, su gusto y hasta su intuición, unidas al tesón de Sor Clara y Sor Angela, pudieron coronar la reforma que a todos complace.

En Soria daba la adoración frutos visibles dentro y fuera del claustro y hubo de pensarse en una solución definitiva del lugar de la custodia, la ubicación del altar y del coro de las monjas, porque también según el Salmo podía confesar Sor Clara, «yo amo la belleza de tu casa» (Sal. 25,8)). Englobo estas reformas en un mismo apartado aunque se ejecutaran en tiempos diferentes; las dos últimas después de la renovación litúrgica del Concilio Vaticano II, y antes la primera, como ahora diremos.

En el mes de julio de 1952 y en frecuentes entrevistas en el locutorio monacal entre Don Carmelo y la abadesa y su vicaria y discretas, se diseñó el programa cultural para los doce meses próximos, que habían de ser de profunda impregnación eucarística. Se buscó primero un símbolo material: una nueva custodia. Y dos objetivos coincidentes con esta campaña de la custodia: reavivar en 1952 el fuego sacramental con el recuerdo del décimo aniversario de la Exposición y preparar el séptimo centenario de la muerte de Santa Clara en 1953.

El 1 de noviembre de 1952, fiesta de Todos los Santos y día de templos repletos, se repartió a los sorianos una hoja de imprenta suscrita por la abadesa que pedía la limosna de un duro para la custodia monumental que se proyectaba. Quien hiciera la caridad de entregar de cinco pesetas en adelante, tendría su nombre en las listas guardadas en un cofre de plata que serviría de peana a la esperada custodia. Reforzaba la súplica con esta cita tan suya:

«Transcribimos las frases del serafín de Aśís, saturadas de sencillez y sublimidad, en la reconstrucción de sus iglesias. Quien me de una piedra recibirá una recompensa, quien me de dos, recibirá dos». Quien



Custodia de Sto. Domingo.

contribuya a esta obra con un duro, recibirá una recompensa, quien contribuya con más recibirá más».¹¹

El correo y el teléfono colaboraron en la colecta movilizados por Sor Clara. Cuenta su hermana Concesa que todos los miembros de la familia recibieron la súplica, porque ninguno debía faltar en la peana del Santísimo, con más el que pudiera mucho, con poco el que no dispusiera de más. Los que se acordaron de los duros devueltos por San Francisco debieron de ser legión y con los abundantes fondos aportados se emprendió una reforma bien pensada. Se desechó el antiguo expositor y se preparó al Señor un trono primoroso en la hornacina que ocupaba Santa Clara.

Don Carmelo llevó el anteproyecto a los talleres madrileños de Granda en los que se trabajó con esmero y acierto el encargo. El mismo don Félix Granda, sacerdote y orfebre, diseñó en Soria la adaptación del retablo y talló a continuación en Madrid la custodia. La piadosa pieza se enriqueció tanto

en lo espiritual como en lo material con cubiertos de plata de las monjas antiguas y joyas de las familias de las religiosas.

El 2 de agosto de 1953, víspera del comienzo de la novena de Santa Clara, se abrió brillantemente el centenario con asistencia de todos los canónigos de San Pedro que solemnizaron la primera misa de su compañero Don Carmelo Jiménez Gonzalo, a quien correspondió ser el primer portador de la custodia por el templo repleto hasta depositarla en su ostensorio. Si Sor Clara describía la profesión del voto de pobreza absoluta en este mismo año como un «nuevo cenáculo», Sor Angela menos poeta, clausura la crónica del día de la nueva custodia con un solo adjetivo: «inenarrable».

Ahora a la abadesa no le cabía la alegría y confesaba que podía morir-se tranquila, cumplidos como estaban sus principales ideales de pobreza y eucaristía.



Ensayo de un grupo de cantoras y parte izquierda del coro actual.

La declaración de Sor Angela continúa hablando así de Sor Clara:

«Gozaba también muchísimo porque Don Carmelo Jiménez enseñada de cantar Misa nos daba una conferencia a la semana sobre diversas materias. Nos explicaba los Salmos pues aún no teníamos el breviario en castellano, Liturgia, Dogma, Historia de la Iglesia. Cómo se aprovechaba Madre Clara de todo, tomaba sus notas y ¿cómo no? nos hablaba de ello en las exhortaciones o capítulos que todos los viernes hacía a la comunidad, pues tenía como queda dicho un don especial de palabra. Después cuando fue maestra de novicias hacía comentarios con sus novicias, pues estas conferencias de Don Carmelo han sido dirigidas a la comunidad por más de 35 años y además a las novicias algunas veces».¹²

Después de muchas dudas y tanteos se encontró para el coro la solución perfecta. El coro alto de la parte derecha del crucero tenía capacidad para menos de veinte religiosas. Sillas y bancos se amontonaban en aquel espacio ante el creciente número de vocaciones. Y aún debían dejar abierta la puerta que da al claustro alto y desde allí unirse a la oración. Sólo las privilegiadas de un sitio junto a la celosía podían contemplar el Sacramento en su ostensorio y menos el altar en la liturgia de la misa.

Era preciso partir el templo en dos por una verja colocada ante el crucero renacentista de finales del siglo XVI, dejando su ancho espacio central y sus dos alas laterales para coro monástico, con amplia sillería para la comunidad y lugar suficiente para un órgano electrónico que sostiene y acompaña el canto litúrgico de los días normales. Otro órgano de tubos en el antiguo coro alto solemniza las fiestas de mucho campanario. La nave central con sus capillas es ocupada por los laicos. Las monjas ven, contemplan, adoran, están cerca del Señor y no como colgadas en un extraño coro y crean comunidad con los fieles a su mismo nivel y cercanía, salvada siempre la canónica clausura.

La clarividente propuesta de Don Carmelo y su defensa de la solución programada encontraron la acogida incondicional de la abadesa del momento, Sor Angela Carro y de su vicaria Sor Clara; pero no faltaban monjas reticentes y respetuosamente opuestas, porque el descender del coro alto al pavimento de la iglesia les parecía como relajación de la clausura y un cambio brusco en sus costumbres seculares. Los fieles más asiduos a la adoración en Santo Domingo lamentaban el relativo alejamiento de la custodia al que se veían obligados con el cambio de coro.

Esta reforma se llevó a cabo en 1966 con la inmejorable solución que a la vista está. Sor Clara no era ya abadesa, pero su gozo espiritual fue el mismo y prefería no ser protagonista. Cuántas veces hemos escuchado la satisfacción de Don Carmelo en esta obra, porque comprobó mil veces la alegría de Sor Clara por esta solución.

Desde ahora podía clavar como nadie sus ojos en la cercana custodia y decir este cantar:

«Jesús mío, en esta hora
¿quién me impedirá mirarte?
¿quién me impedirá servirte?
¿quién podrá impedirme amarte?».¹³

O añadir estas ágiles seguidillas:

«Labrar quiero mi nido en el Sagrario para hacer las delicias del Solitario.	Incendiario divino prende ya el fuego, que arda ya todo el mundo, que ardamos luego.
---	---

De este fuego sagrado
de Eucaristía,
que seamos volcanes,
en este día».¹⁴

X

LA INMACULADA Y ARÁNZAZU

1. María Inmaculada, Abadesa

El natural sencillo y piadoso de Sor Clara, su cordial integración en la comunidad y su capacidad para entusiasmarse y movilizar entusiasmos en el convento tiene un espejo fiel en la fiesta mariana que vamos a contar. Veremos en esta imaginativa celebración, su encendido amor a la Virgen María, la búsqueda de su protección y de su ejemplo, a la vez que el deseo de no encumbrarse sobre nadie por su oficio primero de la casa.

Porque nombró Abadesa a la Inmaculada Concepción y Abadesa perpetua. Sor Clara se convertiría en la zagalilla de esta divina pastora. No era desconocida la experiencia en la misma familia franciscana. La venerable Madre María de Agreda, cuya «Mística Ciudad de Dios» se iba convirtiendo en uno de los alimentos comunes de su espíritu, se había adelantado en esta iniciativa. Conocía el ejemplo también franciscano, de la Madre Angeles Sorazu. Probablemente ignoraba la decisión de la Beata María Ana Mogas Fontcuberta, fundadora de las Franciscanas de la Divina Pastora, que en 1862 escribía en su Regla que «la superiora gobernará la comunidad en nombre de la Divina Pastora María Santísima, que será la Abadesa Perpetua de esta Seráfica Congregación.»¹

La originalidad de la superiora soriana garantizará un colorido propio a esta celestial investidura. El motivo fue el primer centenario de la proclamación de la Inmaculada como patrona de la Orden Seráfica. Se le había otorgado este patronazgo el 8 de diciembre de 1845. Cuando llegó este centenario tenía experiencia de cuatro años de superiora y estaban superados los principales contratiempos internos en torno a los ideales de la joven abadesa.

NOTIFICACION: Que el presente es original de M. M. CLARA RIVERA GARCIA O. S. C.

24-9-92

Notaria Actuarial

Acta de eleccion de la Inmaculada Concepcion en nuestra Abadessa Perpetua

En este Convento de Santa Clara de Joria, reunida la Comunidad capitularmente el dia 8 de Diciembre de 1942 a las 11 de la mañana, se procedio a la eleccion de la Inmaculada Virgen Maria en Abadessa Perpetua de la Comunidad, asistiendo y presidiendo a la vez en ella el Srdo P. José Bernardo Diaz, Guardian del Convento de P. Franciscano de esta ciudad, acompañados de su Vicario Srdo P. Juan Aguirre.

En esta eleccion, invocadas las luces del Espiritu Santo y siguiendo en todo las normas de las elecciones canonicas de Abadessa, teniendo voto tambien las Religiosas de Profesion simple, las Legas y postulantes, quedo elegida por las 29 votantes en Abadessa Perpetua de esta Comunidad, la Inmaculada Virgen Maria.

El Sr. Presidente, confirma la eleccion

En es. Sr. José Bernardo Diaz

J. Aguirre

Dignen las firmas de las votantes

Las nuevas religiosas que profesaban en manos de Sor Clara, rejuvenecían la comunidad y sintonizaban con sus reformas. Era el momento; el nuevo gesto vendría a ser manjar que agradaría a todos los paladares y la comunidad aumentaría su cariño a la Madre del cielo. Los pormenores del suceso nos revelan el humilde candor y el profundo fervor de un convento franciscano de los años cuarenta.

Se prepararon con un retiro de tres días, el 5,6 y 7 de diciembre. Para entonces ya estaban confeccionados los roscos del centenario, las tortas y otros aditamentos de cocina. Se hizo limpieza de la casa y volvió a brillar la maestría blanqueadora de la abadesa. La comunidad se esmeró en el restregado de los suelos, la limpieza de las cocinas, de las celdas, las leñeras y el adorno de los gallineros y la huerta. Nada podía disgustar a los ojos de la «celestial princesa» que tomaba posesión. A cada hermana se entregaría un hermoso cuadro de la Virgen para su celda, a fin de que todo quedara lleno de María.

El volteo de campanas de la víspera rompió el silencio monacal y sorprendió a los vecinos por el inusitado alboroto de los bronces. El campanario marcó el fin del retiro y el comienzo de la algarabía general. El estallido de alegría con sus cánticos acompañaba los últimos detalles de la preparación. Las artistas engalanaban el refectorio con guirnarlas y preparaban en el mejor lugar un trono digno de tal Reina.

En la cena dieron gracias a la divina Providencia por los últimos obsequios que a través de los bienhechores les enviaba. Pan blanco en gran abundancia y no hay que olvidar que es el año 1945. Doce hogazas grandes y seis barras. Luego frutas, verdura, pescado, carne y hasta alimentos olvidados hace años, como el chorizo y el jamón.

Se despertó el convento con las estrellas y la música de una aurora mariana entonada con el mayor calor. La letra de la diana redactada entre prisas por la juglar de la casa y que no aspira a competir con los cantares del vecino Machado, pero sí dice lo que quiere decir, cantaba así en algunas de sus estrofas:

1 - «Tú que eres la Patrona
de la Seráfica Orden,
derrama hoy sobre ella
las divinas bendiciones.

2 - Tú que eres nuestra Madre
y Maestra singular
entra por las oficinas,
de esta casa en general
y deja tu bendición,
impresa en cada lugar.

3 - Visita la enfermería
y bendice a la enfermera
que ha de asistir a Cristo
en su misma cabecera

4 - Tu mano sacerdotal
bendiga la sacristía
y a las sacristanas da
un amor grande ¡oh María!»²

Aquellas sacristanas ya habían colocado a la Virgen en un discreto trono del coro bajo, en el lugar en que ahora reposan los restos de Sor Clara.

2. Elección

A las once se clausuró la iglesia después de la Misa Mayor. Se reunió en capítulo la comunidad en el coro bajo y se dispuso la caja de los escrutinios, repartiendo las papeletas de votación. Al otro lado de la reja, en la iglesia, presidían la elección y eran testigos el Padre Guardián de los Franciscanos, Bernardo Biáin y su Vicario, el Padre Juan Ajuria. El Guardián se emocionó en la plática de sabor mariano y franciscano al mismo tiempo. El acta oficial de la elección es como sigue:

«En este convento de Santa Clara de Soria, reunida la Comunidad capitularmente el día 8 de Diciembre de 1945 a las 11 de la mañana, se procedió a la elección de la Inmaculada Virgen María en Abadesa perpetua de la Comunidad, asistiendo y presidiendo a la vez en ella el R.P. José Bernardo Biáin, Guardián del Convento de PP. Franciscanos de esta ciudad, acompañado de su Vicario R.P. Juan Ajuria.

En esta elección, invocadas las luces del Espíritu Santo y siguiendo en todo las normas de las elecciones canónicas de Abadesa, teniendo voto también las religiosas de profesión simple, las legas y postulantes, quedó elegida por 29 vocales en Abadesa perpetua de esta Comunidad, la Inmaculada Virgen María. Siguen las firmas de todos los presentes».³

Después de la unánime elección se proclamó Abadesa perpetua a la Virgen María, Sor Clara colocó en su imagen el sello del convento como signo de sus poderes y le consagró la comunidad con una súplica y entrega, cuyo significado esencial contienen estas líneas:

«Acepta, Madre mía, el cargo del gobierno de la comunidad que Dios Nuestro Señor me confió, y que con la más íntima complacencia de mi alma hoy te entrego. Interpretando la buena voluntad de mis hermanas que me han de suceder en él, lo pongo también en tus manos. Tú eres nuestra dignísima madre Abadesa y lo serás perpetua-



Procesión con la Inmaculada por la terraza.

mente. Tú la Pastora Divina que guiarás este Rebañito hasta conducir-lo a Jesús. Las elegidas y nombradas canónicamente Abadesas quedamos constituidas en humildes zagalillas tuyas».⁴

Mientras el canto del *Te Deum* cada electora besó los pies de la imagen santa y profesó obediencia a la Abadesa Celestial. Las campanas, que estos días estaban como locas, hicieron de nuevo compañía a la comunidad que desde el coro bajo procesionaba con la Virgen hasta el refectorio. La Reina del cielo fue recibida con la *Marcha Real* -no podía ser menos- y vivas estruendosos. La comida, como los días grandes, terminó en baile y música que se alargó hasta las vísperas.

La tarde superó en vistosidad a la mañana. De nuevo procesión del comedor al coro; y en el antecoro la sorpresa, veintinueve ramos de blancas azucenas para las veintinueve religiosas. Concluidas las vísperas, la Abadesa elegida debía visitar toda la casa y tomar posesión de sus dependencias. Esta gran procesión duraría tres horas. Las novicias y las hermanas de velo blanco, todas con sus cabezas cubiertas de blancura, llevaban en sus hombros a la Virgen. Las postulantes, adornando la estampa, sostenían las cintas. Las demás les seguían con el ramo en las manos, el canto en su garganta y la alegría celestial en el semblante. Dice Sor Clara en su encendida crónica: «Era un reflejo verdadero del paraíso»⁵.

La Virgen visitó, tomó posesión y recibió el homenaje y la súplica de las que en su puesto de trabajo querían obedecer a la nueva Abadesa en las siguientes dependencias: sacristía, cocina, refectorio, despensa, planchador, sala capitular, noviciado, celdas, gallinero, lavadero, huerta, secretaría, enfermería, ropería, sala de labor, coro bajo, cementerio, portería, torno, patio y locutorio. Hago recuento exacto de los veintiún departamentos anteriores que las monjas engloban en el curioso nombre de «oficinas» para ofrecer al lector un paseo interno por la clausura del convento y porque en cada uno recibió la Virgen su consagración y su oración el 8 de diciembre de 1945.

El largo recorrido bien merecía un respiro y un refrigerio, que fue de chocolate y de confites con reparto general de almendras blancas. El día acabaría con lo más inesperado. En un convento numeroso las vocaciones a la contemplación encierran otras vocaciones secundarias que se han sacrificado. Hay quien sabe pintar y decorar o tiene el «gusto de la ornamentación». Estas especialistas de la estética, mientras la oración vespertina de sus compañeras, montaron en el comedor un baldaquino con amplios cortinajes para el último honor a la primera Abadesa. Al llegar del coro formadas en sus filas,

«Se corrió el telón y apareció la Reina agasajada con los acordes de la Marcha real. Se cantó la Benedicta y las postulantes vestidas de monaguillos con roquetes blancos, zapatos blancos, bandas y bonetes azules, que cantaron las lecciones, y la última lección la novicia lega. Mientras el Magníficat, las monaguillos echaban flores a la Virgen y la zagalilla, Sor Clara, dábale incienso y apuros se pasó pues no se le ocurrió cerrar el incensario».⁶

La fiesta concluyó en santo jolgorio tras el último canto de la Salve, en el camino por el claustro hacia los dormitorios. Nadie supo de que cielo o de que ventana procedía la lluvia de dulces, caramelos y almendras que caían al suelo para la pelea en que las más jóvenes doblaron más ágilmente el espinazo, si bien luego compartieron el botín con las mayores.

Dejo al lector en su opinión sobre esta página de la historia de Sor Clara que a mí me toca contar y a él interpretar. Alguien encontrará edificante esta sencillez de un convento de mediados de siglo. Alguien opinará que ciertos pormenores pecan de ingenuos y de candorosos. Aunque habrá que pensar que un grupo humano numeroso, pero cerrado al exterior, necesita compenetrarse a través de la alegría y ahondar en su sintonía por la recreación espiritual; en definitiva, y como a todos, le cuadra bien la fiesta, necesaria además para el equilibrio emocional y psicológico. Los años demostraron el acierto de Sor Clara con su comunidad.

3. La Zagalilla

En los párrafos reproducidos de la crónica de Sor Clara se nombra ella zagalilla de María. La Virgen sería la «Divina Pastora», según la advocación extendida por los capuchinos desde el 1703, y ella tenía su contento en ser la zagalilla. No entenderemos el precioso y denso contenido que encierra esta palabra para una persona de raíces rurales y zona ganadera.

El zagal se fija obsesivamente en el pastor, que con frecuencia es su padre, para captar por sus gestos cómo se trata a las ovejas. El zagal conoce a través del pastor cuáles son buenos pastos y cuáles perniciosos. El zagal mira, aprende, obedece. El zagal toma cariño a las ovejas, como que son de su pastor y de su padre. Pues a esta contemplación e imitación de la Virgen, como la del zagal a su pastor, aspiraba Sor Clara.

Ella tuvo de niña amigas zagalillas y con ellas entraba en el corral por sus humildes puertas que se empujaban con el pie y se cerraban con una tosca tarabilla. Allí empezó a gustar la sencillez y aprendió para su vida adulta a traspasar la puerta de la vaquería y la del establo, la del gallinero, la del jardincillo o de la huerta, lo mismo que las solemnes puertas de la iglesia o la canónica puerta reglar.

El zagal es humilde, el zagal no tiene voz ninguna sino la del pastor. Esto quiere Sor Clara, que la Abadesa verdadera sea la Virgen y ella sólo su voz. Tres veces se llama ella zagalilla en esta crónica y varias más en diversos escritos. De cuantos hablan sobre ella hay solamente dos que han captado el cariño que Sor Clara tenía por este modesto nombre. Uno es Don Angel Vallejo, del que hablamos al principio del capítulo VII y es curioso que también pertenezca al mundo de la ganadería. También Sor Margarita lo recuerda una vez, acaso porque ella se sintió zagalilla de Sor Clara.

La zagalilla pasó doce meses con la mirada fija en la Pastora y el 8 de diciembre de 1946 renovó la consagración a María proclamada Abadesa de aquel monasterio. Y desde entonces, hace ya medio siglo, se viene repitiendo la oración compuesta por Sor Clara en 1946. Aunque el termómetro del fervor religioso marque los mismos grados en los escritos de proclamación y de renovación, el entusiasmo descriptivo y la altura literaria han descendido en el segundo relato.

Como pequeña muestra de las oraciones de consagración a la Virgen de algunas «oficinas», transcribimos los principales párrafos de las tres que van a continuación, que nos revelan las preocupaciones del momento y la sencillez de la vida claustral.

«ROPERIA

Haz que en esta oficina existan siempre los paños y telas necesarios para que todas las religiosas puedan vestir interior y exteriormente según nuestras Constituciones con esmerada limpieza y pobreza. Recibid, hermanas, a vuestra dignísima Madre Abadesa y procurad con todas vuestras fuerzas complacerla, honrarla y glorificarla.

CORO BAJO

Recibe la posesión perpetua de este coro. Bendícelo y bendice a todas las religiosas presentes y futuras que han de orar en él y en él han de pronunciar sus Votos. Que cuando aquí el cadáver de cada una sea expuesto, el alma goce contigo de la eterna posesión de Dios.

LOCUTORIO

Recibe dignísima Madre Abadesa nuestra la posesión perpetua de este locutorio. Haz que ocupen y nos guarden en él los ángeles. Que Dios sea el objeto de cuanto se hable y cuantas almas aquí entren sean edificadas, convertidas y santas».⁷

4. La Virgen de Aránzazu y la Federación

Englobamos en este capítulo dos hechos muy diversos de la vida de Sor Clara que tienen un punto de unión, casi meramente literario, en el nombre de la Virgen María. Porque ahora contaremos sus afanes por la Federación de Clarisas de Cantabria de Nuestra Señora de Aránzazu, de la que era consejera. Ambos asuntos pertenecen a sus años abaciales, razón por la que deben ir aquí. Y los dos juntos pueden formar un apartado del mismo espacio que los restantes.

En época tan temprana como el 17 de mayo de 1942, el ministro provincial de Cantabria pregunta a la abadesa de Soria, que ejerce este cargo sólo hace nueve meses, la opinión de sus monjas sobre la Confederación de Monasterios, a manera de provincias religiosas. Es provincial el Padre Eguíluz, al que ya conocemos desde el noviciado de Sor Clara y al que siempre consideró su director espiritual. El Padre Julio Eguíluz apunta en esta carta un ideal quizá excesivo y luego abandonado. Habla de mutuas dependencias en cuanto a los destinos de personas de monasterios distintos, con una superiora provincial de todos los conventos, como sucede con los frailes franciscanos. A la vez se estudia en esos días la posibilidad de que las monjas pasen de la jurisdicción de los obispos a la de los superiores franciscanos.

En la comunidad de Soria se pedían aclaraciones a la primera parte y no caía mal la última, porque el prelado diocesano, ocupado por múltiples tareas, no podía atenderlas como ellas deseaban. El Papa Pío XII en su Constitución apostólica «Sponsa Christi» de 1950 exhortó a la erección de estas federaciones. En estos años se aclaran los proyectos sobre tales uniones y se afirma desde la curia general de los frailes menores a la abadesa de Soria, que los obispos no están por pasar la jurisdicción a los provinciales religiosos, porque «sin duda esperan mucho, y con razón, de las oraciones de las almas contemplativas para sí y para sus diócesis»⁸.

Independientemente, y como simpático detalle del obispo de Osma, reciben una carta Sor Clara y sus clarisas del bondadoso Don Saturnino Rubio Montiel, que el 20 de enero de 1954 se confiesa ante sus monjas con el estilo literario de sus pláticas:

«Pueden creerme todas, todas mis hijas, que las horas más efusivas y mas gozosas para este obispo, me vienen de esa comunidad [...] Sigán, sigan todas ayudándome en el peso del gobierno de la Diócesis, y sigan, sigan todas consolando a este su obispo, que es hombre y hombre débil que necesita de consuelos»⁹.

El año 1957 se erigió canónicamente por fin la Federación de Clarisas de Nuestra Señora de Aránzazu, inspirada en la «Sponsa Christi» y que tiene estos fines: aumentar la unión y colaboración entre los monasterios respetando la autonomía de cada uno, y fomentar el mutuo conocimiento y la ayuda espiritual, humana y técnica, poniendo cada convento al servicio de los otros su histórica riqueza de vida franciscana. Son sesenta y cuatro los monasterios de esta unión, también llamada Federación de Clarisas de Cantabria, y pertenecen al País Vasco, Navarra, La Rioja, Cantabria, Burgos, Valladolid, parte de Guadalajara y Soria, con algún convento en América Latina. En esta extensa Federación se erigieron dos noviciados, uno de ellos en Soria del que Sor Clara fue constructora material como ya dijimos y directora espiritual como diremos.

El reconocido ascendiente que para estos años se concedía a la superiora soriana hizo que desde sus inicios fuera Sor Clara elegida segunda consejera federal, con unas personales atribuciones de coordinación sobre algunos monasterios próximos, como Almazán, Medinaceli, Molina de Aragón y Sigüenza. Sor Clara, incapaz de reprimir su afición a las coplas improvisadas para estas ocasiones, dejó escritas varias páginas de cantares alusivos, como los que van a continuación:

«Gloria al papa Pío XII
que por la Federación
hizo de todas nosotras,
un alma y un corazón.

Así nos mueve a cantar
del fondo del corazón
¡vivan las hijas de Clara,
viva la Federación!».¹⁰

5. Unos viajes franciscanos

Con su oficio de consejera se quebró la célebre promesa de su tío, que en el viaje de Rebollar al noviciado atestiguó solemnemente que nunca más aquella joven mareada montaría en coche ninguno. Comenzó a viajar y, como entonces, siguió mareándose. Su mano derecha, Sor Angela, la animaba y la distraía en sus molestias. En los momentos de bonanza, en todo veía a Dios. Los montes, los árboles, las llanuras le elevaban a Dios.

Al descubrir por vez primera la magia de un paisaje, decía con naturalidad a Sor Angela que aquello no era nuevo y que habían estado muchas veces, porque si repetían tan frecuentemente que con todo, por todo, y *en todo* alababan a Dios, cuántas veces habría caminado su oración por aquel prodigio de la naturaleza que ahora se les daba contemplar. Si venía la noche y se asomaban las estrellas por las ventanillas del tren o del autobús, se quedaba contemplando y afirmando que en esos mundos está Dios y allí le habían adorado y amado, luego también habían visitado con su Dios a las estrellas. En estos viajes, tan propicios a la confianza, confesaba que uno de sus miedos de futura enclaustrada era el pensar durante los paseos de su pueblo que en el convento no iba a ver los pajarillos, ni oír sus trinos y luego comprobó en el monasterio que su música era mejor que la de los campos. Y hasta se hizo con una pequeña colonia de canarios para unir a los de ellos sus cánticos al Creador, sin olvidar los de los serafines.

Los más favorecidos por las visitas de Sor Clara fueron los monasterios que ella debía coordinar y en su caso ayudar. La vitalidad alcanzada por el convento de Soria en su mandato y el notable aumento de vocaciones le permitían, y le exigían según ella, prestar su apoyo a los de vida menos pujante. El primero fue el de Medinaceli, que preside en su altura las extensas campiñas del oriente soriano y es lugar muy propicio para el habla con Dios. Desde las primeras visitas de la abadesa soriana se fue elevando el nivel espiritual de la comunidad con adoración diurna del Santísimo y profesión de la Primera Regla. Los trabajos de renovación material fueron tan varios y tan

bien compartidos por la comunidad que en un periódico aparecieron como «las monjas albañiles». Entre las dos comunidades se han creado los vínculos de una sola familia.

Ya en 1955 viajó al monasterio de Molina de Aragón, que más tarde recibiría la ayuda de una monja de Soria. También otros conventos compartieron sus visitas y apoyo. Más lejano en kilómetros, pero quizá más próximo en el afecto, era el conventito de San Pascual de Villarreal (Castellón), donde adoró al Santísimo este gran franciscano de vida tan atractiva como influyente en el alma de Sor Clara. El flujo de personal de la comunidad de Soria a la más reducida de Villarreal ha sido numeroso, ejemplar y de largos años. Otro fruto, por fin, y éste póstumo, de la renovación impulsada por Sor Clara ha sido la fundación en 1985 del primer monasterio de vida contemplativa en Zimbabwe con religiosas del convento soriano.

Los desplazamientos más oficiales correspondían a las reuniones del Consejo Federal, frecuentes sobre todo en la primera etapa de la puesta en marcha. Algunos, al santuario de la Patrona de la Federación, la Virgen de Aránzazu. Se conservan dos conferencias suyas, por desgracia sin fecha, impartidas en Aránzazu. Las ideas que expone son mazazos de sentido común inspirado por el Evangelio: para qué renovarse sólo en cosas accidentales, aunque sea también necesario; hay que responder en lo importante y con hechos. Y estos hechos están en la pobreza absoluta por amor, buscando a la vez medios apropiados de trabajo y compartiendo el fruto del esfuerzo con otras comunidades de menores recursos. Este es el armazón de la primera conferencia, sin la esperada alusión a la adoración permanente. En la segunda charla atornilla las razones de la suma pobreza y se expone en la Exposición perpetua con argumentos que ya hemos comentado.

6. La escritora

Por aquello de que la palabra vuela y el escrito permanece, uno de sus trabajos por la Federación, más palpables ahora, es su colaboración habitual en la revista «Clausura Franciscana». Aquí y solamente aquí se convirtió en escritora de letra impresa. «Clausura Franciscana» nació en la Federación y para ella, como medio de comunicación y de intercambio de experiencias de las hermanas de vida contemplativa. La revista aparece en febrero de 1956 y se edita por los padres franciscanos de Olite (Navarra) desde ese número al de julio de 1958, que sale ya de Bilbao, también del convento de los francisca-

nos. Las colaboraciones de Sor Clara son dieciocho en los dos años de la ciudad navarra. En los números de Bilbao tiene otros dieciséis artículos más espaciados y restan otros siete comunicados similares que no vieron la luz, probablemente porque no los envió. Son escritos en dos páginas impresas y tienen forma de carta que dirige a una imaginada postulante llamada Conchita. El título es siempre el mismo «A Conchita» y la firma es la misma también, pero anónima, «Sor Z».

El estilo es sencillo y a la vez elevado, más cuidado que cualquier otra de sus redacciones. Cuando se acerca a los núcleos de la doctrina y vida franciscana su prosa se musicaliza y adquiere un marcado ritmo poético y una cadenciosa sonoridad, propia de una persona de exquisito oído para el canto, como era Sor Clara. Es cierto que a veces entran en su prosa los clichés piadosos de los devocionarios de la época.

La imaginada Conchita recibirá en conjunto los mejores consejos evangélicos bien explicados por quien los practica: Conchita se debe decidir a despojarse con generosidad de su amor propio antes del despojo solemne del ropaje seglar, para vestirse de «la sincera y humilde sencillez» que tanto amaron los seráficos Padres. Conchita se entregará a la madre maestra como una blanda bolita de cera para que moldee en ella la figura de Jesucristo. Conchita tendrá que buscar amores en la «santa soledad» para encontrarse allí con el Señor que también fue amador de la misma soledad.

Sor Clara está enamorada de la «hermana soledad» en los años 1957 a 1959 y su pluma se incendia cuando la canta como ideal claustral para Conchita. «La llevaré a la soledad y la seduciré hablándole al corazón», dice con el profeta (Oseas 2,16). La soledad que forma al precursor de Cristo, soledad que fue honrada por el mismo Jesús en un largo espacio de su vida. «Soledad que conoce y acoge en su retiro santo al gran desconocido de los mundos y de los siglos, Jesús Sacramentado». Son nueve las enardecidas cartas a la soledad.

Como son también nueve las colaboraciones en que se lanza a gran altura literaria y cósmica para entonar la gloria de la creación y la alabanza al Creador, siguiendo a Fray Francisco que en el ocaso de sus días condensaba su vida en el «Cántico al hermano sol». Ella conduce a Conchita a las alturas, «no en viaje de turismo, sino de peregrinación» como aclara ella misma, y canta con lirismo a nuestra hermana luna y se humilla ante Dios por las hermanas estrellas o rebosa de gratitud por el hermano aire. Hay en esta sección de cartas de Sor Clara un evidente influjo de la teología de la Orden Franciscana sobre la creación y el Creador, pero permanece sin relieve y casi oculto el sugestivo planteamiento cristológico de esa misma escuela.



Estanque en el patio del monasterio.

7. La hermana agua

Para entrar en la vida y estilo de Sor Clara hemos reproducido algunas de sus coplas, advirtiéndole que las compuso de prisa y en un compromiso familiar y festivo. Pero ahora podremos comprobar a dónde llega su pluma cuando trabaja sus expresiones y cultiva su prosa, en este caso poética, como en tantos escritos de su literatura impresa. Voy a transcribir su carta a Conchita en «Clausura Franciscana» de agosto-septiembre de 1960, permitiéndome presentar en forma de verso libre lo que ella firma como prosa. (La única licencia que me tomo es la de colocar esta prosa en líneas separadas)

«Loado seas mi Señor, por la hermana agua
la cual es muy útil y humilde y hermosa y casta.
Es en verdad humilde y muy humilde el agua.
Para surgir en claro manantial que luego forma el río
ha cruzado la tierra ocultamente
y en silencio profundo,
donde aprendió a cantar alegre y cantarina,
busca siempre el nivel más bajo y escondido.
Mira cómo se precipita en las cascadas
y forma su corriente en el barranco.

Mira en el pozo su sosiego y calma.
Mira cómo desciende a la raíz cuando al rosal se aplica,
o a la planta o al árbol,
para que un día y sin pensar en ella
la flor embalsamada o el sazonado fruto
recree al hombre y le alimente y nutra...
¡Qué enseñanzas tan sabias y profundas
por su conducta fiel!
Hermanita querida, aprendamos del agua.
Ella es casta y es pura,
transparente cual debe ser el alma.
Su virtud purificante no es sólo material:
Dios se sirve de ella para materia del Santo Sacramento del bautismo
por el que desaparece la mancha original.
Mira con qué caricia desciende de los cielos
transformada en perlititas de rocío
que recibe la flor con alegría,
y en benéfica lluvia que madura el racimo,
objeto del dorado sueño del Sacerdote eterno.
Es celadora del honor divino:
mírala en el diluvio
como azote del pecado del hombre,
mírala en las tormentas,
pedregada imponente que arrasa las cosechas,
que inunda destruyendo los pueblos.
Mírala en el altar,
en la vinajerita que el monaguillo
presenta al sacerdote,
todo un curso de amor entre Dios y entre ella.
Dios la elige y la mezcla con el vino
y ella se pierde allí.
Un momento después y dirá el sacerdote sobre el cáliz:
ESTA ES MI SANGRE». ¹¹

XI

MAESTRA DE NOVICIAS

1. Vuelve a esconderse

El 22 de mayo de 1958 se acostó Sor Clara con una alegría paciente-mente esperada. Había cesado en su oficio abacial. Cinco veces había sido elegida y desde la tercera designación la comunidad reiteraba sin alternativa su votación a pesar de los obstáculos jurídicos para un nuevo mandato. Pedían dispensa para un trienio más en atención al prestigio y cualidades de la candidata repetidora, a la que no querían sustituir. Ella nunca buscó la reelección y soportaba resignadamente la renovada etapa de gobierno por obediencia a la comunidad electora y en su servicio.

La nueva abadesa es Sor Angela Carro y Sor Clara es elegida maestra de novicias. Tiene ahora cincuenta y seis años y treinta y seis de vida conventual, de los que diecisiete ha sido cabeza de la comunidad. Todavía tiene delante casi quince años de vida que entregará a la formación franciscana de las novicias.

En su opinión le sobra demasiada edad para este trato amistoso y cordial con las jóvenes y suplica que designen a otra hermana más próxima a los afanes de las chicas con vocación. Y aquí fallan sus razonamientos. Podrían otras conocer más a las jóvenes del mundo, pero no es fácil hallar quien entienda mejor la vocación y la oriente y la haga madurar. La obediente Sor Clara se deja convencer y hasta el fin de su vida será ya «la Madre Maestra».

Aunque la votación para el desempeño de los cargos la sitúa en un segundo plano, no puede desprenderse de su peso moral y continúa en la estima de todas como la primera Madre de la comunidad. Deja de ser el surtidor central que alegra el jardín conventual, pero sigue como manantial

escondido que conserva su frescor y lozanía. Más que faro que lance su luz será horno que transforme la masa escondiendo sus llamas. Y aunque no lo pretenda permanecerá como cimiento invisible que soporta el edificio o eje escondido en torno al que gire la máquina de la vida comunitaria. Si la distribución de oficios contraría su ideal de ocupar «siempre el último lugar», al menos no está en el primero y aquí encuentra la mayor alegría espiritual.

Además de maestra de novicias era primera discreta o madre vicaria de la abadesa. Su humildad la llevó a límites excesivos en el empeño por «el último lugar». En cuanto pudo, desapareció. Sor Angela Carro esperaba semana a semana y día a día alguna orientación o consejo de gobierno de su gran amiga. Sor Angela soñaba desesperadamente en estas indicaciones porque hasta entonces había vivido exclusivamente para el noviciado y necesitaba conocer en qué condiciones funcionaría bien el torno y cuáles eran las hermanas más capaces de organizar el trabajo o los horarios preferentes para la portería o las mejores ayudantes para la cocina. La extensa experiencia de Sor Clara le tenía que abrir algún camino en su gobierno. Pero Sor Clara se convirtió en la monja más obediente y más callada como si fuera la última novicia.

Ante las hermanas decía: «Yo sólo a obedecer ¡qué feliz así!». Y a Sor Angela le contaba que como ella lo había hecho todo mal, su ayuda le sería inútil y que Dios se encargaría de iluminar su camino y de dirigirla mejor. No lo decía por cómoda inhibición sino por sincero convencimiento. En estos días de cambio la visitó su hermano y cándidamente añadió leña al fuego al decirle: «Ahora, Clara, a obedecer y se acabó. Tú como si no hubieras sido nada». Que es lo que Sor Clara quería y necesitaba escuchar. Porque tenía sus dudas. Veía en ocasiones que su palabra sería muy oportuna, pero temía que sus muchos años de abadesa y su condición de directora espiritual de la mayor parte de hermanas, incluida Sor Angela, podían obstaculizar los rumbos nuevos de la reciente superiora.

Cuando comprobó lo que mortificaban a Sor Angela esta sumisión total y esta muda obediencia, se confesó con ella en la más franciscana sencillez y deshicieron todas sus aparentes reservas y distancias. Algo quedó muy claro en el sincero diálogo: Sor Clara estaba dispuesta a colaborar en el gobierno sin condiciones, pero crecían cada día sus deseos de obedecer porque ya había mandado muchos años. Las discretas primero y la comunidad después fueron conociendo el singular combate entre las dos primeras monjas de la casa. Singular sobre todo por el terreno en que se planteaba la lucha: no en el de los derechos personales, sino en el de la obediencia y humildad y en el de la segura convicción de cada una, de que la otra valía mucho más. Como tantas veces, la casa se llenó del humilde perfume de los Santos de Asís.

Aroma que se dejaba sentir en las visitas. Ante la sencillez de Sor Clara un padre franciscano se decidió a preguntarle en el torno:

«Madre, a Vd. se le ve muy contenta, pero por dentro tendrá que sentir algo, le costará dejar de mandar, aunque Vd. se sobreponga por virtud. Ella le contestó: sinceramente le digo que no me tengo que vencer nada, me siento feliz por dentro. Las cosas han pasado a mejores manos».¹

Lo cuenta Sor Margarita que presenció la escena.

El avance progresivo de su humildad y el visible crecimiento de su bondad le dificultaban las inevitables actitudes enérgicas o las indispensables llamadas al orden. Aceptó el oficio de madre maestra con la condición de que le asignaran una ayudante que corrigiera a las novicias en las posibles faltas de disciplina. Ella sería formadora de hermanas, en la cercanía y el cariño, en el respeto y el servicio, vividos eso sí, hasta la extenuación. Su carácter fuerte y los deseos impacientes de quien quería ver las cosas hechas en el momento se mantenían ocultos a los demás por su controlado vencimiento.

Se la veía con los libros clásicos de espiritualidad para sus pláticas y conferencias, manejaba constantemente la Regla y Constituciones Generales de las Monjas de Santa Clara y estaba desposada en amor perpetuo con el libro de la Palabra de Dios; pero con permiso de esta última fuente, el libro vivo con que enseñaba a ser buenas clarisas a tantas postulantes era ella misma. Su alegría humilde, su acogida fraternal, aquel cariño universal para las vocaciones valiosas y para las vocaciones dudosas, su fe teologal y contagiosa, su admirable devoción a los grandes misterios de la vida cristiana y a las más sencillas y populares prácticas piadosas, su natural inclinación a valorar en mucho lo bueno y a mirar con indulgencia lo defectuoso, en resumen, su corazón de madre, dieron al noviciado soriano el cálido clima de familia en el que crecen y se desarrollan tantas ilusionadas y generosas vocaciones.

2. Están a gusto

Sor Clara conoce desde niña la jardinería y la horticultura. Y sabe que en la huerta se riega a la vez a todas las plantas, pero luego se limpia y entrecava a cada una con el escardillo o se dedican horas a un precioso rosal. Esta fue su táctica, este es su secreto. El trato personal, el acercamiento a cada novicia,

prudente y de tanteos al principio, más hondo cuando crece la confianza. La siembra general y el cultivo extensivo corresponde a las pláticas, conferencias, encuentros de oración o exámenes de conciencia, actividades en las que también era maestra. Pero su verdadera cátedra era el tú a tú más personal y cercano. Su modo de ser intuitivo, franco y sincero era una puerta abierta a la intimidad y provocaba la apertura y claridad de la interlocutora.

Podían confiarle los secretos personales más escondidos o consultarle sus problemas familiares o declararle su alegría espiritual o sus desalientos, en la seguridad de que la confidencia era un pacto de silencio entre dos, que acrecía la mutua confianza. No sólo las novicias, también las profesas maduras buscaban su consejo con la certeza de que las consultas a Sor Clara, los desahogos en su presencia o la descarga de quejas en un momento de mal humor, jamás saldrían de su boca. Una prudencia de este género, que suele ser virtud tan necesaria como escondida, era en Sor Clara unánimemente ensalzada, porque ninguna entre tantas mujeres contemplativas se quejó de una leve indiscreción de la abadesa o maestra de novicias.

Nadie comprende cómo consiguió Sor Clara que cada una de las novicias se creyera la más querida de la maestra. O al final sí se entiende, al comprobar su amor siempre hasta el límite y su entrega servicial en cualquier necesidad. Esta apreciación del cariño único o máximo de Sor Clara para cada religiosa, aplicable a todas las hermanas, adquiere otro relieve y transcendencia en las jóvenes recién llegadas o de corta estancia conventual, por su mayor necesidad de afecto.

Las novicias se asombraban cada día de las constantes atenciones de su maestra a cada una, de su preocupación por lo material o por lo espiritual y de su renuncia al tiempo propio o al descanso, si podía ser útil a alguna. Las mismas jóvenes acudían a la ayudante de noviciado en las dificultades materiales o indisposiciones de salud «para no preocupar a la madre», conscientes de que ella antepondría la pasajera contrariedad de la novicia a su cansancio o las limitaciones de sus años. Pero la madre leía muchas veces los problemas en la cara sin arrugas de las que preparaban sus votos. «¿Qué te pasa? Tú no estás bien, dijo a una aspirante en la escalera. Solamente me dolía la cabeza y me lo ha notado».²

Como todas las madres quería que sus jóvenes comieran mucho, que durmieran bien, que estuvieran alegres, que no echaran de menos el calor de la familia que habían dejado y se sintieran felices en esta casa de Dios. Se excedía en la sobrealimentación a las convalecientes, igual que todas las madres de familia. «Ahora hay que cuidarse, decía a la que le pedía piedad ante

tanta bandeja. Hay que coger fuerza, porque la monja que no panaea, bobea». Y no sólo bandejas, también ofrecía su compañía y su calor. Horas y horas al lado de las enfermas. Cogía su ganchillo u otra labor fácil y allí pasaba mañanas enteras o tardes completas en silencio, si la enferma no estaba para pláticas, o en un gustoso diálogo, inolvidable para la encamada.

Su ideal de madre maestra era ser madre y crear una familia monástica que supliera y elevara la alegría y el calor de los hogares de origen. Calor hasta físico, como en el reparto nocturno de botellas de agua caliente para las recién venidas, aunque su ayudante le reconviniera mentándole las ventajas de una más radical austeridad. Y sobre todo calor espiritual y humano, para mantener el fuego del hogar monacal (*hogar* viene de *focus*, fuego), como lo atestigua la privación heroica de su tiempo y de su descanso si alguien precisaba su atención. En su celda del noviciado acogía a quien acudiere a cualquier hora, y a esta puerta llamaban las jóvenes y muchas de las restantes hermanas.

Convencida de la presencia del Señor en cada una, se alegraba de poder servirle en su visitante o en la que le pedía un sencillo o más apreciable favor. Vivía de su fe que le decía que la favorecida era ella misma. Por eso, aun cuando era mayor, nunca decía basta. Escuchaba problemas o desahogos a deshora, sacrificando tiempo de su sueño sin que nadie le oyera «ya es bastante por hoy». Porque quien estaba delante era el Señor, necesitado en ese trance. La bondad de su temperamento la convertía en el remedio más próximo para muchos desasosiegos y el refugio más cálido para la paz personal.

Este clima conventual de familia bien unida lo proyectaba a las familias naturales de las novicias y postulantes o de todas las hermanas. A su iniciativa y sus consejos además de al común estilo franciscano, se debe la festiva acogida a los padres y hermanos de cada religiosa. Ella también participaba discretamente en el encuentro con tanta alegría como gratitud, aunque tuviera que trastocar sus planes, «porque han venido a vernos». Ella impuso la costumbre de ofrecerles la comida en el locutorio. Ante la inoportunidad de alguna visita por el horario o por sus ocupaciones del momento, no se quejaba. Cambiaba de plan y decía con el mejor humor: «pues vamos allá» y marchaba animada por la fe y por la música, tarareando entre dientes como en la misa: «Vamos cantando al Señor». Porque ella también allí vería al Señor.

En las conferencias o exámenes de conciencia repetía a las novicias:

«¿Habéis dado las gracias porque han venido a estar con vosotras? Cuando unos padres van a casa de los hijos, se les atiende bien, se les acoge con calor. Pues los padres de cada hermana son nuestros pa-

dres y hay que acogerles y sacrificarse un poco, prepararles las cosas y que estén a gusto. Que gocen, que disfruten».³

Conocemos la variedad de sabores de las frutas maduras lo mismo que la diversidad de atractivos que pueden agruparse en un carácter simpático que capta a la primera nuestra adhesión. Pero ¿cómo calificar la cercanía de Sor Clara, su encanto tan humilde, su cautivadora conversación? No es ésta una interrogación retórica con sus retóricos adjetivos. Se intenta describir lo indefinible con las preguntas que sugiere la fragancia de esta anécdota contada por Sor Teresa María Vallejo, una de sus ayudantes de noviciado:

«Siendo niña veníamos al locutorio unas cuantas veces al año a ver a las monjas. Mis padres eran amigos de casa, bienhechores. Me acuerdo de cuando Angel, mi hermano, era pequeño. Madre Clara quería que fuera sacerdote y estaba pidiendo por él para que fuera «curita santo y yo monjita». Teníamos que ser los dos así. A mi hermano le decía: ven, majo, que me voy a confesar contigo. Y empezaba a confesarse delante de todos nosotros. Le decía: ¿Sabes lo que me ha pasado? Me acuso porque a una monja le he contestado mal, ¿sabes? Todos nos poníamos más colorados que los tomates. No sé si sería verdad lo que decía. Luego mis padres comentaban en casa: mira la Madre Clara qué humilde, lo que ha estado diciendo, fijate qué cariñosa, que bien trata a todas las hermanas».⁴

3. Qué enseñar y cómo

La formación integral de sus novicias abarcaba para Sor Clara estas tres áreas: área de crecimiento humano como persona, como mujer, y como mujer que vive en el siglo XX y en comunidad. Segunda área: preparación cultural, al menos a la altura de la enseñanza básica para las que en aquellas décadas no la hubieran adquirido. En lo cultural incluía la enseñanza técnica en labores manuales o artísticas o domésticas. La tercera área, la más significativa y fundamental del noviciado, era la formación religiosa con sus múltiples facetas de iniciación doctrinal, espiritual, comunitaria, contemplativa, franciscana y otras que veremos.

Sor Clara ha leído muchas veces sus Constituciones y sabe que en los números 67,68 y 69 se impone a la maestra la obligación de cultivar con gran esfuerzo y casi con exclusividad la esfera religiosa. Y conoce las interpretacio-

nes jurídicas del número 655 del Derecho Canónico que amplían prudentemente el horizonte de enseñanzas de un noviciado. Por eso se mueve con soltura en su docencia alternando el catecismo y el solfeo, la Palabra de Dios y los manuales de ortografía o urbanidad. Ve con lucidez, y desde su intimidad con Dios lo cumple sobradamente, que su primordial enseñanza es la de los caminos del espíritu.

Las bibliotecas de los conventos encierran para el bibliófilo el encanto, entre otros, de las tapas y lomos de cuero con sus brillantes títulos en letras doradas y el misterio impenetrable del servicio secular que sus páginas han prestado a tantos monjes y monjas que ya no los necesitan en el cielo. Con estos libros de autores religiosos de nuestro siglo de oro o de otros posteriores se presentaba Sor Clara a sus conferencias para las novicias. El método fue cambiando con los años. En sus primeros tiempos hablaba más y apenas leía. Más tarde y en su declive físico crecía el protagonismo del libro. Alguna vez se le olvidaba el texto en su celda o prescindía de él en un extenso comentario improvisado. «No traiga el libro, madre, le decían las novicias, que es mejor lo que nos dice que lo que nos lee». Pero en los últimos años de su carrera o camino docente necesitaba con frecuencia estas muletas.

Podía ocurrir que el volumen de que se acompañaba Sor Clara no sólo era antiguo sino viejo y deslucido. Y aquí eran sus ayudantes del noviciado las que se decidían a reprender. «No laves esto, madre, que a estas chicas jóvenes les parece de los tiempos de Matusalén». Cualquiera se atrevía con Sor Clara.

Entre sus tácticas pedagógicas descollaba la enseñanza activa. Provocaba el diálogo en el comentario de las lecturas, en el estudio de materias profanas o en la dedicación a temas religiosos. No se contentaba con proporcionar conocimientos, procuraba integrar esos conocimientos en la vida. Insistía en que reflexionasen, que pensasen por su cuenta, que aprendieran a tomar decisiones y responsabilidades. El diálogo fluía en ocasiones como el arroyo o se estancaba de pronto como el remanso. Pero ella se ingeniaba para avivar el coloquio, porque no era instruir ni siquiera educar lo que buscaba, aspiraba a formar y transformar a las que pasaban por su noviciado. Se debían esforzar en «ser como la abeja, decía, que trabaja y trabaja y produce ¡miel!»

Bien sabía ella que la transformación de una persona es ejercicio de toda la vida, sobre todo en el orden espiritual. Pero ahora le tocaba marcar los caminos de una vida contemplativa, dar la salida para esta carrera y pertrechar a las caminantes para las etapas de la marcha. En la elección del camino no había dudas: «Yo soy el camino» (Jn. 14,6) Había que seguir al Señor. La

enseñanza del seguimiento de Cristo centraba el noviciado. En sus largas contemplaciones evangélicas había oído Sor Clara la voz del Señor y su llamada a los carismas de la vida consagrada.

Espigando en sus escritos espirituales, sus meditaciones evangélicas, resúmenes de pláticas o exámenes de conciencia se recogen estas ideas centrales en su pensamiento y que compendian el cristocentrismo de los caminos de la madre maestra para seguir al que es Camino. Señalaremos cada idea con un apunte resumido y rápido.

Camino monacal. «El Espíritu empujó a Jesús al desierto» (Mc. 1,12). Van a ser monjas y deben cultivar la soledad interior para que crezca su trato con Dios. La insistencia de Sor Clara en el silencio interno es tan reiterativa como impetuosa. La que se había «desposado en lazo indisoluble con la santa y más rigurosa soledad», tiene páginas enardecidas que hermosamente cantan su necesidad para el diálogo con el Señor que no quiere ruidos.

Decisión contemplativa. «Jesús se retiraba al desierto a orar» (Lc. 5,16). La maestra de novicias es ante todo maestra de oración. Habrán de ser llamas de oración, como Santa Clara. Oración franciscana y por tanto sencilla. «Es cosa tan sencilla la oración, decía ¿qué más sencillo que la mirada del niño a su madre que lo alimenta y lo ama? ¿qué más anhelante que la mirada del enfermo al médico que lo puede curar?».⁵

Opción comunitaria. «Jesús llamó a los que quiso y se reunieron con él y eligió a doce» (Mc. 3,13). Las novicias seguirán al Señor en una nueva familia que eligen para siempre. La exigencia de este clima familiar y de cariño a cada una de las que componen la casa constituía una de las enseñanzas más señaladas de Sor Clara en sus pláticas y en sus ejemplos.

Compromiso de servicio. «Igual que el Hijo del Hombre que ha venido a servir y no a ser servido» (Mt. 20,28). En la vida monástica tendrán que ser «como los miembros de nuestro cuerpo que se ayudan constantemente unos a otros»; comparación paulina extensamente explicada y constantemente aplicada por la madre maestra.

Completan naturalmente estas opciones los tres votos:

Elección de pobreza. «Bienaventurados vosotros los pobres» (Lc. 6,20). Predicó y practicó la pobreza y amplió su campo. Debe ser pobre la casa, además de las personas. Se desposa con la Dama Pobreza y transmite su entusiasmo por la Primera Regla de las Hermanas Pobres. Y propone aquello tan acertadamente formulado de « si los pobres trabajan, hay que imitarlos».

Voluntad de obediencia. «Se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp. 2,8). Son relevantes y numerosas las páginas sobre la obediencia escritas para las novicias. Más relevantes sus ejemplos que enseñan más que las palabras. «Obedecía no sólo a la abadesa, sino a cualquiera».

Voto de castidad. «Quien haya dejado mujer o hermanos o padres o hijos por el Reino de Dios recibirá aquí mucho más y después la vida eterna» (Lc. 18,30). Aquí la exhortación se apoyaba en ejemplos de Cristo y María, de la Iglesia, virgen y fecunda, y del valor testimonial de la virginidad que anuncia que el Reino ya ha llegado, porque permite vislumbrar la vida de los que han resucitado.

A este diseño del programa educativo de Sor Clara había que añadir sus conocidas preferencias bíblica, mariana, franciscana, misionera y otras que vamos comentando en los diversos apartados.

4. Dirección jovial y bondadosa

Muchas de las canciones de Sor Clara proceden de su personalísima enseñanza. Condensaba el pensamiento central de una plática en diferentes coplas y la clase terminaba en melodías populares o religiosas que prestaban su música al invento, transformándose las alumnas en orfeón o al menos en animoso coro. Este método era tan del gusto de la madre maestra que sus materiales rimados, todos religioso-pedagógico-festivos ocupan dos gruesos volúmenes.

Hablaba un día de la corrección fraterna y de sus dificultades. Aseguraba la ayuda de Dios siempre que corriéramos al otro con humildad y concluía garantizando la eficacia cierta de la corrección que proviene de quien se cree menos que su hermana. Lo que pasado a versos se cantaba así:

«Al corregir a tu hermano
hazlo con tal caridad,
hazlo con tal mansedumbre,
con tal dulzura y bondad,
con tal temor de ti misma
que halle el triunfo tu humildad.

Mucho más de lo que pienso
mucho más de lo que pido
infinitamente más
Tú puedes hacer, Dios mío.
Por eso, yo en Ti confío
y adoro en todas las cosas
tu poder que tanto admiro».⁶

Si la conferencia pretendía evocar el modo de vida franciscano, pobre, fraternal y evangélico, recordaba con calor a San Francisco y su boca se llenaba de ternura al nombrar a «su pequeña planta», para concluir que debían llegar a ser una copia de Santa Clara, que se hizo una llama de contemplación. Los cánticos finales de estas pláticas sobre la seráfica Madre corresponden a un himno suyo compuesto el 24 de junio de 1955 en el que figuran estas estrofas:

«Tu celda fue el sagrario	volando con las alas
tu pan la Eucaristía	de amor y sufrimiento,
tu corazón la cuna	dos nidos fabricaste:
donde Jesús dormía	la Cruz y el Sacramento». ⁷

En este juego de cantares que al mismo tiempo distraían e instruían, las novicias encontraban un esperado entretenimiento y en general recibían con alegre afecto las letrillas y las cantaban con calor. Hubo una minoría de otros gustos estéticos que en un principio las tachaban de «demasiado simples e infantiles» hasta que conociendo más tarde a su autora y la profundidad de su doctrina y de su vida, que se escondía en aquellas coplas disfrazada por el humor o la sencillez, cambiaban de apreciación y se reencontraban con las célebres canciones. Al fin disfrutaban como todas con este compendio de pláticas y vivencias que los versos contienen.

Muy a pesar suyo no logró desaparecer en el noviciado o situarse al menos en segundo plano. Callar, abajarse, esconderse, eran objetivos constantes de su vida, oculta en Dios y fiel buscadora de la minoridad franciscana. Si esperaba en el locutorio la familia de una novicia, acudía ella con su ayudante y la presentaba como la responsable real del noviciado a la que se debían todas las iniciativas. Pero sus auxiliares sentían angustia de verle rebajarse tanto a quien de veras era el alma del noviciado y para ahorrarse estas escenas se acercaban más tarde a la visita, concluidas ya las presentaciones.

Era el alma del noviciado en parte por sus explicaciones sencillas, siempre amenas y adaptadas a sus oyentes, adornadas con el frecuente atractivo de una pizca de humor o picardía. Pero la luz que deslumbraba a las novicias y que la madre maestra era incapaz de ocultar venía de su vida y ejemplos. Si ella educaba en la obediencia, por ejemplo, delante estaban sus hechos. Le había pedido la abadesa que tuviera una conferencia cada día con las novicias a las 4,30 de la tarde. Su edad y su bondad habían sobrecargado su vida de compromisos. Ella misma había establecido que allí se tuviera la comida de los familiares de las novicias y estas visitas, agradecidas a precedentes atencio-



Formación teológica, franciscana y humana.

nes, no querían marcharse sin el saludo de Sor Clara. Cuando era ya mayor y se había aumentado su sordera salía del locutorio agotada de prestar atención. Comenzaba a continuación la clase de las 4,30, clase que daba con agobio y terminaba con fatiga. Pero como la conferencia era del gusto de la abadesa, ella obedecía, aunque estuviera rendida. La confidencia a otra hermana de este cansancio de Sor Clara, fue conocida por la superiora sólo después de su muerte. «Con lo fácil, decía, que hubiera sido cambiarle la clase».⁸

¿Se excedía en su bondad? ¿Era demasiado transigente? Los defectos de los santos, que los tienen, suele ser sobra o desmesura de alguna virtud. ¿Era desmesurada la bondad de Sor Clara? Parece que ante algunas vocaciones dudosas o ciertas embarazosas situaciones, su delicadeza se convertía en blandura. Su inmutable obsesión por las vocaciones le vendaba los ojos ante la falta de cualidades de alguna postulante. Sus auxiliares y otras novicias se percataban de las deficiencias de alguna compañera. Ella esperaba el cambio que para Dios siempre es posible y lo confiaba a su oración y su paciencia. Nunca perdía la esperanza y en algún caso el milagro se produjo. Pero acertaba con mayor frecuencia su ayudante que buscaba sin demora otro camino a la novicia sin futuro religioso.

Como buena formadora era exigente y defendía con fuerza los ideales de la comunidad e imponía con suave rigor el silencio o el reglamento. Se le podía calificar de dulcemente fuerte en la normalidad del día a día. Le desbordaban las decisiones arriesgadas en situaciones tensas.

Este exceso de bondad y de transigencia arrancaba de sus últimos años de mandato abacial. Es verdad que la comunidad crecía en el espíritu fraterno y contemplativo con sólo fijarse en la abadesa; pero la disciplina se resentía en algunas menudencias porque cada año se le hacía más duro el ejercicio de una vigilante autoridad. Ella advirtió que su dificultad para imponerse podía dañar a la comunidad y manifestó que le había llegado el momento de cesar. La comunidad era muy numerosa y necesitaba una mano fuerte. Alguien del consejo de gobierno le pedía dureza ante algunos defectos reglamentarios. Ella suplicaba: «Que no, hija, que no, que a mí eso no me da resultado». Y acertaba. Como había callado tanto y sus métodos eran tan humildes, un día que habló claro encontró una tan inesperada reacción, que no resolvió la situación y le confirmó en la eficacia, en su caso, de la bondad y mansedumbre. «Ves hija, ves, le decía a la del consejo, nunca me salen a mí bien esas cosas».⁹

Esta trayectoria de Sor Clara procedía de su dulzura interior y de sus ocultas raíces infantiles. No lo dejó escrito, pero en sus adentros pensaría que el buen pastor de ovejas siempre va delante indicando el camino y no detrás empujando con el cayado o lanzando a los perros para que recojan en la grey a las discolas. Porque la miel atrae y la hiel repele ¿Quién sacaba a la madre maestra de estos maternales pensamientos?

5. Libretas y exámenes

Durante muchos años convirtió la minúscula mesa de su celda en inverosímil escritorio monacal. No copiaba códices miniados como en la edad media, sino familiares libretas que entregaba a cada novicia. Era su regalo más personal con sus pensamientos, sugerencias y cantares. La libreta aspiraba humildemente a ser pequeño manantial donde siempre encontrasen agua para su sed espiritual. La maestra seguiría así hablando aún en el silencio desde sus escritos como el susurro evocador de una fuente y todavía hoy sigue oyéndose la confianza sonora de tal fuente, porque todas las que compartieron su noviciado conservan la libreta como la venerada reliquia de una santa mujer.



Dos páginas de una de las libretas de Madre Clara.

Su letra era grande, clara y cuidada, como de maestra de primeros de siglo. El tamaño de la libreta era pequeño, tres coplas en cada cara con la conveniente separación, pero las páginas eran numerosas, entre ciento cincuenta y doscientas. Tenía muy presente a la persona cuando seleccionaba cantares o reflexiones en el arsenal de sus escritos. En estos cuadernillos, tesoros hoy de sus destinatarias, está encerrada toda su espiritualidad y muchas de sus orientaciones de dirección espiritual y de sus pautas para las virtudes. Y nadie olvida en el convento la eficacia contundente de las «coplas sin importancia» como ella las llamaba; la oportunidad y gracejo con que salían de su boca resolvían sin tensión algunas situaciones de quebranto del reglamento, de quejas o desaliento. No mortificaba ni se enfadaba y daba un correctivo amable cuyo tono la interesada agradecía.

Muchos de los cantares que van apareciendo para ilustrar sus pensamientos o describir sus actitudes pertenecen a estas colecciones privadas que se han agrupado en un volumen.

Otro célebre y celebrado texto que conservan sus antiguas discípulas es el que va a continuación. Les insistía hasta el agotamiento en la vida de fe, el

espíritu contemplativo y la aspiración imparable a la santidad. Un día se lanzó a describir el negro futuro de un alma consagrada que busque su acomodo en una no escandalosa medianía. Los calificativos le brotaron en cascada. Eran adjetivos populares y certeros. Le pidieron que se los diera por escrito y entregó estos treinta que presentamos en tres columnas.

«NO HAY MAS REMEDIO, O SANTA O:

mujercilla	golosa	chismosa
gruñona	egóista	moruga
murmuradora	envidiosilla	desatenta
susceptible	cascarronaza	escrupulosa
cavilosilla	testaruda	tonta
perezosilla	caprichosa	vanidosa
comodona	mimosa	celosilla
holgazana	curiosona	frívola
mandurrona	vinagres	impertinente
grosera	rara	(como broche de tizón)». ¹⁰

No le faltaban descalificaciones, no le faltaban; pero no las usaba. Ya hemos señalado que ante la insólita revelación de su lenguaje de un día, le suplicaron que constase en folios y obedeció. Habrá que aclarar que «cascarronaza» se aplica a la que habla con exceso y sin sentido, y «moruga», que es palabra también soriana, quiere decir huraña o insociable.

La formación impartida por Sor Clara era perfectamente sólida. De la abundancia de su corazón salían sus palabras y hablaban sus hechos. Enseñaba lo que vivía y marcaba caminos por ella conocidos y trillados. En sus volúmenes de «Escritos al Noviciado», «Escritos Espirituales» o «Cartas a Conchita» no queda resquicio de duda sobre las virtudes en las que centra sus preferencias y que expondremos al describir su fisonomía espiritual; fisonomía cristológica siempre y por tanto en perpetuo servicio. Y desde la humildad del que se «anonadó». El texto que cierra este capítulo es sobrecogedor para cualquier vanidoso -todos lo somos- y desvela a Sor Clara, al tiempo que revela la hondura evangélica de su magisterio espiritual. Las siguientes preguntas constituyen un análisis simple y demoledor de cualquier pujo de soberbia. Lo entregó a sus novicias como un

«EXAMEN PARTICULAR

- 1 - ¿Siento que soy virtuosa?
- 2 - ¿Me juzgo mejor que otras?
- 3 - ¿Admito sospechas de ello?

- 4 - ¿Juzgo que doy motivos para que piensen bien de mí?
- 5 - ¿Doy entrada a alabanzas imaginarias?
- 6 - ¿Deseo que se me estime?
- 7 - ¿Deseo que se me admire?
- 8 - ¿Deseo que se me busque?
- 9 - ¿Deseo que se me recuerde?
- 10- ¿Que se me atienda?
- 11- ¿Que se me prefiera?
- 12- ¿Que se me distinga?
- 13- ¿Que se me compadezca?
- 14- ¿Que se me complazca?
- 15- ¿Que se me imite?
- 16- ¿Que se me escuche?
- 17- ¿Que se me socorra?
- 18- ¿Que se me agradezca?
- 19- ¿Que se me corresponda?
- 20- ¿Me defiendo?
- 21- ¿Me recomiendo?
- 22- ¿Me alabo?
- 23- ¿Me disculpo?
- 24- ¿Me disimulo?
- 25- ¿Me engrío?».¹¹



Sor Clara con una pequeña medalla de la Virgen en sus manos.

XII

SE ACERCA EL FIN

1. Vicaria y ecónoma

En el gobierno colectivo de una comunidad monástica hay dos cargos de importancia que Sor Clara desempeñó durante muchos años. Pero absorbida por su oficio de maestra de novicias cumplió discretamente con sus otros empleos simultáneos de vicaria y ecónoma sin entregarse a estas tareas que veía bien desempeñadas por otras hermanas. Les dedicamos a estos servicios una breve sección para completar su semblanza.

El capítulo conventual del 22 de mayo de 1958 la elige con veinte votos para primera discreta. Días más tarde, el 28 de mayo, es nombrada maestra de novicias por la abadesa Sor Angela y su discretorio. La elección y el nombramiento demuestran la confianza que la comunidad y la reciente superiora depositaban en Sor Clara. Sor Angela y las hermanas, ya que no conseguían mantenerla de abadesa después de cinco trienios de mandatos acumulados, no admitían perderla como primera colaboradora de la superiora. En los siguientes capítulos de elecciones de 1961, 1964 y 1968 se repitió el mismo resultado. En las últimas votaciones en que participa, el 4 de febrero de 1971, es elegida segunda discreta, oficio en el que permanece hasta la muerte.

A la primera discreta o consejera corresponde el ser vicaria de la superiora, es decir hacer sus veces o suplirla en sus enfermedades o ausencias. Y si queda vacante el oficio abacial, lo ocupa por tres meses con el nombre de presidenta hasta las nuevas elecciones. El cargo de vicaria viene sabiamente justificado en los reglamentos, pero con gran frecuencia su utilidad se acaba en las previsiones jurídicas. En muchos monasterios y

en otras tantas vicepresidencias de grupos poco numerosos son nulas, o muy breves las ausencias del primer responsable, y el segundo es un mero reserva que no actúa.

Como todas las corporaciones de prosapia histórica, los monasterios deben guardar «un arca de tres llaves», una de las cuales corresponde a la vicaria, cuya presencia es necesaria para cualquier operación en los bienes del arca. Por lo que conocemos a Sor Clara no nos la imaginamos exigiendo, llave en mano, sus derechos de vigilancia administrativa. Desde el despojo de sus pobres valores al profesar la Primera Regla el 24 de mayo de 1953, el arca con sus llaves pasó al terreno de los recuerdos emotivos.

A la vicaria se le ordena que visite a las enfermas para darles consuelo y conocer qué necesitan. Innecesaria prescripción para Sor Clara que en sus cincuenta y dos años de clarisa entrega miles de horas a iluminar con su sonrisa las celdas de sus hermanas dolientes y a ahuyentar soledades y preocupaciones. Siempre fue sembradora de sol y de alegría y jamás se cansó de consolar a una hermana entristecida o necesitada de asistencia.

También el 28 de mayo de 1958 se le nombra ecónoma. En los trienios siguiente de 1961 y 1964 recibe la misma designación y permanece en este oficio hasta 1968. La ecónoma es la administradora de la casa, la que provee las necesidades del monasterio con el visto bueno de la abadesa, la que compra o repara y llama al albañil o paga al carpintero. Cada mes notifica al discretorio el estado de cuentas con sus facturas y compromisos y anualmente presenta este balance al obispado.

A la maestra de novicias y a la ecónoma se las nombra tras elección, que podríamos llamar de segundo grado, en la que son votantes las discretas y las abadesas entrante y saliente. La votación conserva el añejo sabor de los siglos pasados, porque Sor Clara, lo mismo que la secretaria, la enfermera, la tornera y la sacristana, son elegidas una tras otra a propuesta de la abadesa por el histórico proceso de bolas blancas y negras, según el número 242 de las Constituciones.

Ordenan estas mismas Constituciones que la maestra de novicias esté libre de cargas u oficios que puedan distraerla de la atención al noviciado. Nunca menguaron estos menesteres la entrega de Sor Clara a su primordial dedicación. Ante todo maestra y siempre maestra en los últimos quince años de su vida, tenía dos eficaces auxiliares para la administración en su decenio de ecónoma y ella era responsable de algunas decisiones y de la firma de ciertos documentos.

Con todo, siguió prodigándose en sus escritos y aún en sus visitas a algunos de los monasterios que como consejera federal atendía. «Los cinco conventos de las Cinco Llagas» como ella decía al recordar a Medinaceli, Molina de Aragón, Almazán, Sigüenza y el mismo Soria, unidos los cinco por el impulso de Sor Clara en la misma comunión de ideales.

2. Las dolencias acechan

A excepción de sus problemas de oído Sor Clara fue una roca en su salud hasta los últimos años. No la quebrantaron ni la austeridad en la comida, ni las penitencias en el jergoncillo y cruz de su lecho, ni las incontables horas robadas al sueño para orar en la noche o copiar sus libretas o redactar sus cartas. Era la santa envidia de otras monjas ejemplares que no podían concederse estos excesos de generosidad. Es verdad que el sueño le molestaba en cualquier lugar y hora, pero lo aceptaba como una mortificación más.

Pero sin excesiva edad su organismo fue entrando en una visible decadencia, que al final resultó vertiginosa. El insomnio incontrolable de sus últimos años no provenía de excesos inmediatos en sus austeridades sino de causas más involuntarias, y limitaba seriamente sus actividades de cada jornada. Más temprano era el origen de su alta tensión. Ya en junio de 1965, casi ocho años antes de su muerte, escribe a las hermanas Sor Patrocinio y Sor Sacramento, «mis Patritos» las llamaba ella familiarmente -monjas antes de Medinaceli, luego en Soria y en esa fecha en Tolosa- y les dice explicando el retraso de su carta:

«Ni piensen tampoco que estoy tan mal, tan mal. Sólo que ya saben lo que es la tensión y como este año no conseguimos ponerla en su sitio, pues alborota un poco y siempre es peligroso esto más que cualquier otra cosa».¹

Son frecuentes sus referencias a esta delicada tensión arterial entre los testigos que cuentan su vida en la causa de beatificación.

Pero su enfermedad más personal y prolongada fue la de sus oídos. La que ocupó más tiempo en sus cuidados, operación y tratamiento y la que más le preocupó a ella misma, a sus hermanas religiosas y a sus hermanos de sangre. ¿De dónde provenía esta sordera? ¿Cuál era su origen? Lo que cuentan las monjas de Soria que mejor la conocieron es tan ejemplar como irrecomendable.

Al no concederse el necesario descanso nocturno, su cuerpo maltratado le exigía el tributo del sueño. Para no dormirse en la oración se echaba agua fría en los oídos y pronto comenzó a quedarse sorda. Los santos también se exceden y cometen santas imprudencias.

El 20 de octubre de 1960 a petición del general de la Orden y de los superiores de la Federación, viaja a Villarreal de los Infantes para dejar en el convento de San Pascual Bailón a «nuestros siete pimpollos perfumando el ambiente» según cariñosa descripción de las siete clarisas sorianas que durante unos años darán calor y ayuda a la reducida comunidad del monasterio castellonense. Ella aprovechó el regreso para acercarse en Valencia a la consulta de un afamado otorrino que le habían recomendado. Tres años después comentaría a estas monjas de Villarreal su programa de convalecencia de la complicada operación.

Pasa por el quirófano en diciembre de 1963 en un centro sanitario de Madrid, la clínica del Dr. Antolín Candelas, y en Madrid permanece durante un mes al calor familiar de la casa de su hermano Emilio para recibir las primeras atenciones en el mismo centro de salud. Nunca faltó Sor Angela. La comunidad de Soria, sin abadesa y sin maestra, vivió el gozo navideño huérfana de sus dos madres que volverían para el 6 de enero. Sor Angela escribió desde Madrid: «¿qué queréis que os llevemos para Reyes?» Alguna quería un rosario, otra una medalla y hubo quien pidió «dos muñecas peponas» refiriéndose en familiar confianza a la vuelta añorada de las dos superiores a las que por su apariencia física llamaba sin empacho rechonchas.

La convalecencia fue larga y delicada. Calentaban la sala de labor a más de veinte grados. Una estufa retacada de serrín combatía el invierno de la meseta y en esta sala hacía las comidas. Recuerda Sor María Soledad que de las pequeñas extras que añadían en la cocina para su inapetencia o fortalecimiento, guardaba algún detalle para obsequio de la hermana portadora de las viandas.

El 20 de febrero de 1963 comenta a las de Villarreal:

«Bien del todo no estoy, pues ya ven mi plan de vida: levantarme tan tarde, 10 de la mañana, inyecciones un día sí y otro no hasta el 12 de marzo que consultemos de nuevo; comprimidos al desayunar muy gordos y en la comida muy colorados, como su cara si no se ha dejado robar los colores; luego junto a la estufa en la sala, comer; en el mismo sitio cenar; comulgar en la función de la tarde pero sin estar en el coro más de diez minutos; la Misa sólo las de precepto. En fin, ya ve mi curso. Lo único que, como resultado, oigo hablar bajito y me suelo

asustar de los ruidos porque aún me retumban. Cuando vengan no me van a conocer de lo abuela que me encontrarán, pero me podrán contar sus secretos hasta muy bajito: entretanto, dispuesta a servirles en cuanto esté de mi parte».²

Las del convento de San Pascual ven en la carta a la Sor Clara de siempre y no les sorprende el fuerte subrayado con el que ahora se despide y que la irá invadiendo como santa obsesión en los diez años que pasará en el mundo: «Como ya he cumplido 61 años, a darse prisa en preparar la maleta, que ya poco me queda y el tren se acerca».

Las molestias de la difícil recuperación de su oído le acercan a la cruz de Jesús. Ella lo canta con una sugestiva fuerza poética. No se considera en la enfermería ni en su celda. Ahora está en un hermoso huerto en el que ofrece la rosa de su dolor al Crucificado:

«¡En el jardín del convento
canta un rosal al Señor!
¡Jesús, déjame la espina,
toma para Ti la flor!
Y para Cielos y tierra
¡¡la fragancia de mi amor!!»³

En todos los dolores y achaques que pusieron cerco a su salud en los últimos años, la vieron con esta misma fortaleza y aceptación incondicional de la cruz. Su verso, «Jesús, déjame la espina» no era un giro poético que servía de quicio a una breve composición; era el eje de una vida de fe que ante el dolor siempre decía: «Hágase tu voluntad». Oía el bullicio de las conversaciones alegres o percibía el susurro de los comentarios coloquiales y frecuentemente no se enteraba. Pero vencía su curiosidad y no preguntaba. Si alguna hermana le comunicaba la noticia comentada agradecía la deferencia. De lo contrario ella seguía en su mundo espiritual tratando en su silencio de captar voces más altas.

Su deficiente audición ponía en marcha en otros momentos su buen humor, su caridad y su humildad. Lo vemos en la siguiente anécdota. En una de las visitas de la presidenta de la Federación al convento de Soria, las novicias la obsequiaron con una veladita. La presentadora del sainete, sin asomo de intención, anuncia el título de la obra: La comedia se llama «La Sorda». Sor Clara entra en acción sintiéndose aludida, se levanta y tras una graciosa venia a la presidencia comienza a dar vueltas por la sala haciéndose la tonta y señalando su sordera. Mientras, a la madre presidenta, admirada del ejemplo de humor y de humildad, se le oía decir en voz baja: «Es una santa, es una santa».⁴



*Madre Ángela Carro, Madre Piedad Uribe,
Presidenta de la Federación y Madre Clara.*

3. Purificación mística

El declive físico de su prematura decrepitud va acompañado por un desajuste interior principalmente psicológico, pero que ataca a su equilibrio espiritual. «No me van a conocer de lo abuela que me encontrarán», ha dicho a sus hijas en Villarreal. Ella se considera demasiado pronto anciana, con su carrera de este mundo terminada. Intenta desaparecer gradualmente y dedicarse a ultimar su viaje final. No se sabe si por humildad o por su hambre acuciante de vida interior o porque de verdad le abandonan las fuerzas, ella se siente realmente envejecida en espera del premio cercano del cielo. El habitual silencio sobre sí misma se lleva muchos secretos a la tumba.

«Mi tiempo ha pasado, decía, sólo me queda esperar la llamada». Como las vírgenes prudentes de la parábola evangélica la esperó vigilantemente. ¿Le obsesionó antes de tiempo la proximidad de esta llamada que en realidad no iba a ser inminente? Sus colaboradoras en la dirección del noviciado y otras hermanas de su entorno íntimo se asustaron del pozo profundo al que había descendido su humildad. La llamaban para ir al locutorio y respondía: «Hija, no me laves que doy asco, soy repugnante, parezco un sapo, lo estropeo todo».

Llegó a sentir una experiencia muy dura sobre sí misma. Sus ayudantes confirman que mientras decía: «yo ya soy vieja, espanto las vocaciones» sucedía todo al revés porque era ella quien las atraía con su sencillez y santidad.

Esta lucha en la dirección del noviciado fue larga y ejemplar. Sabían que Sor Clara decía «su verdad» cuando se retraía con sus protestas, «yo lo hago todo mal, mejor vosotras que sois jóvenes y estáis más instruidas», pero igualmente estaban convencidas de que las visitas a quien querían ver era a Sor Clara, porque llevaba la paz y la alegría como un reflejo del amor de Dios.

Cuenta Sor Margarita:

«Yo creo que siendo una persona inteligente y muy lista e intuitiva tenía que haber oído alabanzas acerca de ella e incluso notar que la gente la quería y que todas la teníamos como una santa, pero Dios debió cegarla en esto y parece ser que ella experimentaba lo contrario. Al final de su vida, siendo yo abadesa, me di cuenta de que pasaba una purificación muy fuerte en este sentido. Fue una purificación mística. Dios la hizo experimentar su nada y su miseria y pecado hasta extremos terribles. Se sentía un ser repugnante».⁵

A Sor Teresa María le aseguró: «Ahora a confiar en la misericordia de Dios», dándole a la frase este sentido: lo he hecho todo tan mal que ahora sólo en esa misericordia me puedo refugiar. Esta dolorosa purificación de su espíritu acreció su ansia de Dios en la mayor desnudez espiritual y aumentó su búsqueda en la oscuridad, aridez y desolación. En la sencillez de sus versos condensaba ella los matices de esta experiencia:

«Para Jesús mi mirada.
Doy la sonrisa al Amor
y quiero que le recree
mi soledad interior».⁶

Quédese para especialistas en teología mística si a esta noche oscura de su prueba y a esta experiencia de su inseguridad y de su nada cabe encuadrarlas en las descripciones de San Juan de la Cruz. Al redactar esta semblanza no lo sabemos. Pero los textos del santo carmelita son tan exquisitos que servirán de instrucción y solaz del lector e ilustrarán la situación de tinieblas de nuestra madre maestra. Dice él:

«Esta dichosa noche, aunque oscurece al espíritu, no lo hace sino por darle luz de todas las cosas; y aunque le humilla y pone miserable, no es sino para ensalzarle y levantarle; y aunque le empobrece y vacía de toda posesión y afición natural, no es sino para que divinamente

pueda extenderse a gozar y gustar de todas las cosas de arriba y de abajo» (Noche oscura II,IX,1)⁷

La luz que nacerá de esa noche es descrita por el santo con una insuperable alegoría:

«Esta luz divina» se ha en el alma como el fuego en el madero para transformarlo en sí; porque el fuego material, en aplicándose al madero, lo primero que hace es comenzar a secar echándole la humedad fuera y haciéndole llorar el agua que en sí tiene. Luego le va poniendo negro, oscuro y feo, y aún de mal olor, y yéndole secando poco a poco, le va sacando a luz y echando afuera todos los accidentes feos y oscuros, viene a transformarle en sí y ponerle tan hermoso como el mismo fuego... porque está seco y seca; está caliente y calienta; está claro y esclarece» (Noche oscura II,X,1)⁸

De lejos le venía a Sor Clara su pasión por el último lugar. En las visitas colectivas de las hermanas al locutorio, elegía un espacio escondido y no intervenía si no era aludida. Pero sus temores a «espantar vocaciones y producir rechazo» se reducen a esta temporada de su prueba.

Hubo otros tiempos de inquietud espiritual al cesar de abadesa. Piden las constituciones el voto del discretorio y después el de la comunidad para la admisión de las novicias. En algún caso olvidaron la votación del discretorio aunque nunca el de la comunidad. Daban ocasión a estos descuidos los viejísimos textos de las Constituciones que usaban antes de su publicación en 1942. Comentaron lo sucedido con otros conventos de la Federación y comprobaron que también en ellos se había omitido esa mínima norma. Pero ella no se aquietaba: «Todo lo he hecho mal en la vida», decía, y se tranquilizó cuando desde la Sagrada Congregación subsanaron el error. Otro conflicto serio fue para ella el de las 200.000 pesetas que tuvieron que sacar del banco ante las deudas y pagos urgentes, solucionado resueltamente por Sor Angela y que ya contamos en su lugar.

4. Densas tinieblas

La prueba interior que sufre Sor Clara se ceba también por este tiempo en el equilibrado optimismo evangelizador con que vivía su opción contemplativa. Se había sentido siempre alegre en su vocación de enviada a rogar por

los hombres para acercarlos al cariño de Dios. Había transmitido esta alegría en sus charlas al noviciado, en el humor de sus conversaciones en el locutorio o en el buen temple de su correspondencia. En estos años algo hay que le ensombrece y le nubla el futuro.

El 15 de agosto de 1969 escribe a una antigua novicia suya, Sor Rosa María, profesa en el convento de Medina del Campo y le comunica:

«¿Sabe lo que les he dicho a las novicias después de la novena? Es que veo tan densas en el mundo las tinieblas del pecado, que vamos a empeñarnos nosotras en conseguir con nuestra madre Santa Clara que la luz del Evangelio y el fuego eucarístico, las destierre por completo».⁹

Más definida está su preocupación por las tinieblas del mundo en esta carta navideña de 1970:

«Nos están avisando con urgencia, nos están pidiendo barbaridad de oraciones, porque, según dicen, esto va mal. Así que vamos de avanzadillas con San Miguel Arcángel, con nuestro breviario, con nuestro rosario y cantando ¿quién como Dios?».¹⁰

Medio año antes, en una carta del 20 de junio al convento de Castrojeriz (Burgos), pide oraciones «para que salvemos el mundo, que seguramente porque hablamos más que oramos hay corrientes tan impetuosamente peligrosas».

En la Navidad del año siguiente 1971 habla:

«Del mundo negro de hoy y como el mal nos viene del bajo nivel de espíritu así en nosotros como en los demás, habrá que levantar el espíritu, *porque sería está la cosa*» (El subrayado es suyo).¹¹

Es muy reveladora la frase de 1970, «según dicen, esto va mal». Según dicen. Para nadie son un secreto las tensiones del mundo cristiano, más acentuadas en España, por la aplicación de la renovación conciliar y por las nuevas respuestas eclesiales para una sociedad en vertiginoso cambio. Se recuerda asimismo la dialéctica sobre el tipo de pastoral y hasta el modelo de Iglesia, con sus aciertos y errores de entonces y que aún no se han valorado ni aclarado. Ni se olvida la sorpresa para unos y el escándalo para otros por la acelerada secularización de nuestro mundo. Se discutió en demasía, se crearon divisiones, se escribió, se comentó. ¿Se dejó influir Sor Clara por la tendencia informativa de algunos asustados ante el futuro? No lo sabemos. Ni tiene mayor significación para esta biografía, porque son escasas sus referencias

pesimistas. El mismo Pablo VI, un papa tan emprendedor como lúcido y evangélico, atravesó estos trances de pesimismo y denunciaba al final de su vida que se había pasado de la autocrítica a la destrucción y que el humo de Satanás estaba penetrando en la Iglesia.

Acaso sean de esta época oscura algunas pláticas con más reproches de los usuales en ella. Conviene recordar que entre las acepciones que el diccionario atribuye, y no sin motivo, a la palabra sermón, se encuentra la de la reprensión, amonestación o reconvención. Es cierto que este bloque de exhortaciones mantiene como otras un denso tono de elevación espiritual y de respeto a la comunidad y a cada religiosa. Pero en ellas la maestra de novicias impulsa hacia arriba partiendo del reconocimiento de unas faltas ligeras, que ella había comprobado contra la disciplina conventual. En su descargo hay que decir que estas reflexiones pertenecen al género de exámenes de conciencia y da por cometidos algunos leves abusos del reglamento que se deben corregir. Pero estas cariñosas regañinas se agrupan en una temporada que es imposible delimitar y acaso coincidan con el tiempo de la «noche» que estamos describiendo. Aunque es aventurada tal aseveración, porque Sor Clara ha escuchado muchos sermones plagados de andanadas y de reprimendas y algo del estilo se le ha contagiado. Demasiado poco, para los años en que vivió.



Pascual Sánchez García.

5. Despedidas familiares

El último quinquenio de su vida la muerte le sitiaba con su asedio de despojo, de soledad y de cielo. Las reiteradas defunciones de sus familiares conmovieron la serenidad de Sor Clara, mas deseosa de su muerte que de la de los suyos. Fue el primero su hermano Pascual. El antiguo seminarista de Tuy, estudiante más tarde en la Universidad Gregoriana de Roma, vicerrector del seminario de Tuy y beneficiado de la catedral de Lérida, había sido el ángel custodio de su madre. Participar desde el coro de Santo Domingo de la misa de Pascual y recibirlo con su madre en el locutorio era la más pura y esperada alegría que humanamente podía disfrutar.



Sor Clara besa a su madre en sus últimos días.

En Tuy era Pascual quien recibía los cuidados de Doña Agustina y en Lérida era ella la atendida por Pascual. En los últimos años Sor Clara sufre a distancia. En octubre de 1966 pide a Sor Casanova que le ayude a conseguir -ella no encuentra- una religiosa para asistir, con la conveniente retribución, a su madre que ya tiene noventa y cinco años, porque su hermano, cuidándola día y noche, se está agotando. Sus otros hermanos proponen que Sor Clara salga a encargarse de Doña Agustina. No era eso entonces normal y en todo caso había otros hijos. A Sor Clara le carcomía otra crisis de conciencia. ¿Tendría que correr a asistir a su madre? ¿Y la clausura? ¿Y el ejemplo para otras religiosas que sufrirían situaciones parecidas? «Pedid hijas, decía, que no tenga que salir del convento».¹²

Por fin murió Pascual el 19 de diciembre de 1969 tras rápida enfermedad y con sólo cincuenta y seis años. Emilio decía por teléfono a su hermana los días precedentes que Pascual mejoraba. Cuando le dio la noticia de lo inesperado, Sor Clara reaccionó con la entereza de quien tiene a *Dios sobre todo* y dijo a su hermano: «Emilio, vamos a rezar por él un padrenuestro». Desolada por el hermano que se fue y obsesionada por el futuro de la madre, demostró al exterior su entereza invencible. Durante el entierro en Rebollar, la familia Sánchez García recibió una llamada de las clarisas de Soria para que llevaran al convento a su casi centenaria madre. Con los debidos permisos ocuparía una habitación de la clausura. Fue la solución tras el violento mazazo de la muerte de Pascual.

Nunca se celebró el 14 de febrero como en 1970. Era el cumpleaños de la maestra de novicias, pero orientaron la fiesta hacia su madre. Piadosamente le habían ocultado la muerte de su hijo y no hubo veladita más cordial ni despedida más sentida que la de esta jornada. La última despedida fue a las dos semanas. Murió el 28 de febrero sin poder superar una afección de garganta y después de dos meses de disfrute del cariño de su hija. Tenía noventa y siete años.

Vivió estos meses sacudida interiormente por sentimientos contradictorios, el cariño reverdecido hacia los suyos y la tremenda angustia por su impotencia ante los sufrimientos familiares. Su corazón era una llaga viva. Cuando su hermano se agravaba en Lérida y una vez trasladado a Barcelona donde moriría, a Sor Clara la vieron en la más inquietante preocupación de su vida. Se iba al coro alto a rezar y se pasaba allí la noche en oración.

El cuidado a su madre en los dos meses que vivieron juntas le devolvió el sosiego y le hizo revivir su infancia de Rebollar, recordando a la muy mermada capacidad mental de la anciana las escenas familiares más amables o confiándole cánticos de entonces o rezando el mismo rosario que ochenta años atrás. No dejó nada que pudiera consolarla. Hasta simulaba leerle cartas de su hijo Pascual fingiendo que él las mandaba desde Roma. La presencia de su madre, demostró una vez más cuántas hermanas de verdad tenía en el convento. La comunidad se volcó y a Doña Agustina se le multiplicaron las hijas. La madre dejaba hacer y se fiaba más de otras manos que de las suyas. Le mandaban «vete, estás cansada, nos quedamos nosotras a cuidarla» y ella se iba agradecida.

Cuando murió la consolaban: «pero si la abuelita, casi ni era vivir lo que hacía». Y ella lo comprendía bien, pero lloraba y derramaba lágrimas como nunca en su vida. Aunque con su dolor de estos amargos meses a nadie molestó, ni buscó desahogos, ni se puso pesada, ni mendigó consuelos; se guardaba su pena y participaba con fortaleza en las tareas y alegrías de la comunidad.

La muerte se cebó de repente en su familia. Después de las del hermano y la madre, Sor Angela presenta esta lista abrumadora:

«Un coche arrolló a su sobrino cuando estaba próximo a casarse, majísimo, que iba a ser el apoyo de su hermana mayor. A continuación una tía carnal a quien quería mucho. También murió la esposa de su hermano el ahijado. Estaba siempre enferma sin que nadie pudiera sospechar su próximo desenlace. Ver a su Emilio viudo tan joven, qué



En el centro, la madre de Sor Clara. A su derecha, su hija Antonia y a la izquierda, Concesa.

dolor para ella. Enseguida moría el esposo de su hermana Antonia quedando esta sin hijos y tenía 80 años».¹³

Más comedida, pero más angustiada, cuenta la misma Sor Clara el 20 de junio de 1970:

«Estoy muy impresionada por la muerte de nuestro Padre Guardián que ha ocurrido esta mañana, sábado día 20. Han ido a llamarle para la Misa, y lo han encontrado muerto. Sin duda la Virgen Santísima ha venido a buscarle, y ha recibido su premio en el cielo. Dichoso él. Pero llevamos muchos golpes seguidos: en diciembre mi hermano, en febrero mi madre, en mayo mi sobrino, maestro, de 24 años atropellado en su coche cuando iba a la escuela, por otro coche loco que venía detrás, y murió en el acto. Fue terrible. Y hoy nuestro Padre Guardián».¹⁴

«La muerte me persigue» decía ella. Pero se refería a la suya, y a la suya no la temía, la esperaba. Le dolió la separación de los familiares y creció su deseo de concluir la larga demora de su encuentro definitivo con el Señor. En sus escritos se multiplican los recuerdos a esa dulce expectativa de la muerte y en fecha tan distante como el 27 de junio de 1959 escribía en prosa rítmica, que me tomo la libertad de presentar como verso:

«Sí, hermana muerte, sí, te llamo y te deseo
tanto si eres mística como si eres real.
Si eres mística da ya el golpe certero,
quiero morir a todos y a mí misma.
Dame tu golpe y que mueran en mí todos mis vicios,
que mejor que yo los conoces tú en mí:
mi propia estimación, gula, comodidades,
mis brotes de sensualidad, censuras y desprecios,
momentos de ira y en fin
mis quince vicios capitales con todo lo demás.
Quiero morir a todos y morir de veras.
Morir para siempre y todo por amor».¹⁵

Y aunque el texto transcrito habla principalmente del continuo morir espiritual, vamos a concluir con dos estrofas menores en las que se ofrece a la muerte real cuando al Señor le plazca.

«Cuando quieras, Señor, ya me puedes llevar, que mi vida es tu amor y en tu amor descansar.	Ya me puedes llevar cuando quieras, Señor, ya me puedes llevar ¡que descanso en tu amor!». ¹⁶
--	---

XIII

LA HERMANA MUERTE

1. Requiébro a la muerte

Fray Angel y fray León cantaban a Francisco con música de cítaras el Cántico al Hermano Sol. El himno que entonaban compendia la vida que se estaba apagando y que siempre fue un poema de alabanzas a Dios y su creación. A fray Angel y fray León les tomó la palabra Francisco cuando llegaban a la estrofa penúltima: «*Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana muerte*», dijo. Era el 3 de octubre de 1226 y Francisco tenía cuarenta y cinco años.

La hermana muerte era uno de los más reconfortantes pensamientos de la buena franciscana que fue Sor Clara. Un día preguntó, no se sabe si con gran sencillez o con mucha intención: «¿cuántos años tenía al morir nuestra Madre Santa Clara? Iba a cumplir sesenta», le dijeron. Y ella que entonces se acercaba a los setenta y uno, por todo comentario exclamó: «uf». El sentido era explícito para quienes la oyeron: qué hago tanto tiempo de sobra en este mundo. Dicen que era ya viejo su presentimiento de la muerte; que cuando le ofrecían un sencillo obsequio contestaba: «Para lo que voy a vivir no me hace falta nada». Si le pedían su opinión sobre algo en lo que su ponderación y experiencia servían de mucho, temían la respuesta: «yo ya he muerto y quiero obrar como los que dejaron este mundo». Comprendían que una persona tan mortificada no se desentendía por comodidad; no quería atar las manos a nadie y de verdad estaba ya viviendo en el cielo más que en este universo.

Esta constante aspiración al cielo explica en Sor Clara su amable relación con la muerte. Como en Francisco de Asís y en los demás santos. Para ellos la muerte no es una puerta que se cierra, es una puerta que se abre.

No es una vida que termina, sino una vida que comienza. La madre maestra de las clarisas se deleitaba en esperar la muerte, no le traía su recuerdo sobresaltos y miedos sino serenidad y paz. Era la puerta de la alegría.

Se impone aquí una reflexión para entender esta actitud tan en desuso hoy ante el término de esta vida, con el fin de evitar que alguien tenga a Sor Clara por una masoquista. La natural repulsa ante la muerte tiene su origen en nuestro instinto de conservación que ella amenaza y troncha, y que para un cristiano tiene el remedio en la Resurrección de Cristo y de la nuestra. En el presente mundo secularizado se pretende tapar el hecho de la muerte y se rehuye hasta su nombre. Hoy no se muere en casa y se ha perdido la experiencia de la dura y confortadora compañía a las personas queridas que dejaban a los suyos en medio del cariño familiar. Han sustituido a los familiares los profesionales de la sanidad hospitalaria, menos sensibles al fenómeno al estar protegidos por el blindaje de la costumbre. El horror a la muerte y su olvido ha calado también en los que conservan su práctica religiosa, y estos mismos, arrastrados por un ambiente adverso, están menos preparados para el hecho inevitable, al que habrá que mirar positivamente desde la fe cristiana.

Nadie extraña por tanto el cariño a la muerte de Sor Clara, lo mismo que el de otras personas santas, porque es amar el cielo. Nunca pensó, ni habló ni tuvo la famosa calavera de estampas medievales o barrocas, porque la calavera nos recuerda la pálida muerte biológica y no la esperanzada muerte bíblica del justo. Morir, para un cristiano, no es algo fatídico y temible por la angustiada espera del juicio de Dios; es aceptar la muerte como última forma de purificación, es ponerse en las buenas manos del Padre para resucitar definitivamente en Cristo. Por aquí van los santos.

He encontrado en el acervo de sus escritos una sola referencia a la muerte tremenda y terrible. Después de una plática a toda la comunidad con fuerte aliento positivo, «porque sé en quién he confiado» tiene un breve examen en apartado especial para las hermanas de velo blanco, a las que también anima a «revestirse cada día de Cristo». Entre las veinte líneas de que consta este examen hay cuatro que dicen así: «Aún resuena el eco aquel de nuestra Sor Antonia cuando moribunda exclamaba tan de corazón: que este es el momento más importante, que lo puedo perder todo en este momento. Recen por mí».¹ Y sin comentario continúa la abadesa insistiendo en la oración.

Como se ve, no es un pensamiento suyo aunque lo aproveche, quizá por la resonancia que podía tener en las oyentes su todavía vivo recuerdo.

Sor Clara anheló la muerte, la llamó, la presintió. Al final de su vida parecía obsesionada con esta espera. Mucho antes, en las libretas que regalaba a las novicias con sus versos y pensamientos en los que ella misma se describe y retrata, ya redacta oraciones a la hermana sin rostro que un día llegará: «Ven, hermana muerte, ven, te espero con ilusión». En los últimos meses se preparaba cada día. A una hermana le confesó que iba a morir pronto y al decirlo se le iluminaron los ojos. La confidente se asombró y preguntó el porqué y el cómo de su intuición. Ella disimuló y calló algo que tenía en la mente.

En su último cumpleaños escribe a las «Patritos», porque Sor Patrocinio celebra el suyo el mismo día 14 de febrero y emplea toda la felicitación en invitarle al cielo y por tanto en exhortar positivamente a la preparación para la muerte:

«Las dos tenemos que ir de la mano como cuando éramos pequeñas, con nuestro corre, corre molinillo, corre, corre, que te pilló. Se nos llega el tiempo de partir, por eso tenemos que correr como los aviones por la pista para lanzar el vuelo. La vida del hombre es hasta los setenta, dice la Biblia, los Salmos. ¿Verdad que lo ha leído muchas veces? Yo los voy a cumplir y su caridad me lleva la delantera. Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén. La creo muy preparadita como metidita en los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Yo también tengo que prepararme, así que le pido el obsequio de pedir por mí».²

En la Pascua florida tiene más motivos para desear en una nueva carta a las dos hermanas «vivir en Pascua eterna, ahora aquí, y después en el cielo» y continúa cantando la victoria en el cielo después del triunfo aquí de la paciencia. Qué insignificantes le parecen los acontecimientos de la tierra ante esta añoranza de lo eterno: «que viene el Padre General» les dice como noticia. Pero relativiza la importancia de la visita. ¡«Ni apenas lo veremos. Estará sólo dos horas!».³

Por mayo les escribe de nuevo, acaso el día de San Pascual al que cita. Y asegura que desde el día de la Ascensión pienso «que estamos en el cielo... A Sor Patrocinio y a mí nos falta poco para llegar. A Sor Sacramento un poco más, pero todas muy pronto».

Quien así ama, espera y requiebra a la muerte, no sorprende que anime, diremos que con descaro, a preparar el viaje. Escribe a una hermana de Medinaceli que pasó temporadas en el convento de Soria y, como saludo, las primeras líneas de la carta dicen:

«Con la maleta preparada ¿eh? Dichosa, su caridad, que ya tan dispuesta espera el momento de la partida. ¡Qué preparativos deben estar haciendo en el cielo para su llegada!, tan acompañada como irá de sus buenas obras, ya que casi toda su vida ha sido en la cruz, en esa cruz tan molesta de enfermedad de garganta. Pero por larga que le haya sido esta temporada de la vida, ya el arrullo de la tórtola se oye y el Esposo se prepara para salirle al encuentro con su dulce llamada: Ven esposa mía, ven del Líbano y serás coronada».⁴

Y sigue hablándole con el Cantar de los Cantares del «hacecito de mirra» que ha sido su billete para el viaje del cielo.

2. «Como se viene la muerte»

Había dicho que después de morir la colocasen en el suelo, que le gustaría no molestar a nadie en este trance y que todo ocurriera después de comulgar. Estos tres deseos se cumplieron mucho antes de lo que esperaban quienes la oyeron. Su salud era normal, con los cuidados de la hipertensión, las molestias del insomnio y de un frío irregular e intenso. Se le notaba al exterior que había perdido fuerzas o que en lenguaje popular había dado un bajón, y ella misma se llamaba viejecita. Pero no por sus años que no eran excesivos y su estado general era aceptable.

Había madrugado una vez más a ejercitar la caridad con dos hermanas que prolongaban el descanso para curar su gripe. Caminaba a oscuras; no quería molestar. Avisó a la primera para la misa conventual. Cuando se dirigía hacia la celda de la segunda, calculó mal el comienzo de la escalera y saltó de una vez un tramo de ocho peldaños hasta darse con la pared. Se levantó y sin llamar a nadie se marchó a su habitación para tomar un tónico cardíaco. Y aún dio el aviso a la segunda hermana, a la que dijo: «Ya ves, estoy aquí, podía haberme matado, pero no ha sido nada».

El aguante imperturbable de la enferma desorientó a la comunidad. No quería que llamaran al médico. Cuando al día siguiente comprobaron que la situación empeoraba, las monjas se impusieron al descubrirle el vientre cruzado de cardenales y oírle hablar de un intenso dolor en el pecho. El médico prescribió unos vendajes fuertes para sujetar las dos costillas que se había fracturado y ella se empeñó en seguir la vida comunitaria. Sólo ella supo - y se llevó el secreto- los terribles días que precedieron a su muerte. Siguió fiel a su lema: sufrir, callar, disimular dolores, no molestar a nadie. Las punzadas de

almas! Gracias mi querida Sor Dolores! Yo, me voy ayudando en los
 achaques reumáticos - El otro día me caí como abajo un tramo de
 escalera, y me di unos golpes que pudieron ser de muerte. Gracias
 a Dios, sólo se rompieron dos costillas, que ya se van arreglando, pero
 claro me aumentan los achaques, y también Dios me mandó as-
 pirinas, lo demás me ayuda a subir la tensión siempre alta en mí, y por eso me
 como muchos calmantes. Ahora, salium para dormir, pero no me mande
 que tengo un frasco, y eso será bastante - Adios preciosa, cuide de no caerse
 a través de todas, gracias de todas, especialmente de las madres, de los hijos
 con amor eterno de gratitud de un Sor Clara etc

Parte final de la última carta que escribió Sor Clara momentos antes de su muerte.

las costillas rotas no le dejaban dormir y era imposible acostarse en la cama. Nada dijo al principio; se sentaba en una silla, apoyaba el brazo en la pequeña mesa, descansaba la cabeza sobre el brazo e intentaba dormir. Le ofrecieron un sillón más cómodo y lo rehusó. Durante el día, vida casi normal.

Momentos antes de su muerte contaba ella misma su caída con toda sencillez. Es la última carta de su vida, fechada el 22 de enero de 1973. Dice a su amiga Dolores Casanova:

«El otro día me caí cara abajo un tramo de escalera y me di unos golpes que pudieron ser de muerte. Gracias a Dios sólo se rompieron dos costillas, que ya se van arreglando, pero claro, me aumentan los achaques».⁵

Este documento arroja luz sobre la ofuscación en que vivieron las superiores de la casa. Con tal naturalidad contaba sus molestias y tan sin importancia le parecían sus dolores, que ninguna adivinó que le acechaba el infarto. Achacaron a la rotura de las costillas y al vendaje la opresión que sentía en el pecho.

El sábado, 20 de enero, celebraba su santo la madre vicaria, su íntima Sor Angela. En un esfuerzo más, la enferma asistió a la veladita de Sor Angela. Al terminar le confesó su agravada fatiga, pero no transigió en que llamaran al médico. «Si se me pasa con un tónico del corazón, es que no es nada». Así pasó la noche. En su último domingo, la cara contraída y la alteración de sus andares la delataban ante la comunidad. Pero sus repetidas declaraciones de normalidad tranquilizaban a las preocupadas.

Aun tuvo buen humor para bromear al acostarse: «Estoy igual que ayer, dijo, siento la misma fatiga» y prohibió igualmente que avisaran al médico. La broma vino porque se le había perdido el gorro. Es un famoso gorro de

punto en lana azul que se había confeccionado ella misma para el frío que le atacaba agudamente al final de sus días y que acusaba la súbita decadencia de su vitalidad. El gorro es hoy una reliquia. Cerca del borde superior le había cosido una medalla con una virgencita que le vendría a dar encima de la frente. Cada día concluía la jornada con un beso a esta medalla, y a la Virgen confiaba su sueño. En su última noche no aparecía la curiosa prenda. Se empeñó en encontrarla Sor Angela y ella se reía con placidez de la tozuda terquedad de su amiga. Terminada con éxito tan obstinada búsqueda dijo Sor Clara, «ya se me ha pasado» y las tranquilizó hasta que se marcharon.

El lunes 22 participó en la Eucaristía conventual. Su intención era seguir todos los actos de la comunidad, porque después de la misa la encontraron leyendo la cartelera del rezo. Esa liturgia ya la celebraría con los santos y la comunidad sería la del cielo. Le preguntó Sor Angela: «¿qué tal te encuentras? La fatiga sigue igual, eso está igual; de los dolores he mejorado». También a la abadesa le dijo esa mañana que sentía un pequeño alivio. Poco después sería escuchado el deseo de su constante plegaria:

«Ven hermana muerte, ven,
ven a romper mi prisión
para volar con mi Amado
a la celeste mansión».⁶

3. «Tan callando»

Antes de media mañana la prisión se rompió. Había escrito una carta después de misa, se había encontrado a una hermana y le había confesado que no se sentía bien, salía de su habitación con un libro de la Virgen que le habían prestado y en el claustro alto cayó de golpe al suelo al pie de un ventanal. Desde la puerta del refectorio la vio ya caída la hermana María Rosa García, la atendió y dio el aviso. Acudieron la abadesa y vicaria y llamaron al vecino convento de franciscanos. El padre guardián, Francisco Jimeno, le dio la unción de enfermos bajo condición. Llegó el médico y comprobó su muerte. Su lado izquierdo era una extensa moradura. El certificado de defunción, extendido el mismo 22 de enero de 1973, hablaba técnicamente de infarto de miocardio-arterioesclerosis-coronaria.

La casa parecía sin aliento, como si se hubiera parado el corazón de la comunidad. Ahora caían en la cuenta de cómo la querían, de cuánto le de-



Claustro donde cayó muerta Madre Clara.

bían y de que ella era siempre el eje y norma del convento aunque tratase constantemente de ocultarse. Se aprecia la salud en su valor cuando nos abandona, la libertad cuando nos la limitan y la necesidad de una persona si nos deja. Las clarisas de Soria se sentían desamparadas de repente, desoladas y huérfanas.

En medio de esta angustia y llanto comprobaban que se habían cumplido en esta muerte las tres aspiraciones de la fallecida. No dar guerra al morir. Por suprimir molestias les evitó hasta el trabajo de ponerle mortaja; murió vestida con su hábito y siguiendo el reglamento diario hasta

el final. Su segundo deseo era que colocaran su cadáver en el suelo. Y el suelo fue su primer lecho mortuario sin esfuerzo de nadie. Más tarde y como a las otras religiosas difuntas la acomodaron en el suelo del coro bajo de la comunidad, levemente inclinada. Su tercera ilusión era morir después de comulgar. No fue inmediatamente y en la silla del coro tras la Eucaristía, como alguna vez había comentado idealizando sus sueños para ese momento, pero ocurrió a escasas horas de la comunión y seguramente sin haber concluido su acción de gracias.

Muchos testimonios sobre sus últimos días aseveran que «ella comulgaba como por viático». Algunos testigos quieren reforzar la declaración y se expresan así: «recibía la comunión como viático después de su caída». Sin restarle transcendencia a su preparación eucarística para la muerte, creemos que no se puede magnificar la información. Comulgaba, como es claro, en la misa conventual. Su intención personal era que le sirviera de alimento en el camino para el soñado encuentro con Dios. Comparando sus escritos unos con otros, parece que esta práctica podría ser para ella una costumbre, al menos ocasionalmente, para centrar su atención y devoción eucarísticas. En uno de sus pensamientos, que ella fecha más de veinte años antes, el 27 de junio de 1951, dice:

«Te he recibido como por Vático en esta comunión. No te apartes de mí y se mi Jesús, mi compañero de viaje a la eternidad. Si hoy muero, viaje rápido; si no muero aún, en mi lento viaje por el paso entre las criaturas y acontecimientos de cada día».⁷

Los tres anhelos cumplidos en su muerte no pasaban de ser un frágil consuelo para tantos abatidos por la noticia. Los franciscanos y sacerdotes de mayor relación con la casa acudieron al momento al locutorio para consolar a las monjas y nada lograron, porque les sobraba dolor y les faltaban palabras. El hecho fue divulgado por la ciudad, principalmente entre las gentes piadosas que hacían correr este significativo comentario: «Ha muerto la monja santa de Santo Domingo».

Su cara, morada en un principio tras el paro cardíaco, poco a poco fue perdiendo el color y el rigor de la muerte y por momentos adquirió la dulzura y la placidez que retratan las fotografías de la capilla ardiente. Natural como siempre, reflejaba la paz de que estaba gozando. Con piedad y aflicción trasladaron su cuerpo al coro bajo, del suelo al suelo, conforme a sus deseos; unos claveles, el crucifijo y el rosario sobre el cuerpo y unas hermanas en vela le daban compañía. Todo con sencillez. Afortunadamente las clarisas, lo mismo que todos los monjes y las monjas pregonan en la desnuda alegría de sus cementerios la intuición de un pensador amigo: que lo fúnebre es más tétrico cuanto más suntuoso.

Las buenas gentes de Soria subían la cuesta de Santo Domingo para ver a la monja difunta y encomendarse a ella y llevarse un recuerdo de la que estimaban popularmente como una elegida de Dios. Dos hermanas cumplían los encargos pasando por su cuerpo medallas, estampas o rosarios y otros objetos de devoción. La fama de santidad de fuera del convento era igualmente compartida en casa, pero aquí con todas las pruebas y con la experiencia de cada día. Fuera lo habían oído y aquí lo habían visto.

Por eso se impusieron el deber de conservarlo todo, recoger sus escritos, guardar sus libros, cuidar con mimo sus pobres objetos personales. Siempre mantuvieron el deseo y ahora se abría camino el convencimiento de que un día subiría a los altares.

El funeral fue un clamor del pueblo religioso de Soria. La presencia de fieles en naves y capillas rayó en la desmesura.

El presbiterio lo ocupaban el pleno de la comunidad de frailes franciscanos y muchos sacerdotes del clero secular. El sentimiento no era el de un



Madre María Margarita velando el cadáver.

funeral convencional. Era la conmoción ante la muerte del justo y la cercanía de Dios. Presidió la concelebración y tuvo la homilía don Carmelo Jiménez Gonzalo, que según consta en la cinta magnetofónica que se grabó en la ceremonia, entre otras cosas dijo:

«Hace ya treinta años, logró la instauración solemne de la adoración perpetua del Santísimo Sacramento en esta iglesia, en la que, desde entonces, las hijas de Santa Clara todo el día y toda la noche están postradas en vela y adoración ante Jesús Eucaristía. Y millares de hombres y mujeres de Soria, han encontrado en este templo, a las gradas de este altar, el fervor y el consuelo de su devoción eucarística, ante el Señor confidente de sus almas.

El Señor también quiso que ella fuera la promotora de una renovación espiritual intensa de la Comunidad hasta dar el paso a la profesión de la Primera Regla [...]

Y la renovación material, para que las obras de Madre Clara se vieran también sensiblemente. Aún antes de que la Santa Madre Iglesia diera un giro de ciento ochenta grados en la concepción y orientación de la vida de clausura, ya fue ella una adelantada en la organización

del trabajo manual en la vida monástica y de la promoción humana, intelectual y espiritual de las monjas.

Solamente estos tres capítulos, la renovación total del convento, el fervor eucarístico plasmado en la adoración perpetua y la profesión de la primera Regla, sirven sobradamente para dar a esta mujer el título de segunda fundadora de las Clarisas de Soria [...]

No queremos hacer al Señor el reproche de Marta en el Evangelio que acabamos de leer: Si hubieras estado aquí, nuestro hermano no hubiera muerto.

Nosotros sabemos que el Señor estaba aquí y porque estaba aquí, nuestra hermana ha muerto con El. Y porque El es la Resurrección y la Vida, aceptamos la muerte de Madre Clara, con el consuelo sobrenatural y con la fe que también Marta confesó después.

Por eso: Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal de la Madre Clara. Amén».⁸

No hubo ningún género de culto a la que había que dar tierra, pero las clarisas empezaron a considerarse depositarias de una reliquia. Y si estaban recogiendo y custodiando sus objetos y sus cartas, debían proteger con más cariño sus despojos. El entierro fue después del funeral, en la tarde del martes 23 de enero. Los preparativos del entierro y el sepelio mismo en el cementerio monacal son narrados así en 1991 por la abadesa, Madre María Margarita Jiménez, que también lo era en 1973.

«Yo sentí algo especial al enterrarla. A nosotras nos entierran sin caja, simplemente el cadáver sobre una tabla. Tuve necesidad de proteger su cadáver, como que tuve un presentimiento o un deseo, no sé, de que se conservase incorrupto.

No sabía qué hacer y mandé traer una manta de esas fuertes, antiguas, tejidas a mano, que se quedan un poco tiesas, y con ella la tapamos bien tapada, como el que protege un tesoro; como un deseo, una exigencia interior de que debía guardar y proteger aquel cuerpo; como que tenía la seguridad de que algún día la volveríamos a encontrar entera debajo de aquella manta que con tanto amor y cuidado le pusimos. Y con este convencimiento y este deseo la bajamos a la fosa de unos dos metros de profundidad. Y se volvió a echar encima toda la tierra hasta llenar aquel hueco enorme, no sé cuantas toneladas de tierra».⁹

4. Incorrupta

Acertaron en los presentimientos. Nueve años después, el 20 de abril de 1982, el nombre de Sor Clara iba de boca en boca por las calles y casas de Soria. La «monja santa» había aparecido incorrupta. Los medios de comunicación de la capital transmitieron la noticia. Los comentarios de la ciudad, además de en el hecho, se fijaban en la conjetura y el porqué. ¿Por qué la incorrupción? ¿Son causas naturales o preternaturales las que actúan?

La costumbre vaticana no cuenta y hasta ignora estos sucesos como prueba de virtud de una persona en los procesos de beatificación. Desde el lado científico los profesores del Instituto Anatómico Forense se interesaron por una disección e investigación, pero las clarisas agradecieron el ofrecimiento sin admitirlo por el deterioro que supondría para el cadáver de Sor Clara.

Con esta exhumación las monjas pretendían conservar separados e identificados los huesos de la madre como se guarda una reliquia. Temían que más tarde se confundieran con otros restos de enterramientos anteriores, que en estas sepulturas seculares aparecen mezclados. Aprovechaban también la operación para liberar un nuevo espacio del camposanto ante el reducido número de tumbas existentes, sólo diez, y el crecimiento de la comunidad. Pero al convento le iban naciendo mayores ambiciones.

Atravesaron varias fases: primero fue esta duda, cómo estarán los restos; a la duda le sucedió el deseo, que estén sus miembros incorruptos; tras el deseo vino el presentimiento, debiera ser así, ella lo merecía; y el presentimiento puso en marcha la fuerza de la acción. La comunidad estaba de acuerdo en pedir las autorizaciones necesarias. El permiso canónico y civil pasados nueve años del sepelio -la ley civil exige cinco- era un trámite fácil. En nombre de la comunidad actuaba la abadesa, cuya narración vamos a seguir en el relato emotivo y tembloroso del hallazgo soñado:

«Llamé a unos obreros para quitar la tierra, era muy laborioso cavar los dos metros de tierra que cubrieron a Madre Clara. Con el tiempo el suelo se había apretado y estaba durísimo. Al llegar a cierta profundidad mandé retirarse a los obreros y empezamos las monjas con mucho cuidado a cavar la tierra con azadillas pequeñas. Yo les decía, hacedlo con suma delicadeza. Estad atentas a ver si encontramos una manta. Les describí el color y el tejido de la manta [...]

De pronto una hermana dijo: Madre, aquí está la manta. Entonces mandé salir de la fosa a las hermanas que había y quedamos allí sólo dos; descubrimos con mucho cuidado la tierra que rodeaba la manta

y apareció un bulto muy grande cubierto por la manta que estaba en perfecto estado. Tocamos y notamos que lo que había debajo no eran huesos, estaba el cuerpo entero. Todas estábamos pasando momentos de gran emoción y expectativa [...]

Había que sacar aquel bulto al exterior, nosotras no podíamos. Llamamos a unos obreros sepultureros. Cuando vinieron ellos, con suma facilidad y rapidez empezaron su labor; pero yo sufría y temía que rompiesen algo, pues pisaron encima. Les suplicamos que fueran despacio y que trataran de encontrar la tabla en donde estaba apoyada y sujetada por unas cuerdas. Al fin encontraron las cuerdas y con gran facilidad la subieron, aunque después vi que al pisarla habían roto unos huesos de los pies.

Cuando estaba arriba vimos que era un bloque, la manta protegía totalmente el cuerpo, pero este bloque salía envuelto en cieno, la fosa estaba encharcada y se habían detenido allí las aguas. Despedía un olor tremendo a aguas sucias de verdad. Al retirar la manta y toda la humedad y suciedad que la envolvía descubrimos su cuerpo limpio, fresco como el día que la enterramos.

La cara había perdido la carne, aunque conservaba la lengua fresca y los ojos más bien hundidos, pero en el resto de la cara se había sumido la carne y quedaba la piel y el hueso. Todo lo demás del cuerpo, fresco completamente, se le veían perfectamente los cardenales de la caída que sufrió y los del infarto en el lado del corazón».¹⁰

Cuando Sor Angela, su vicaria constante y su mano derecha vio el cadáver, se conmovió al decir: «Esos cardenales los curé yo las vísperas de su muerte». Para el cieno y el charco de agua en torno al cuerpo sepultado, había causas lógicas. El cementerio del convento tiene una extensión de unos sesenta metros cuadrados y está adosado a la pared sur del templo de Santo Domingo. La tumba de Madre Clara ocupaba la fila más próxima al muro del templo, y las fuertes borrascas que azotaban de cuando en cuando esta pared hacían resbalar sus aguas a la sepultura. La tierra del camposanto, de componente arcilloso, mantiene un fuerte grado de humedad en su interior por las aguas subterráneas de diversos manantiales que se filtran en este terreno. Allí estuvo Sor Clara nueve años en este barrizal junto a su hermana el agua.

De haber adivinado esta compañía, la siempre bienhumorada abadesa y maestra se hubiera aplicado para esta situación sus elogios al agua, de aliento tan franciscano. Y sin pizca alguna de humor negro hubiera sonreído ante las futuras aficiones tan humildes del agua:

«Lado seas, mi Señor, por nuestra hermana agua,
es en verdad humilde y muy humilde el agua,
busca siempre el lugar más bajo y escondido».¹¹

El tablero de material aglomerado en que depositaron el cadáver se conservaba y se conserva íntegro, y en él se ven marcadas las señales del cuerpo que tuvo encima durante nueve años. La comunidad de clarisas ha revisado los libros y crónicas de enterramientos y ha refrescado la memoria colectiva y afirma que en los ciento treinta años que ese cementerio aloja en su descanso a las hermanas fallecidas, es la primera vez que han encontrado allí un cuerpo incorrupto. En los anteriores levantamientos sólo recogieron huesos.

El día 21 de abril, suprimida del cadáver la suciedad adherida, fue vendado piadosamente por las mismas hermanas que le habían limpiado el día anterior. Con cariño de hijas la revistieron con un hábito nuevo y la depositaron en una urna de cristal que encerraron en un arcón de madera. El lado superior del arca lleva una tapa interna de cristal y madera y otra exterior del mismo material. En la urna se guarda junto al cadáver un ejemplar del libro *Madre Clara Sánchez*, editado por las hermanas clarisas de Soria en 1976 y redactado por Sor María Teresa Navío, que no firma, y prologado por Fray Javier Garrido O.F.M. También dejaron en la urna una medalla del Papa Juan Pablo II y una colección de monedas españolas de curso legal en 1982.

El lugar elegido para la reihumación fue una capilla próxima al cementerio y que, sin ser del templo, comunica con el mismo por una ventana de rejas y cristales. En este paso entre la iglesia y el camposanto se ha podido leer durante años, muy cerca de la reja, esta inscripción grabada en un tablón de noble pino de Soria: SOR CLARA SANCHEZ. Una cruz marcada en la madera presidía la inscripción. Debajo estaba el nicho de 0,80 m. de profundidad. Las monjas siempre llamaron a esta capilla el coro bajo.

Las hermanas vigilaban en plazos prudenciales el estado del cuerpo incorrupto con no menor esmero que el demostrado en los dos enterramientos. Con el tiempo notaron el peligro de la humedad del nicho que se cebaba seriamente en el arca sepulcral. El cuerpo se conservaba en idéntico estado, pero la madera de la caja se deterioraba. El día 24 de marzo de 1985 trasladaron el arcón con el cuerpo unos metros en la misma capilla y lo elevaron a una altura un poco superior a la del pavimento, colocándolo debajo del altar de la Virgen de Fátima que preside el recinto. La tapa de madera con su

nombre se fijó ahora en el lado exterior del arcón, en el lugar que ocuparía el frontal del altar. Y no es frontal, porque las monjas escondieron la caja desde el primer momento detrás de una cortina para evitar el culto.

El día 21 de junio de 1993, en presencia del obispo diocesano Don Braulio Rodríguez Plaza, el tribunal diocesano del proceso de beatificación, asistido de expertos, reconoció el sepulcro y el cadáver incorrupto de Sor Clara.

Entre este altar y el piadoso depósito que guarda en su interior, se dan preciosas coincidencias que nadie ha pretendido. El pequeño retablo albergó a la imagen de Fátima desde la visita de esta Virgen peregrina a la ciudad de Soria y al monasterio en su recorrido por las diócesis españolas en 1947.

El fervor mariano de Sor Clara decidió perpetuar la presencia de la Virgen viajera para que la devoción popular no fuera flor de un día y poco después consiguió que un conocido bienhechor de la comunidad, Don Angel Vallejo, regalara una imagen igual que la peregrina. La abadesa del monasterio compuso unas letrillas, casi improvisadas, para cantarlas con la melodía del Ave de Fátima en los saludos de entrada y despedida a la Virgen de los pastorcillos. Las seguirá cantando hoy en el cielo y debajo del altar «se alegrarán sus huesos humillados», como dice el Salmo 50. Terminamos el capítulo con las estrofas de aquel día:

- | | |
|---|--|
| 1. «Puñísima Virgen
y Madre de Dios,
venid que el convento
suspira por Vos. | 3. Haz Tú que florezca
la comunidad,
y el mundo se impregne
de aromas de paz. |
| 2. ¡Oh Madre del Cielo,
alegre y gozosa
entras al Convento
cual blanca paloma. | 4. Extiende el reinado
de la Eucaristía,
seamos de Cristo
y tuyos, María. |
| 5. El cielo estrellado
no brilla mejor;
el sol es penumbra
de tu resplandor» ¹² | |

FISONOMIA ESPIRITUAL

XIV

SOY LA NADA

1. Anonadamiento

El repaso de los setenta y un años de su vida nos ha deleitado con las florecillas humildes de su servicio franciscano a la comunidad y nos ha permitido degustar los frutos magníficos y escondidos de su despojo, su generosidad y su humildad. Pero ¿de dónde brota su heroica virtud? ¿Cuántos pliegues de su alma ha invadido Dios? ¿De qué forma ha logrado Clara esta apropiación de Dios? O mejor y con mayor precisión teológica ¿cómo se ha apropiado Dios de ella, para en ella sentir, por ella obrar y manifestarse en su vida sencilla?

Digámoslo pronto. Hay algo que espanta, para usar el lenguaje de Santa Teresa, al acercarse a los escritos de la Sierva de Dios o a los testimonios de quienes la conocieron: su humildad, su anonadamiento, su convicción de que era la última de la casa. Les costó a las hermanas descubrir su secreto. Como ella se había prohibido severamente hablar nada de sí misma, no acertaban durante muchos años a explicarse algunos de sus comportamientos. La veían condescendiente en todo; decía siempre sí. ¿Obraba de esta forma por indecisión o por falta de criterio propio? Obedecía en las recreaciones a todas y en todo, aceptando la última propuesta en los asuntos menores que se deciden en un recreo. ¿Es que le daba todo igual? ¿O acaso era insegura?

En un convento, lo mismo que en una familia, se conocen hasta el límite todos los caracteres. Y tenían comprobado que el de Sor Clara era fuerte. ¿De dónde, pues, tanta suavidad y complacencia? Las hermanas torneras encontraron por casualidad la respuesta. En un rincón invisible de una mesa de la salita del torno había dejado Sor Clara escondido y olvidado, tan oculto que ni ella misma dio con él, un escrito que salió más tarde de su rincón. Era su voto de anonadamiento. El texto es el siguiente:

«Inmaculada Virgen María Ntra. Sra. del Rosario de Fátima:

Yo, Sor Clara de la Concepción, agradecida al favor de tu maternal misericordia de acogerme en la dulce morada de tu Puñísimo Corazón y deseando vivir en él perpetuamente: Hago voto y prometo a Dios todopoderoso, a Ti, Inmaculada Virgen de Fátima, a San Miguel Arcángel, a los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, a N.P.S. Francisco, a N.M. Sta. Clara y a todos los santos, de mi ANONADAMIENTO PROPIO PERPETUO, obligándome a él todo el tiempo de mi vida en la extensión y responsabilidad de mi director espiritual, Padre Julio Eguíluz, ministro del Alfísimo y tuyo.

Dígnate, Madre mía, bendecirme este voto y mira compasivamente mi fragilidad y miseria idame la gracia de ser fiel a él hasta el último suspiro que deseo exhalar en la dulcísima clausura de tu Inmaculado Corazón!».¹

Las que conocieron el voto descubrieron el misterio de Sor Clara. Quería anonadarse, ser la última, ocultarse, nunca juzgar a nadie, nunca quejarse. El voto de vivir su nada le llevaba a unas cumbres que no puede entender quien no se eleva a esas alturas. La abadesa vivía otra dimensión.

Sor Clara fue tornera desde el 1932 a 1941. ¿Fue en este tiempo cuando emitió su voto? Eso parece sugerir la elección de este escondite para este revelador documento. ¿Fue más tarde, por la visita de la Virgen de Fátima en la primavera de 1947, que ella recibió con tanto fervor? Podrían referirse a esta época las dos citas en el voto de la advocación mariana portuguesa, que no suelen aparecer en sus escritos fuera de estos días. A esta fecha se inclina Sor Angela Carro. Pero en 1947 era ya abadesa y no servía al torno. ¿Fue más tarde en los años cincuenta como suponen otros testigos?

Bien quisiéramos dar una respuesta exacta, porque este voto, cumplido como ella lo observó, marca una cima difícil de igualar y superar. ¿Cuántos años vivió este culmen de virtud o esa santidad? En sus «Cartas a Conchita» de los años cincuenta se detecta este voto. Hay otros escritos que lo suponen, pero su frecuente descuido en consignar la fecha anula su valor para esta precisión. Existen varios pensamientos sobre su nada de 1951, pero tampoco permiten deducir si su continua vocación anonadante se ha concretado ya en este voto o todavía va en su persecución.

Ya se sabe que anonadamiento es *tenerse en nada*. El maestro sublime de esta *nada* es San Juan de la Cruz. Nos servirá su magisterio para disipar nuestros miedos ante esta terrible mención de *la nada* y comprender que lo buscado y ansiado es hacer hueco *al TODO*. En su breve esquema espiritual, que él llama Monte Carmelo, y otros denominan Monte de la Perfección, sentencia Juan de la Cruz:

«Para venir a poseerlo todo
no quieras poseer algo en nada.
Para venir a serlo todo
no quieras ser algo en nada...
Para venir del todo al todo
has de dejarte del todo en todo
y cuando vengas del todo a tener
has de tenerlo sin nada querer».²

Por esta dialéctica de las antítesis anda también San Pablo con sus conocidas contraposiciones de muerte y vida, carne y espíritu, hombre viejo y hombre nuevo. Y por aquí camina la constante y central división evangélica entre luz y tinieblas. Podríamos multiplicar las citas sanjuanistas, pero contentémonos con dos del santo carmelita. Dice en «Llama de Amor Viva» 1,32: al alma «todas las cosas le son nada, y ella es a sus ojos nada, sólo su Dios para ella es el todo». Y esta otra que se lee en «Dichos de luz y amor», 127: «El alma que quiere que Dios se le entregue *todo*, se le ha de entregar *toda*, sin dejar *nada* para sí».

Vemos, pues, lo que Sor Clara quiere encontrar en su nada. Busca al Todo. De los escritos de la Sierva de Dios se deduce que no era una experta en el místico castellano. Se alimentó más de la espiritualidad de Asís que de la del Carmelo. Pero si no conoció a San Juan de la Cruz, sí conoció la Cruz. Se apasionó por la cruz del Señor y el anonadamiento del Salvador del que aprendió a empeñarse en el encuentro de su nada y al que suplicaba cada día:

«Dame amor a mi desprecio,
dame horror al propio honor.
Crucificame contigo
para ser tuya, amor mío,
y destrúyame tu amor».³

2. Polvillo y lodo

«Gusano miserable polvillo y lodo, indigna de tu gracia, mi Dios, mi todo. ¿Qué merezco, Dios mío, sino el desprecio? ¿sino el duro reproche aún del más necio?	Y ¿no sé agradecerte tanta ternura, puede darse en el mundo mayor locura? Vanidad y soberbia todo pecado. Mirame compasivo, Jesús amado». ⁴
--	---

Sor Clara componía sus versos para fijar y condensar en ellos sus pensamientos y para apresar estas ideas en la memoria, con la impagable ayuda del ritmo y de la rima. Después los usaba en el desarrollo de sus pláticas y los repetía incesantemente en su oración personal. Meditó mil veces ante Dios lo del «polvillo y lodo» y habló al Señor con indecible afecto como «gusano miserable». Estas ágiles seguidillas no son literatura de escritorio; revelan la opinión que tiene de sí misma, la convicción a que ha llegado después de incontables horas de contemplación de Dios y de adoración de su grandeza, abrasadora de cualquier tamaño humano. Con estos versos y otros muchos del mismo contenido se dirige al Señor como polvo, «mas polvo enamorado» que diría el poeta Francisco de Quevedo.

Bajando de la poesía a la nada lírica industria de la construcción, diríamos que el anonadamiento de Sor Clara sería la excavadora que desescombra el montón de suciedad que podría acumular su soberbia, su egoísmo o su comodidad. No se puede construir el edificio espiritual sin retirar esa basura. Tras la excavadora vendría la manguera para arrojar el polvo y dejar más limpios los cimientos. Cuando el Señor ha terminado el barrido del solar ya se puede levantar la nueva casa para su gloria.

El 8 de julio de 1956 dirige una plática a las que un mes antes habían ingresado en el noviciado y les exhorta a

«una santidad tan elevada como sencilla y alegre, cuyo edificio no se da sino después del enforjado sólido que se construye con la humildad y mansedumbre bien ejercitadas. Humildad que se deja herir y pisar sin disculparse. Mansedumbre que no se altera, como no se alteró la de Jesús en las infamias y dolores de la Cruz. ¡Sin aparatos! Sencillamente, estilo franciscano, que es desprendimiento propio, de nosotros mismos, porque somos tan grandes como el polvo. ¿Quién no se desprende de un poco de polvo para llegar a la unión con Dios amor?».⁵

El sabernos «tan grandes como el polvo» constituye «el enforjado» sólido sobre el que puede Dios construir la santidad. Este es el único camino de todos los perfectos, como los fundadores Francisco y Clara que ofrece como ejemplos en esta misma plática la abadesa de Soria, o como pocos años antes Teresa del Niño Jesús. A la Santa de Lisieux le seduce la misma comparación de Sor Clara y vuelve a ella en sus escritos con la misma insistencia de nuestra abadesa.

El día de su profesión Sor Teresa llevaba a la altura del corazón entre los pliegues de su hábito un corto y sublime escrito -hoy es una reliquia- en el que aún se percibe el sudor de sus dedos por el nerviosismo de la ceremonia. Era la ofrenda sin condiciones de sí misma al Señor; y en ella le pide «que nadie se ocupe de mí, que me vea pisada y olvidada como un granito de arena



El cadáver incorrupto de Sor Clara, depositado ante el altar de la Virgen de Fátima.

tuyo, Jesús». ⁶ Como todo el que se empeña en este valiente propósito de ser pisado y olvidado, lo consiguió. Tenía ahora dieciocho años y continuaba su «carrera de gigante». La continuaba y ascendía porque incesantemente se empeñaba en bajar. Dos años antes, con sólo dieciséis, pedía la intendencia espiritual de su hermana «para hacerse un granito de arena muy oscuro, muy escondido a todas las miradas, que sólo Jesús pueda verlo». ⁷

Sor Clara reincide cada día en idéntica negación de sí misma. En la búsqueda y vivencia de su anonadamiento son dos almas gemelas. Las dos cavan con inusual tenacidad y hondura el cimiento de su nada. Y ahí está el fundamento de su santidad. Una y otra, polvo y arena, se afirman cada día en la grandeza de Dios en horas inacabables de oración y contemplación. El diálogo con Dios caminará frecuentemente por eriales de aridez y sequedad, pero su amorosa inmensidad está siempre presente, aun en las horas de oración más aparentemente estéril. Esta infinita luz del Creador deja al desnudo nuestra insignificancia e iguala el polvo al polvo y la arena a la arena, ante la inacabable distancia del que nos crea y nos sostiene.

Desde los siete años Teresa quedó conmovida por el mar y hasta su ingreso en el Carmelo pisó las playas en varias ocasiones. Sor Clara, más de tierra adentro, conoció la modestia del polvo en los caminos castellanos. La una es grano de arena, la otra es polvo. ¿Qué es la mota de polvo desde la altura del caminante? ¿Y qué el grano de arena desde los ojos del que pasea por la playa? Estas dos buenas monjas, en su humildad, nunca comprenderán que un invisible átomo de polvo o un minúsculo grano de arena de un tamaño que dobla el diminuto polvo o grano normal, se envanezca y se llene de soberbia ante sus compañeros y levante su voz para exigir respeto, admiración y aun sumisión. Y nunca entenderían que los millones y millones de granos de arena o polvos del camino se envidiaran y se pelearan por cuál es el mayor. Imaginemos si podrían notarse esas desigualdades en la contemplación aérea de la playa o la senda y cómo se verían esas diferencias desde la luminosa lejanía del sol.

Pienso que por aquí discurrirían las reflexiones de Sor Clara sobre su oscura condición de polvo y lodo. Pero a su buen humor le debemos permitir, también ahora, una divertida ocurrencia de las suyas. Había leído que el cadáver del hombre más corpulento, convertido en polvo, se reducía al peso de unos gramos.

«Calculando los gramos que léi, tomé del cementerio un poquito de polvo en una caja pequeñita que tráia en el bolsillo para contemplarme yo misma en aquel polvo».⁸

En esta faena de anonadamiento se empeñaba ya a sus veinte años en el postulantedo al que pertenece esta anécdota. Y además de abrir la cajita para contemplarse como en su futuro espejo, seguramente la enseñaría a otras religiosas de confianza para alegrar un espacio de recreo con esta broma y enhebrar una charla espiritual en las que más tarde iba a adquirir singular maestría.

Estos son los *pensamientos* que la Sierva de Dios acogía, mimaba y fomentaba sobre su insignificancia y nulidad. Oigamos su propia voz para concluir esta sección de la búsqueda interna de su nada. Aquí están sus propósitos de unos días de retiro para vivir,

«A N O N A D A D A

o inferior a lo que existe, inferior también a la nada por el pecado.

Los Serafines cubren su rostro ante Dios. ¿Y yo? ¡cómo he de humillarme en su presencia!

Debo saber que no soy digna de la Casa en que vivo, de la Religión que profeso, del alimento que tomo, del vestido que uso, de las hermanas que tengo, del trabajo en que me empleo, de la ayuda de nadie, ni del aprecio de nadie, ni de la tierra que piso.

Si de Jesús se dijo: «Gusano soy y no hombre, el ludibrio de los hombres y el deshecho de la plebe», ¿qué debería decir yo, sentir de mí? ¿Cómo desear que se me trate? Debo despreciarme sinceramente, agradecer mucho que me desprecien, buscar con avidez el desprecio y la humillación. Y amarlos mucho como Jesús y María». ⁹

3. «Que yo mengüe y todos crezcan»

«Que yo mengüe y todos crezcan
en honor y estimación,
que yo mengüe y todos crezcan
para tu gloria y honor.
Y yo más y más me humille
para gozo de tu amor.
Y humillada y escondida
viva yo en tu corazón». ¹⁰

Si perseguía apasionadamente el anonadamiento de su mundo interior, no menos empeño tenía en la humildad de sus palabras, porque de los pensamientos debía manar la fuente limpia de un hablar modesto. La humildad en sus conversaciones contaba varios escalones de menos a más.

Comenzaba por «nunca hablar de sí misma». Ni para bien ni para mal, decía ella en sus consejos. Porque aunque confesamos un defecto, que por otra parte es suficientemente conocido, siempre terminamos encontrándole disculpas y explicaciones. Y concluimos alabándonos indirectamente. Sor Angela Carro nos informa que éste fue uno de los grandes propósitos al salir del noviciado. El Padre Francisco Leocadio, confesor de la comunidad, les había suplicado: «No hables nunca de ti misma, ni en bien ni en mal». Sor Clara lo adoptó como lema invariable de su vida. Aunque la franqueza de Sor Angela nos revela que su amiga cumplió sólo la mitad del propósito: si es verdad que nunca habló bien de sí misma, con frecuencia se las arreglaba para hablar mal humillándose y «diciendo cosas que daban risa, que era contrahecha, pequeña, abultada de cara».

El segundo grado, en el que había que ser tajante y ella siempre lo fue, se expresaba concisamente así: «Alabarse, ni en broma». Ella lo aconsejó sin cansancio y lo practicó sin interrupción. No se alabó en ninguno de sus éxitos, ni admitió el elogio justo por alguno de sus buenos resultados. En las contadas ocasiones en que se le veía molesta, era por su rechazo a cualquier aplauso, aun de los que provocaba necesariamente la cosecha de sus obras. Para esta alma habituada a la humildad y desprecio de sí misma, las alabanzas sonaban a clarines del diablo. Por esporádico y por lógico que fuera el incienso a su persona le perturbaba como una temible tentación. Se le oía repetir, «que tenía más miedo a las alabanzas que al demonio».

Un escalón más alto, o más bajo según se mire, está en la búsqueda de la humillación. No rehuir que la humillaran, es más, estar a gusto en el desprecio. Los textos de los santos dicen que a ser humilde se aprende con la humillación, como se aprende a andar andando o como alguien nadando se hace nadador. El acto lleva al hábito. Sor Clara persiguió la humillación. Se le reconocía un arte natural para decir sus culpas y para confesar cuanto a su juicio le rebajaba. Y cuentan que de joven hacía a veces mal alguna cosa intrascendente para que le riñeran, porque según estos testigos «ya había captado que la humildad es el cimiento de la vida espiritual».

Sus suaves maneras de gobierno le proporcionaban humillaciones de las que nunca se evadió. En una comunidad numerosa no es posible dar normas que complazcan a todos y algunas hermanas aprovechaban el humilde silencio de Sor Clara ante sus reproches para volver con los mismos en una próxima ocasión. No era por mala voluntad, porque querían mucho a su abadesa, pero el anhelo de humillación de la superiora facilitaba el desahogo de las circunstancialmente descontentas.

La humillación, que es la única humildad en ejercicio, venía a ser uno de los consejos constantes de su etapa de maestra de novicias. Las recién llegadas querían avanzar en su humildad y una manifestaba al grupo uno de sus defectos; una segunda novicia confesaba otra deficiencia. Y Sor Clara enseñaba: «Está bien; *pero eso, que nos lo digan*». La experiencia de la maestra quería dejar claro que es fácil acusarse en los términos y con los matices que cada uno elige para lo suyo; y que la auténtica humildad es recibirlo en la intención y en la expresión de quienes nos lo mencionan, aún cuando no quieran rebajarnos.

La primera vez que le hablaron de la vida de Santa Teresita y le dijeron que estaba encabezada por estas palabras, «Historia primaveral de una florecilla blanca escrita por ella misma», reflexionó en voz alta:

«Esas almas ¿qué suerte, verdad? Poderse llamar florecilla blanca del jardín de Jesús. Yo misma tendría que llamarme, la motita negra de su corazón».¹¹

Lo decía con santa envidia; no alcanzaba a verse como florecilla blanca cortada por Jesús.

Su humildad resplandecía, que también tiene su brillo la modestia, en las pláticas y en las reuniones que presidía. Para ella era algo natural el suplicar perdón y el acusarse antes de corregir alguna deficiencia de la comunidad. «En los capítulos que teníamos siempre pedía perdón a todas», dice una de sus colaboradoras. Un Viernes de Dolores habla a las monjas con acento franciscano de buscar la perfecta alegría en el vencimiento propio y de encontrarla con María camino del Calvario, pero un camino que tenemos aquí en nuestra vida real. Y continúa:

«y servidora se acusa y les pide perdón especialmente del mal ejemplo que les doy en las ocasiones prácticas que hemos indicado».¹²

Y así prosigue la exhortación suplicando obediencia y docilidad a la vicaria de coro y a sus advertencias: -«yo la primera cuando me corrijan»- en los oficios de la inminente Semana Santa. Aquello del «ejemplo propio por delante» es un argumento habitual de sus pláticas cuando hablaba de la necesidad de corrección. Y Don Angel Vallejo nos cuenta que después de muchos años de trato, un día en el locutorio se atrevió: «Don Angel ¿quiere que le cuente toda mi vida y todos mis pecados?» Don Angel contestó como un resorte, no, y quedó impresionado por tan espontánea y difícil humildad.¹³

Su defecto auditivo le ofreció mil ocasiones de anonadamiento. Lo aprovechaba para convertirse en nada ante un grupo de hermanas cuya conversación no alcanzaba a entender. Ella vencía su curiosidad sin interrumpir para que le informaran. Esta deficiencia acústica y su absoluta falta de exigencias provocaban el olvido involuntario de algunas compañeras que elegían como contertulias del recreo o del refectorio a otras religiosas. Ella quedaba aislada. Y nunca se molestó por la desatención y recibió con sonrisas el descuido del que las monjas se percataron con inmensa amargura tras la muerte de la Sierva de Dios. ¿Estaba mientras tanto recogida en oración? Seguramente. Y el diálogo divino era infinitamente más reconfortante que la cháchara humana. Como en el locutorio. Siempre se colocaba en algún rinconcito en las visitas de grupo. Y dejaba hablar a las demás «que son mas instruidas y yo lo hago tan mal».

4. Pastillas de «exinanivit»

El latín era por entonces muy conocido en el mundo eclesiástico. Sor Clara lo usó durante muchos años en el rezo del oficio coral y escuchó a los predicadores que lo empleaban para reforzar las citas de mayor alcance. Y sabía bien que «exinanivit» quiere decir «se anonadó». En sus simpáticos métodos docentes aconsejaba a las novicias y dirigidas, que llevasen en el bolsillo unas tabletas de «exinanivit». El fármaco tenía muchas aplicaciones, pero estaba particularmente indicado para la humildad y el sacrificio. Y a nadie sorprendería que Madre Clara tuviera sus pastillas físicas de «exinanivit», con su tamaño y peso, como aquella cajita de polvo al que se iba a reducir su cuerpo.

«Cuando se levantan quejas en tu interior, decía, te tomas una pastilla de esas y todo va como la seda».¹⁴

En este «exinanivit» de Cristo está la fuente, la explicación de su anonadamiento. «El se anonadó obedeciendo hasta la muerte y muerte en la cruz y por eso Dios lo levantó sobre todo en el cielo y en la tierra», dice San Pablo para rebajar los humos de los filipenses (Flp. 2,8-9).

El modelo de humildad de la Sierva de Dios fue constantemente el mismo: el Jesús pobre y abandonado de Belén, el Jesús escondido de la vida oculta, el Jesús calumniado y perseguido en su predicación, el Jesús afrentado de la cruz, el Señor olvidado y solo del Sagrario. La abadesa o maestra de novicias confrontaba su vida con la del que es Camino y Verdad en miles de horas de contemplación de estos misterios. Y cada día comprendía mejor el anonadamiento del Señor y la nada de Clara. Y dejaba consignadas sus experiencias en abundantes páginas. Debemos contentarnos con uno solo de estos testimonios. En estas líneas de una de sus «Cartas a Conchita» resplandecen por igual su pasión por la vida en el olvido y su desbordante devoción eucarística:

«¿Qué ves cuando miras la Sagrada Hostia? Un Dios anonadado, un Dios amor. Jesús sacramentado para hacerse hombre se anonadó. Para hacerse Hostia se anonadó hasta la partícula más pequeña y a ese extremo le lleva el amor. Y así vive con nosotros, anonadado por amor. Así se nos entrega en la Eucaristía para ofrecerse en sacrificio al Padre, para ser nuestro pan de vida, nuestra luz, nuestro guía, nuestro todo... Y Jesús Sacramentado nos habla con el elocuente silencio de las humillaciones de su vida, obediente hasta la muerte de Cruz».¹⁵

Muchas grageas de este reconfortante preparado de «exinanivit» hubo de tomar, por ejemplo, en las reparaciones materiales de la casa y en la construcción del noviciado. No estaba ahí su fuerte. Faltaban los dineros y abunda-

ban las deudas y los apuros. Ella suplicaba: «Pedid al Señor que por cada peseta me dé una humillación». Y repetía al día siguiente: «que por cada limosna me venga una humillación». Se edificaron costosamente los pabellones, pero a la vez se levantaba la casa espiritual de la comunidad, cimentada en los humildes ejemplos de la madre abadesa. Si los dineros terminaron por venir, las humillaciones comenzaron antes. Una mañana de invierno pasaba cerca de las obras y quiso dar su autorizada opinión sobre algún pormenor del futuro noviciado. El oficial primero de albañilería le dijo con buenos modos: «Mire, madre, váyase usted a la estufa y despreocúpese de todo esto». Ella inmediatamente obedeció y tuvo prisa en contar a las monjas y novicias el suceso, que para otros hubiera sido un desaire, y para ella se convertía en una parcial conquista de la verdadera alegría.

En sus escritos se pueden leer impresionantes juegos de sinónimos con los vocablos nada, anonadar, muerte, mortaja, hábito franciscano. Pero ella transcendía el artificio literario y expresaba con él una realidad sentida y experimentada todos los días, cuyo espíritu aspiraba a transmitir a las novicias o a las monjas. El mes de enero de 1958 comenta en sus «Cartas a Conchita» el significado de la túnica que impondrán a la novicia en el monasterio, con acentos de la teología bautismal de San Pablo:

«Llevarás, como yo llevo puesta, la mortaja. Por eso, muertas debemos vivir. Qué distinta debe ser la vida del sentido, la vida de una muerta amortajada. Su vida debe ser muerte; su muerte, vivir. Debemos vivir muertas al mundo y a nosotras; vivas, sólo para Dios. En una persona muerta se realiza la destrucción más completa del cuerpo en el silencio más callado y permanente. Así en nosotras; silenciosamente, ocultamente, sólo bajo la mirada de Dios, realicemos nuestra destrucción del «hombre viejo», con la cual la vida se vigoriza».¹⁶

Al mes siguiente se recrea de nuevo en la comparación del hábito y mortaja que hablan a los ojos como cualquier símbolo, pero que habrá que aceptar su enseñanza en el corazón. Y añade:

«Polvo eres, eres lodo.
Y ¿te envaneces? Locura.
¿Te regalas? Necedad.
Piensa y vive con cordura,
recréate en la humildad,
busca en el cielo tu hartura.
Todo lo de aquí es basura
mira en qué vas a parar.

Polvo eres, eres lodo.
¿A qué puedes aspirar?
Pues concluye, polvo y lodo,
y todo lo de aquí abajo
déjalo, déjalo ya».¹⁷

Recordaba ella que el hábito debía vestir el interior y la mortaja debía resplandecer paradójicamente en una explosión de vida que nacía de la muerte del propio yo. Así fue ella. Recibió siempre con paz las críticas esporádicas a sus decisiones, soportó caracteres opuestos al suyo y calló o sonrió en los momentos tensos. Se trataba de la querida humillación. La pedía cada día, la aconsejaba siempre y la recomendaba por escrito a las novicias en la libreta de sus consejos y pensamientos. La quintilla con la que terminamos fue de las más repetidas en estos cuadernillos:

«Corta, quema, pincha, arranca,
pisa, estruja, Jesús mío,
y haz lo que quieras de mí.
Tan sólo una cosa quiero,
Señor, complacerte a Ti».¹⁸

5. Maestra de humildad

Por más de tres décadas coincidieron en Sor Clara dos fuertes convicciones: que sin humildad era imposible la santidad y que ella estaba en el convento como abadesa o maestra para orientar hacia la santidad. Por tanto debía enseñar humildad. Y a este empeño se entregó con sus palabras y ejemplos. Este fue su más alto y recordado magisterio.

Era la monja menos exigente, la que aceptaba lo que le ofrecían en el comedor o en la recreación sin quejas y con gratitud, la que obedecía con amabilidad como si no tuviera propia voluntad las propuestas de quienes se la encontraban en un recreo. Compañera siempre más que superiora, subordinada más que autoridad, madre más que abadesa.

Su humildad le exigía un severo control de la murmuración. El humilde no censura ni critica porque no considera inferiores o menos dignos a los otros. Nunca le divirtieron a la Sierva de Dios las habladurías o comidillas. Ni se le oyeron ni las consintió. Su protesta por lo que oía era más o menos mansa o exigente según el calibre del comentario y según el equilibrio que

había de mantener entre la caridad con la persona ausente y la delicadeza con las reprendidas por sus críticas. Pero era sumamente enérgica si el giro de la conversación dependía principalmente de ella. Cortaba con firmeza lo mismo al grupito de un recreo que a la que en privado se permitía ante ella una manifestación ligera. Defendía a la persona acusada y se culpaba a ella misma. Hasta compuso un popular dístico que repitió mil veces:

«Santas, santas, santas son todas,
yo soy la gran pecadora».

La advertencia tenía dos destinatarios, Sor Clara y la interlocutora. Si el criticado era varón, modificaba ligeramente el pareado y lo acomodaba:

«Santos, santos, santos son todos,
yo soy el polvo y el lodo».¹⁹

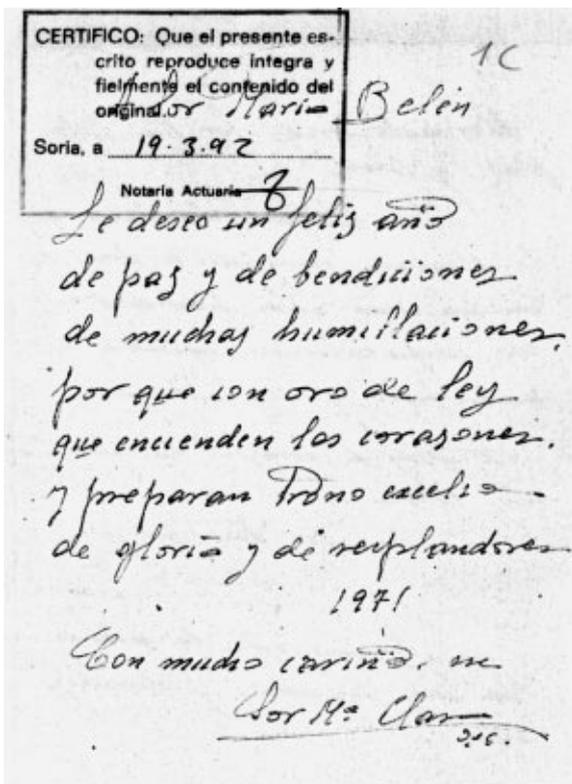
Los versos pasaron a todas la libretas que escribía para sus novicias y encontraron un lugar honroso en sus recuerdos y en su corazón y no existía nadie alrededor de la madre abadesa o maestra que no tuviera memorizadas estas humildes rimas.

Las salidas de Sor Clara junto a su constante enseñanza de la humildad producían situaciones, chocantes al menos, que para ella resultaban normales. Un día escribe al convento de Molina de Aragón y agradece a una exnovicia suya los recuerdos navideños y le felicita así:

«¿Sabe lo que les di a las novicias al comenzar el año? Una felicitación que, ¿me atrevo? ¿No pensará que la quiero mal? Allá va:

Le deseo un año nuevo
de gracias y bendiciones,
de muchas humillaciones,
porque son de oro de ley
que encienden los corazones».²⁰

El subrayado es suyo. La versificación también, pero la oculta como otras veces en un párrafo prosístico normal que no señala los versos. (¿Pretenía en estos casos versificar? Acaso su buen oído para el ritmo y su facilidad para la rima le brindaban estos resultados, no buscados adrede). La despedida epistolar no puede ser más simpática y familiar: «Adiós chatilla». Pero ¿quién se decide a felicitar el año con el brindis de muchas humillaciones? Sor Clara sí, porque las suplica para sí misma como la gracia mejor. A fuerza de pedir las y ejercitarse en ellas obtuvo el don largamente esperado y llegó a *considerarse la última*. Por eso quería tanto a todas, «que valían más y eran más virtuosas».



Felicitación, como la de la página 215 a otra monja, aquí en verso.

maestra del noviciado no se daba tregua. Con el habitual encanto de sus declaraciones de octogenaria cuenta Sor Angela, entre otros muchos, estos detalles:

«Me mandaron a mí que fuera a hablar a las novicias. Y me dijo ella: Dígales que no dejen de hacer, siquiera al día, tres actos de humildad. Y en el año 1955, el día 27 de julio, me puso en una estampa -que aún conservo- lo siguiente:

Trátate como te crees,
ansía ser despreciada;
si no te alegra el desprecio
tu humildad es muy menguada».²¹

¿Por qué no soy santa? Le preguntó un día una hermana de suma confianza. La abadesa, después de tanta contemplación del Jesús anonadado desde el pesebre hasta el sagrario, estaba segura de lo que decía y respondió contundentemente:

Era uno de esos escasos seres que han incluido de verdad en su fe cristiana y han creído y practicado a rajatabla aquello de San Pablo: «Dejaos guiar por la humildad y *considerad siempre superiores a los demás*» (Fil. 2,4.). Permítame el lector una sugerencia: Usted que está leyendo a Sor Clara y a San Pablo, haga esta experiencia: intente pensar que los demás son superiores, recordando los nombres más conocidos para compararse a la baja. Podríamos hacer balance de los resultados.

En el magisterio de la estima del otro y el menosprecio propio, esta

- «1º - Porque no me desprendo lo suficiente de mi propia estima.
- 2º - Porque no doy a cada acto el debido peso de amor.
- 3º - Porque no me humillo cuando es necesario».²²

Ella nunca desperdició ocasión de abajarse y con ello impartió sus catequisis de modestia. Se le ocurrió poner en verso su autorretrato en el que brillan la humildad sincera, la exageración de sus defectos y la inexactitud manifiesta para mayor deslucimiento propio. Así se describió:

- | | |
|---|--|
| <p>1. «Soy enana de estatura
poco cuello y poco talle:
a tosca y desgraciadilla
creo no me gana nadie.</p> | <p>3. Soy paleta y pueblerina,
vulgares son mis palabras
la voz un tanto gangosa
y modales de aldeana.</p> |
| <p>2. Es de Roma mi nariz,
frente de juego pelota,
carrillos de arroba y media,
de mi cara salen brochas.</p> | <p>4. Para tipo extravagante
no debe faltarme nada,
pero tengo algún misterio
que a Jesús mucho le agrada.</p> |
5. El misterio es mi miseria
que ha enajenado su alma,
y escogíome en su locura
para ser su esposa amada».²³

Coplas con las que el redactor de esta biografía no está de acuerdo y lo confiesa con libertad. Cuando las leí por vez primera, después de deleitarme con otros versos, romances y escritos varios, anoté al margen: «Pero, Sor Clara, ¡a dónde vamos a llegar! Cuando se trata de humillarse, olvida, hermana, su innato y cultivado buen gusto». Sobre todo lo ha perdido en las tres primeras estrofas con tal de ocupar siempre el último lugar.



XV

FUENTES DE SU NADA

1. El bienaventurado Francisco

No tengo miedo a repetir que Sor Clara, en obediencia a las inspiraciones de Dios, trabajaba su virtud en el desasimiento, la desposesión, la negación de su voluntad, el salir de sí misma. Y se puede afirmar que ella bebía su anonadamiento en estas tres fuentes: el Jesús oculto y escondido de la Eucaristía, María, la esclava del Señor y servidora de todos y el Padre Francisco y su minoridad. Está claro que cada una de estas santas realidades pueden contemplarse desde ángulos muy diversos. Pero aquí tratamos de señalar por dónde se ha dejado conducir la Sierva de Dios por el Espíritu para llegar a la perfección. Hablamos de lo que ella preferentemente buscaba, porque queremos encontrar el fondo de su espiritualidad o la síntesis de su camino teologal.

La fascinación que el Pobre de Asís produjo en los años jóvenes de Clara no se redujo a su alegría evangélica, su diáfana sencillez y el poético asombro ante el Creador. Comenzó por admirar su «minoridad»: el que Francisco y Clara elijan pertenecer a los menores o a las clases bajas, contrapuestas a las clases altas, en el Asís medieval y feudal. La minoridad franciscana es consecuencia del Evangelio: «El que quiera ser mayor entre vosotros, que sea el menor» (Mt. 20,26). Y supone la humildad, la pobreza, el espíritu de servicio y el más pequeño lugar.

«Como buena franciscana,
no tengo derecho a nada».¹

El pareado es uno de los más reproducidos por Sor Clara y manifiesta la convicción obsesiva de su puesto en la casa, en la orden y en el mundo. Esta

vivencia interna de su minoridad afloraba en los consejos de sus pláticas, en sus entrevistas con personas de la casa o de fuera y en las recomendaciones escritas de todas «sus libretas».

A veces arrancaba de más lejos y acudía a la exigencia bautismal añadiendo:

«Por cristiana,
por clarisa franciscana
no tengo derecho a nada,
a nada, a nada.
A NADA».²

De nuevo su anonadamiento bebido en la fuente de Asís y su pasión por dar preferencia a los demás, que le brotaba de la manera más natural y como si todo fuera espontáneo y sencillo y a su tiempo acaso lo fuera, porque había alcanzado esa cumbre heroica en la que lo costoso resulta tan hacedero. Había que respetar los derechos de todos, pero ella no los tenía.

«No hablemos tanto de derechos, hablemos de deberes. Nunca exigir, siempre dar. Y nosotras como Hermanas Pobres sepamos que en esto consiste la verdadera pobreza, en no tener derecho a nada».³

Nadie la vio exigir las consideraciones de abadesa para huir de los trabajos humildes; los buscaba como si fueran los más suyos. Se dejaba pisar y obedecía:

«Nunca quiera yo acoplar
a mí todos los demás,
sino acoplarme yo a todos
más y más».⁴

Con qué calor humano escribe dos años antes de su muerte a la abadesa de Medinaceli, alabando a Dios por su edad y por los recientes ejercicios espirituales:

«Bendito sea el Señor por nuestra hermana vejez. Que por ella le alabemos siglos sin fin. Amén. De los ejercicios, buenos, buenos. Yo me quedé muy consolada porque nos dijo un día que un acto de humildad valía por todo y como tengo tantos motivos para humillarme, aún me animo».⁵

El consuelo recibido por la frase subrayada fue largo y profundo. Ella reitera este contento espiritual en otros escritos, en los que expresa su pensa-

miento con mayor nitidez: un acto de humildad agrada y alaba a Dios más que todo el esfuerzo del padre de los ejercicios en darlos y en prepararse a ellos. Su tesis, por tanto, funcionaba. La humildad lo soluciona todo. Suciediera lo que sucediera, si uno se abajaba y pedía perdón no había pasado nada, todo se arreglaba. Por estos caminos andaban su anonadamiento, su pobreza espiritual y su minoridad.

2. «Dama pobreza se enjoya»

A Clara de Asís le complacía nombrarse «la pequeña planta» del padre Francisco. Clara Sánchez se hubiera muerto de vergüenza si se lo hubieran llamado. Pero ahora que nada puede sonrojarle en el cielo, con el mayor respeto a la santa fundadora y a la familia franciscana, tengamos la audacia de aplicar el elogio a la refundadora de las clarisas de Soria. Clara Sánchez, pequeña planta del bienaventurado Francisco en el siglo XX, se abatía como él, cantaba como él la creación y enloquecía ante los misterios de Navidad. Un texto más de achicamiento:

«Hazte por todos hollar, trapo de tira y afloja, con toda jovialidad ¡verás qué felicidad!	Déjate siempre pisar, siempre en silencio aguantar con amor y para amar. ¡Verás qué felicidad!». ⁶
---	--

Su admiración franciscana por el esplendor de la creación alimentaba su espíritu como la contemplación del Crucificado o la adoración del Pan consagrado:

«No hay una estrella en el cielo
en la que yo no te alabe.
Ni una arena en el desierto
ni una gota de los mares
ni una roca en las montañas
ni una yerba de los valles
ni un murmullo de arroyuelo
ni flor, ni fruto en los árboles
ni hay átomo ni microbio,
gusanillo ni elefante
ni lobo ni corderillo
en el que yo no te admire,
en el que yo no te cante». ⁷

Los versos poetizan sus vivencias y experiencias. Raras veces los compuso para estampar en un papel el fruto de su afición versificadora. Hoy son la fuente sonora que nos alumbra el agua de un inagotable manantial interior:

«Yo había estado allí, decía contando las impresiones de un viaje. Los árboles, los riachuelos y las montañas me eran muy conocidos. En cada hoja de aquellos árboles y en cada gota de aquellos ríos ya había estado yo alabando al Señor».⁸

Sor Clara aprendió bien la lección de Francisco. El orante poeta de Asís no alababa a Dios por su obra o a través de ella. Glorificaba al Señor *en* la creación o *desde* ella. Nuestra abadesa se mete también dentro de las criaturas que ensalzan a su Autor y se siente parte de la gota, la arena, la roca o la montaña para hacerles cantar con su voz el himno de alabanza, en comunión con todo lo que procede de las manos divinas. Así brota sincera y más fácil la plegaria.

Su franciscanismo se desborda cada año en Navidad. La pobreza y el encanto de Belén, la fraternidad de quien viene a hacer su tienda entre nosotros, y la alegría de recibir al Salvador le templaban la lira poética y se superaba en la creación de cantares, jotas y juegos escénicos en los que se reservaba papeles sin brillo. En otras veladas más espontáneas las hermanas rodeaban la estufa, Madre Clara cogía el gancho de atizar el fuego y en la chapa marcaba el ritmo de los cantares o romances:

«Sabrás, mi Niño Jesús,
que hoy hemos perdido el juicio
y aquí tienes a tus locas,
las hijas de tu loquillo.

¡Ay! suena zambomba mía
en las manos de esta loca
que de amor ha enloquecido,
izambomba, toca que toca!

Delante de tu pesebre
con locura he de tocar,
y he bailar noche y día
como loca de verdad.

Loquillas del Niño Rey
locas sin cura seamos,
de nuestro Padre «el loquillo»
la tal locura heredamos.

Locura de amor la tuya
tiritando en el portal,
¡ay! ¿quién no se vuelve loca
y el juicio no perderá?». ⁹

Para henchirse de este gozo navideño cada año recordaba a Francisco y cómo había ascendido a la cueva rocosa de un monte de Greccio, acompañado de sus frailes con hachas encendidas, en la noche del 24 de diciembre de 1223. El diácono Francisco cantó el Evangelio y predicó «con voz vehemente, con voz dulce, con voz sonora, destilando puras mieles acerca del nacimiento del Rey Pobre y la pequeña Belén y cuando quería nombrar a Cristo Jesús, por el excesivo amor en que ardía le llamaba Niño de Belén y pronunciaba la palabra Belén como el balido de una oveja» según cuenta el entusiasmo de su biógrafo y amigo Celano. ¹⁰

Y a los que interpretan el episodio de Greccio como una idealización de Celano y prefieren considerarlo como un acercamiento del santo de Asís a la cruz del Señor que ya veía presente en la austeridad del pesebre, les pueden contentar otros versos clarianos:

«Junto a la cuna del Niño Dama Pobreza se enoja con las más valiosas perlas que de sus ojuelos brotan.	Tú, clarisa francisana, que abrazaste la pobreza, mira a José, a María, al Niño Dios, ¡y contempla!». ¹¹
---	--

Madre Clara se ha embebido en las fuentes franciscanas de la fraternidad con todas las cosas y personas, comenzando por una comunión religiosa con la creación material: las hermanas estrellas, la hermana luna y los hermanos aire, agua, fuego y tierra, a los que bellamente canta, y por ese orden, en la prosa poética de sus últimas «Cartas a Conchita». Termina la serie con la hermana muerte. No llega Clara a la inverosímil plenitud estética y cristiana de lo pequeño y desdeñado que sentía Francisco. «A los gusanillos les tenía un amor encendido, porque había leído aquello que se dice del Salvador 'gusano soy y no hombre' (Salmo 21,7), por eso los recogía del camino y los escondía en lugar seguro para que no los pisasen los transeúntes». Lo escribe Celano. ¹²

La fraternidad con las cosas creadas palidecía ante el esplendor de su cariño a las personas próximas o lejanas. No creo necesario insistir en esta su caridad evangélica, porque está ya reseñada en las páginas anteriores y ofreceremos hermosas pruebas al describir su vida apostólica y misionera.

3. «En María cobijada»

Apenas se entrecruzan los escritos de Sor Clara o se ojean los testimonios sobre ella, se disfruta el encanto de su incesante cariño a María. La devoción a la Virgen fue constantemente un chorro de luz sobre su vida. Y la elocuencia de la humildad mariana iluminó el camino de abatimiento de la Sierva de Dios. La siguiente quintilla lleva implícita la súplica de desprendimiento de todo:

«En Cristo en la cruz clavada
en su costado escondida
y en el corazón amante
de María cobijada.
¡Lo demás es pura nada!».¹³

En su juventud había emitido el «voto de esclavitud a la Virgen» según la espiritualidad mariana, muy pujante por entonces, de San Luis María Grignon de Monfort. En su vida monacal y en época indeterminada añadió al de esclavitud el voto de clausura en el Corazón de María cuyo texto es sustancialmente éste:

«Inmaculada Virgen María, mi querida y adorada Madre. Yo Sor Clara, la más pequeña de tus hijas, anonadada ante Ti y ante la presencia real de Jesús Sacramentado, en presencia de la Santísima Trinidad y en la de todos los Ángeles y Santos, y con el permiso de mi director espiritual, agradecida al beneficio dulcísimo de haberme dado en ti acogida y morada, ***hago voto de perpetua clausura en tu purísimo corazón y de ser tu esclavita perpetua.*** Desde hoy me entrego a Ti y quedo encerrada y oculta siempre en Ti, no permitiéndome otra aspiración que la de amarte más y amar más a Jesús y la de ofrecerme en holocausto continuo y perpetuo, abrazando con amor los mayores dolores y martirios para que ambos seáis conocidos y amados por todo el mundo». ¹⁴

Comentamos tres adjetivos que hemos subrayado previamente en el texto. (Los restantes subrayados son suyos). Sor Clara se presenta *anonadada* ante su adorada Madre y ante la santa custodia, dos de las fuentes de su búsqueda de humildad. Parece que ya tiene el voto de anonadamiento o está a punto de emitirlo. Aspira a permanecer para siempre *encerrada* en María; decide poner candados a su voluntad y pierde su libertad dejándola en tan buenas manos maternas. Quiere vivir *oculta*, sin ser vista siquiera, sin brillo ni reconocimiento. Y desde su libre enclaustramiento intentará amar más y más

para que el Amor sea amado. Los testimonios de que actualiza esta voluntad menudean en sus escritos. Por citar uno: sus propósitos de la Pascua de 1955, 10 de abril de ese año, están presididos por esos ideales: «Ser Evangelio vivo, crucifijo vivo, oración viva... desde mi doble clausura». Y constantemente reactiva los sentimientos de su nada y su recurso a la Virgen de Nazaret:

«Polvo soy, polvo y basura.
Ayúdame, Virgen pura».¹⁵

Pero el polvo y la basura, tocados por Dios llegarán a ser:

«Campanita sonora que a todos diga
tu corazón, tu alma, para María».¹⁶

La devoción mariana de Sor Clara era encendida, constante, sencilla, evangélica y vibrantemente poética. Si quisiéramos reproducir todos sus versos a la Virgen duplicaríamos casi el grosor de este volumen. No se puede con todo prescindir de algunos, como el de esta oración de gran altura estética, que aprendió en su juventud y convirtió en una de sus asiduas plegarias:

«Dios te salve, María,
llena eres de gracia,
tu nombre por los ámbitos se espacia
de blanca Eucaristía.
El Señor es contigo,
tu nombre es luz
y es hostia como el trigo
que milagro sin par transfigurado
se hace carne de Dios crucificado.
Bendita tú eres
entre todas las mujeres,
tu nombre es como el agua del camino,
limpia para la sed del peregrino,
lúcida y clara como el día,
reconfortante y diáfana, María».¹⁷

En el calor reconfortante de María descansaba. A ella confiaba sus apuros como buena hija: «¿De quién aprende la hija más que de su madre?»¹⁸ repetía con fuerza y convicción a las novicias. La Madre debía gobernar la casa; ella era la Abadesa y la Pastora, y Clara sólo «la zagalilla». Y si la zagalilla espera el santo y la fiesta de su pastora, era de ver con qué ilusionada emoción preparaba la Sierva de Dios las fiestas marianas y cómo lograba contagiarla a sus monjas.



Sor Clara con la Virgen de Fátima.

Sentada en una piedra de escalera, sonriente y recogida la mirada que dirige a sus manos, es como la vemos en una de sus fotografías más difundidas en las estampas. Sor Angela nos revela «que esa inclinación creo que es porque está mirando la virgencita que llevaba siempre en la mano». Siempre en la mano la virgencita y constantemente en los labios el rosario. Apasionada del rosario comenzaba el día saludando a la Virgen con alguno de los misterios y al cambio de hora rezaba el misterio siguiente ofreciendo al Señor el trabajo que tenía entre manos y así hasta acabar los quince misterios. Otros días cambiaba la fór-

mula para completar seguida cada parte del piadoso ejercicio. Pero siempre rezó las ciento cincuenta avemarías ayudándose de esta oración para *mantenerse en la presencia advertida y consciente de Dios*.

Y subrayamos la última frase para destacar que más que ante una mujer rezadora nos encontramos ante una mujer orante, que se sirve de la oración vocal para alimentar y sostener su unión con Dios. No le importaba la cantidad de actos de devoción, sino la calidad. En los misterios que contemplaba, veía a María como modelo de su vida de fe, en la pobreza de Belén, en la entrega del Calvario y en la alegría de la Pascua. Cuántas veces sintió la compañía de la Virgen en el banquete del Cenáculo o en la oración de Getsemaní.

Las que la encontraban por los pasillos la veían risueña y recogida en oración y sentían a veces el siseo de su pronunciación que ella misma no percibía por su sordera. Saludaba cortésmente con su mirada y seguía adelan-

te con sus avemarías. Escribió mucho en prosa y en verso sobre esta devoción. Y grabó en cinta magnetofónica una introducción a los misterios y un rosario rezado para que su nonagenaria madre pudiera repetirlo ayudada por la cinta. Hoy es uno de los mejores recuerdos de la Sierva de Dios.

Su cariño al rosario como alimento de su unión con Dios le empujó a recomendarlo y propagarlo y mejorar su rezo con soportes contra la rutina. Compuso introducciones para fijar el pensamiento en cada escena contemplada. Por ejemplo:

«Hazme presente al misterio,
Madre de mi corazón.
Haz Tú que todos seamos
de cada santo misterio
y de todo el Evangelio
la más fiel reproducción».¹⁹

Insistió tenazmente en que una monja de clausura que rece con atención el rosario debe estar obsesionada por la evangelización y el abatimiento, porque el punto de apoyo para mover la tierra de la que nazca su apostolado será su nada. Un día escribe a una antigua novicia de Medina del Campo y le ofrece una copla de preparación a cada Misterio:

«Por este santo misterio, Madre del amor hermoso, que todos seamos fuego, de amor misericordioso. ¿Le gusta? claro, luego ser consecuentes y repetir en los casos la cantinela y obrar muy de corazón. Así. Como la última pajita del montón, que abajo, escondida e ignorada, arde en secreto y pone fuego a todo él. A ver, ánimo, que hace mucha falta esa pajita y Jesús la busca para poner aquel fuego en la tierra».²⁰

Su devoción mariana fue constante, apasionada, sólida y convincente. Nunca separó a la Madre del Hijo y la contempló siempre dentro del misterio de Cristo. A la Virgen suplicaba con ternura que le diera el último toque para estar preparada a la comunión del Señor o a la profesión de sus votos, o más tarde a la muerte. «Termina lo que me falta, Madre mía», suplicaba. Años antes Teresa de Lisieux vivía su caminito con idénticas costumbres y decía: «La Virgen se me acerca cariñosa en el momento de comulgar y en un instante me limpia el vestidito sucio y me arregla los cabellos desordenados de jugar, los adorna con una florecilla y puedo presentarme sin rubor a la mesa de los ángeles».²¹ Preciosa «composición de lugar» en la que abunda Sor Clara.

4. «En hostia ser transformada»

Si hubiéramos de dar la preferencia a uno de los carismas de Sor Clara no saldríamos de un laberinto. Sus virtudes eran a la vez causas y consecuencias unas de otras en un incesante círculo vital. Cuando los santos acceden a la plenitud de una perfección las restantes cualidades llegan a la misma altura. Pero cada uno comenzó su andadura por senderos distintos. ¿Cabría destacar su espíritu humilde y pobre? ¿O estaba por encima su alma eucarística? ¿O marcaría su principal perfil la piedad mariana? ¿O su oración, su caridad, su apostolado? Uno no sabe qué escoger. Pero no estaría equivocado quien priorizara como medios elegidos para su camino espiritual el fervor eucarístico o su devoción mariana, con tal de que en ellos buscara la raíz de su habitual anonadamiento.

Si hemos dibujado con tan gruesos trazos su perfil de humildad, de no menor grandeza es su devoción eucarística. El recuento de las innumerables horas de Eucaristía en la vida de la niña y adolescente Juana en Rebollar, de la joven estudiante en Soria y de la monja del convento de Santo Domingo, nos dejaría perplejos ante la suma de años empleados en esta ardiente ocupación. Tan apasionadamente vivía esta presencia personal de Jesucristo en la mesa de su Pan y en el Pan del sagrario que su fe, en fervor o en aridez, le hacía verlo. A una hermana que le pedía ayuda para su diálogo con el Señor en la contemplación eucarística le decía con fogosa convicción:

«Mira, tienes que ver a Jesús allí como me ves a mí; como me ves a mí personalmente, pues así, personalmente tienes que ver a Jesús sacramentado».²²

«Personalmente» repetía la abadesa. Porque la del Señor no era una presencia muda como si al Cristo del Sacramento se le pudiese adorar, alabar y dar gracias, pero de quien no se recibían respuestas. Para ella la Eucaristía era fuente del diálogo transformante, porque era encuentro de dos personas que se quieren y por tanto se comunican. Y por ahí andaba su comunión con Jesús que no se limitaba a alimentarse de su Cuerpo, sino a sintonizar con sus proyectos y sentimientos.

Nunca prescindió del matiz de anonadamiento que supone esta oculta presencia del Señor y en sus incontables espacios de Sagrario y de celebración del banquete pascual, reafirma su decisión de personal humillación:

«Jesús, tú que por mí te anonadaste
y así te ocultas en la Hostia Santa,
dame, Señor, que yo sepa humillarme
y por Ti vivir siempre anonadada.
Yo quiero ser molida como el trigo,
como el racimo ser pisoteada
y en hostia ser, Dios mío, transformada».²³

A la Eucaristía entregó sus iniciativas reformadoras, sus intensas contemplaciones, sus meditaciones escritas y sus más abundantes horas del día y de la noche. De la Eucaristía dedujo sus compromisos; porque a las hermanas de la casa y a cualquier persona había que tratarla con el mismo corazón que al Jesús del sagrario o la custodia. En la Eucaristía bebió alegría y poesía. Lo eucaristizaba todo líricamente dando gracias a Dios -y esto es la Eucaristía- por todas sus obras, el agua, la luz, el sonido, y proyectaba la vivencia de la celebración o la adoración al acontecer diario, a la enfermedad, a la entrega y al servicio, porque allí estaba «quien siendo rico se hizo pobre». Estos sentimientos, habituales en ella, quedaban así descritos en sus consejos:

«Viva siempre la Eucaristía:

- En sí misma, para que todo su ser sea más digno de Jesús Sacramentado, a quien recibe cada día.
- En sus hermanas, para estimarlas y venerarlas como preciosos sagrarios que son de la Hostia Santa.
- En todas las cosas: las flores, frutos, agua, luz, color, sonido, en todo cuanto del cielo y la tierra la rodee, amando y alabando en todo, con todo y por todo a Cristo, por quien todas las cosas fueron hechas.
- Viva la Eucaristía en toda circunstancia y acontecimiento[...] en las enfermedades espirituales y corporales [...]. Que ante el altar y siempre espiritualmente puedan contemplar los ángeles hostia por Hostia sobre todo en las inmolaciones».²⁴

Si de niña adivinaban dónde estaba cuando la buscaban en Rebollar, en el convento de Santo Domingo sabían que su reclamo era la Eucaristía y que allí la iban a encontrar. Era su polo de atracción, era su imán y a El se iba. Aun en la sequedad y la desolación allí estaba su descanso, su ayuda y su energía para la acción.

«No hacía nada, ni lo programaba siquiera, sin antes haber pasado largos ratos de meditación ante el sagrario. Sin exagerar podríamos

decir que el Señor sacramentado era su definitivo director espiritual y hasta material». ²⁵

Es testimonio de su colaborador de tantos años, Don Carmelo Jiménez Gonzalo. Y después del humilde servicio a la comunidad el imán le alcanzaba de nuevo con su fuerza magnética y a él se volvía una vez más seducida por su energía irresistible.

El 9 de diciembre de 1948 la Casa Generalicia de los Frailes Menores de Roma felicitaba a la comunidad de Soria por la reelección de su abadesa y por sus anhelos de «*saturación eucarística*» que van demostrando desde 1942. Quizá esté en esa expresión la mejor descripción de la vida interior de Sor Clara, que desde su niñez hasta la muerte, vivió como nadie esa *saturación eucarística*.

XVI

CON DIOS Y CON LOS HOMBRES

1. Llama de oración

Si de Clara de Asís se dice que era una «llama de oración», de su discípula Clara de Soria puede afirmarse que era una mujer hecha contemplación. ¿Cómo ascendió a esa alta montaña de la constante comunicación con Dios? Su hermano Emilio que convivió con Juana adolescente, la visitó en el monasterio, la acompañó en algunos viajes y la acogió reiteradamente en su casa de Madrid, se maravillaba de su espíritu de oración en las horas normales y de su búsqueda de espacios exclusivos de oración en casa, cuando vivía unos días fuera del convento. Su ejemplo más sobresaliente y envidiable para muchas compañeras de vida contemplativa, era su actitud de oración y su constante unión con Dios en todos los momentos y en todos los actos de su vida.

Para aportar alguna luz al lector menos avezado, distingamos entre actos de oración, costumbre adquirida de orar y espíritu de oración. Una oración mental o contemplación que se ejercite como hábito o costumbre debe llevar, si está bien hecha, al espíritu de oración, que consiste en mantener viva la presencia de Dios. Presencia que invade, o al menos no abandona, al orante en medio de sus tareas manuales rutinarias o se ejercita y actualiza a intervalos en las ocupaciones mentales. Este espíritu de oración o unión con Dios aviva en la persona la conciencia de que Dios está con ella, y ella hace lo posible para estar con Dios con la voluntad, el entendimiento y el sentimiento.

Pues esta era Sor Clara, mujer orante y contemplativa, en presencia continuada del Señor. Toda su presencia de Dios, o unión con Dios, descansaba en las intensas horas de contemplación privada, en el rezo comunitario del oficio y en la adoración eucarística. Esas *casi ocho horas* diarias de oración de la casa *son nuestra profesión*, decía ella a la comunidad. Como el labrador se entrega al campo, el maestro a la enseñanza y el artesano a su oficio, en las



*Imagen de Santa Clara
en este monasterio.*

monjas de Sor Clara su profesión y su horario de trabajo se dedica a la oración. Así santificaba ella el recreo y el trabajo, convencida de que sin Dios, el descanso es ocio inútil y la ocupación, embrollo.

Si Teresa de Avila proponía como ideal a las monjas de sus fundaciones *«darnos todas al Todo sin hacernos partes»* (Camino de perfección 8,1), Sor Clara tuvo para sí y para sus religiosas la misma aspiración. La veían en oración por los pasillos o el jardín, endiosada pero natural y accesible, conectando al instante con lo humano que la necesitase. Endiosamiento -palabra muy de sus preferencias- que atraía la admiración de las novicias cuando se acercaba a la conferencia en la que a continuación se mostraba sencilla, convencida, ocurrente y divertida si era preciso. Toda para el Todo. No abandonaba el Todo ni se hacía partes cuando en sus viajes, siempre obligatorios, veía a Dios en los campos, en las mieses, en los ganados y principalmente en las gentes. *«Qué lástima que no piensen más en Dios y en lo mucho que les quiere»*, se iba diciendo en las ciudades por las aceras repletas de viandantes. Y adoraba al Señor por ellos y en ellos.

Algunos de sus métodos para alcanzar el trato familiar con Dios llevaban el original sello de Sor Clara. Estaban limpiando la iglesia y su fervorosa erudición escriturística le traía a la mente una escena o una frase bíblicas. Enseguida *«le sacaba un cantar, dice Sor Angela, y me lo comunicaba para que yo también y por mi mente orase sobre él»*. Pero a la media hora le iba con otro y después con otro hasta que la hermana se quejaba de la abundancia, porque ya tenía bastante con el primero. Pero escuchaba amablemente: *«Mujer, sí, pero hay que cambiar»*. Y esta otra perla de la misma Sor Angela:

«Estábamos blanqueando la sacristía y había tormenta, ella se asomó a la ventana y empezaba a glorificar a Dios por semejantes relámpagos».¹

A Sor Teresa María Vallejo, cuatro decenios más joven que su maestra de novicias, las hermanas mayores le sugerían esta pedagógica indagación: «Anda, pregúntale a Sor Clara dónde está». Y ella respondía con sencillez: «Pues estoy unida a la tercera jerarquía de los ángeles alabando a Dios». Y otros días contestaba: «Estoy en la multiplicación de los panes». Y así daba alimento a su unión divina en la oración más variada y entretenida. Su esforzada e ingeniosa entrega a la contemplación esmaltó su vida de franciscanas florecillas de oración. Con el encanto de los compañeros del pobre de Asís, nos habla Sor Felisa García Lasheras de Sor Clara, que con dos años más que ella «era su madre y hermana mayor». Y su maestra en el arte de orar. Mientras hacían juntas la matanza le daba puntos de meditación:

«Fijate. Hoy pensaremos en la resurrección de la hija de Jairo. Antes de este milagro tuvo que mandar Jesús que salieran las plañideras y todos los alborotadores. Nosotras también tendremos que hacer silencio en nuestra vida para escuchar la voz de Jesús, al que no podemos oír con tanto ruido dentro».²

Pero la oración más ocurrente de estas dos almas seráficas era la que robaban al sueño. Sor Clara se veía con salud y suprimía horas de descanso para ampliar en la celda su contemplación. En la celda de al lado le imitaba con frecuencia Sor Felisa. Y cuando necesitaban arrancar del Señor gracias más singulares, la vela nocturna era total mediante esta peregrina estratagema. De ventana a ventana pasaban una cuerda que ataba cada una a su muñeca. Sor Clara vigilaba y oraba una hora. Daba un tironcito a la cuerda para despertar a Sor Felisa que tomaba el relevo los siguientes sesenta minutos. Entonces era Sor Felisa la que llamaba para que al lado se continuara el turno, y así hasta que se reunían en la madrugada con la comunidad. Pero nunca aconsejaron esta oración de la noche a otras hermanas y Madre Clara la prohibió a algunas de salud más frágil que se la pedían.

Mil veces ilustró la oración con los textos del catecismo de Astete, al que veneraba. A las cuatro condiciones de atención, humildad, confianza y perseverancia que exigía para la plegaria el viejo compendio, Sor Clara añadía una más: «*La oración barata no es eficaz*».³

Y lo volvía a recalcar en las pláticas, meditaciones y consejos. No es eficaz si es barata, si nada cuesta, si no demostramos con lo que pueden nuestras manos que ansiamos recibir lo que ellas no alcanzan. No es eficaz si no va unguida de sacrificio y mortificación que convenza de que queremos lo que pedimos. Se atenía al pensamiento de San Vicente de Paúl: cual es la oración, tal es el hombre; cual es la mortificación, tal es la oración. Les decía este santo a las Hijas de la Caridad en su Conferencia del 31 de mayo de 1648:

«Otro medio, hijas mías, que os servirá mucho para la oración, es la mortificación. Son como dos hermanas tan estrechamente unidas que nunca van separadas. La mortificación va primero y la oración la sigue; de forma, mis queridas hijas, que si queréis ser mujeres de oración, como necesitáis, tenéis que aprender a mortificaros, a mortificar los sentidos exteriores, las pasiones, el juicio, la propia voluntad, y no dudéis de que en poco tiempo, si marcháis por este camino, haréis grandes progresos en la oración. Dios se fijará en vosotras; considerará la humildad de sus servidoras, porque la mortificación viene de la humildad; y así os comunicará esos secretos que ha prometido descubrir a los humildes y a los pequeños».⁴

Es eficaz la oración y lo puede todo en personas de fe como Sor Clara. «Conseguía lo que pedía», atestiguan; casi han visto milagros, aseguran muchas monjas; es decir, han visto resueltas situaciones sin salida, como el pan y alimentos en los años del hambre, o las postulantes que llegaron y llegan en esta sequía vocacional. Porque aquí también hubo oraciones nocturnas con métodos clarianos. «Hoy pedimos vocaciones», les decía a las novicias en el coro de la noche. Y lo encomendaban en alta voz. «Más alto», insistía la madre maestra, «con todo el corazón». Habían pasado unos años desde las alforjillas y el pan, las novicias eran otras, pero la fe y los procedimientos de Sor Clara continuaban. También y hasta hoy se palpan los resultados.

No nos sorprende que muchas compañeras de clausura hablen de su endiosamiento, por aquello de dime con quien andas... Y ella andaba con Dios y lo trataba con enorme cariño y a la vez con respetuoso recogimiento. Decía:

«Si rezo, debo pensar en lo que hago y con quien hablo. Si habláramos con las personas como con Dios, cuántas veces seríamos tratados como locos o sin educación. En vano ora la lengua, si la mente no trabaja».⁵

Parece que su oración intensa, constante y fervorosa ni se adentró en las veredas de la mística propiamente tal, ni penetró en la espesura de la contemplación infusa, ni subió las místicas escalas, que no son necesarias para la santidad. Sus escritos y los testigos de su vida guardan silencio sobre fenómenos especiales de su oración. Más bien se asegura que su trato con Dios era como ella, sencillo y normal, decidido y constante, al que cabría aplicar lo de Santa Teresa de «una muy grande y muy determinada voluntad de no parar hasta llegar a la oración» (Camino de Perfección 21,2).

Con todo su relación con el Señor tuvo sus altibajos y no siempre le ofrecía los mismos atractivos. Pasó épocas de sequedad, aridez y desolación.

No hay muchos testimonios de ella ni de sus conocidas sobre estas temporadas desoladas. Se percibe un santo pudor en revelar los cambios o alternancias de su trato con el Señor. Como le cuesta a una esposa airear la intimidad o secretos del esposo. Sufrió arideces continuadas en todo el juniorado y grandes pruebas al final de su vida. Dios la hizo experimentar su nada y su miseria y con ello culminó su purificación. Día a día fue bebiendo ahora el voto de anonadamiento que pronunció años atrás. Pero en sus recurrentes noches ascéticas se decía con sencillez:

«Confío, confío y confío,
confío y confiaré,
confío y sé en quien confío
y aunque muera triunfaré»⁶

2. «Con Cristo en la cruz clavada»

Hay que hablar de su cruz, de sus vencimientos y abnegación, «pues creer que admite Dios a su amistad a gente regalada y sin trabajos es un disparate», medita con Teresa de Avila en su Camino (18,1). Ella pedía estar «con Cristo crucificada» y lo estaba. Decía que:

«Tenemos que vivir en la oración como el pez en el agua, que si lo sacas del agua se muere y así se muere nuestra vida interior si la sacamos de su trato amistoso con Dios».⁷

Y para estar con Dios y servir con alegría a los hombres se sacrificaba y mortificaba.

Primero habrá que contar cómo venció el sueño. Una fecunda mortificación que le rentaba largas horas de contemplación y de servicio epistolar a tantas hermanas. Pero la naturaleza le cobraba sus derechos y Sor Clara se dormía en el oficio por el sueño acumulado. Hay coincidencia en todos los testigos en cuanto a sus prolongadas velas nocturnas y sus ocasionales cabeceos corales. Ya dijimos que para no dormir en el coro buscó todos los remedios, hasta el de echarse agua en los oídos, con lo que le sobrevino la sordera. También Santa Teresita se lamenta habitualmente de sus persistentes sueñecillos en la oración. Tampoco dormía de noche por su enfermedad.

Sor Clara, que disfrutó de envidiable salud hasta sus últimos años, trató a su cuerpo con gran dureza. Sus maestros lo pedían y era fiel. «En tanto aprovecharás en cuanto te hicieres a ti mismo violencia» y «la vida entera de

Cristo fue cruz y martirio» le decía el Kempis (1,I,XXV y 1,II,XII). Fue austerísima en la comida, no elegía lo que más le complacía y dicen que de cuando en cuando derramaba en sus platos con discreción algo desagradable para mortificar su gusto, si bien en otros momentos disfrutaba con gozo algún alimento dando gracias a Dios con seráfica sencillez. De ordinario nunca tomó nada fuera de las horas, pero con libertad se concedía una excepción por caridad o educación ante alguien que le insistía. Y guardó con ejemplar rigidez su régimen alimenticio contra la hipertensión.

Las penitencias de cilicios y disciplinas fueron abundantes, además de las señaladas por la Regla monástica. Se conserva hoy como recuerdo y reliquia uno de los látigos que empleó para sus disciplinas; es de alambre con pinchos y hiere mucho. Añádase la mortificación del frío, que lo sufrió constante y duramente en los inviernos sorianos dentro de un gran caserón de hace décadas. Declaran sus hermanas que le atacaba intensamente y que desde que en 1942 reconquistaron la descalcez, sus pies sólo tenían el abrigo de las sandalias. «Fue excesiva en la penitencia corporal» dice una cualificada testigo. Una vez más los santos cometen santas imprudencias o exageraciones.

Como este otro exceso de virtud: se queja Sor Angela de que hasta que Sor Clara fue elegida superiora «durante más de catorce años, sólo estuvimos juntas en el recreo unas tres veces. Iba con las demás»⁸. Y es que entonces no se veía bien que las más conocidas se juntasen demasiado en perjuicio de su relación con las restantes. Pero tampoco se mandaba que las amigas se olvidasen. Es un ejemplo más entre otros miles del vencimiento de Sor Clara.

De unos propósitos suyos, de nuevo sin fecha, podemos espigar estas «reacciones» como ella las llama, en las que se exige:

- «Si hablo contra la caridad, pedir de rodillas perdón a la hermana con quien hablé».
- En una omisión de mis deberes de cartas, escribir una de rodillas.
- Por una impaciencia, rezar un padrenuestro y una avemaría con la frente en el suelo.
- De una disculpa o de una justificación, sincerarme o acusarme.
- De la pereza al levantarme, rezar despacio con golpes de disciplina el padrenuestro y avemaría».⁹

Su atención a las ausentes a través de la correspondencia, y su disponibilidad para escuchar a *cualquier hora* y dejándolo todo a quien se lo pidiera le suponían mucho esfuerzo y constante vencimiento. Y el dominio de todas sus reacciones instintivas revelaba que había domado su carácter con gran mortificación. Lo manifiesta este ejemplo:

«Un día bajó al recreo y al llegar donde estaban las monjas dijo: Ave María Puísima. Una le contestó: Hola, fray Elías. Hay que decir que fray Elías era un fraile muy soberbio. Pero ella no dijo nada absolutamente; cogió unas violetas que había en el paseo y se las dio a la monja y todo el tiempo del recreo estuvo sin separarse nada de ella y hablándole con cariño».¹⁰

Hermosa anécdota para Sor Clara y menos para fray Elías de Cortona, compañero de San Francisco y General de la Orden después del fundador, cuya figura fue secularmente criticada y hoy valoran más positivamente no pocos historiadores.

En los apuros serios redoblaba su oración y para que no quedara en «oración barata» multiplicaba sus penitencias. Las más cercanas se percataban de que la madre pasaba dificultades, a pesar de su aparente serenidad, porque la veían ampliar sus horas de adoración o adivinaban el aumento de sus mortificaciones. Hubo sucesos aislados que sugirieron a la abadesa que, junto a las suyas, pidiera penitencias de toda la comunidad. Ya conocemos su ardor vocacional y sus ansias de renovación del monasterio. Todas las monjas eran necesarias para mejorar el trabajo, el culto litúrgico y la fraternidad conventual. Y todas podrían santificarse allí. Por eso cuando a una le vino la idea de cambiar de convento y de orden se flageló con dureza. La comunidad siguió su ejemplo y por tres o cuatro noches las monjas tomaron disciplinas en sus celdas. «A ver si Dios la sujeta» decía la madre en el oratorio, según frase textual de una de las disciplinantes.

Con esta mortificación externa ella buscaba siempre conseguir el vencimiento interior, para sujetar la imaginación y el entendimiento, vencer la curiosidad y someter la voluntad. Se da por supuesto el dominio sobre su imaginación en una persona tan entregada a la contemplación. Nadie la recuerda con preguntas curiosas en sus continuas charlas confidenciales. Le disgustaba tanto meterse en otras vidas, que uno de los adjetivos más duros en sus pláticas lo usa al hablar un día a las monjas de la «imbécil curiosidad». De cómo y con qué esfuerzos tuvo a raya su voluntad y su temperamento hablaremos en la siguiente sección.

No podían faltar sus coplas para este compromiso de abnegación:

«Sé que el Reino de los cielos
se consigue a viva fuerza.
Feliz el que por lograrlo
siempre y en todo se venza».¹¹

3. Venció su carácter

De la crucifixión de su voluntad se palpaban visiblemente pruebas edificantes como ésta que conmovió a sus dirigidas en los años de madre maestra. Las novicias se acercaban entonces a la comunión con el rostro cubierto por el velo blanco que casi les tapaba la boca. Los tiempos cambiaban, las novicias se quejaban y le expusieron a la Sierva de Dios que comulgarían con más devoción sin la antigualla del velo por la cara. Les dijo que sí. Al día siguiente había capítulo de faltas para las novicias, y la abadesa Sor Angela les leyó la cartilla. Sor Clara sacó su rosario para irse, defendió a las novicias y se inculpó ella misma, mientras dejaba a la abadesa poniendo firmemente en pie la norma quebrantada.

Su carácter es descrito como de «una mujer comprensiva de talante abierto [...] pacífica y pacificadora, risueña por encima de todo, para quien no había nunca ningún problema porque todo estaba resuelto». Así la retrata su colaborador musical Don Adalberto Martínez Solaesa, que confiesa haberla tratado a un nivel espontáneo. Y la recordaba, «sentada a la izquierda, en primera fila, cantando la tercera voz; no faltaba nunca a un ensayo y cuando algo no salía, se equivocaba o había alguna dificultad, se reía. Tenía esa forma de procurar la cordialidad entre todos».¹²

Emilio, que la conoce más de cerca, asegura que su hermana «era de carácter fuerte, temperamento activo y aunque parecía muy serenita, era de temperamento fuerte».¹³

En el convento hubo monjas que no percibieron más que su serenidad, su amabilidad, su excelente humor, su sonrisa y su paz. Pero un buen grupo de colaboradoras más próximas o de religiosas más cercanas por la edad atestiguan con la misma convicción estas dos realidades: que tenía un carácter impositivo y exigente y que su virtud lo domó y dominó siempre. Nadie la vio excitada ni descontrolada, ni siquiera ligeramente agresiva o a la defensiva. Nunca derrotada por su poderoso carácter. Pasara lo que pasara: malas noticias que se acumulan, trabajos que se amontonan, reacciones inesperadas y desagradables de alguna religiosa o cualquier otra contrariedad no lograron sacarle a flote desahogos temperamentales.

Hasta ahí llega la unanimidad de los testigos. ¿Cómo lo conseguía? ¿Qué medios usaba? Ahora comienzan las divergencias. Pongo a continuación unos testimonios de monjas de la casa:

- Dice una: «La he visto alguna vez, que debía pasarle algo gordo, andar en un sitio retirado, pisando fuerte un rato como para descargar algo, pero en silencio, sin decir nada de lo que le ocurría. Por no

faltar no hablaba; de esto se deduce que su mansedumbre era sobrenatural... Pero esto se lo he visto hacer poquísimas veces, dos o tres».¹⁴

- Asegura otra: «Sé que tenía mucho genio; lo desahogaba tirando almohadas en su celda a lo alto. En público no demostró el genio».¹⁵

- Una tercera afirma: «Hacia grandes esfuerzos por dominarse... En el dedo pulgar tenía un callo, porque para dominarse cerraba la boca herméticamente y con el dedo índice, con la uña, se magullaba el otro y de ahí se le formó un callo».¹⁶

- Otro testimonio: «Alguna vez la he visto morderse los labios cuando tenía que dominar algo muy fuerte, pero ordinariamente desprendió paz y alegría... No la he visto nunca perder la paciencia ni desconcertarse; sí la vi con grandes sufrimientos y violencia interior, pero se mordía un poco el labio inferior».¹⁷

- Y por fin: «Cuando tenía algún contratiempo más grave, descargaba su lucha interna pensando y diciendo su oración predilecta: nuestro auxilio es el nombre del Señor».¹⁸

Está pues comprobado que su interior se alborotaba por tormentas impulsivas e igualmente demostrado que se resolvían allá en lo íntimo de su mar interno sin salir nunca a flote. En la superficie que los demás veían, ya estaban amansadas las olas y había siempre calma. Su habitual presencia de Dios era en estos momentos un grito de ayuda; convencida de que todo lo podía en el nombre del Señor, mantenía imperturbable su dominio y la actitud bondadosa y humilde. Nunca la vieron enfadarse ni gritar.

Este carácter fuerte tan bien domeñado y orientado era la palanca humana de su tenacidad y fortaleza emprendedora.

Sorprende que en su humildad nunca hable ella de su genio; quizá sea por el pudor que le causaba desnudar su vida espiritual. Pero hay muchas referencias a sus malas inclinaciones, como la que sigue:

«¡Oh Espíritu Santo! Me entrego de lleno a tu acción en mí, detestando de corazón el obstáculo de mis pasiones, malas inclinaciones e inclinaciones naturales no dominadas, que por tanto tiempo la han impedido. ¡Perdón Dios mío!».¹⁹

Me inclino a sospechar, es decir, no lo afirmo con certeza, que sus repetidas «malas inclinaciones» son los impulsos espontáneos de su temperamento y el calificarlos como no dominados querrá decir que no los había ahogado tanto como para conseguir lo imposible, arrancar su raíz o su brote inicial, o sea, suprimir la tentación. Pero digámosle con cariño y respeto a Sor Clara que la tentación le vino hasta al Señor.

4. Contemplativa y apóstol

Hubo siglos de preferencias teológicas y ascéticas distintas a las de hoy, en los que algún contemplativo pudo dedicarse arduosamente a Dios sin acordarse de sus hermanos. La insistencia pastoral en la «salvación de mi alma» con olvido práctico de la obligación que le incumbe a todo cristiano de evangelizar a los demás favorecían este serio descuido.

No sucedió en Sor Clara. Ella comprendió que nunca podría separar su llamada a la contemplación de su vocación apostólica. Sabía que de su compromiso evangelizador era ella la única responsable y ningún otro; que no podía entregarse a Dios en solitario, que tendría que llegar al Señor con las manos llenas de «almas salvadas», según la terminología de esas décadas. Al cielo había que entrar con mucha compañía, reclutada en nuestra milicia de la tierra.

En las pruebas de su empeño apostólico que vamos a presentar, encontraremos en Sor Clara una singularidad. No tiene de ordinario en sus objetivos a una persona concreta, un pecador notorio, un pariente alejado. Podríamos repasar la hagiografía actual para ver cuántas monjas de la época ofrecieron su vida por una conversión determinada, o se entregaron como víctimas a la justicia de Dios, y otras de mejor formación como víctimas a su amor misericordioso, para que el Señor aceptara sus esfuerzos en beneficio de individuos con nombres y apellidos. A Sor Clara no se le conoce ningún protegido espiritual. Ella al menos no lo revela. Teresa de Lisieux ruega por Pranzini el asesino y ateo o por el secularizado y renegado Loyson, o «acompaña» a las misiones a los padres Roulland y Belliere. Clara suplica por todos, lo entrega todo y se ofrece del todo.

Le preguntaba una novicia con cierta inquietud que cómo podía rezar por los muchos que le habían pedido sus oraciones al entrar en el convento, porque «no iba a estar repitiendo cada nombre». Ella respondió:

«Vamos a decir así: en todo, con todo y por todo, lo presente, lo pasado y lo futuro, por sin fin de eternidades y unida a todas las misas,

Padre, te ofrezco a Jesús,
Jesús, me ofrezco contigo,
hazme digna de ofrecerte
y dame lo que te pido.

Esta fue la primera poesía que me enseñó»²⁰, termina simpáticamente Sor Isabel Aldea.

Porque ella lo tenía, transmitió a la comunidad siendo abadesa y a las novicias como maestra, un espíritu universal y misionero. Un momento muy aprovechado fue el de la oración de la noche. Ninguna lo ha olvidado. La

noche proclama la necesidad de la luz, la noche busca el día. En esas horas de oscuridad para las cosas, Sor Clara pedía la luz espiritual para cuantos vivían sin ella, y las vigiliás nocturnas ante el Santísimo eran una súplica encendida al que es la Luz para que alumbrara las noches de la desesperanza o de la increencia. Y nunca faltaba esta súplica universal y apostólica en el principio o fin de las conferencias del noviciado.

¿Cómo se sembró la semilla misionera en contemplativas que ahora extienden el Reino de Dios con su oración y servicio al prójimo en un monasterio de clausura de Zimbabwe? Oigamos a una de las fundadoras de este convento africano, Sor María Raquel Muguerza:

«Ardía en celo por las almas. Yo creo que ella nos inculcó este espíritu misionero que teníamos las novicias [...]

Cuando empezamos este deseo de misiones no nos desanimó; nos decía: está bien, podéis soñar y seguir siendo soñadoras para salvar a todo el mundo; pero tenéis que ser consecuentes con vuestros sueños y no digáis que queréis ir a salvar almas o a las misiones si no sois primero capaces de obedecer cositas pequeñas aquí, si no sois capaces de sacrificaros en cositas pequeñas aquí, si no sois capaces de vivir una unión muy fuerte con el Señor aquí.

No nos daba alas para volar a lo tonto, nos decía que fuéramos consecuentes con nuestros sueños. Ella abarcaba todo el mundo, todas las almas, se la veía muy universal. Oraba por la conversión de los pecadores. Oraba y se mortificaba. Nos decía muchas veces: cuando rezamos por alguien, la oración barata no es eficaz».²¹

Su plegaria por todos debía contar por fuerza con algún matiz original. Cuando andaba por las calles de Madrid, se imaginaba que aquello era un mar de peces y al cruzarse con tantos desconocidos los saludaba mentalmente, los bendecía como criaturas de Dios y suplicaba «que todos nos veamos en el cielo». Al volver a Soria lo contaba en el convento que se edificaba al comprobar que las «floreçillas» también pueden nacer en las aceras de las ciudades trepidantes. Y lo mismo ocurría cuando comía el pan o degustaba un pescado y oraba por el sembrador, el cosechador, el harinero y el panadero en el primer caso y por la cadena del pescador, el mayorista, el transportista y el tendero en el segundo. O, como siempre, cuando llevaba a sus coplas sus deseos de salvación y oraba así:

«Quién me diera en raudo vuelo
la Santa Hostia llevar
para que todos los hombres
pudieran hoy comulgar».²²

Si una lectura del noviciado había calado más o después de una plática vibrante pedía oraciones para que aquello que sentían llegara a todo el mundo, «que todo el mundo se aproveche». Y reiteraba el todo, con todo, por todo. En sus salidas del monasterio experimentaba los contrastes entre su vida de clausura y la del mundo: «tanta gente, decía, y todos tan amados de Dios, que todos se salven, que todos se salven», rezaba ya desde que se ponía en camino. Y cuando comenzaron con el horno y acertaron con los primeros roscos y los vendieron, se le oía: «que todos los que coman estos roscos, que todo el mundo sea santo».

En unas reflexiones que ella llama *pensamientos* y que fecha el 7 de agosto de 1951 se expresaba así:

- «¿Te fatigas? Acuérdate de Santa Teresita y de aquellos por quienes te ofreciste e imítala.
- ¿Cómo no pediste estos días sacerdotes y sacerdotes santos? A costa de lo que quieras, Jesús mío.
- Y que sepamos cada uno ser como un sacerdote, aunque espiritualmente²³»

Aquí se acerca mucho a la santa de Lisieux no sólo porque la nombra, sino porque parece tener algunas personas con rostro y apellidos a las que encomienda y entrega su cansancio, como cuando la carmelita francesa avanzaba un paso imposible en su tuberculosis para que el misionero por quién lo ofrecía llegara con más fuerza a una misión lejana. Y como ella, también Sor Clara, quería haber sido sacerdote y apóstol.

¿Pero su apostolado fue sólo el de la plegaria y la contemplación? ¿O hubo muchos a quienes anunció a Dios directamente? Sí. En general a todos los que disfrutaron del privilegio de su trato: sacerdotes, constructores, artesanos, proveedores, visitantes. Iban al locutorio a oírla y se sentían escuchados. La sentían más atenta y abierta a lo que decían que deseosa de exponer y menos imponer sus ideas. Comprobaban que era una persona de Dios, que no aspiraba tanto a enseñar verdades sobre Dios, como a indicar caminos hacia El. Porque El nos busca y nos espera; sólo hay que descubrir que estamos en sus manos. No eran excesivas sus palabras, pero eran sentidas y acertadas. «El hablar con ella era mejor que unos ejercicios espirituales» decía un sacerdote. Por eso llamaban al locutorio los buscadores de Dios y caían por él para otros asuntos los indiferentes, pero todos salían con más paz, más edificados unos, sorprendidos y mejorados otros.

Allí cayeron en los primeros años cuarenta los jóvenes de una Acción Católica soriana, entusiasta y combativa. «Salíamos esponjados en la gracia, en la fe, en la esperanza y sobre todo en la caridad» dicen. Y escuchaban:

«Vosotros trabajad mucho, hijos, trabajad mucho, que nosotras que estamos aquí pediremos por vosotros».²⁴

Estas escenas se prodigaron con otras organizaciones apostólicas que encomendaban sus campañas a las contemplativas y aprovechaban la visita para escuchar la palabra de Sor Clara. La siembra apostólica era con frecuencia tan espontánea, inadvertida y fecunda como la del polen de las flores en primavera. Una familia de La Rioja visita a su hija novicia que tiene el riojano nombre de Valvanera, y la madre maestra, en su sencillez y cercanía, entona para los recién llegados o hace cantar a las otras novicias unas jotas originales de Sor Clara con fuerte contenido religioso, cuyo estribillo a coro repiten con insistencia e intención:

«Todo por amor, por amor, por amor,
todo por amor de mi Dios y Señor».²⁵

El hermanito pequeño de la novicia se entretiene jugando sin atender a la conversación ni a los cánticos de los mayores. Días después la madre de Sor Valvanera reprende al niño por alguna travesura y se encuentra con una respuesta inesperada. El niño suplica o exige cantando:

«Todo por amor, por amor, por amor».

Porque hasta los modos de corrección deben seguir la enseñanza musicalizada en el locutorio soriano.

Ininterrumpido e intenso fue su apostolado con los hermanos. Desde la casa paterna venía su ascendencia moral y religiosa sobre los mayores y menores. Continuó su influjo espiritual en las cartas, no conservadas en su mayoría como sucede en todas las casas con la correspondencia familiar. Las que perduran están llenas de Dios. En el locutorio, más visitado por los tres hermanos menores, se hablaba de todo, pero principalmente de Dios.

De las tan citadas libretas espirituales de Sor Clara también disfrutaron sus hermanos. Eran del mismo tamaño y forma que las del convento y le entregó una a su hermano José el 4 de enero de 1937, con una muy cariñosa dedicatoria. Pienso que por estas fechas comenzaría su apostolado del cuadernillo. Dos escribió para Emilio; una dice, «A mi queridísimo hermanito y ahijado Emilio, su Sor Clara O.S.C. 9-X-40» y la segunda en sus últimos años, el 8 de noviembre de 1971. ¿Y a Pascual? A su «curita» no le copió sus versos, ni le escribió sus coplas, pero le preparó y envió un extenso «Cuaderno de cinco días de Ejercicios Espirituales» cuando se preparaba a las órdenes de presbítero en Roma.

5. Se hizo obediente

El texto de San Pablo sobre el anonadamiento de Cristo penetra en la hondura de su humillación descendiendo estos tres escalones: se presentó como simple hombre, se hizo obediente hasta la muerte y muerte de Cruz. Tomó carne, obedeció, fue crucificado. Si Sor Clara alimentó su espíritu con esta proclamación paulina de su fe y quiso repartirla como manjar y medicina en sus pastillas de «exinanivit», tuvo que ser edificante en la obediencia. Y lo fue. Se sometió en todo y a todos.

Cuenta Don Angel Vallejo un suceso ejemplar de la Sierva de Dios, que pertenece a sus primeros años de abadesa y a los comienzos de la reforma conventual. Habían profesado la Primera Regla de Santa Clara como Hermanas Pobres y estrenaban sus trabajos agrícolas o ganaderos. Las aves se morían, las vacas se contagiaban peligrosamente y Don Angel Vallejo entraba a menudo en el convento, la huerta y los establos para atender como veterinario al gallinero o al ganado. El obispo concedió a Sor Clara una curiosa dispensa de la clausura, obligándole a llevar un cuadernillo con las anotaciones de entradas y salidas del especialista. La abadesa obedeció al prelado, fue delicada con Don Angel y apuntaba a escondidas los levantamientos de la clausura. Por otros medios conoció al fin la noticia el veterinario y camino de la corraliza abordó a la superiora: «¿Así que tiene que tomar usted nota de cuando entro y cuando salgo? Ella se echó a reír y no dijo más».

Su obediencia al obispo y a una norma canónica como la citada no fue más delicada que la que pudo observar con las abadesas que le tocaron en suerte antes o después de sus cinco trienios abaciales o la que prestó a la maestra de coro, la tornera, la enfermera o a la postulante que acaba de ingresar.

Las profesas con años de convento que le consultaban sobre esta virtud, sabían la respuesta: «hay que obedecer hasta a la novicia más reciente». Y si insistían: «pero madre, si yo ya soy mayor que esa hermana, si tiene menos experiencia», escucharían como réplica invariable que «se debe obedecer igual a la madre abadesa que a la postulante que entró ayer». Luego venían las motivaciones para cada caso con la sugerente y convincente invitación a encontrar el amor de Dios en aquel sometimiento. ¿No buscaban en los votos el amor de Dios? Pues allí lo tendrían. Y esa sumisión por amor fomentaría la compenetración monacal. Lo resumía en sus espontáneas rimas:

«Ser obediente,
llenar tu querer.
Oh, qué placer».²⁶

Como los artistas pintan o tallan a la prudencia con dos rostros, Sor Clara veía a la obediencia con dos caras: la sumisión a otra voluntad era mortificación, abatimiento, destrucción de la parte maligna del yo. Y era al mismo tiempo construcción de la nueva persona, era amor que complace al superior y al igual. Y era servicio a Dios en los que son sus hijos. Decía a las novicias:

«La santidad se adquiere mediante dos clases de trabajos, uno de destrucción o sea de vencimiento interior y otro de construcción o sea del amor de Dios.

Cuanto más tiempo llevemos en el convento más obligación tenemos de obedecer y con mayor perfección, sin discutir jamás nada, porque debemos tener más ejercitada la abnegación de nuestro juicio. Y así caminaremos a pasos agigantados hacia la perfección, pues en la obediencia encontraremos la mortificación y las demás virtudes».²⁷

Si la hemos admirado en el voto de pobreza por su austero desprendimiento y despojo, a la misma perfección subió en sus otros dos votos canónicos de castidad y obediencia. Nada voy a escribir sobre su castidad, porque siempre apareció como ángel del cielo, aunque de sus escritos se desprende que conoció las tendencias al mal, a las que siempre superó con nítida limpieza. Guardó los sentidos, cuidó delicadamente su pureza, vivió con gran pudor. Si la Sierva de Dios decía de Santa Clara que era «una copia de la Inmaculada», de ella hay que afirmar lo mismo según las hermanas.

Pero sí es necesario detenerse en la obediencia de quien por tantos años gobernó la casa y que por más que se ocultara nunca perdió el primer puesto en el peso moral de la comunidad. Pero ella se escondió y se sometió y «*Era una delicia ser su abadesa*»²⁸, como pensaron siempre sus sucesoras, y condensó en las seis palabras entrecorilladas la que regía el monasterio en sus últimos años y presidió el levantamiento de su cadáver incorrupto.

Clara se extasía ante el primer modelo de obediencia, Jesús de Nazaret. Y contempla a su seráfico Padre que resuelve la sumisión en amor. En la naciente familia franciscana el pobre de Asís casi no puede concebir la relación de superior y súbdito, cargada entonces de tintes autoritarios y feudales, y quedan absorbidas estas relaciones entre desiguales por las de *hermanos menores* que se aman. San Buenaventura, el primer teólogo de estos menores, enseñará a las clarisas que hay que obedecer a Dios en el que manda, llegando directamente al Padre, sin detenerse tanto en el superior que le representa. Este doctor seráfico identificará en la práctica la obediencia con el amor al hermano y a Dios. Buen amigo de Santo Tomás de Aquino, Buenaventura cultiva la Teología del amor y Tomás el amor de la teología, como se ha dicho sagazmente.

Esta doctrina franciscana es la que cree y practica Sor Clara. Está en una reunión con las novicias y llega un aviso de que preparen algo no previsto; deja todo y obedece cumpliendo el recado. La llaman al locutorio, abandona lo que hace y va inmediatamente. En los últimos años le cuesta bajar; se pone en camino con prontitud y tararea «vamos cantando al Señor». Sale del locutorio y pasa al recreo con un determinado propósito y lo cambia en seguida por obedecer a la más leve insinuación de la primera con que se encuentra; porque «obedecer es amar». Lo dice mucho y lo practica más. Esta secuencia de afirmaciones está avalada en cada detalle por muchos testimonios de cuantos se edificaron con esa docilidad. Como no tiene voluntad propia por su anonadamiento, todas mandan en ella. La voluntad de las hermanas es siempre antepuesta a la suya. Aún más, la voluntad de las demás sustituye a la propia en una mujer de tan fuerte carácter. Así obedece y ama «hasta a la postulante más reciente». Y así escribe en sus meditaciones para las novicias:

«Cuando obedecemos con más gusto a unos superiores que a otros, es prueba de que no somos obedientes, porque en lugar de obedecer empleamos nuestro capricho. La verdadera obediencia no mira a quién obedece sino a Dios.

Hemos de darnos cuenta de que vivimos entre imperfectos y así como cada una de nosotras somos imperfectas, toleremos las demás imperfecciones... Tratándose de obedecer, jamás debemos atender a imperfección alguna del superior.

Debemos ser para nuestros superiores como un cadáver activo, yendo siempre a donde Dios nos lleve.

Jesucristo en la Cruz era un cadáver cumpliendo el querer del eterno Padre. Nuestro seráfico Padre también dijo a sus hijos que serían un cadáver en aquel sentido. Pero no podemos ser obedientes si no avivamos la fe».²⁹

Aquí ensancha el campo ascético que abarca su obediencia desde la orilla de la sumisión seráfica por el amor a la ignaciana docilidad con que se deja conducir un cadáver. Todo sirve. Porque estos criterios eclécticos le ayudan a la prontitud en la obediencia y la plenitud en el amor.

XVII

OTROS VALORES ASCETICOS Y HUMANOS

1. Se anticipó al Concilio

No hay nada que haya acontecido de mayor trascendencia para la Iglesia en este siglo XX que el Concilio Vaticano II. Fue un concilio convocado para buscar la renovación del pueblo de Dios. En los cuatro años de su celebración de 1961 a 1965, se intentó dar respuesta a la pregunta reiteradamente formulada por Pablo VI: «¿Iglesia, qué dices de ti misma?» El anhelo «aggiornamento» o puesta al día no habría de venir en exclusiva de la jerarquía convocada en el aula conciliar. Tenía que partir al mismo tiempo de cada comunidad y de todos los seguidores de Cristo. También, y por múltiples razones, de las comunidades monásticas.

La renovación conventual que el Concilio planteaba en los años sesenta se hallaba establecida en las clarisas de Soria veinte años atrás. La afirmación de que Sor Clara anticipó esta reforma es de todas las religiosas del monasterio. ¿Pero tienen razón? ¿O es una afirmación que se pronuncia un día y como queda bien se acuña como un cliché? Hay una respuesta de gran peso, que es la de los obispos que se van sucediendo en el gobierno de la diócesis. Habrá que dejar claro sobre sus testimonios, que los obispos no sólo «opinan» como nosotros, sino que «enseñan» a sus diocesanos. Es decir: que su magisterio en asuntos eclesiales tiene una autoridad y una autenticidad de la que los restantes carecemos.

Monseñor Teodoro Cardenal fue obispo de Osma-Soria desde 1970 hasta 1983 y en la celebración del VII Centenario de la fundación en Soria de las clarisas, dijo:

«Cuando falleció el año 1973, el sacerdote presidente de la misa exequial pudo decir ante su cuerpo en la liturgia funeral: El Señor quiso servirse de ella, como un instrumento, para bendecir a esta casa y derramar aquí generosamente sus dones... El hecho es que el monasterio se convirtió en un vergel floreciente, en una comunidad ejemplar para este momento de renovación eclesial y hasta en un foco de irradiación y de expansión viva para la Iglesia en la vanguardia de las misiones»¹

Monseñor Braulio Rodríguez Plaza en la solemne clausura del proceso diocesano, afirmó:

«Se dice, con razón, que Madre Clara se adelantó en algunos aspectos a las directrices del Concilio Vaticano II sobre la vida religiosa o la vivencia renovada de la fe cristiana. Pero en realidad esto es absolutamente normal. El Concilio ha recordado que la regla general de todas las órdenes religiosas es el Evangelio. Dentro de él se encuentran, ante todo, las grandes vocaciones contemplativas, pero también las vocaciones activas, al servicio de la Palabra y el Amor [...]

Madre Clara sabía también que es preciso igualmente el servicio inmediato a los hombres y mujeres, a los enfermos y a los que sufren. Y que se trata siempre en la Iglesia de un servicio que no tiene carácter de empleo retribuido, del que más tarde nos alejamos para dedicarnos a los asuntos privados. No, es otra clase de amor, el amor de Cristo, el que da a las vocaciones religiosas el valor de testimonio y la carta de ciudadanía en la Iglesia y en el mundo. Si la mujer en general tiene que pagar un alto precio a la nueva sociedad y sus valores, las monjas y las religiosas son, entre todas las mujeres, las más afectadas al respecto. Y en estas circunstancias hay que ser muy perspicaces, prudentes como serpientes, decía Jesús».²

Monseñor Francisco Pérez, actual obispo de la diócesis ha dejado escrito:

«Este es el caso de M. Clara Sánchez, una mujer que supo ponerse a la altura de las circunstancias que le tocó vivir. Cuando se llega a la Diócesis de Osma-Soria se encuentra con una comunidad de MM. Clarisas que en su ambiente de contemplación y de oración reclaman a todos a ir por los caminos del bien e invitan al anhelo de la santidad. Ella supo adelantarse a las normas del Concilio Vaticano II en la búsqueda constante por recuperar las fuentes de la espiritualidad franciscana y la profesión de la Primera Regla de Santa Clara [...].

Así M. Clara dio en el clavo, podemos decir, al ponerse en la situación de cultivar este aspecto como era el cuidado por llevar bien la oración y la vida litúrgica. No menoscabó ni un momento a la hora de profundizar intensamente sobre la formación de las religiosas. Todo ello ambientado con una caridad fraterna a la hora de construir una

Comunidad dinámica, disponible, servicial de las unas para con las otras. De tal forma que quien véa a la Comunidad quedaba admirado y transformado. Si al contemplar a una comunidad cristiana o monástica aquel que la visita no sale un poco transformado podríamos decir que es porque se ha cometido un fraude al Evangelio, es decir, se ha engañado al visitante [...]

Pero M. Clara sabía que la fuente de las vocaciones está en el testimonio. Muchas de las que se han acercado al Monasterio ha sido porque han comprobado que vale la pena entregar la vida para que Jesucristo sea amado y reconocido. Pero, sobre todo, se han visto envueltas como por una nube especial al comprobar una experiencia convertida en fraternidad. El pan de la eucaristía se convierte en pan de hermandad y Jesucristo se hace en medio manifestado en el amor mutuo de las unas para con las otras».³

Sor Clara fue humanamente hablando lista y clarividente. Más allá de sus valores humanos la adornó el Espíritu de Dios con una santa sabiduría que le permitió iniciar privadamente en su convento un rumbo que el Concilio marcaría para todos dos decenios más tarde. Lo que tenemos ya escrito en esta biografía es una palmaria demostración. Una somera confrontación entre lo que el Concilio propone a las monjas de clausura y la historia del monasterio soriano patentiza la coincidencia de las modificaciones conciliares y las reformas de las Hermanas Pobres del convento de Soria. Veámoslo:

El 28 de octubre de 1965 promulgaba el Concilio su «Decreto sobre la adecuada Renovación de la Vida Religiosa». Su texto, que se conoce por el nombre latino de «*Perfectae Caritatis*», se reparte en veinticinco números. Por brevedad examinaremos sólo una tercera parte de los mismos.

Durante doce años de engorrosas gestiones trabajó Sor Clara en el paso a la Primera Regla de Santa Clara, de 1941 a 1953, y pudo profesar al fin la auténtica y original Regla de la seráfica fundadora en pobreza personal y comunitaria como quedó largamente demostrado en el capítulo VIII. El número 2 del Decreto pide un retorno constante a la primitiva inspiración de los fundadores. Decenios antes había practicado Sor Clara este retorno.

Y volviendo la vista a capítulos anteriores de esta biografía comprobaremos en la página 114 los diálogos del convento en 1942 sobre los acuerdos que se deben tomar y cómo todas participan en las decisiones, hasta las que de suyo no tendrían derecho a voto. Más tarde declarará el «*Perfectae Caritatis*» en su número 4 que la renovación sólo será posible con la colaboración de todos los miembros de la comunidad.

Cuando Sor Clara se enfervorizaba con la Biblia y se entusiasmaba con la Eucaristía en fecha tan anterior a la asamblea conciliar como el 11 de agosto de 1942 y buscaba especialistas en liturgia y en canto gregoriano ¿podría sospechar que un solemne Concilio enfatizase en sus consejos a las monjas al recordarles en el número 6 de su Decreto «que tengan diariamente en las manos la Sagrada Escritura» y «cultiven con esmero la liturgia, principalmente la del Misterio Eucarístico?». Podríamos refrescar nuestra lectura del capítulo IX de esta vida.

El número 7 se pronuncia sobre el puesto eminente que en la iglesia corresponde a los que en soledad, silencio, oración y penitencia se dedican por entero a la contemplación. Los cincuenta años monásticos de Sor Clara son un canto al ardor contemplativo y una llama que prende en santas vocaciones.

«Los pobres trabajan», le oíamos decir a la abadesa de los años cuarenta; la veíamos iniciar un trabajo rentable, entregar una parte de sus primeros escasos ingresos y hasta proponer la comunicación de bienes entre los monasterios. Se puede leer en las páginas 100 y 153. Pues bien, el número 13 del Decreto conciliar presenta la pobreza religiosa y proclama al trabajo como forma de ejercicio de pobreza y fuente de mantenimiento. Concreta también que quienes puedan, deban ayudar a otros.

Concluyamos estas llamativas coincidencias. El número 15 del documento conciliar pide que «se llegue a una sola clase de hermanas». La abadesa de Soria suprimió en los primeros años cuarenta las diferencias externas entre legas y monjas de coro, como recordábamos en la página 94. ¿Y qué pujanza tendrían las semillas de espíritu misionero que ella sembró en sus pláticas y plegarias vocacionales, que fructificaron en una casa de contemplación y de misión en tierras de Zimbabwe? Allí está floreciente la sementera de espíritu misional que exige el número 20 del «Perfectae Caritatis».

Por fin el número 24 del documento mantiene que el ejemplo de unas religiosas que viven con alegría y sencillez el Evangelio es el mejor anuncio para abrazar la vida religiosa. ¿No fue ese el atractivo vocacional que promovió Sor Clara en el monasterio soriano?

De verdad que causan alegría, y acaso para algunos sorpresa, estas tan ajustadas semejanzas entre las aspiraciones del Concilio y las realizaciones de la Sierva de Dios.

Cuando nadie soñaba en la reforma litúrgica que impulsó el Concilio, ella esperaba:

«Estas lecturas de los Santos Padres que no entendemos en el Oficio y que serán preciosas, ya nos las pondrán en castellano»⁴.

2. «Te guardará la prudencia» (Pr. 2,11)

Que la sentencia del Libro de los Proverbios sirva de homenaje a una monja que tenía diariamente en las manos la Sagrada Escritura y «cuya prudencia se pesaba en balanza» (Ecles. 21,25). No queremos hablar de la prudencia individual para dirigirse y santificarse ella misma, sino de la prudencia de la superiora que gobierna una comunidad. Ninguna de las dos es prescindible, porque según la repetida afirmación de San Bernardo; «es la ordenadora de los actos y la maestra de las costumbres; ausente ella, la virtud se convierte en vicio».

Una abadesa reelegida en cinco ocasiones y que cesa en el oficio por exigencia de la ley y contra el deseo de las electoras, por fuerza había de sobresalir por su tacto y acierto en la dirección de la comunidad. Si a continuación se le encomienda el delicado empeño de maestra espiritual de las nuevas vocaciones y en él se mantiene hasta el límite de su declive físico y hasta su muerte, es que se reconocen su madura sensatez y la sabiduría de su juicio.

«No seas ligero con tu lengua» había leído en su Biblia Sor Clara (Ecles. 4,29). Los frutos de su prudencia comenzaban aquí. Nunca incontrolada en sus palabras, siempre comedida. Hasta un poco precavida. Adivinaba qué podía ocurrir por un comentario, por un adjetivo, por un gesto. Decía:

«Hay que tener cuidado, porque lo que no dices te dicen que lo has dicho; así que imagínate si de verdad lo hemos dicho»⁵.

Y añadía este sorprendente consejo:

«No tenemos que hablar de la gente nunca, ni siquiera de sus virtudes, pues empezamos hablando bien y acabamos con sus vicios y defectos. De las personas no debemos hablar; cuanto menos se hable, mejor»⁶.

Ella lo vivía. Mujer mortificada y experta, reducía a lo imprescindible la conversación sobre asuntos ajenos, evitaba cuanto podía nombres de personas y avanzaba con tiento en las correcciones comunitarias y más en las individuales. Era un mar abierto para las confidencias que de casi todas las lenguas desembocaban en ella y era un pozo sin fondo para estos y otros secretos. Los otros secretos son los conocimientos que de cada persona guardaba por su intuición y por sus dotes naturales de observación, que las tenía, aunque anduviese absorta en Dios. Los comportamientos manifestados en una convivencia diaria revelan lo más hondo de una personalidad al observador inteligente y penetrante. Sor Clara lo era y conocía profundamente a todas. Sólo ante alguna decisión de transcendencia para el futuro

se creyó en el deber de avisar en caridad sobre las cualidades, en este caso negativas, de alguna determinada persona. En pocas frases se hacía entender con unas ligeras pinceladas. Acertó siempre. Aseguran que la discreción fue una de sus virtudes más eminentes y la razón de que fuera tan estimada y consultada.

Su defecto era, también aquí, un exceso de virtud. Tan prudente que hablaba demasiado poco. Prefirió no herir nunca a nadie; esperar del poder de Dios que ayudaría a resolver aquella situación. Pero si veía necesaria su intervención, actuaba; y si era preciso, con energía. Sor Angela la acompañó en muchos de sus viajes de consejera federal para visitar otros monasterios y la ayudante no asistía a las reuniones o consultas más privadas. Y nunca le comentaba nada sino noticias generales. Sólo en un momento, a los meses, en otro viaje, «se excedió» al decirle que:

«ese convento no estaba en las condiciones que debía, pero así, sin decir cosas detalladas. Y eso a mí, a mí, y porque yo iba siempre con ella»⁷.

La reforma conventual acarreo problemas inevitables sobre el ritmo más o menos lento que habría de imponerse a la renovación en cada convento. Se daban disensiones entre las que pedían rapidez y las que preferían calma. Sor Clara, pacífica y pacificadora, consiguió la serenidad de los diálogos y de los espíritus en no pocas visitas y posteriormente en alguna comunidad.

Como maestra del noviciado se superaba en el respeto a las personas. Venía cada una de un ambiente distinto, con una educación muy diversa y un carácter diferente. Acogía y esperaba. Nunca adelantó procesos ni intentó maduraciones artificiales. Empujaba con suavidad a todo el grupo y a cada novicia le aceptaba su ritmo y su sazón. En algunos casos aguantó demasiado, como ya dijimos.

En cuanto a penitencias externas, no imponía, animaba. La que fue su última novicia, Sor Angeles María, testimonia:

«Respecto a las penitencias corporales en el noviciado yo creo que no pedía grandes cosas. Más bien era ella la más penitente. A mí nunca me pidió nada»⁸.

La convivencia tan inseparable de cada día y las propuestas de superación que vive y ofrece una maestra del espíritu pueden provocar de cuando en cuando cierta tensión en alguna educanda. Se dio algún caso en que una novicia manifestaba al exterior su leve enfado. Sor Clara no insistió ante ella. Llamaba a su ayudante y le encarecía las más amables atenciones con la interesada. A la Sierva de Dios se le vio siempre llena de armonía, agradable en la contrariedad y feliz en la prosperidad.

Si queremos comprobar el equilibrio de sus consejos y el pulso de su gobierno leamos con reflexión la carta que escribe a las monjas de Villarreal. Allí hay siete clarisas de Soria que durante los años 1960 a 1964 como «siete pimpollos perfuman el ambiente», según comparación de Sor Clara. Ante unas elecciones conventuales de una comunidad menos conocida, las desplazadas pidieron consejo a su querida maestra. Esta fue la respuesta:

«De la elección lo siguiente: pueden exponer al visitador que si las dispensara de votar o sea de tomar parte activa, quedarán muy contentas; pero si él no lo ve conveniente, entonces expongan su conciencia y sigan su consejo. Y si en el primer escrutinio sale otra cosa, vayan en el segundo a la mayoría que salió en el primero y así sucesivamente y queden tranquilas con el resultado. Que Dios es el que dirige y en nosotras está el aceptar sus designios con mirada sobrenatural»⁹.

3. Sentido del humor

Según dicen, hay pocas cosas que demuestren tanto la falta de humor como el tratar de definir el sentido del humor. Tras esta afirmación no intentaré describir el humor de Sor Clara, pero lo tenía. Se puede asegurar cómo no era: nunca fue irónico, ni amargo, hiriente o mordaz. Se movía constantemente entre la simpatía y la ternura, con un sabio distanciamiento, ingenioso y suavemente burlón, que desdramatizaba las situaciones difíciles y le ayudaba a pasar sobre ellas con alegría. Mujer tan inteligente como humilde superaba resultados adversos en gestiones fallidas o en limitaciones propias, sabiendo aceptarse y tolerarse como era y hasta embromarse con benevolencia o comicidad, según los casos. El humor era una consecuencia más de la alegría y caridad de una persona buena y con talento.

Supo reírse de sí misma con ternura, lo que supone aceptarse como Dios la ha hecho y estar contenta con su voluntad. Nos cuenta una primera anécdota Sor Felisa García Lasheras, que es la monja, que la acompañaba en la oración nocturna ininterrumpida mediante la cuerda atada a la muñeca, episodio para el que también se precisa buena dosis de humor. Llegaron las navidades y mientras bailaban las dos,

«No sé qué mañas se daba; se me acercaba rápida y me decía: esta vuelta por la conversión de los pecadores, ésta por los enfermos, ésta para que todos amen mucho a Jesús. Yo me sentía tan fervorosa y tan recontenta que no hacía más que pensar y decir en mi interior: ay qué monja, esta monja es completamente santa»¹⁰.

Completamente santa, adornada de humor y repleta de sal. Los villancicos que compuso y los juegos escénicos navideños que redactó, están llenos de explosiones de humor piadoso y popular. Ya contamos su broma cómica y solemne ante la comunidad que celebraba un conventual homenaje a la Presidenta de la Federación en su visita al convento de Soria. Cuando las novicias anunciaron el título del sainete «La Sorda», ella se levantó y dio vueltas ante la comunidad señalando con gestos su sordera. Alabaron entonces su humildad, pero «la salida» era otra prueba de un humorismo que compagina tiernamente la alegría y el dolor.

Siempre era mujer alegre, nos dicen. Su rostro sonriente comunicaba serenidad y contento. En los recreos se reía con toda el alma. Daba gusto verla.

Su obsesión por el cultivo de la música litúrgica nos ofrece otra divertida escena que cuenta Don Carmelo:

«Cuando era maestra de novicias, quizá a los sesenta y cinco años largos, daba diariamente clase de solfeo a todas y cada una de las novicias para facilitar, con este aprendizaje imprescindible, la labor de los técnicos, cuando luego venían a los ensayos. Ella, de joven, había tenido una voz muy agradable como cantora, pero a su edad ya estaba algo cascada. Solfeaba con la novicia poniendo tanto entusiasmo que de pronto la joven soltó una carcajada. Al preguntarle Sor Clara de qué se reía, contestó: me hace mucha gracia que usted, tan vieja, me esté enseñando a cantar a mí con esas ganas.

Se rió también Sor Clara y recitó a la joven novicia un versito compuesto por ella como justificación de su canciones al Señor en la tercera edad:

Con el canto del grillo
grí, grí, grí,
con amor, Señor
te canto a Ti.

Hija, añadió, mi canto se parece al del grillo, sólo puede decir, grí, grí, grí»¹¹.

Por su cabeza debieron circular mil ocurrencias cargadas de broma o de comicidad. Pasó a la práctica muchas y conocemos ya algunas de esas «originalidades». Por señalar ejemplos. Las cincuenta piedras colocadas ante el Santísimo para conseguir cincuenta vocaciones o las alforjas de las novicias para pedir legumbres. Tenía que divertirle el transporte del arcón con su pequeño

San Miguel de espada desenvainada para su defensa ante los razonamientos jurídicos del obispo. Y además de encontrarse confiada por el celeste protector que la ayudaba bajo la reja del locutorio, interiormente estaría disfrutando de su inocente travesura.

Como cuando reía con ganas después de que su calma hubiera desarraigado a alguna impaciente consultante. Una religiosa desahogaba su enfado por unos u otros sucesos de la casa. La abadesa o maestra callaba. Los lamentos y la visitante elevaban su tono y crecía el aguante de la oyente. Seguían y aumentaban las quejas de una y continuaba el dominio de la otra. Ante aquella paciencia imperturbable se percataba la visita de que estaba convirtiendo en montañas los granitos de arena, reflexionaba un momento y descargada la tensión se echaba a reír. Sor Clara la acompañaba con sonoras carcajadas. Seguramente en las primeras protestas había previsto con humor este final.

Su coplera afición a las jotas y otras versificaciones improvisadas para ciertos acontecimientos no se puede entender sin este festivo distanciamiento de su «dignidad» de superiora y hasta de la solemnidad del suceso celebrado, para devolver a aquella fiesta su lado humano y familiar con una gota de humor tierno, servicial y humilde.

¿Y no se divertiría en sus adentros cuando en su afán de espiritualizar con letras piadosas las canciones conocidas se decidió a que en algún recreo y para uso reservado se alabase a la Eucaristía con la reinante música del «Cara al Sol»? Así comienza la adaptación:

«Cara al sol de la Eucaristía
que es nuestro cielo y nuestro amor
viviremos alegres cada día
heraldos del Señor»¹².

Y como para compensar las tendencias del momento, cantaba y hacía cantar con la melodía del Oriamendi:

«Cueste lo que cueste
lo he de conseguir,
aunque cada día
tenga que morir»¹³.

El primero de estos himnos guerreros, orientados por ella a lo divino, lo compuso para alentar y elevar el trabajo de las monjas que vareaban en el claustro la lana de los colchones que iban a regalar al hospital de sangre de los soldados heridos en la guerra civil.

Su humor se extendía a todas sus actividades: sus mortificaciones, sus cartas y sus conferencias. Vayan tres ejemplos. Un día de disciplina según la Regla monástica, empleó el tiempo en dar golpes al aire para castigar al demonio que en aquella ocasión le tentaba. Ni uno sólo llegó a su cuerpo. Lo contaba ella misma y concluía: «él se llevó todos los golpes».

Las cartas más personales normalmente van condimentadas con sus granos de sal. El 23 de agosto de 1956 le cuenta a fray Juan Elícegui, cómo van las obras y termina:

«Y le dejo, hermanito mío. Están ahora trayendo arena. Una gallina asustada del motor se ha salido a la calle. Ya la traen. Pero usted levántele la excomunió»¹⁴.

Contaba la sierva de Dios que en uno de sus viajes en tren tuvo que aguantar sentado enfrente a un porfiante ateo o al menos antirreligioso. Sor Clara le dejó hablar y contestó brevemente y con dulzura al torrente verbal del atacante, que naturalmente se vio desarmado. El departamento quedó edificado. Sor Angela, cuyo temperamento más impetuoso nos es conocido, había ocupado un lugar más lejano. Y decía Sor Clara embromando a su vicaria: «Menos mal que nada oyó al descreído».

No falta la exageración -otra forma de humor- en sus conferencias. Para hablar del dominio de la lengua y de las desgracias que acarrea dejarla suelta, cita al seráfico Fr. Gil y dice:

«Sería conveniente que el hombre tuviera un cuello largo como el de las grullas, para que cuando quisiera hablar, cada palabra pasara por muchas dificultades antes de llegar a la boca»¹⁵.

4. Su poesía

De Sor Clara podría afirmarse lo que de sí mismo dice su paisano de origen Gonzalo de Berceo:

«Gonçalo li dixieron al versificador
que en su protalejo fizo esta labor».¹⁶

Sor Clara fue al menos una experta versificadora. Pero si el célebre poeta riojano sobrepasó en muchas de sus estrofas el humilde calificativo de versificador y alcanzó innumerables momentos de genuina poesía, también

Sor Clara, versificadora de impecable oído musical, supera los límites de una popular rimadora para escalar a veces la altura de un elevado lirismo.

Por las páginas que preceden la conocemos ya como compositora de romances, improvisadora de jotas, letrista de estrofas piadosas para músicas conocidas y poetisa que sabe expresar sus mejores sentimientos en palabras inspiradas y certeras. De toda esta clase de composiciones hay abundantes, aunque breves, ejemplos en este libro.

El tema de sus versos es siempre religioso. No hay uno solo de carácter profano, aunque algunos sean jocosos. Porque sus poesías nacen de la «fuente que mana y corre» en su interior, cuyo caudal quiere retener en la vasija de su rima. Con la ayuda de sus versos tendrá más cerca de sus labios para otros momentos el agua de sus experiencias de Dios y de su emoción religiosa. Los usará al mismo tiempo para comunicar a sus monjas o novicias el gozo religioso que la acompaña, aun en los tiempos de su «noche oscura». Sus enseñanzas resultan más densas y expresivas con el ritmo y la rima. Y se retienen mejor. De tarde en tarde compone por el gusto de componer, por diversión intelectual y para perseverar en su formación religiosa y literaria.

Desde su niñez y adolescencia en Rebollar fue una contemplativa de la naturaleza para adorar por ella al Señor en su inalcanzable grandeza de Creador, o mejor, para mirarle en la humilde cercanía del pesebre de Belén. En un logrado juego con los astros y las monjas se atreve a convocarlos juntos a una enamorada contemplación:

«Está la noche serena.
De la cueva en derredor
donde el Niño Jesús duerme,
todo se halla en oración.
Ora en silencio la luna
en alta contemplación,
fija tiene la mirada
del Dios niño en la mansión.
Ocultas las estrellitas
hacen su meditación
cual monjitas de clausura;
y una representación
de sus dignas superiores
estará en adoración...».¹⁷

Uno recuerda aquello de Juan Ramón Jiménez:

«Viene un gorrión a la ventana abierta
-pienso en Dios- y trabajo».

En la poesía habrá siempre un tú y un yo, un sujeto que canta y un objeto cantado. El temblor estético que Sor Clara quiere transmitir vibrará siempre y sólo ante Dios, Jesús, María o sus cercanos seguidores, Francisco, Clara, Saturio o también ante las virtudes que encaminan a Dios. Como la súplica que encierra esta quintilla:

«Madre mía, Madre mía,
nunca dejes de mirarme,
nunca dejes de ayudarme
y en tu Corazón, María,
¡nunca dejes de llevarme!».¹⁸

Alguien debería estudiar, clasificar, calificar y publicar lo mejor de la abadesa poetisa. Mientras llega esa persona más capacitada, voy a tener el atrevimiento de expresar mi opinión sobre esta poesía de que he disfrutado al redactar la biografía.

Hay que alabar ante todo su facilidad para el ritmo, la rima y las estrofas más diversas. El edificio poético que su voz íntima levanta está construido con materiales líricos directos y espontáneos. Si el acento es el alma sonora de las palabras y a la vez es el alma del verso, ella exhibe un innato oído musical para una impecable acentuación de toda clase de metros. Esta facilidad le resulta peligrosa y en ocasiones perjudicial porque descuida la altura de algunas partes del poema o se excede en cambios métricos o estróficos en la misma composición.

Pero aquí reside su mayor acierto poético. Abunda más en ella la emoción inspirada que el atildamiento, la sencillez que el academicismo. Dejó escrito Bécquer que «hay una poesía magnífica y sonora [...] Hay otra natural, breve, seca, que brota del alma como una chispa eléctrica, desnuda de artificio, desembarazada dentro de una forma libre. La una es fruto divino de la unión del arte y la fantasía. La otra es centella inflamada que brota del sentimiento y la pasión». En la segunda se incluía el poeta romántico. Con las debidas distancias y a título descriptivo en ésta se encuentra Sor Clara, que dirá:

«Cantaba en la Nochebuena
una zagala en Castilla,
iba cayendo la nieve
y su corazón ardía». ¹⁹

Una división que parece diáfana en las composiciones de Clara Sánchez es la del verso corto o largo, que aquí podemos identificar con poesía popular o académica. Poesía popular que no es sinónimo de rima vulgar cargada de tópicos o ripios. La poesía popular auténtica es directa, concreta, y canta sin artificios los sentimientos con que el pueblo contempla la tierra y la vida. En los versos cortos de la abadesa soriana aletea frecuentemente su vibración más ínti-

ma y el hálito de la poetisa inunda el ánimo del lector. Ella presta a sus ideas religiosas el encanto de un pensamiento musical.

Los recursos para estos logros líricos son muchas veces los de la poesía del pueblo, espontaneidad, contraposiciones o repeticiones, como aquello de «Abenámar, Abenámar, moro de la morería». Así dirá:

«Si me muero en este día,
si en este día me muero,
Virgen María óyeme
y ven a llevarme al cielo».²⁰

O la contraposición:

«¡Jesús! yo quiero en mis ojos
todos los ojos poner
para que todos te miren
y en Ti se quieran perder».²¹

El atractivo más poderoso de su lírica se encuentra en la ternura, habilidad y gracia de una poesía sin elementos retóricos, con escasos adjetivos, que se adhiere a lo sustancial y lo dice con la mayor economía de recursos verbales. Así sus numerosos villancicos y otras composiciones escénicas navideñas en las que deja correr el verso con magistral dominio del diálogo. Su acento es fervoroso cuando canta a la Eucaristía con una fe tan luminosa y clara como las amplias llanuras en que se crió. Oigamos la música de estas ágiles seguidillas de ofrecimiento eucarístico de una jornada que nace:

«Con el don de un nuevo día,
viene el Señor.
Despierta alegre, alma mía,
por tal favor.
Ven Jesús Sacramentado
a mi pobre corazón
para que sea hoy el día
fuego de amor».²²

Sus composiciones de verso menor abarcan desde algunos tetrasílabos y más abundantes pentasílabos y heptasílabos, recorren estrofas de hermosas seguidillas y se remansan en el más importante y castellano verso de arte menor, el octosílabo.

No sabemos si aprendió la métrica castellana en el magisterio doméstico de su padre o en la Escuela Normal de Maestros de Soria. Pero aquella enseñanza alumbró en su adolescencia el manantial lírico que llegaría más tarde al desbordamiento en la expresión de su mundo religioso. Trabajó por eso el verso culto, el verso mayor en todos sus metros y formas. Se empleó en los decasílabos y alejandrinos, deleitándose sobre todo en la armonía y flexibilidad de los endecasílabos en todos sus géneros.

Dejémonos llevar por el ritmo acentuado de esta estrofa alejandrina de un himno a San Saturio:

«El celo te devora, ioh santo anacoreta!
no puede contenerle la roca en su prisión,
tu cálida palabra de místico y asceta
a humildes campesinos conmueve el corazón».²³

En cuanto a la forma del poema se ocupó en muchas de sus variedades clásicas, y se afanó en los sonetos y los madrigales a lo divino con destreza técnica y desigual fortuna estética. Sus resultados nunca son tan felices en el verso culto. Se tiene la impresión de que su esfuerzo constructivo ha deteriorado el horizonte lírico y el proyecto poético desfallece. No transmite la emoción y belleza de sus versos cortos. Porque si la poesía es «lo puro indecible», lo que se sugiere más que lo que se dice, o el latido que pueden suscitar unas palabras más allá de lo que materialmente dicen, este sentimiento se obtiene reiteradamente en su verso corto y popular.

Valgan dos ilustraciones. Entre sus más de *ocho mil versos* conservados aparece un viacrucis incompleto, compuesto en octavas reales, que anticipándose litúrgicamente a los tiempos, concluye con el triunfo del Señor. Dice así la estrofa de la resurrección:

«Cristo muere. La tierra tiembla, llora.
Mas se estremece, salta de alegría
al ver que adelantándose a la aurora,
más radiante que el sol del mediodía,
triumfa resucitado. Gime y ora
retirada cual tórtola, María.
La visita Jesús... ¡Divina escena
de celestial encanto y gozo llena!».²⁴

No le falta la fuerza y patetismo de la descripción ni el acierto de los encabalgamientos. Pero la autora no se mete dentro del misterio y lo comunica peor. Hay más sones que brisas. Yo me quedo con muchos de los poemitas de versos cortos repartidos en las páginas de este libro y con esta súplica humilde en su composición, como su autora, que canta sus vivencias y hace aflorar su vida:

«Jesús Sacramentado
me entrego a Ti.
En Ti descanso y muero,
vive Tú en mí.
En Ti descanso y muero
idescansa en mí!».²⁵

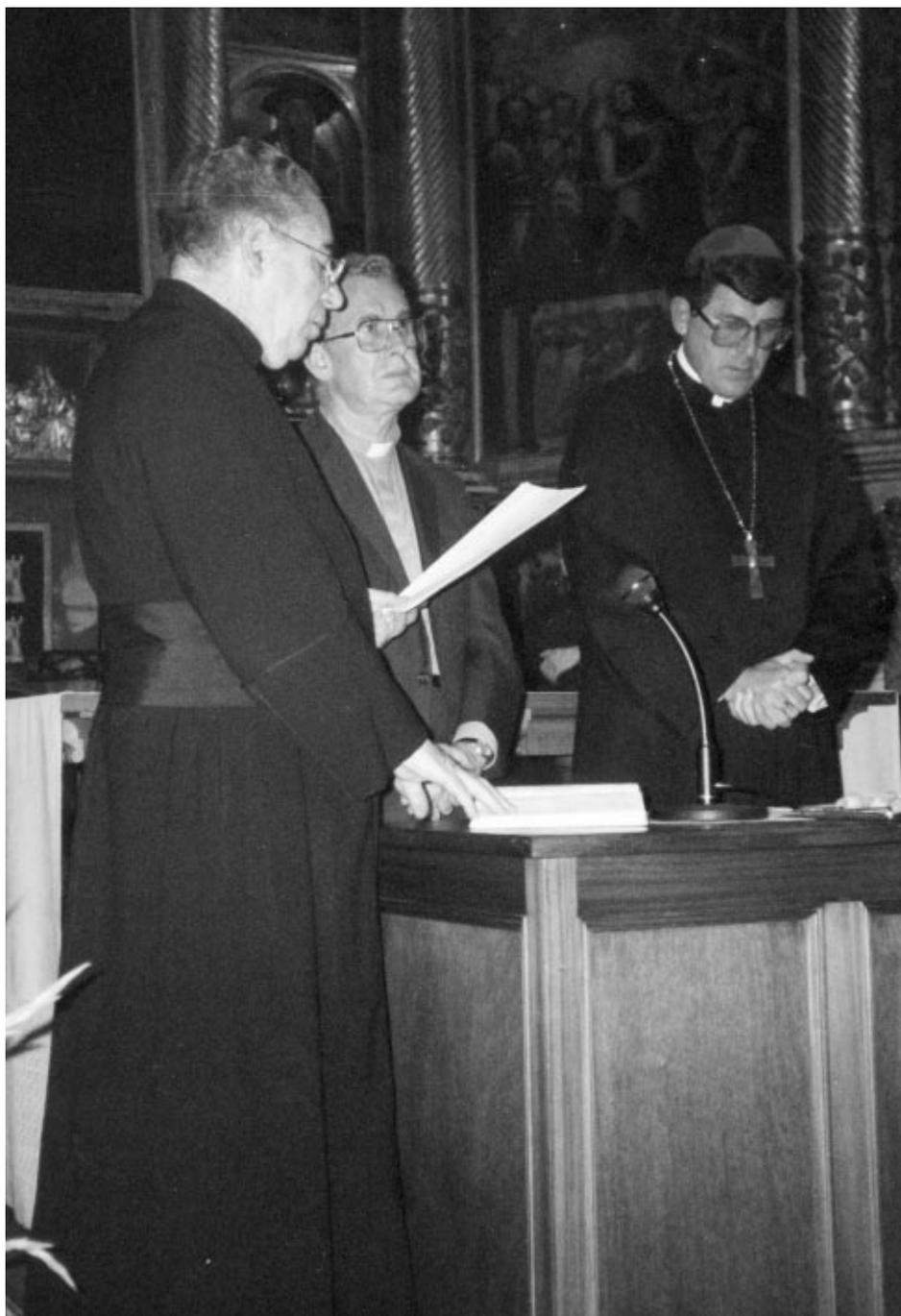
CONCLUSION

A Francisco de Asís le complacía decir las cosas como los juglares, cantando sentimientos profundos en humildes estrofas. El que miraba con ternura a los árboles porque le recordaban la cruz del Salvador y se sentaba con veneración en una piedra porque en ella veía a la «piedra angular», descubrió el misterio de su experiencia religiosa en la belleza de unas letrillas transparentes.

Lo mismo su discípula Sor Clara. El mejor espejo para contemplar hoy el carisma de la refundadora del convento soriano de clarisas es el de sus versos. En ellos se intuye que la escritora ha sido admitida al diálogo íntimo con Dios y en Dios está y a Dios nos lleva.

Los materiales más abundantes con que construye sus libretas de consejos para las novicias son las piedras preciosas de sus poemas, talladas en amor y rima, sólidos cimientos de una vida santa. Por eso, es reveladora la afirmación final de una de las testigos más cualificadas del proceso de beatificación, Sor Margarita Jiménez Gonzalo, que concluía su declaración al Tribunal Diocesano diciendo:

«Yo creo que donde mejor se retrata, donde refleja mejor su espíritu, es en esa libretita en donde Madre Clara resumió sus ideales y su vida. Si se quiere conocer a Madre Clara hay que leerla y decir: esto era ella».²⁶



Apertura del proceso diocesano de beatificación. Preside el Sr. Obispo D. Braulio Rodríguez Plaza. Le acompañan D. Carmelo Jiménez Gonzalo, vicepostulador de la causa, que presta juramento ante la Biblia y el P. José Luis Cepero, juez delegado.



Monasterio de Santa Clara en Harare (Zimbabwe).



Arriba, toma de hábito de una postulante de Zimbabwe. Abajo, dos postulantes de la misma misión.

LUTO EN LAS CLARISAS

Las Madres Clarisas, conocidas cariñosamente por sus monjas de Santo Domingo, gozan en Soria de gran afecto y simpatía por lo que se ha recibido con mucho sentimiento, la noticia de la muerte de la Madre Clara, la Maestra de Novicias, ocurrida el pasado día 22 de enero.

La Madre Maestra sufría hábilmente como de los dolores, cuando le sobrevino la muerte y conmovida de una angina de pecho, según dictamen médico.

A la misa de cuerpo presente asistieron, junto con la Comunidad, más de treinta sacerdotes de la ciudad, y numerosos fieles que llenaban la iglesia del monasterio.

La Madre Clara de la Concepción Sánchez García, contaba setenta años de edad. Había nacido en Torre de Cameros (Logroño), el 24 de febrero de 1902.

En 1941 fue nombrada Abadesa cargo que ejerció hasta 1968 que pasó a ser Maestra de Novicias.

Clara vivió...

quedan reflejadas en la homilía de la misa: «...Yo sé que la Iglesia no quiere que, en horas finales de su vida, los difuntos no adierten permisión hablando Clara. Quiere que, para de fof, de para e...»

Por sendos vicios flor vid de...

La madre Clara, que nació en Torre de Cameros, en Logroño, el 24 de febrero de 1902, ingresó en el convento de Santa Clara en Soria en 1921. A los 19 años de edad, fue nombrada Maestra de Novicias y...

fuera la promotora de una renovación espiritual dentro de la Comunidad hasta dar el paso a la profesión de la primera Regla. Aquella Regla con la respiración divina, escribió para las Hermanas Pobres, la Santa Clara, hija predilecta de...

IGLESIA EN SORIA

16-21 MAYO 1992 DELEGACIÓN DE ACOGIDA PARA LA DIOCESIS DE ORMAIZTEGUI



Clara Sánchez, incorrupto
El Norte de Castilla
Lunes, 2 de junio de 1992

Se postula la beatificación de una clarisa soriana
En el curso del año que...

Comenzó el proceso de beatificación una monja soriana muerta hace...



DIARIO DE SORIA

Miércoles, 20 de mayo de 1992

El día 31 se inicia el proceso de beatificación de Sor Clara Sánchez

El proceso de beatificación de la clarisa soriana Clara Sánchez García se iniciará el próximo día 31 de mayo con un acto eucarístico que tendrá lugar en la iglesia de Santo Domingo, en Soria. Al acto asistirá el obispo de la diócesis Ormaiztegui, Basilio Rodríguez Plaza, quien dará recienso al visto bueno para que comience el proceso que debe culminar con la subida a los altares de esta monja fallecida en 1973 y cuyo cuerpo permanece incorrupto en el convento de las Clarisas.

Después de una semana de comienzos el acto de beatificación de esta monja, nacida en 1902 en la localidad soriana de Torre de Cameros, aunque desde 1923 perteneció a la congregación de las Clarisas de esta capital. Las hermanas de esta comunidad, las clarisas y la abadesa del monasterio consideran como la restauración y materialización del...

Según se publicó en el Boletín del Obispedio, se trata de una clarisa que consolidó con el paso del tiempo. Así, después de diversos estamentos y consultas, el obispo autorizó a Juan Polanco a que se iniciara el proceso de beatificación. Para ello se nombró como vicario general de la causa al sacerdote de la parroquia soriana Carmelo Jiménez González.



NOTICIAS BREVES DE ESPAÑA

Los restos mortales de una monja, incorruptos

SORIA, 22. (Efe). Los restos mortales de la religiosa Clara Sánchez, fallecida en Soria el 22 de enero de 1973, han aparecido en estado de incorrupto excepto la cadela del pie izquierda, incluso los dedos. La exhumación ha llevado a un permiso sanitario, en el convento de la comunidad de las Clarisas de Soria Clara Sánchez nacida en Torre de Cameros (Logroño), donde vivió dos años hasta su traslado a Soria, en donde ingresó en el convento de Santa Clara en 1921.

La prensa recogió la noticia de la muerte de Sor Clara, de su exhumación y de su proceso de beatificación.

Inmaculada Virgen Maria
N.tra del Rosario de Fatima
Yo, por clara de la con-
cepcion, agradecida al fa-
vor de tu maternal miseri-
cordia de acogerme en la dul-
ce morada de tu Purisimo
corazon y deseando permane-
cer en el perpetuamente
Hago Voto y prometo
a Dios Todopoderoso e Fi. Inma-
culada Virgen de Fatima
e S. Miguel Arcangel a los san-
tos Apóstoles S. Pedro S. Juan Pablo
S. N. S. P. Francisco, e N. S. M.tra
clara y a todos los san-
tos,
de mi anonadamiento
propio perpetuo, obligan-
dome a el por todo el tiempo
de mi vida en la extension
de responsabilidad segun
la mente de mi Director
Espiritual P. Julio Quintanilla
Ministro del Altisimo Don
Signete madre mia
bendicirme este Voto y mi

Autógrafo del voto de anonadamiento del que habla la página 204.



Dios mio y todas mis cosas

La Superiora de las Religiosas Clarisas del Convento de Soria

¡¡ALMA EUCARISTICA!!

Al conmemorar el segundo aniversario (11 de Agosto) en que el Rey de cielos y tierra, Jesús Sacramentado, salió de su prisión de amor «el Sagrario» para recibir desde su Trono Real «la santa Custodia» en Exposición permanente en esta Iglesia de Sto. Domingo de Soria, el homenaje y adoración del corazón enamorado de sus hijos, recompensado con bendiciones y gracias de su Corazón divino, este pensamiento le expongo, con encarecimiento y confianza:

De los bienes que Dios te ha concedido ¿no podías dedicar cierta limosna que perpetuara un día al año el culto S. D. M., en el Sto. Sacramento aquí siempre. ¿Es-puesto? El Señor lo espera de tu generosidad.

Donativos: Dirigirse a E. M. Superiora de las Religiosas Clarisas-Sto. Domingo - Soria.

CERTIFICO: Que el presente es-
crito es original de M. M.ª CLARA
SANCHEZ GARCIA O. S. C.

Soria a 24-9-97

MARIA

Para renovar la proclamación de Abadesa Perpetua de esta Comunidad—la Virgen Inmaculada—que se hizo el día 8 de diciembre de 1945



Inmaculada Virgen María, concebida sin pecado original, ¡Madre de Nuestro Señor Jesucristo y Madre nuestra! Postrada humildemente a tus plantas esta tu Comunidad que hace () años tuvo la inefable dicha de proclamarte ante la adorable presencia de la Stma. Trínidad, de todos los coros de Angeles y Santos del Cielo, de la Augusta y Real presencia de nuestro Señor Jesucristo Sacramentado y de sus sagrados Ministros su Abadesa Perpetua, hoy, de lo más íntimo de nuestra alma, te damos gracias por tan singular beneficio y por los favores y bendiciones que nos has prodigado, como la más amante de todas las Madres.

Te pedimos perdón por no haber correspondido cual debiéramos a este singular favor; y nuevamente nos consagramos a Ti, renovando esta proclamación. ¡Si Madre mía! sigue siendo

hasta el fin de los siglos, la Abadesa Perpetua de esta Comunidad. ¡Gobiérnala, defiéndela, guárdala como a escogida porción de Jesucristo! ¡Socorre siempre a estas pobres esposas tuyas redimidas con su Preciosa Sangre! Que nunca el lobo infernal, pueda dañar a este tu pequeño Rebaño. ¡Oh Divina Pastora nuestra! Que estas ovejitas tuyas y las que han de venir a este tu Redil, tengamos vida en abundancia, la vida de nuestro Jesús Sacramentado. Que todas seamos santas, muy santas, mediante la más perfecta observancia de nuestra santa Regla y Constituciones. Que seamos en todo semejantes a Ti y a nuestros Seráficos Padres Francisco y Clara y hagamos la más deliciosa corte de amor al que es todo nuestro amor, Amor de los amores. Víctimas de amor por el Amor, como nuestros seráficos Fundadores.

A Ti nos consagramos; a Ti nos entregamos, y de nuevo te confiamos todo: nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestra santificación, nuestros ideales, nuestros asuntos, nuestras necesidades, nuestra salud, nuestras enfermedades, nuestras miserias, nuestras deudas... ¡Tómalo todo a tu cargo, Madre mía! Alcánzanos gracia, virtudes, salud, alimento, vestidos; sana nuestras enfermedades, favorécenos con nuevas vocaciones, facilita su ingreso a nuestras aspirantes, y a todas, alcánzanos la perseverancia final. Bendice hoy

Tarjeta invitación al segundo aniversario de la Exposición permanente a que se refiere la página 137.
Debajo, oración para renovar la proclamación de María, Abadesa perpetua, según la página 148.



Escalera principal del convento.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

COPIA PUBLICA TRANSUMPTI PROCESSUS IN CURIA ECCLESIASTICA OXOMEN-SORIANA CONSTRUCTI SUPER VITA ET VIRTUTIBUS SERVAE DEI CLARAE A CONCEPTIONE. Congregación de causas de los santos. Postulación General OFM - Roma. Año 1993. En adelante se citará C P.

Constituyen la CP doce volúmenes, I-XII, que contienen todos los documentos, actas, testimonios, declaraciones de testigos y escritos recogidos en el proceso diocesano de beatificación de CLARA DE LA CONCEPCIÓN SANCHEZ GARCIA. Interesan particularmente para nuestra biografía los siguientes volúmenes:

VOLUMEN I al VI: Declaraciones de los testigos.

VOLUMEN VI: Cartas escritas por Sor Clara

VOLUMEN VII:Escritos publicados en la revista «Clausura Franciscana», llamados «Cartas a Conchita» y otros, como «Ideales» de la Sierva de Dios.

VOLUMEN VIII: Exhortaciones a la comunidad y Escritos espirituales de Sor Clara.

VOLUMEN IX:Escritos espirituales, meditaciones. Escritos al noviciado: libreta y otros.

VOLUMEN X: Cantares de Sor Clara.

VOLUMEN XI:Escritos a su familia. Testimonios post-mortem de Sor Clara.

CAPITULO I

1. CP. XII, págs.2044-45

Certificado de nacimiento y partida de Bautismo de JUANA DE LA CONCEPCIÓN SÁNCHEZ GARCÍA, hija legítima de Don Leopoldo Sánchez y Doña Agustina García. Nació en la villa de Torre de Cameros el día 14 de febrero de 1902 y fue bautizada el 16 de febrero del mismo año. Ésta es la que a partir del 18. 2.1923 recibirá un nuevo nombre: SOR CLARA DE LA CONCEPCION.

2. CP. IX, 1060. Canto de la libreta de Sor Clara a las novicias.

3. CP. X, 123.

4. CP. XI,1640. Carta a su hermano Emilio el 16.2.40.
5. CP. I, 175. Declaración de Sor Angela Carro. Nació en Alcubilla del Marqués (Soria) en 1906. Maestra. Ingresó en el convento en 1925. Sor Clara y Sor Angela se apoyaron mutuamente en la defensa de la vida clariana, siendo la impulsora Sor Clara y su brazo derecho Sor Angela.
6. CP. XII, 2179-80. Carta de Don Leopoldo Sánchez a su hijo por el nacimiento de Pascual.
7. CP. II, 96. Declaración de Don Emilio Sánchez García. Hermano de Sor Clara, abogado. Casado con Carmen Carrera que falleció el 24.7.71. El vive en Madrid. Tiene una hija, Carmen.
8. CP. I, 98. Declaración de Concesa Sánchez, hermana de Sor Clara. Contrajo matrimonio con Casiano Arribas, del que tuvo tres hijos: José, María Jesús y Francisco. Compañera de Juanita hasta que ésta ingresó en el convento en 1922. Frecuentó sus visitas y sus cartas mutuas fueron abundantes. Falleció el 24 de febrero de 1995.
9. CP. XI, 1621-22.
10. CP. I, 100. Declaración de Concesa.
11. CP. II, 75. Declaración de Emilio.
12. CP. II, 80. Declaración de Emilio.
13. CP. I, 79-80. Declaración de Sor Angela.
14. CP. I, 79-80. Declaración de Sor Angela y de Sor Teresa María Vallejo en CP.I.
15. CP. XI. 1632.

CAPITULO II

1. CP. I, 99. Declaración de Concesa.
2. CP. X, 1455. Cantares.
3. CP. I, 101. Declaración de Concesa.
4. CP. II, 76. Declaración de Emilio.
5. CP. II, 218. Declaración de Sor María Margarita Jiménez Gonzalo. Nació en Soria, el 1.10.29. Ingresó en este convento a los 18 años, siendo abadesa Sor Clara. Fue su ayudante de noviciado. Ejerció el oficio de abadesa durante cinco trienios no continuados. Ha sido maestra y consejera federal. En la actualidad es vicaria de la comunidad. En 1973 era abadesa cuando murió Sor Clara, igualmente en 1982 al exhumar su cadáver incorrupto y también en 1992 en la apertura del proceso diocesano de beatificación.
6. CP. I, 114. Declaración de Concesa.
7. CP. I, 99. Idem.
8. CP. I, 107. Idem.
9. CP. I, 98. Idem.
10. CP. I. 181. Declaración de Sor Angela.
11. CP. I. 103-104. Declaración de Concesa.

CAPITULO III

1. CP. II, 76. Declaración de Emilio.
2. CP. I, 182. Declaración de Sor Angela.

3. CP. XI. 1806. Testimonio de Dña. Manolita García Torrás, compañera de magisterio de Juana Sánchez.
4. CP. XII. 2097-2115.
5. CP. I,182. Declaración de Sor Angela Carro. José Sánchez García hermano de Sor Clara, nació en 1897 en Serón (Soria), contrajo matrimonio el 12.7.1922 en El Rosal (Pontevedra) con Consuelo de Santiago. Murió el 19.11.48 y dejó tres hijos: Consuelo, Mercedes y José.
6. CP. I, 182. Declaración de Sor Angela.
7. CP. I, 183. Declaración de Sor Angela. Doña Agustina García Sanz, madre de Sor Clara, nació en Sisamón (Zaragoza) el 28.8.1873. Hija de José García Hernández, labrador y de Isidora Sanz, naturales de Sisamón. Don Leopoldo había nacido en Serón el 15.11.1871. Hijo de Abel Sánchez, labrador, natural de Soria y de Antonia Escalada, natural de Cihuela (Soria).
8. CP. I, 183-184. Declaración de Sor Angela.
9. CP. VI, 29. Carta a la abadesa de Cintruénigo el día 31.1.56.
10. CP. I,184. Declaración de Sor Angela.
11. CP. I,185. Idem.
12. CP. I,186. Idem.
13. CP. II, 131. Declaración de Emilio.
14. CP. I, 187. Declaración de Sor Angela.
15. «La espiritualidad de San Francisco y Santa Clara». Ciriaco Rupérez Abad. Soria 1986. pág. 39.
16. María Raquel García Arancón. Archivo Ibero-americano. Año LIV - Tomo LIV. 1994 págs.387-427, especialmente pág. 425.

CAPITULO IV

1. «Reglas y Constituciones Generales de las Monjas de la Orden de Santa Clara». Barcelona 1942. Arts. 27 y 39. Págs. 135 y 146.
2. CP. I, 188. Declaración de Sor Angela.
3. CP. X, 8. Cantares.
4. CP. VII, 305. «Cartas a Conchita». Junio 1956.
5. CP. VII, 308. Idem. Julio 1956.
6. CP. VII, 427-446. «La Divina Providencia por el convento de Santa Clara de Soria».
7. CP. X, 1217. Cantares.
8. CP. VII, 363. Cartas a Conchita. Febrero 1959.
9. CP. VI, 652. Declaración de Sor Angeles María Soria. Nació en Nódalo (Soria) 1945. Profesó en 1973. Última novicia de Sor Clara.
10. CP. IX, 939. Escritos espirituales.
11. CP. XII. 2048. Libro de vesticiones de hábito del convento de Santa Clara de Soria. Pág. 5.
12. CP. XII. 2049. Libro de profesiones de votos simples del convento de Santa Clara de Soria. Pág. 7.
13. CP. XI. 1847. Testimonio de Sor Felisa García Lasheras. Ingresó en este convento el 25.7.1926 y murió el 6.12.1985. Convivió con Sor Clara en el noviciado y durante toda su vida.
14. CP. I. 191. Declaración de Sor Angela.
15. CP. X. 1335-36. Cantares.

CAPITULO V

1. CP. IX, 1163-69. Escritos espirituales.
2. Idem.
3. Teresa de Lisieux. Obras completas. Monte Carmelo, Burgos 1996, pág. 237.
4. Teresa de Lisieux. Proceso de beatificación y canonización. Monte Carmelo. Burgos 1996, pág. 483.
5. CP. VI, 54. Sor Maña Cecilia García. Nació en Quintanas de Gormaz (Soria) el 21.XI.1934. Ingresó en este convento en 1952. Prestó sus servicios en las comunidades de Medinaceli y de Villarreal, en este tiempo Sor Clara le escribe esta carta y otras que se recogen en los documentos del proceso.
6. CP. VII, 153
7. La España del siglo XX. Tuñón de Lara. Barcelona 1974, pág. 283.
8. La Divina Providencia... Ver nota 6. Cap. IV.
9. CP. 195. Declaración de Sor Angela .
10. CP. X, 1521 Cantares
11. CP. I, 196. Declaración de Sor Angela
12. CP. I, 196. Idem.
13. Reglas y Constituciones Generales. o.c. pág. 191
14. Idem. pág. 186
15. Idem. pág. 182

CAPITULO VI

1. CP.I, 160. Declaración Sor Angela Carro
2. CP. I, 160-161. Idem
3. Reglas y Constituciones Generales. o.c.
4. CP. III, 323. Declaración P. Ciriaco Rupérez Abad. Nació en San Esteban de Gormaz (Soria) en 1915. Ordenado presbítero en 1940. Religioso Franciscano. Ha sido guardián del convento de padres franciscanos de Soria. Actualmente es capellán y confesor de las clarisas de Soria.
5. CP. II, 235 .Declaración de Sor María Margarita Jiménez.
6. CP. II, 222-23. Idem.
7. CP. IX, 908. Escritos espirituales de Sor Clara.

CAPITULO VII

1. CP. I, 78 Y CP. II, 266. Declaración de Sor Teresa Maña Vallejo y Sor María Margarita Jiménez.
2. CP. II, 265. Declaración de Sor Margarita Jiménez.
3. CP. I, 202. Declaración de Sor Angela Carro.
4. CP. I,172-73. Idem.
5. Declaración oral de Sor Isabel Aldea al autor el día 30.7.96.
6. CP. II, 245. Declaración de Sor Margarita.
7. CP. II, 266. Declaración de Sor Margarita.

8. CP. VIII. 600. Exhortaciones de Sor Clara.
9. Adalberto Martínez Solaesa. Nació en Gómara (Soria) el 19.1.1937. Casado. Catedrático de música en el conservatorio de Málaga y profesor asociado de la Universidad. Conoció a Madre Clara hacia el año 1954.
10. CP. VIII, 611. Exhortaciones de Sor Clara a la comunidad.
11. CP. XI. Libreta
12. Carmelo Jiménez Gonzalo. Nació en Soria el 15.7.1926. Tuvo un estrecho vínculo con el convento de clarisas, por ser hermano de Sor María Margarita Jiménez. Ordenado sacerdote el 12.7.1953. Licenciado en Teología por la Universidad Pontificia de Comillas. Diplomado en Sociología por la Universidad de París. Se puede considerar como el mayor colaborador de Sor Clara en la renovación espiritual y material del Monasterio, a cuyo servicio puso sus brillantes cualidades humanas y espirituales, así como su desinteresada aportación económica. Su ayuda a todos los niveles la han percibido también la fundación que este monasterio hizo en Harare (Zimbabue) y los misioneros de esa zona. Las becas fundadas para seminaristas nativos, o para la promoción de la mujer africana son simples referencias de su obra. En 1995 enfermó gravemente. Aceptó ejemplarmente su dolencia, se desprendió de todo y esperó la muerte abandonándose a la voluntad de Dios. Falleció en Pamplona el 4.5.97.
13. CP. XI, 1851. Testimonio de Sor Felisa García.
14. CP. VI, 245. Carta a Sor María Yolanda. Esta novicia perteneció al convento de Molina de Aragón uno de los cinco que tenía asignados Sor Clara. Por la extensión geográfica de esta Federación, se erigieron dos noviciados: Bidaurreta (Guipúzcoa) y Soria.
15. CP. VI, 57. Carta a Ascensión Tello.
16. CP. VI, 5. Carta a fray Juan Elicegui (28.2.47). Juan Elicegui Salsamendi. Nació en Ordizia (Guipúzcoa) el 24.8.1911. Reside actualmente en el Santuario de Ntra. Señora de Aránzazu. Conoció a Sor Clara en 1937, al ser destinado al convento de Soria. Mantuvo relación frecuente con Madre Clara a través de cartas y visitas.
17. CP. III, 569. Declaración de fray Juan Elicegui
18. CP. VII, 425-26. En «Clausura franciscana» con el título: «Algunos medios eficaces para conseguir vocaciones religiosas».
19. CP. II, 232. Declaración de Sor María Margarita.
20. CP. I, 144. Declaración de Sor Angela.

CAPITULO VIII

1. «Reglas y Constituciones Generales o.c. 4. Cap. IV.
2. CP. III, 550. Declaración de Sor María Jesús Yagüe. Nació en Navaleño (Soria), el 17.2.1924. Ingresó en este monasterio en 1946. Prestó sus servicios en los conventos de Villarreal y Medinaceli.
3. CP. VII, 479. Acta de votación del 21.6.1942. CP. VII, 545. Contestación del obispado del 6.7.42
4. CP. VII, 484. Ideales
5. CP. X, 1470. Cantares.
6. CP. X, 1471. Idem.
7. CP. VI, 29. Sor Clara a la abadesa de Cintruénigo 31.3.56.
8. CP X, 1232. Cantares.

9. CP. X, 1343. Idem.
10. CP. X, 1344. Idem.
11. CP. VII, 470 y ss. Ideales.
12. CP. VII, 444. La Divina Providencia... o.c.. 6 Cap. IV.
13. CP. VI, 51. Concepción Echevarría vivió en Oñate. Perteneció al Instituto secular de «La alianza en Jesús por María» bienhechora de esta comunidad, visitaba a las monjas con su hermana María Echevarría, esposa de D. Víctor Marqués.
14. CP. VI. 190. Carta de Sor Clara el mismo día de su muerte.
15. CP. X. 1229. Cantares

CAPITULO IX

1. CP. IX, 1132. Escritos al noviciado. Libreta .
2. Cfr. nota 7 . Cap. I.
3. CP. VII. 437-446. La Divina Providencia... Ver nota 6. Cap. IV.
4. CP. X, 1326. Cantares.
5. Reglas y Constituciones generales o.c art. 158. pág. 191.
6. CP. X. 1291. Cantares
7. CP. I, 206. Declaración de Sor Angela .
8. CP. I, 207. Declaración de Sor Angela.
9. CP. VII, 474. Ideales
10. CP. VII, 458. Idem.
11. CP. VII, 464. Idem
12. CP. I, 168. Declaración de Sor Angela .
13. CP. X, 1266 Cantares
14. CP. X, 1266 y 1274. Idem.

CAPITULO X

1. «Pinceladas de una espiritualidad. María Ana y la Virgen». Por Angélica Paz. Madrid 1988, pág. 29.
2. CP. X, 143 y ss. Cantares
3. CP. VII, 500 Ideales
4. CP. VII, 501 Idem
5. CP. VII, 498 Idem
6. CP. VII, 498 Idem
7. CP. VII, 511 y ss. Ideales.
8. CP. VII, 557 y s. Ideales. Carta a la Curia General Franciscana del 22-11-53.
9. CP. VII. 560. Ideales. Carta del Obispo de Osma Don Saturnino Rubio Montiel (20.1.54). Don Saturnino gobernó la diócesis de Osma desde el 24.6.45 hasta el 22.11.69. En 1959, bajo su episcopado, la diócesis de Osma cambia sus límites geográficos y pasa a denominarse de Osma-Soria.

10. CP. X, 1488. Cantares.
11. CP. VII, 390 ss. «Cartas a Conchita». Agosto-septiembre 1960.

CAPITULO XI

1. CP. II, 273. Declaración de Sor María Margarita .
2. CP. I, 90. Declaración de Sor Teresa María Vallejo Hernández, nacida en Soria el 10.8.1946. Hija de Angel Vallejo y Fuencisla Hernández, bienhechores de la comunidad, por este motivo trató con M. Clara antes de ingresar en el monasterio el 13.5.1965. Fue novicia de la Sierva de Dios y más tarde su auxiliar de noviciado y maestra de novicias. Actualmente es abadesa del monasterio de clarisas en Zimbabwe, fundado por el convento de Soria en 1985. Colaboró con M. Teresa Navío en la primera biografía impresa de M. Clara en 1976.
3. CP. I, 67. Declaración de Sor Teresa María .
4. CP. I, 85-86 Idem.
5. CP. IX, 1178. Escritos espirituales.
6. CP. X,1226. Cantares.
7. CP. X,1514. Idem.
8. CP. II, 272. Declaración de Sor María Margarita Jiménez
9. CP. II, 241 Idem.
10. CP. I, 92. Declaración de Sor Teresa María Vallejo.
11. CP. IX, 1200-01. Escritos espirituales.

CAPITULO XII

1. CP.VI,79
2. CP. VI,67
3. CP. IX, 1052
4. CP. III, 542. Declaración de Sor María Jesús Yagüe
5. CP. II, 276. Declaración de Sor María Margarita
6. CP. X, 1446 Cantares
7. «Obras Completas de San Juan de la Cruz». Ed. Espiritualidad. Madrid 1988, pág. 496.
8. Obra citada, pág. 501
9. CP. VI, 112. Carta a Sor Rosa María Marín. Clarisa en el convento de Medina del Campo (Valladolid). En 1968 estuvo en Soria, como novicia de Madre Clara.
10. CP. VI, 140. Carta a Sor María Lourdes Marín fechada el 21.12.70. Clarisa del convento de Castrojeriz (Burgos).
11. CP. VI, 156. Carta fechada el 12.12.71, dirigida a Sor María Paz y Sor María Antonia, del convento de clarisas de Almazán (Soria).
12. CP. II, 253. Declaración de Sor María Margarita.
13. CP. I, 214. Testimonio de Sor Angela.

14. CP. VI.228. Carta escrita el 20.6.70.
15. CP. VIII, 722. Pensamientos de los escritos espirituales.
16. CP. IX, 1079. Escritos al noviciado. Libreta.

CAPITULO XIII

1. CP. VIII, 663. Exhortaciones a la comunidad.
2. CP. VI, 216. Cartas a Sor María Patrocinio y Sor María Sacramento. Hermanas carnales. Ingresaron en el Monasterio de clarisas de Medinaceli, residieron temporalmente en Soria.
3. CP. VI. 217. Idem.
4. CP. VI, 90. Carta a Sor María Inés Velasco, clarisa del convento de Medinaceli. 24-IV-67.
5. CP. VI, 190. Ultima carta que escribió M. Clara en su vida. Fechada el mismo día de su muerte. La dirige a Sor María Dolores Casanova, Hija de la Caridad.
6. CP. X, 1079. Cantares.
7. CP. VIII, 721. Pensamiento nº 106.
8. CP. IX, 1855-66. Testimonio de D. Carmelo Jiménez.
9. CP. II, 286. Declaración de Sor María Margarita.
10. CP. II, 289. Idem.
11. CP. VII, 390-91. «Cartas a Conchita» (agosto-septiembre 1960).
12. CP. X, 1376 ss. Cantares.

CAPITULO XIV

1. CP. II, 241-42. Declaración de Sor María Margarita y «Biografía Documentada» de Sor María Nieves Francés Sanz.
 Capítulo «Dimensión Franciscana». Sor María Nieves Francés nació el 23 de julio de 1946 en Soria, profesó en el monasterio de Santa Clara de Soria el 13 de mayo de 1971. Notaria adjunta auxiliar en el Proceso Diocesano de Beatificación de Sor Clara. Ha colaborado con el P. José Luis Cepero Schp. Sor María Belén Padilla y Sor María Visitación Viamonte en la elaboración de la Positio de la Sierva de Dios. Ha intervenido en la elaboración material de esta obra, aportando la biografía documentada de la Positio, que ha servido al autor para la primera toma de contacto con la figura de Sor Clara. Colaboración que el autor agradece sinceramente.
2. «Obras completas de San Juan de la Cruz». Editorial espiritualidad. Madrid 1988. Pág. 129.
3. CP. X, 1247. Cantares.
4. CP. IX, 1049-51. Escritos noviciado: libreta
5. CP. VIII, 594. Exhortaciones de Sor Clara.
6. Manuscrito A, folio 76 (bis), línea 17. Teresa de Lisieux. Obras completas. Monte Carmelo. Burgos 1996. Pág. 733.
7. Carta a Celina, del 28.2.1889, idem del 12.3.1889, idem de julio-agosto 1889 a Sor Inés, mayo 1890 a Sor Inés y manuscrito C, folio 2 vuelto, línea 15.o.c. págs. 406,410,421,429 y 274.
8. CP. VIII, 673. Exhortaciones.

9. CP. VIII, 775. Escritos espirituales.
10. CP. IX, 1065. Escritos noviciado: libreta.
11. CP. I, 82-83. Declaración de Sor Teresa María.
12. CP. VIII, 659. Exhortaciones.
13. CP. III, 485. Declaración de D. Angel Vallejo.
14. CP. II, 180. Declaración de Sor María Raquel Muguierza. Nació en Pamplona el 25.10.47. Clarisa en Soria desde 1972. Actualmente es maestra de novicias del monasterio de Harare (Zimbabwe).
15. CP. VII, 414. «Cartas a Conchita».
16. CP. VII, 337. Idem, enero 1958.
17. CP. VIII, 338. Idem, febrero 1958.
18. CP. IX, 1080. Escritos noviciado: libreta.
19. CP. IX, 1065. Idem.
20. CP. VI, 247. Carta a Sor María Yolanda.
21. CP. I, 148. Declaración de Sor Angela.
22. CP. VIII, 873. Escritos espirituales.
23. CP. X, 1464. Cantares.

CAPITULO XV

1. CP. IX, 1088. Escritos noviciado: libreta.
2. CP. IX, 1088. Idem.
3. CP. I, 70. Declaración de Sor Teresa María.
4. CP. IX, 1091. Escritos noviciado: Libreta.
5. CP. VI, 281. Carta a Sor María Dolores.
6. CP. X, 1473. Cantares.
7. CP. X, 1086. Idem.
8. CP. II, 260. Declaración de Sor María Margarita y Sor Angela CP. I, 212.
9. CP. X, 1368. Cantares.
10. «Historia de la Iglesia Católica». BAC. 1953. Tomo II, pág. 755. «San Francisco de Asís», BAC, 1978, pág. 193.
11. CP. X, 1335. Cantares: libreta.
12. Obras citadas en la nota 10, págs. 747 y 190.
13. CP. IX, 994. Escritos espirituales.
14. CP. VII, 491. Ideales.
15. CP. IX, 1036. Escritos espirituales: libreta.
16. CP. X, 1385. Cantares.
17. CP. I, 112. Declaración de Concesa y CP. X, 1393, cantares.
18. CP. VIII, 670. Exhortaciones.
19. CP. IX, 1102. Escritos noviciado: libreta.

20. CP. VI, 232. Carta a Sor Rosa María.
21. «Obras completas de Santa Teresita del Niño Jesús». Monte Carmelo. Burgos 1960, pág. 1690.
22. CP. I, 154. Declaración de Sor Angela.
23. CP. VIII, 747. Pensamiento nº 231.
24. CP. IX, 1132. Escritos noviciado: libreta.
25. CP. IX, 1860. Testimonio de D. Carmelo Jiménez.

CAPITULO XVI

1. CP. I, 153. Declaración de Sor Angela.
2. CP. XI, 1850. Testimonio de Sor Felisa
3. CP. II, 154. Declaración de Sor María Raquel. CP. IX, 1123. Escritos al noviciado. CP. VI, 235. Carta a Sor Rosa María.
4. «San Vicente de Paúl. Obras completas.» Tomo IX, pág. 391. Editorial «Sígueme». Salamanca 1972.
5. CP. IX, 1176. Meditaciones.
6. CP. IX, 1073. Libreta
7. Testimonio oral de Sor María Isabel Aldea al autor el 30.7.96.
8. CP. I, 132. Declaración de Sor Angela.
9. CP. VIII, 782. Escritos espirituales.
10. CP. XI, 1853. Testimonio de Sor Felisa.
11. CP. X, 1480. Cantares.
12. CP. V, 1089. Declaración de D. Adalberto.
13. CP. II, 117. Declaración de D. Emilio .
14. CP. II, 260. Declaración de Sor Margarita.
15. CP. IV, 711. Declaración de Sor María Isabel Aldea.
16. CP. III, 536. Declaración de Sor María Jesús Yagüe.
17. CP. II, 261. Declaración de Sor María Margarita.
18. CP. II, 261. Idem.
19. CP. VIII, 759. Pensamientos, nº 293.
20. CP. IV, 710. Declaración de Sor María Isabel Aldea.
21. CP. II, 154. Declaración de Sor María Raquel.
22. CP. IX, 113. Escritos noviciado: libreta.
23. CP. VIII, 746. Pensamientos, nn. 222-223-224.
24. CP. III, 455. Declaración de Fidel Carazo. Fidel Carazo Hernández, nació en Valdejeña (Soria), el 28.10.1929. Casado y periodista. Senador y alcalde de Soria. En sus años jóvenes perteneció a la Acción Católica soriana.
25. CP. I, 211. Declaración de Sor Angela.
26. CP. XI, 1117. Escritos al noviciado: libreta.
27. CP. XI, 1142. Escritos al noviciado.
28. CP. II, 271. Declaración de Sor María Margarita.
29. CP. IX, 1141. Meditaciones franciscanas a las novicias.

CAPITULO XVII

1. CP. XII, 1957. De Mons. Teodoro Cardenal Fernández en el VII centenario de la fundación de las clarisas en Soria. Obispo de la Diócesis de Osma-Soria, desde el 25.1.70 hasta el 20.11.83 en que fue trasladado a la archidiócesis de Burgos.
2. Del discurso de Mons. Braulio Rodríguez Plaza, obispo de Osma-Soria, en la clausura del Proceso diocesano de beatificación de Sor Clara, el 23.9.1993 (folleto divulgativo de la causa, Soria, octubre 1994, pág.14). Obispo de esta Diócesis, del 20.12.1987 al 9.7.1995. Presidió la apertura del proceso de beatificación el 31.5.1992 y se interesó mucho por la marcha de esta causa.
3. De Mons. Francisco Pérez González, actual obispo de Osma-Soria. Nació en Frandovínez (Burgos) el 13 de enero de 1947. Tomo posesión de esta diócesis el 11.1.96. (Folleto divulgativo de la causa, Soria, 1997 pág.3).
4. CP. IV, 641. Declaración de Sor María Soledad Martínez. Nació en Fuentelaldea (Soria) el 21.6.1939. Profesó en 1965.
5. CP. I, 68. Declaración de Sor Teresa María.
6. CP. I, 68. Idem.
7. CP.I, 138. Declaración de Sor Angela.
8. CP. IV, 656. Declaración de Sor Angeles María.
9. CP. VI, 207. Carta a Sor María Cecilia.
10. CP. XI, 1850. Testimonio de Sor Felisa.
11. CP. XI, 1864. Testimonio de D. Carmelo Jiménez.
12. CP. II, 1061. Escritos al noviciado: libreta.
13. CP. X, 1491. Cantares.
14. CP. VI, 31. Carta a Fr. Juan EliceGUI.
15. CP. IX, 1002. Escritos espirituales.
16. «Gonzalo de Berceo. Obra completa». Espasa-Calpe. Madrid 1992, pág. 551. Estrofa 205 del poema a Santa Oria.
17. CP. X, 1131. Cantares.
18. CP. X,1373. Idem.
19. CP. X, 1472. Idem.
20. CP. IX, 1039. Escritos al noviciado: libreta.
21. CP. IX, 1040. Idem.
22. CP. IX, 1037. Idem
23. CP. X, 1530. Cantares.
24. CP. X, 1458. Idem.
25. CP. IX, 1088. Escritos al noviciado: libreta.
26. CP. II, 315. Declaración de Sor María Margarita.

ÍNDICE TEMÁTICO

de las
VOCES MÁS SIGNIFICATIVAS DE LA BIOGRAFÍA.

Los números en negrita señalan las páginas principales.

Adoración eucarística	30, 32, 82, 84, 89, 129, 133, 136, 137, 228 y 229.
Alegría	55, 56, 80, 92, 93, 97, 109, 121 y 116.
Apostolado	20, 28, 31, 240, 241, 242 y 243.
Carácter	92, 93, 159, 168, 238, 239 y 251.
Caridad	33, 69, 78, 92, 97, 160 y 190.
Cielo (deseo del)	178, 186, 187, 188 Y 189.
Creación	47, 57, 152, 154, 155 y 156.
Cruz	27, 73, 75, 183, 224, 235, 236 y 237.
Deseos (de santidad)	11, 28 y 46.
Director espiritual	58, 73, 81, 130, 150, 204 y 230.
Enfermas	69, 70, 71, 93, 160, 174 y 190.
Enfermedad	57, 175, 176, 190 y 191.
Eucaristía	17, 23, 60, 127, 128, 228, 229 y 230.
Floreillas	28, 68, 70, 80, 95, 100, 101, 106, 110, 135, 232, 233, 234 y 235.
Franciscanismo	38, 61, 68, 152, 155, 166, 219, 221, 222 y 223.
Fraternidad	55, 68, 80, 82, 91, 92, 94, 97, 125, 145, 148, 160 y 161.
Humildad	11, 23, 39, 58, 59, 71, 75, 158, 162, 171, 177, 206, 207, 209, 210, 213, 215, 216, 217 y 220.
Humor	24, 79, 94, 106, 110, 135, 253, 254 y 255.

Libretas espirituales	68, 165, 166, 168 y 169.
Maestra espiritual	68, 97, 157, 160, 165 y 170.
María	121, 143, 149, 200, 224, 225 y 227.
Minoridad	219 y 220.
Mortificación	28, 56, 58, 59, 191, 234 y 235.
Nada	11, 56, 203, 204, 208, 211, 212 y 224.
Noche	79, 179, 181, 182 y 183.
Obediencia	24, 158, 166, 224, 245 y 246.
Oración	30, 66, 78, 85, 96, 231, 232 y 233.
Palabra de Dios	66, 105, 106 y 159.
Pobreza	60, 72, 95, 102, 114, 117, 118, 119, 122, 125 y 126.
Poesía	27, 40, 61, 72, 126, 155, 156, 165, 177, 179, 205, 213, 223, 257, 258 y 259.
Presencia de Dios	96, 251, 252 y 253.
Prudencia	96, 251, 252 y 253.
Rosario	18, 38, 226 y 227.
Servicio	93, 103, 161.
Soledad	61, 62 y 154.
Todo	204, 205 y 232.
Trabajo	20, 57, 78, 91, 99, 100, 101 y 102.
Vocación	29, 30, 34, 42, 44, 45, 106, 107, 108 y 167.

Este libro se acabó de imprimir
el día 11 de agosto de 1997,
festividad de Santa Clara,
en los talleres de Grafical, s.l.,
de Soria.

Madre Clara daba a las novicias
estos consejos en los que
inadvertidamente se describía
ella misma:

«Te quiero mansa y humilde,
condescendiente, sufrida,
siempre alegre, generosa
y de todo desprendida,
como abeja silenciosa
que nos brinda su panal
toda en amor encendida».

